

A romantic couple embracing in a city at night. The man is on the left, wearing a light-colored shirt, and the woman is on the right, wearing a white lace dress. They are looking at each other with affection. The background shows a city skyline at night with illuminated buildings and a body of water reflecting the lights.

Kristel Ralston

*Desafiando al
Corazón*

Desafiando al Corazón

Kristel Ralston

Todos los derechos reservados
©Kristel Ralston 2014
SafeCreative © N. 1408241817828

Diseño de portada:
Karolina García Rojo

Imagen de portada: This file is licensed under the Creative Commons Attribution 2.0 Generic license.
<http://creativecommons.org/licenses/by/2.0/deed.en>

Prohibida la venta, así como la reproducción total o parcial de la obra en medios impresos o digitales en cualquiera de sus plataformas sin la previa autorización de la autora.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

Esta novela está dedicada a mis queridas lectoras de la plataforma
Wattpad.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

Capítulo 1

—Lo lamento de verdad, señorita Montgomery —expresó el director de la Escuela Elemental Baltimore, mirándola con un gesto compungido que no parecía sincero en lo absoluto—. La institución le está muy agradecida por sus servicios de los últimos tres años, pero la crisis nos impulsa a reducir el equipo de profesores en un treinta por ciento. Usted está incluida en ese grupo...

Las manos pequeñas y suaves de Abigail se aferraron con fuerza al asiento. No podía creer que estuvieran despidiéndola. Había mantenido la esperanza de no estar incluida en la lista cuando supo que iban a iniciar un proceso de reducción de personal académico.

Sus ojos azules retuvieron las lágrimas que pugnaban por salir. La sangre le corría con lentitud como si estuviese en una escena de cámara lenta. Sentía que la blusa sin mangas y cuello redondo, la asfixiaban. Le hubiera gustado salir corriendo, pero mantuvo la espalda erguida, y rezó en silencio para que su rostro no demostrara cuán desesperada se sentía.

—Por favor, señor Yukosvky, reconsidérelo. Yo... —Respiró profundamente para mantener el aplomo antes de continuar—. Tengo un programa de enseñanza innovador y quisiera ponerlo en práctica —sonrió intentando refrenar su voz temblorosa—, inclusive usted lo aprobó. Necesito este trabajo... mucho —afirmó con una mirada sincera, procurando que el hombre comprendiera cuán importante era continuar recibiendo un salario puntualmente.

Yukovsky le dedicó una expresión de pesar que resaltó su nariz ligeramente torcida, luego se pasó la mano por la calva y apretó los labios como si estuviese conteniendo una réplica quizá demasiado mordaz. El hombre era conocido entre el personal académico de la escuela por su poco tacto al tratar a los demás, pero en ese momento Abby notó que intentaba controlarse con ella.

El director, antes de volver a dirigirse a la profesora de matemáticas y geografía, contempló los diplomas académicos que estaban colocados en la pared derecha de su pomposo despacho. Parecía como si intentara decidir

qué diría a continuación. Era ajeno al modo que Abigaíl se retrorció las manos y apretaba la mandíbula para evitar que le temblara. Ella no era propensa a la falta de control, pero no solo se trataba de su vida. De ella dependía alguien a quien amaba.

—Comprendo que esta circunstancia nos haya tomado a todos desprevenidos y lamento que esté en la lista de despidos —manifestó con tono firme, pero también comprensivo—. Muchos de sus compañeros tienen familia y esta no es una noticia fácil de anunciar. Ha sido la decisión de los accionistas. Me gustaría poder evitarle este trago amargo, señorita Montgomery, pero tan solo cumplo órdenes... por más duras que estas sean. —Abigail sintió cómo la ansiedad intentaba subyugarla—. El cheque de su último mes de trabajo, una carta de recomendación excelente y una suma adicional por despido le serán depositados en las próximas veinticuatro horas. Le agradecemos por sus servicios.

El dedo regordete del ruso extendió un par de papeles sobre el escritorio hacia Abigail. Ella leyó y firmó sin rechistar su carta de renuncia. De nada le serviría protestar, pues la decisión de los dueños de la escuela estaba tomada y ella tenía que buscar otro medio de ingresos. Entablar una demanda no era ni por asomo una opción.

—De acuerdo... —atinó a decir poniéndose de pie, aunque más por inercia que por educación. Sus cabellos rubios se agitaron cuando se inclinó hacia adelante para estrechar la mano del director—. Ha sido un placer trabajar para esta escuela, señor Yukovsky.

—Lo lamento de verdad. Espero que encuentre pronto un nuevo empleo.

«Yo más que usted.»

Cinco horas más tarde, Abigaíl parqueó a dos cuadras de la clínica privada. Dejó su automóvil Honda del año 2002 en neutro. Agotada, dejó caer la frente sobre sus manos, que aún sostenían el volante, y se permitió dejar salir las lágrimas que había reprimido desde que recibió la noticia de su despido.

Iba a echar de menos a sus alumnos de tercer grado, escuchar sus preguntas curiosas, recibir como obsequio un dibujo que demostraba el afecto que le tenían. Lo más duro sería dejar de enseñarles. Cuando le tocó

recoger sus pertenencias del casillero se quedó contemplando las pequeñas sillitas y los corchos llenos de dibujos, el mapa de los países coloreados y los lápices olvidados sobre los pupitres. Antes de irse de la que había sido su aula de clases durante tres años, se llevó una pequeña flor de papel que en la mañana le había obsequiado uno de sus niños pidiéndole que se casara con él. Había sido un gesto tan tierno que solo recordarlo provocaba que más lágrimas corrieran por su rostro.

Las despedidas no eran en absoluto fáciles, pero había aprendido a lidiar con ellas mucho tiempo atrás. Perder el empleo no tenía nada que ver con sus necesidades personales, y por ello debía ser fuerte. Su abuelo dependía de ella.

Se secó las lágrimas, y esperó hasta que sus sollozos remitieron. Necesitaba estar repuesta antes de entrar a la clínica.

Sacó el pequeño espejo que guardaba en la guantera del auto y se retocó el delineador negro que contorneaba la forma de sus ojos azules almendrados. Se aplicó un poco de *blush* sobre sus pómulos altos, y brillo en sus labios carnosos.

Su abuelo solía decirle que tenía la belleza clásica de Grace Kelly y la elegancia al vestir de Audrey Hepburn. Ella se echaba a reír respondiéndole que al menos ellas no vestían con prendas de segunda mano, a lo que Horace Montgomery replicaba dándole una palmada afectuosa en la mano y abrazándola, luego, con voz queda, le decía que la pureza de su corazón valía por mil Grace y mil Kelly juntas. ¿Cómo no iba ella a adorarlo si la hacía sentir la chica más especial del mundo?

Por él sería valiente.

Si acaso tenía que trabajar limpiando pisos o de mucama en un hotel para solventar los gastos de la enfermedad de su abuelo, lo haría. La Leucemia implicaba cuidados y la clínica privada tenía un costo alto. Habría dejado que lo asistiera la seguridad social, pero para ella era primordial brindarle las atenciones más especializadas posibles; no podía hacer menos por el hombre que había hecho de padre, madre y guía durante tantos años.

Además, se tenían solo el uno al otro. Margaret, su abuela, había

fallecido años atrás a causa de un paro respiratorio, y sus padres, Peter y Anabella, murieron ahogados en un accidente mientras estaban en un crucero por el Mediterráneo. Su abuelo recibió su custodia. De aquello hacía ya casi veinte años.

A pesar de que su abuelo fue un hombre acaudalado, hizo un par de malas inversiones que tuvieron como consecuencia una considerable disminución de su fortuna. Por eso era tan importante para Abigaíl la cantidad que aportaba en casa con su salario, pues sumado al dinero de la pensión y los ahorros de su abuelo servía para completar el rubro que cubría los gastos mensuales de la casa y la enfermedad. Si algo agradecía era que la casa de dos pisos ubicada en uno de los barrios más bonitos de Baltimore, Fell's Point, les pertenecía; no había acreedores esperando el pago de una hipoteca.

Con un suspiro se arregló el cabello, cuando estuvo segura que su aspecto era aceptable salió del automóvil y empezó a caminar con agilidad hacia el centro médico.

Iba muy abrigada. Febrero no era su mes favorito del año. Le gustaba ver la nieve caer, sin duda, pero el frío era a veces insoportable y la cuenta de la calefacción solía elevarse a cotas insospechadas. Ahora más que nunca tenía que empezar a ahorrar cada centavo, para que su abuelo estuviera cómodo en casa.

Cuando Abigaíl se acercaba a la entrada del centro médico, las puertas automáticas se abrieron, el olor a desinfectante caro y ambientador de manzana característicos de la Clínica Privada Potomello se colaron por las fosas nasales de su nariz respingona. Mientras caminaba se desanudó la bufanda azul y la guardó en su bolsa grande comprada en Marshalls. Se acercó al *counter* de la recepción y saludó a Grace, la enfermera que solía tener el turno de las seis de la tarde.

—¡Abby! —Le ofreció una sonrisa—. ¿Estás lista para ir a ver a tu abuelo?

—Por supuesto. ¿Se han portado bien los muchachos?

Grace rio. Su dentadura perfecta y su piel de color oscura se combinaban con un carácter simpático y dulce.

—Hoy los hijos de Joe han traído chocolate de contrabando —expresó fingiendo contrariarse.

Abigaíl no pudo evitar reírse.

Su abuelo había conocido a tres ancianos que también recibían quimioterapia y se habían hecho muy amigos. Joe Hustle tenía cáncer de estómago; Palton Marrick y Oscar Farmeld al igual que su abuelo, Leucemia. Se habían autodenominado *El Club*. Sus días de tratamiento generalmente coincidían y los doctores, que los conocían a todos, habían acordado acomodar una sala para que estuviesen juntos durante el proceso. Abby era consciente que ese era un capricho y un privilegio de estar en la clínica privada, por ello estaba preocupada que su abuelo pudiera quedarse sin el ánimo que la amistad y solidaridad de esos maravillosos ancianos le brindaban.

—Un incentivo para ese grupo de rufianes —dijo Abby, sonriente—. ¿A qué hora empieza la quimio hoy?

Grace miró el reloj.

—Diez minutos. Llegas a tiempo, Abby.

Cuando iba a retirarse, Grace la detuvo poniéndole la mano en el brazo. La mirada de la enfermera se volvió triste.

—Abby... —Se aclaró la garganta. Bajó la voz antes de continuar—. Oscar ha sido desahuciado.

—Oh. —Se llevó una mano a la boca. Oscar era un ex combatiente de la guerra de Vietnam. Bromista y bonachón. Su gran sentido del humor era contagioso y tenía cinco hijos que lo amaban e iban siempre a acompañarlo en sus quimioterapias—. ¿Lo saben los demás chicos de *El Club*? —preguntó apenada.

Grace negó.

—No. Ni tampoco, Oscar. Se lo han comunicado esta mañana a su familia y ellos decidieron no decírselo. No vale la pena hacerlo sufrir con esa información. René, su hija, me pidió que si te veía te comentara la noticia, en especial por tu abuelo. —René Farmeld tenía la misma edad de

Abby, veintisiete años, pero a diferencia suya, la hija de Oscar ya contaba con una familia formada—. No hay nada que hacer por él, Abigail.— Se le quebró la voz. Aunque Grace Robinson estaba acostumbrada a ver la muerte de cerca, ella al igual que otros profesionales de la clínica, le tenía afecto a los muchachos de *El Club*—. Trata de darles ánimo, muchacha. Hoy el doctor Lughan les ha traído una nueva baraja para que jueguen al *BlackJack*. Un modo para elevarles el ánimo, imagino.

Abigail recordaba siempre con una sonrisa cómo Oscar le había hecho la encerrona para que Spencer Lughan, la llevara a cenar. Ella no quería saber nada de los hombres después de su tormentosa relación con Rylan Carmichael, pero había aceptado ir con Spencer, porque él era un gran amigo. Se lo pasaron muy bien y emplearon gran parte de la noche riéndose de las ocurrencias de los amigos de su abuelo.

Oscar se empeñaba en emparejarla con todo el personal médico que se cruzara de turno. Decía que era tiempo que tuviera hijos e integrara más miembros extraoficiales a *El Club*. Ella sabía que el amigo de su abuelo hacía sus comentarios y tenía esos gestos por el cariño que le tenía, y porque ignoraba los fantasmas personales por los cuales no tenía ganas de estar relacionada con nadie durante un largo tiempo.

Recuperarse de su ex novio había sido muy duro y aún no estaba lista para una nueva relación. Rylan fue el *príncipe azul* de toda mujer, hasta que un día se transformó en el peor monstruo que ella pudiese conocer. Una experiencia demasiado amarga, cuyas secuelas destruyeron sus ilusiones de manera brutal.

—Ha sido un día duro, Grace —suspiró—. Pobre Oscar. —Se arrebujó en su abrigo color *beige*. Alrededor los enfermeros y médicos iban de un lado al otro, y los familiares de los pacientes murmuraban sin cesar, así como las llamadas por el altavoz—. Iré a ver a mi abuelo y a saludar a los muchachos.

Grace asintió.

—Por cierto, no te olvides de llenar el formulario de pago para el próximo lunes, cariño, y así el banco puede realizar el débito automático de tu cuenta.

Abigaíl contuvo el nudo que se le formó en la garganta. Ella vivía el mes a mes, y el pago de la clínica solo era el primer desembolso de las varias facturas que tenía aún por cancelar sobre la mesita de noche de su habitación. Pero en ese momento lo que menos podía perder era la calma, porque su abuelo se daría cuenta de inmediato y no quería preocuparlo.

—Lo haré, gracias por el recordatorio, Grace. —Le hizo de la mano y se alejó del *counter* con una sonrisa. ¡Qué difícil era sonreír en momentos aciagos!

Con un suspiro para tomar fuerzas, caminó decidida hasta la pieza 147.

Horace Marcus Montgomery estaba sonriente, mientras escuchaba a su amigo Joe. Ella se quedó en el umbral, pues nadie había reparado aún en su presencia a pesar de la puerta abierta. Contempló a su abuelo con ternura; a sus setenta y ocho años se conservaba bastante bien. Había perdido peso por la enfermedad, pero sus ojos azules iluminaban el rostro anguloso y de orejas grandes; cuando sonreía se le formaban marcadas arrugas en la frente y debajo de los ojos; su risa era contagiosa, y también su optimismo por la vida. Jamás lo escuchaba quejarse, ni cuando le dieron el diagnóstico médico sobre su enfermedad. Lo aceptó con valentía. Su abuelo era la persona más valiente, y si él estaba determinado a ganarle la batalla a la Leucemia, entonces ella no dudaría de que iba a conseguirlo.

Abigaíl reparó en Oscar. La calvicie acentuaba sus ojos verde aceituna, y su cuerpo tan delgado lo hacía parecer frágil, pero tenía un carácter que disentía con su aspecto físico. Era enérgico y a veces dictatorial. Ella sintió una gran pena al saber que pronto su voz grave, las historias de la guerra y sus comentarios ácidos en contra del sistema judicial americano dejarían de escucharse.

Apretó los labios para contener un sollozo.

Debió hacer algún ruido, porque la conversación de *El Club* se detuvo. Cuatro pares de ojos se posaron en ella, y pronto empezaron a hablar al mismo tiempo saludándola.

—¡Abby! —exclamó su abuelo sonriendo y estirando las manos para llamarla—. ¡Ven, ven, hija!

Devolviéndole la sonrisa, se acercó y abrazó a su abuelo. Contuvo las

lágrimas al sentirlo tan delgado a través de la tela del pijama. Él era toda la familia que le quedaba. En ocasiones, mientras su abuelo estaba postrado en la cama bajo los efectos de los químicos, ella solía leerle clásicos de la literatura francesa. Su favorito era *Rojo y Negro* de Stendhal, así que podía decir que se conocía más que de memoria esa maravillosa novela.

—Hola, abuelo —saludó con dulzura, luego se giró hacia los demás y les hizo un guiño—. ¿Se han estado portando bien ustedes?

—No deberías siquiera preguntarlo muchacha —expresó Joe fingiendo sentirse ofendido—. Aquí todo está siempre perfecto. Ya sabes esas inyecciones horribles que dicen ponernos para que nuestro físico mejore no nos gustan, pero estos músculos —elevó el brazo haciendo fuerza y se lo señaló con la mano libre— son resistentes y muy fuertes. No necesito ningún medicamento. ¿Cierto que no, Palton?

—Claro, Joe — manifestó el aludido con voz suave, al tiempo que acomodaba la sábana para abrigarse mejor. Miró a la nieta de Horace—. ¿Cómo estás Abby? —Él era el más sosegado del grupo y su carácter lo acompañaba.

—Estupenda. —Agarró la mano de Horace dándole una palmadita de cariño—. ¿Cómo se ha portado mi abuelo, eh señores? ¿Le han dado acaso parte de cierto contrabando de chocolates? No, ¿verdad?

Joe la miró con estudiada incredulidad y apuntó hacia Oscar con la cabeza.

—La culpa es de él. Chantajeó a mis hijos y a los pobres muchachos no les quedó otra opción que traer esos chocolates.

Todos se echaron a reír.

Abby se inclinó hacia su abuelo y lo abrazó. Cuando lo hacía sentía que todo estaba bien. Los brazos frágiles la rodearon y apretaron apenas con fuerza.

—¿Cómo te sientes, abuelo? —preguntó con voz firme, aunque la verdad sentía más ganas de llorar que otra cosa al verlo en cama en lugar de estar en casa como siempre armando rompecabezas o limpiando su colección de monedas viejas, inclusive arreglando algún armario con sus

herramientas, aún cuando no había necesidad de ello—. Hoy tienes buen semblante.

—Muy bien, mi niña. ¿Qué tal se han portado esos diablillos en la escuela, eh?

Le tocó forzar una sonrisa, porque no podía contárselo.

—Maravillosos. Algo traviosos, pero les gusta mucho la geografía y disfruto mi tiempo con ellos. —Eso no era una mentira.

—Me alegro, Abby. Pasas demasiado tiempo aquí preocupándote por este viejo.

—¡No digas eso! Me encanta pasar tiempo contigo. Sería fantástico poder llevarte a casa, pero ya sabes que luego de la quimio prefiero que te quedes con cuidados especiales al menos dos días. Así cuando vas a casa la señora Igorson y yo podemos atenderte sin ningún temor de que pueda ocurrirte algo y nosotras no poder ayudarte.

Él soltó un gruñido.

—A tus veintisiete años, aún no tienes una cita como debe ser. Quiero conocer a mis bisnietos. ¿Acaso en esta época los hombres no tienen dos dedos de frente para darse cuenta cuando aparece una muchacha única y especial como tú? ¿Qué pasó con ese chico, el tal Rylan, por ejemplo?

Un temblor imperceptible la recorrió. Recordarlo no contribuía a mantener un talante calmado, pero eso no podría saberlo su abuelo. Su relación con Rylan había terminado dos años atrás. Él fue su segundo novio, pero el primero a quien se entregó y de quien creyó estar profundamente enamorada. Y quizá lo estuvo. Tan solo nunca se preparó para ver cómo ante sus ojos y bajo los efectos del alcohol, Rylan se acercaba enfadado hacia ella porque no le respondió una de sus llamadas y la golpeaba hasta enviarla al hospital.

Por aquellos días su abuelo estaba visitando unos amigos fuera de Baltimore, y cuando volvió a casa, ella estaba físicamente recuperada. Su rostro no fue afectado, porque la mayor parte de las agresiones fueron en sus costillas, piernas y abdomen. El precio de ese supuesto amor había sido demasiado alto. Y aunque Rylan, al recordar lo que había hecho cuando el

efecto del alcohol pasó, se postró a sus pies a pedirle perdón de mil modos, el daño era irreparable. No solo físicamente.

—En realidad...

—Buenas tardes, caballeros.—El doctor Spencer Lughan hizo su entrada en la habitación con su cabello rubio perfectamente peinado interrumpiendo la conversación, lo cual Abigaíl agradeció en silencio. Spencer fue el amigo a quien recurrió el día de la agresión de Ryan, y quien aceptó mantener en secreto la situación. Gracias a él pudo superar su aversión a los hospitales. El recuerdo de la sangre, desesperación, el dolor y la decepción de aquella experiencia con Rylan la había marcado para siempre. Spencer se giró hacia Abigail—. Abby —saludó con una gran sonrisa, y luego volvió la atención a cada uno de sus pacientes—. Es hora de alistarse para el tratamiento. — Les hizo un guiño.

Todos fingieron protestar, pero solo era un modo de acallar los nervios.

—Oye chico, si no fueses tan tiránico quizá Abby habría aceptado una segunda cita contigo—dijo Oscar riéndose—. ¡A que sí muchachos!

Los miembros de *El Club* asintieron. Estaban tensos como era normal antes de cada quimioterapia, aunque trataban de mantenerse animados con la conversación y las bromas que se gastaban unos a otros.

El equipo de médicos accedió a ponerlos juntos, porque habían notado que los ánimos cuando estaban recibiendo el químico en grupo, era distinto a cuando lo hacían separados. Si ese método contribuía en algo a que la situación médica de los ancianos mejorase, los doctores no se interpondrían.

—¡Qué remedio! Está casado Oscar —reprendió Abby con dulzura.

Spencer se había casado un año atrás, pero sus pacientes del 147 no dejaban de molestarlo con la única cita que había tenido con Abigail. Él se tomaba los comentarios con humor, al igual que su amiga.

Para Abby saber que era el médico especializado en atender a su abuelo fue una bendición. Se sentía más en confianza para indagar en profundidad y cuantas veces necesitaba sobre la Leucemia. Ambos sabían que el plan romántico no existía, pero como les tenían tanto cariño a los miembros de

El Club decidieron acceder a salir juntos, asegurándose de llevarles una foto de ambos en el restaurante para que les creyeran y dejaran de intentar emparejarlos.

—Porque fue un tonto —protestó.

Spencer se echó a reír. Nunca le había tocado un grupo de pacientes tan peculiar.

—Está casado con una de mis mejores amigas —replicó Abby quejándose con una risotada—. Eres imposible, Oscar.

—Oh... Bueno eso no nos contaste —murmuró decepcionado.

Ella no podía decirle que la memoria le estaba fallando y tenía que repetirle el mismo cuento del matrimonio de Spencer cada vez que comentaba que había cometido un error al casarse con Mónica Friedmann.

Se levantó de la cama de su abuelo para acercarse a Spencer, mientras Horace se quejaba de las noticias sobre ObamaCare y lamentaba el último desastre natural en Asia, lo cual avivó un debate con puntos de vista que se empezaron a defenderse arduamente.

—¿Cómo está reaccionando mi abuelo? —preguntó en voz baja. Spencer era dos cabezas más alto que ella, tenía los ojos más verdes que hubiese visto y una sonrisa que lograba calmar a la familia angustiada de sus pacientes—. Me preocupa, aunque hoy he visto que tiene buen semblante.

—Su condición es estable. La Leucemia mieloide aguda tiene sus etapas, ya lo sabes, pero por ahora el pronóstico se mantiene sin alteraciones. Tu abuelo tiene el mejor diagnóstico del grupo. —Ella sintió un peso más ligero sobre los hombros—. Mónica está algo preocupada, no ha sabido de ti en semanas. Me ha dicho que antes solías llamarla con más frecuencia. ¿Cómo estás tú?

Mónica y Abigail se conocían desde la universidad. Y cuando Abby pensó que el hombre perfecto para una de sus mejores amigas sería Spencer, no se equivocó. La química que existía entre ambos era envidiable y él había pasado de vivir para la clínica, a hacerlo todo en pro de su flamante familia. A pesar de que les llevaba a su esposa y a Abby diez años en diferencia de edades, aquella década de distancia no era más

que una cantidad, pues él y Mónica se complementaban perfectamente.

Los hombros de Abby se hundieron.

—Me he quedado sin empleo —le confesó en un susurro, mientras las enfermeras entraban para ajustar todos los implementos médicos de los pacientes—. Ya encontraré algo, pero por ahora le diré a mi abuelo que he tomado unas vacaciones un par de días. No quisiera preocuparlo.

Spencer negó y sus cabellos rubios se agitaron ligeramente.

—Lo lamento. Intentaré indagar si acaso sé algo para que puedas aplicar. —Le dio un apretón con afecto en el hombro—. No quiero presionarte, pero ya sabes que Mónica está esperando que vayas a conocer a los gemelos. Creo que poco a poco puedes ir superando aquel episodio con el gusano de Rylan. No sé por qué no lo denunciaste, Abby —meneó la cabeza con resignación ante la expresión inquieta de ella—. En todo caso. La invitación está abierta para que vengas a visitarnos, nos gustaría mucho tenerte en casa.

Ella sonrió. Le daba alegría por su amiga que había tenido gemelos.

Por otra parte, cada vez que Spencer le consultaba el porqué no había denunciado a Rylan, ella tenía una respuesta sencilla. No quería declarar sobre aquel horrible episodio y que desconocidos indagasen y juzgaran algo que no habían vivido. Su ex novio ya no había intentado contactarla de nuevo, y se había mudado de estado. Ahora estaba tranquila y era todo lo que importaba.

—Gracias, Spencer —bajó la voz aún más—, gracias por todo cuanto has hecho por mí. Iré a ver a los gemelos apenas pueda. —«O más bien apenas sea capaz de ver a un bebé sin recordar mi pasado y echarme a temblar». Decidió cambiar el tema—. Grace me ha dicho que Oscar no tiene más tiempo... —Miró al amigo de su abuelo, que gesticulaba con una gran sonrisa.

Spencer asintió con resignación. A pesar de que trataba pacientes con cáncer todos los días, no resultaba menos triste saber que algunos de ellos no iban a pasar las pruebas y tratamientos. Al final no solo era el sufrimiento de un paciente, sino de toda la familia.

—Él ha luchado con firmeza. Ha sido un gran paciente. Esta es parte de mi frustración profesional, Abby. Ya no hay nada que podamos hacer por su salud. No queremos forzar su organismo.

—¿Le están aplicando quimio por la vena como a todos? — preguntó afligida.

Detrás de ellos, las enfermeras terminaron de sentarlos a todos en las sillas de ruedas en las que solían acomodarlos para la quimioterapia. Ellos exigían colocarse todos en un semicírculo, así, mientras el químico se colaba por sus venas, charlaban y veían algún programa de televisión que les gustara. Aquel era el modo de olvidar por qué diablos tenían agujas en el cuerpo, un personal médico alrededor y sus cuerpos sufrían drásticos estragos al final de cada sesión.

—Ya no. Él cree que es así, pero ahora es solamente suero. Hemos suspendido los químicos. Su familia quiere que sea de ese modo.

—Entiendo. ¿Pensará que está curándose entonces...? —Su mirada azul se volvió triste—. Tendrá esperanzas hasta que un día simplemente se apague, ¿verdad?

Spencer le acarició el cabello con afecto. No respondió.

—Abigaíl, no es justo que pases todo ese trago amargo tú sola. Nunca podré pagarte del todo el que me hayas hecho conocer a la mujer de mi vida, pero al menos hazle caso a mi esposa. Acepta una de sus citas a ciegas.

Eso arrancó una risa en ella.

—Spencer dile a Mónica que por ahora no estoy interesada en citas a ciegas. Solo de recordar todas las que me organizaba en la universidad me echo a temblar. —Ambos se rieron olvidando por un momento el motivo que los reunía en esa habitación de la clínica—. Además, si yo no los hubiese presentado de seguro el destino se habría encargado de hacerlo en cualquier momento.

Spencer la miró con afecto fraternal.

—Dentro de un par de semanas vamos a organizar una *barbecue*.

Vendrán algunos amigos, ¿qué te parece si nos acompañas?

—Lo pensaré, gracias Spencer.

—Bien, ya sabes dónde vivimos. —Se giró hacia los cuatro pacientes retomando su tono profesional—. Ahora tengo que atender a estos caballeros —dijo en voz alta—, optimismo arriba, señores.

Aquella noche, Abby apenas consiguió dormir. Su abuelo había recibido bien el tratamiento, pero la fatiga en sus ojos contrastaba con la sonrisa perenne cada vez que la miraba. Antes de salir de la clínica pasó por un McDonald's. Se sentía demasiado agotada para cocinar algo medianamente saludable.

«Mañana será un nuevo día», pensó antes de acomodarse entre las almohadas de su cómodo colchón. Cerró los ojos y decidió que tan solo por esa noche iba a enviar sus preocupaciones al fondo de su mente.

Capítulo 2

Un pequeño y suave bultito le saltó encima despertándolo al instante. Con una sonrisa, Cole Sherman abrió los ojos y tomó a su hija de cinco años en brazos. Le agitó el cabello negro y lacio, mientras la pequeña reía.

—¡Me has atrapado! ¡Me has atrapado, papá! —gritó eufórica, cuando intentaba deshacerse de las manos bronceadas y fuertes que la lanzaban al aire juguetonamente—. ¡Bájame! ¡Bájame! —exclamaba riéndose.

—¿Cómo está mi niña traviesa hoy, eh? —preguntó con voz cargada de afecto. Tener a su hija en brazos era la sensación más hermosa del mundo. La amaba con todo su corazón. Aquella mañana repetían el juego de todos los fines de semana. Él fingía que lo tomaba por sorpresa al despertarlo el domingo, y a cambio ella se desternillaba de la risa cuando la lanzaba al aire y luego le hacía cosquillas—. ¿Dormiste bien, Hannah?

—Sí —sonrió con todos sus dientecitos—. Quiero mermelada de frutilla. Tengo hambre, mucha hambre. — La pancita le gruñó demostrando que era cierto.

Él enterró la nariz en el cuello de su hija y aspiró el olor a bebé, a inocencia y amor. Ser padre soltero no era nada sencillo, y a pesar de que su madre a veces lo guiaba en el cuidado de Hannah, lidiar con las pataletas, la enfermedad típica de los niños y las tareas del colegio, le sacaba canas de verdes. Pero adoraba a su hija y cualquier esfuerzo valía la pena por verla sonreír.

Como especialista en programación de informática tenía también que atender su negocio y procurarle la mayor concentración posible para que los softwares salieran convertidos en proyectos con una ejecución perfecta. Así era como se ganaba la vida. Creaba programas de desarrollo para empresas multinacionales. Era el mejor en su campo y tenía a cuestas un sinnúmero de premios y reconocimientos. Había fundado su compañía, Corporación Zaga, cuando tenía veinticinco años, es decir, once años atrás. El financiamiento lo consiguió gracias a Matheo Ripollini, un profesor de su universidad, Loyola University Maryland, quien casualmente era el padre de Celeste.

Recordaba cómo se sintió el primer día que conoció a la madre de Hannah.

Fue durante una feria académica en la que Matheo era el organizador. Celeste apareció cerca de su stand y lo dejó boquiabierto. Era casi tan alta como él, y eso que medía un metro ochenta y cinco, tenía el cabello negro y ondulado hasta los hombros, y los ojos verdes más impresionantes que hubiese visto. Se hicieron amigos fácilmente. Celeste tenía un gran sentido del humor, y era una mujer enérgica y decidida en todos los sentidos. Ella contaba con una maestría en literatura inglesa, y él acababa de sacar su doctorado en informática a una edad muy adelantada; no por algo lo consideraban prácticamente como un genio con los algoritmos y lenguaje informático. Él y Celeste estuvieron saliendo alrededor de dos años, y cuando quedó embarazada de Hannah, se casaron.

Corporación Zaga empezó a prosperar rápidamente y con ello se redujo el tiempo que él podía pasar con Celeste en casa o salir a fiestas. Entonces llegaron las peleas, los resentimientos, y poco a poco sintió cómo ella se distanciaba sin intentar comprender que él se esforzaba para darle una mejor vida.

El suyo fue un matrimonio cargado de temperamento y peleas que terminaban con un sexo alucinante. Pero para Cole, la pasión no era suficiente. Después del nacimiento de Hannah, su esposa se volvió más quisquillosa y demandante con el tiempo, pero él estaba en medio de proyectos de expansión y no podía atender todas esas demandas. La Celeste dulce y comprensiva de aquellos dos años de noviazgo se había esfumado.

No sabía si acaso por soledad, pero un día volvió a casa inesperadamente y se llevó un golpe que le quitó sus intenciones de compensar a Celeste, por lo que fuera que ella lo culpase. Quiso sorprenderla, porque habían estado particularmente distantes. Así que le compró un par de pendientes de diamante en *Tiffany&Co.*, y un ramo de lirios. En aquellos tiempos, Hannah tenía seis meses de haber nacido.

Con una gran sonrisa él había entrado a su habitación. La sorpresa la recibió él.

Al abrir la puerta, Celeste estaba retozando en *su cama* con otro.

Aquellos eran recuerdos agrios y tristes. La infidelidad de Celeste fue el preámbulo de la ruptura definitiva de su matrimonio. Ambos intentaron componerlo, pero él se sentía muy dolido por la traición, peor cuando juntos habían procreado a una niña tan maravillosa como Hannah, así que se refugió en el trabajo y apenas hablaba con Celeste.

Entonces ella empezó a acusarlo de engañarla y pagarle con la misma moneda por haberla encontrado con otro. Lo cual, por supuesto, era una mentira. Se volvió celosa y en extremo posesiva. Así que él evitó a toda costa responderle el teléfono cuando, después de cualquier discusión en que se iba dando un portazo a su oficina, ella empezaba a llamarlo al móvil como loca. Lamentablemente, en lugar de tomar conciencia de su proceder y el daño que estaba haciéndole, Celeste volvió a engañarlo. Hasta que hubo un momento en que a él no le importó más, y cualquier sentimiento que hubiera quedado por ella, inclusive el respeto, se perdió. La empezó a tratar como una desconocida, algo que la ponía más furiosa, y trasladó todas sus pertenencias a la habitación de invitados. Desde que había descubierto su infidelidad, no volvió a compartir la misma cama con ella. Todo su amor y tiempo libre se lo dedicaba a Hannah.

La situación se volvió cada vez menos tolerable.

Un día se quedó hasta muy tarde trabajando en la oficina. Horas antes había tenido otra de las discusiones con Celeste porque se negó a ir a una cena en la que estarían importantes personalidades de la ciudad. Estaban a punto de encontrar la variable exacta para que su algoritmo funcionara cuando Sussan, su asistente, entró con el rostro desencajado a su despacho.

La actitud de Sussan le pareció extraña, porque la mujer de cincuenta años solía ser bastante inexpresiva. Con voz trémula, le comunicó que habían llamado del hospital, porque Celeste había sufrido un accidente de tránsito. Inmediatamente, él buscó su teléfono móvil. Tenía cuarenta llamadas perdidas, casi todas de su esposa y un par de números desconocidos. Salió a toda velocidad de la empresa, pero cuando llegó a la sala de emergencias era demasiado tarde. Celeste había tenido un paro cardio-respiratorio a causa de las múltiples heridas, y no alcanzó a verla con vida.

Su único consuelo era que Hannah se había quedado en casa con Greta,

la niñera, y él dio gracias al cielo que Celeste hubiera llevado a su hija en el automóvil.

Aquellos años fueron miserables. Su empresa quedó en manos de su socio, Abraham Collins, y él se dedicó en cuerpo y alma a Hannah. Poco a poco recuperó el ritmo de su vida, volvió al gimnasio, a sus horas de programación de softwares diversos, pero se prometió jamás involucrarse emocionalmente con nadie. Creyó amar una vez, pero todo se había ido al diablo. «Quizá nunca fue amor.»

—¡Papaaaá! —gritó Hannah sacándolo de sus pensamientos—. Tengo hambre.

Le sonrió.

—Muy bien, jovencita. Antes de comer, primero tenemos que cambiarnos de ropa.—Se incorporó con Hannah en brazos que lo miraba con sus ojazos azules diáfanos y cargados de la chispa de alegría que caracterizaba a los niños—. Luego iremos a desayunar y finalmente a pasear en bote. ¿Qué te parece?

Sintió cómo la pequeña se tensó.

—No quiero que vaya esa señora. —Puso sus manitas sobre su pequeña cintura, mostrando el carácter Shermann—. Ella no me gusta.

Él sabía a *qué señora* se refería exactamente.

Justine Williams era una mujer guapísima con la que salía ocasionalmente. Exuberante y de buen gusto. Un poco de sexo sin compromiso o al menos ese fue el acuerdo desde un principio; el que solía tener con sus amantes esporádicas. Sin embargo, las últimas semanas Justine intentaba que se vieran más seguido o que su hija formara parte de las salidas. Se estaba convirtiendo en algo complicado, y él no tenía tiempo para liarse con una relación estable. Su hija y el trabajo le consumían demasiadas horas.

Una mujer solo se convertía en un inconveniente cuando empezaba a exigir como intentaba Justine, y él no quería imponer a Hannah una presencia femenina, pues la niña era muy sensible y cuando se apegaba a alguien lo hacía de todo corazón. Sabía que Justine no era una presencia

permanente, así que crear un vínculo entre ella y su pequeña no era una opción.

Además, Hannah no era una niña confiada, de hecho, repelía habitualmente a los extraños, pero se entregaba de verdad cuando tomaba afecto a alguien, y quizá ese era un rasgo que llevaban los Shermann en la sangre. Y desde un principio, a su hija no le gustó Justine, así que no iba a ceder ante su amante solo para que borrara de su rostro hermoso los morritos que solía hacer cuando no se salía con la suya. Si para evitarle algún mal rato a la niña tenía que estar solo, lo haría hasta que Hannah fuese a la universidad, y mientras tanto prefería las relaciones esporádicas y discretas.

—¿Por qué no te cae bien, cielo? —preguntó lavándole los dientes. Cuando se enjuagó la boca, la sentó en el inodoro y esperó. Aquella era una rutina que se había vuelto natural, así como cambiar pañales y leer cuentos antes de dormir.

Ella lo miró con un puchero.

—Solo no me gusta, papá.

Y ahí tenía la explicación más sincera que un niño podía darle. No le gustaba. Punto.

—Entonces iremos a pasear en bote los dos. —La aseó, y le puso talco de bebés.

—¡Yupi! —Dio un brinco cuando Cole terminó de ponerle el vestido sin mangas rojo con celeste—. ¿Podemos ir a visitar a la abuela después?

—Si haces primero los deberes. —Le tocó la naricita con el dedo cariñosamente—. Esa es la condición, princesa.

—¿Es un trato? —preguntó como siempre hacía cada vez que él le pedía algo, y ella deseaba obtener otra cosa a cambio.

Estiró su manita pequeña y su padre la apretó con suavidad.

—Un trato, señorita Shermann.

La risa infantil y cantarina llenó la estancia.

Cole la llevó de la mano hasta la cocina y le sirvió un tazón de leche con cereales, pan tostado con mermelada de fresa y queso, y para él un café solo y un sándwich de prosciutto. Contempló a su hija y no pudo evitar que lo invadiera un ligero pesar.

Hannah era su viva imagen, pero también tenía algunos rasgos muy característicos de Celeste. Por ejemplo, el modo de sonreír y cómo fruncía la nariz cuando estaba enfadada. Hacía ya cuatro años que era viudo, y aunque no tuvo un buen matrimonio, a veces lo invadía la culpa pensando en lo que pudo ser, si él quizá hubiera sabido combinar mejor su tiempo entre su familia y su trabajo. Pero lo que Celeste nunca entendió es que lo hacía para darles una mejor vida a ambas, le había devuelto su afán de éxito con infidelidades.

El pasado era el pasado. Ser viudo era muy difícil y a veces temía no estar criando bien a Hannah, pero siempre había enfrentado los obstáculos con tezón, en esta ocasión no podría ser diferente. Además, no se trataba solo de su vida, sino la de una pequeña inocente que llevaba su apellido y su sangre.

Después del paseo en bote, una caída con un pequeño raspón en la rodilla durante una visita al parque, dos algodones de azúcar, un peluche y los mimos de la abuela Willow, Hannah dormía plácidamente en el asiento del copiloto del automóvil, mientras Cole conducía hacia el supermercado.

Había sido un domingo agotador. Su madre y su padre eran los consentidores de su hija, que era la cuarta nieta, porque su hermana, Lana, tenía ya tres niños, así que Hannah era la princesa de la casa. Tenía vestidos, obsequios, galletas, todo lo que sus abuelos creyeran que necesitaba... aunque en realidad no le hiciera falta.

—Despierta cariño. —La movió ligeramente—. Hemos llegado al supermercado. Podrás elegir las golosinas que quieras.

Somnolienta, la pequeña abrió despacio los párpados cargados de largas pestañas como las de su padre.

—Quiero *marshmallows*.

Cole se rió y bajó para sacarla del asiento. «Sí. Lo suficientemente despierta para empezar a pedir golosinas», pensó sonriente.

—La condición es que no te pierdas de mi vista.

—Muy bien. Trato hecho, papá.

El supermercado era su peor pesadilla de domingo. Estaba completamente abarrotado. No le quedaba otro remedio que hacer las compras, postergarlo era imposible, pues la niñera de toda la vida de Hannah, le había hecho una lista específica de alimentos para su hija. En la refrigeradora no quedaba nada que un niño de cinco años pudiese comer y que no estuviese en la categoría golosinas.

Mientras elegía entre la oferta de pasta dentífrica pensaba en el modo de conseguir que Templeton & Company le comprara el nuevo software. Las conversaciones de negociación estaban muy avanzadas, pero la empresa quería ver un modelo piloto y él aún tenía algunas aristas por trabajar. El programa era pionero en la industria y por ello lo manejaba con el máximo secretismo. Ni siquiera Abraham, su socio y amigo desde las aulas universitarias, conocía los detalles más importantes. Si lograba vender su proyecto triplicaría su fortuna.

Hannah se soltó de la mano de Cole, y al verlo tan concentrado leyendo las etiquetas, decidió dar un pequeño paseo por el corredor de golosinas.

El pasillo estaba lleno de personas demasiado grandes para ella, pensó Hannah. Algunos la empujaban sin querer, y otros niños de su edad se quejaban de que no querían permanecer en la silla portátil, mientras sus padres deambulaban por el inmenso supermercado. «Menos mal yo soy grande y no necesito la sillita», pensó contenta.

Cuando finalmente tuvo entre manos una bolsa gigante de piruletas, pues al parecer los marshmallows se habían acabado, fue a buscar a su papá. No lo encontró por ningún lugar. Preocupada, temió que la hubiese dejado por haberlo desobedecido y no quedarse junto al carrito de las compras con él. Se movió de un lado a otro, pero la cantidad de personas grandes no la dejaban ver. Aferró con fuerza la bolsa de piruletas. A pesar de que era una niña valiente, no pudo evitar soltar dos lagrimones.

Estaba a punto de gritar cuando se tropezó con un par de piernas. Deducía que era una chica, porque llevaba las uñas de los pies pintadas de rosa y unas zapatillas lindísimas color dorado. Ese color lo había aprendido

en la escuela. A ella le encantaban los colores.

Miró hacia arriba y se encontró con un ángel.

—¿Eres un ángel? —preguntó hipando. Ella no quería seguir llorando, pero no podía evitar que las lágrimas continuaran cayendo por sus mejillas—. Estoy perdida... —susurró, al tiempo que le halaba del jean al ángel para que le prestara atención.

La mujer se acuclilló hasta llegar a su altura. Le sonrió. «¡Un ángel le había sonreído!», pensó Hannah.

—Hola, pequeña. No, no soy un ángel —se rió—. Soy tan humana como tú. ¿Por qué lloras, preciosa? — Le secó las lágrimas con gentileza con un kléenex que sacó de su bolsa.

Tenía los dedos suaves, notó Hannah, muy distintos a los de su papá.

—No lloro —enfaticó su negativa con la cabeza y los cabellos lacios se agitaron—. Tan solo me he perdido. Soy valiente. —Soltó otro sollozo.

—Lo eres —sonrió de nuevo. Era la niña más deliciosa que Abigail hubiera visto. Le enterneció el corazón. Claro que le gustaban sus alumnos, pero esta niña tenía algo distinto. Especial—. ¿Estás buscando a alguien? — preguntó.

La niña asintió.

—Mi papá —hipó—, no lo encuentro. Aquí hay mucha gente. Muy grande y no puedo ver. Me llamo Hannah Rose Shermann.

—Mucho gusto, Hannah. Soy Abigaíl Montgomery, pero mis amigos me dicen Abby — replicó con una sonrisa. Le quitó, no sin esfuerzo, la gran bolsa de piruletas—. No me voy a quedar con tu bolsa de dulces. ¿Te gustan mucho, eh? —Hannah asintió—. Te voy a ayudar a cargarlas, no me las voy a quedar. ¿También estás perdida de tu mami?

La niña negó con la cabecita y el vestidito rojo con celeste se movió sobre sus tiernas rodillas. Abby se fijó en las medias casi grises, algún día fueron blancas, que protegían sus piecitos enfundados en bambas rojas. «Vaya padre descuidado», pensó con enfado.

—Mamá se ha ido al cielo —respondió con naturalidad.

Pobre niña, pensó Abby, tan pequeña y sin mamá. Y qué descuidado su padre al dejarla deambular por doquier sin vigilarla lo suficiente. Un hombre irresponsable era lo peor. Ya tenía ella una lista de casos entre sus estudiantes, cuyos padres no se interesaban por sus hijos; en las reuniones de padres de familia se dormían o no acudían a los eventos importantes. Eran pocos los papás responsables e involucrados. ¿Por qué creían que aquello era una tarea solo de las madres?

—Oh, lo siento pequeña. — La abrazó en un impulso. Y sorpresivamente, en lugar de alejarse, la niña le devolvió el gesto.

—Hueles a flores y tienes los ojos azules como los míos. Mamá tenía el pelo negro como yo. —Se lo señaló—. Ya casi no me acuerdo de mamá.

Abigaíl le sonrió pensando en que ella también perdió a sus padres siendo muy pequeña. La empatía con la niña creció.

—Tu pelo es precioso, Hannah. Ahora dame la mano vamos a buscar a tu papá. Así esas lágrimas dejarán de salir definitivamente. ¿De acuerdo?

Asintió y tomó de la mano a Abby. No le gustaban los extraños, pero el ángel, porque definitivamente lo era, iba a cuidarla. Ella lo sabía.

Abigail hacía las compras porque era un modo de disiparse. Además que su refrigerador estaba vacío. El estrés y la preocupación le quitaban el apetito, pero no podía continuar con ese ritmo. Su suerte de hecho era magnífica, aquella tarde el automóvil no quiso encender. Así que tuvo que llamar a su mejor amigo, Richard Bale, quien como siempre, se ofreció a llevarla a donde quisiera.

Richard no solo le servía de paño de lágrimas, sino que también la ayudaba a salir de apuros. La iría a recoger cuando tuviera lista las compras, para que no gastara en un taxi. A cambio, ella le prometió que aquella noche le haría la cena. Él preguntó si podría invitar a Deanna, su novia. No puso objeción, de hecho, Deanna le parecía encantadora en ocasiones, solo que no veía muy feliz a Richard, pero esas conjeturas se las guardaba. Su amigo solía ser bastante necio, si ella hacía algún comentario lo más probable era que dejara de hablarle un tiempo. «Todo tenía que caer por su propio peso con Richard, sino, de nada servía».

En la mañana había llamado a su abuelo a la clínica para saber cómo iba su recuperación. Horace le dijo que no se preocupara, lo cual implicaba que debía hacerlo. Él estaba en esos días complicados en los que prefería la soledad. Ella respetaba esa necesidad de espacio, por más preocupada que estuviese, y confiaba en el personal de la clínica. Sin embargo, no podía dejar de llamar a Spencer, quien le había explicado que aparte de los efectos normales de la quimioterapia, Horace estaba bien.

Con la pequeña de la mano, Abigaíl empezó a buscar poco a poco entre los abarrotados pasillos al irresponsable señor Shermann.

Cole sintió cómo el corazón le latía desbocado. «Era un mal padre. El peor padre del mundo». Desesperado empezó a mirar frenéticamente a su alrededor. El lugar estaba muy lleno, así que dejó tirado el carrito de las compras. ¿Cómo no sintió cuando Hannah se desprendió de su mano? ¡Maldita sea! ¡Por estar pensando nuevamente en su condenado trabajo! Sentía todo el cuerpo tensionado. Corrió de un pasillo a otro. Preguntó a los guardias de seguridad, les enseñó la foto de su hija. Nadie la había visto. ¿Cómo diablos puede desaparecer una niña tan rápido? ¿Cómo no la veían?

Había recorrido dos veces cada uno de los veinte pasillos. Nada. Por ninguna parte. «¿Y si llamaba a la policía? Sí, seguramente era momento de reportar a la unidad de secuestros. También demandaría al centro comercial por no tener las adecuadas medidas de seguridad». Se dirigió a la caja, decidido a montar un escándalo, cuando de pronto la vio.

El alma le volvió al cuerpo. Y también con ello, llegó la furia.

Su hija estaba siendo arrastrada, secuestrada, por una mujer joven. No podía verle la cara. Tan solo quería que la justicia se la llevara. Que la encarcelaran, eso era, debía pasar el resto de sus días pagando por haber intentado secuestrar a su niña.

—¡Guardias! ¡Guardias! —gritó a un par de policías que custodiaban la salida del supermercado. Las cajeras lo miraron como si estuviese loco, y algunos clientes también. A él no le importaba que miraran lo que quisieran—. ¡Detengan a esa mujer! Está secuestrando a mi hija —bramó furioso.

Al escuchar el ruido que se producía detrás suyo, Abby tomó en brazos a Hannah. Pretendía llevarla a la salida, quizá a así su padre lograba verla al salir, pues no habían tenido suerte en los pasillos. Seguro estaban cruzados por la cantidad de gente.

Intentó hablar con la persona encargada del megáfono y los altoparlantes que hacían los anuncios varios del supermercado, pero el señor estaba ocupado atendiendo una queja. Así que llevar a la pequeña a la salida era la única opción.

Se giró para ver a qué se debía tanto ruido cuando reparó que dos guardias corrían con prisa. Miró alrededor. No había nada extraño. Por precaución abrazó a Hannah y avanzó hasta un cubículo donde no podía ser vista tan fácilmente. Si había algún problema o un ladrón por atrapar no iba a ponerse en riesgo, peor con una pequeña en brazos.

—¿Qué pasa, por qué todos están gritando? —susurró Hannah contra su cuello.

La abrazó con fuerza.

—Shhh. Nada, pequeña. Vamos a escondernos aquí. Parece que hay alguien malo alrededor y aquí vamos a protegernos.

—Quiero a mi papi —empezó a llorar quedamente.

—Shhh. —La calmó de nuevo dándole un beso en la sien—. Vamos a encontrarlo, dulzura, apenas...

—¡Esta! ¡Es esta mujer! —gritó un hombre interrumpiéndola.

Lo siguiente que Abby sintió fueron las manos firmes y poco gentiles de dos guardias de seguridad apretándole los brazos y levantándola. Le habían arrebatado a la niña de los brazos. Eso no podía permitirlo. Empezó a debatirse intentando soltarse. Su fuerza era nula comparada con esos dos gorilas. Escuchaba los murmullos de la gente que se congregaba alrededor como si ella fuese la más cruel de las villanas.

Cuando finalmente logró con un soplo nada elegante quitarse el cabello de la cara encontró a Hannah. El hombre más guapo que hubiera visto en mucho tiempo la acunaba en brazos. Era alto, al menos una cabeza

más que ella, tenía el cabello negro y abundante, barba de dos días, la nariz recta, barbilla fuerte y los del color de la obsidiana. En ese momento la mirada que le dirigía era muy oscura y cargada de desprecio.

Se sintió confusa.

—¿Se puede saber por qué me retienen estos hombres? —preguntó ella, mientras Hannah sollozaba.

—Intentabas secuestrar a mi hija —espetó con acidez.

Ella abrió la boca. La cerró de inmediato.

—¡¿Secuestrarla?! ¿Es que te has vuelto loco? —gritó.

—Tiene que acompañarnos señorita —dijo uno de los gorilas aflojando ligeramente la presión—. Vamos a llevarla a la policía.

Pronto llegó el supervisor del lugar. Ella lo dedujo por la placa que llevaba en el uniforme y el modo pretencioso con el que caminaba.

—¡Suéltense! —exigió—. Están vulnerando mis derechos. Ustedes no son la policía y no tienen ninguna autoridad para tocarme —exigió enérgica y enfadada tratando de zafarse. «¿De dónde sacaba el idiota del padre que ella podía querer secuestrarla?».

Inmediatamente, al darse cuenta que Abigaíl tenía razón, los guardias la soltaron y ella se frotó los brazos donde la habían sostenidos aquellas pinzas humanas.

Las personas alrededor observaban el espectáculo, y murmuraban por lo bajo.

Cole abrazaba a Hannah con ternura y fuerza. Por un momento temió haberla perdido, y al sostenerla entre sus brazos poco a poco su nerviosismo y ansiedad fueron remitiendo. La secuestradora, tenía que admitir, era una preciosura. «Seguro que con esa apariencia inocente engañaba a los niños.»

Si las miradas mataran, en ese instante él estaría camino a la morgue. Los ojos azules de la muchacha desprendían dagas de hielo, y el jersey café se le había subido ligeramente dejando entrever la piel suave del abdomen

plano, seguro aquello ocurrió cuando forcejeaba con los guardias. Además, la prenda estaba estirada hacia atrás, por lo que se marcaban un par de pechos bastante generosos. «¿Qué le pasaba? ¡Era una delincuente! ¿Qué más le daba si tenía la figura voluptuosa y sensual?»

—Papá... —susurró Hannah bajito contra su cuello—. Papá...

Quitando la mirada de la secuestradora, reparó en su hija.

—Dime princesa —respondió besándole la mejilla.

—Papá, ¿por qué esos señores tratan así al ángel? —preguntó levantando su cabecita y girando el cuello para ver hacia atrás.

—Al án...

Claro. Su hija veía la bondad en aquella mujer. ¿Qué edad tendría? ¿Veinticinco? ¿Treinta? Muy joven para desperdiciar su vida siendo delincuente.

—Ella ha intentado llevarte. Ha sido una mala persona. Las malas personas se merecen un castigo. La van a llevar a la policía.

La mirada de Hannah se alarmó.

—No papá. No. El ángel no es malo. —Negó con su cabecita—. Me estaba cuidando porque tú no estabas y no podía encontrarte —murmuró en tono igual de bajito que su padre—. No dejes que le hagan daño. Por favor —suplicó.

El supervisor empezó a pedirles a los clientes que fueran a atender sus compras, y dejaran la escena. A regañadientes, poco a poco, obedecieron. Era comprensible que estuvieran ahí husmeando, después de todo a nadie le gustaba perderse un buen cotilleo.

La secuestradora, como Cole la llamaba, estaba de brazos cruzados ahora. Y se había arreglado el jersey. Los guardias, el supervisor y dos extraños más les pidieron reunirse en un salón alejado de los corredores del supermercado para dejar de hacer una escena y arreglar el asunto con más privacidad.

—No voy a ningún lugar con ustedes —rehusó Abigaíl. «¿Qué se creían

para tratarla de este modo? ¡Ella interpondría una demanda por ultraje!» —. Me voy. Eso me pasa por intentar ser una persona acomodada. —miró a Cole—. Y tú, en lugar de estar buscando culpables deberías preocuparte más por tu hija. ¿Qué habría sucedido si otra persona la encontraba? ¿Crees que hubiera protegido a la pequeña? ¡Inconsciente! Además la tienes toda sucia, ¿no sabes hacer la colada para una niña? ¿Utilizar una lavadora?

Cole achicó los ojos, y la furia irremediablemente lo invadió de nuevo.

—¡A mí no me hables de ese modo! — gritó Cole acercándose lo suficiente con Hannah en brazos—. No he cuidado a mi hija todos estos años, para que una mocosa bribonzuela como tú venga a tratar de hacerme quedar como un idiota.

—Porque lo eres —gruñó conteniendo las ganas de darle una bofetada por haberla llamado de ese modo—. Y para que conste —dirigió una mirada de fastidio a los guardias—, yo estaba buscando quedarme a la salida a ver si este irresponsable —señaló con la barbilla a Cole—, se daba cuenta dónde estaba su hija. Me escondí con ella detrás de ese biombo pensando que había un ladrón y por eso los guardias corrían.

En ese momento Hannah empezó a llorar. Y se removió de los brazos de Cole para que la dejara en el suelo. Reacio, él la dejó.

La pequeña corrió y se abrazó a las rodillas de Abby.

—Señor, ¿desea que llamemos a la policía? —preguntó el supervisor temiendo una demanda de Abigaíl. No era buena propaganda y su jefe seguramente le echaría la bronca. Además era evidente que la niña no veía nada malo en esa señorita. Pero tenía que preguntar, pues a él le gustaba seguir el procedimiento.

Cole, al ver que su hija sentía que la mujer no le hacía daño, desistió. Hannah era huraña con los extraños en general y los niños tenían un buen instinto para saber quién era el bueno y el malo. Él confiaba en los instintos de su hija. Quizá se había precipitado a juzgar a la muchacha que tenía delante, que ahora lo observaba altiva y furiosa.

Abby se inclinó acarició los cabellos de la pequeña, y a Cole le sorprendió ver cómo sus ojos azules se dulcificaban y se volvían cálidos. Algo se removió dentro suyo, pero se dijo que se debía al alivio de que

Hannah estuviera a salvo.

—No... no. —Se pasó los dedos por el cabello—. Ha sido un mal entendido, señores. Muchas gracias, pero ahora vamos a arreglar la situación entre nosotros.

Abigaíl se incorporó, y al escuchar a Cole puso los ojos en blanco.

—Señorita lamentamos... —empezó el supervisor con su tono de omnipresente.

Ella lo detuvo con la mano libre, pues con la otra sujetaba a Hannah.

—No quiero escucharlo. Si al salir de aquí tengo la ligera sensación de que quiero demandarlos, lo haré —amenazó—. Me han tratado como una delincuente y me han humillado. Es lo menos que se merecen, una demanda.

El supervisor, J. Maloney, Abby alcanzó a leer la letra pequeña de la plaquita del hombre en la pechera del uniforme, se aclaró la garganta.

—Le daremos una tarjeta para compras ilimitadas de un año, señorita. De verdad, no quisimos que esto ocurriera, pero era evidente que...

—No era evidente nada, y tampoco pienso darles las gracias por la tarjeta de consumo —replicó ella. «Una tarjeta ilimitada y ella sin trabajo. Perfecto»—. Una compensación es lo mínimo que merezco.

Los aludidos desaparecieron con murmullos de disculpas, no sin antes pedirle que les facilitara una tarjeta de contacto para extenderle el crédito para el resto del año. Ella, menos mal, aún guardaba en su billetera un par de tarjetas de presentación profesional, y le entregó una de ellas a J. Maloney.

Cole se inclinó y aupó a su hija.

—Soy Cole Sherman, ¿señorita...?

Ella se encogió de hombros y lo miró con fastidio.

—Qué más le da. No quiero saber de usted —replicó arisca—. Tengo que irme. Qué pena que un hombre tan idiota tenga una hija tan linda. —Se acercó hasta Hannah, enviándole a Cole un aroma de flores que lo afectó

como hacía mucho tiempo no le ocurría. Tuvo ganas de tomar el rostro hermoso de la muchacha entre sus manos y disculparse. A besos—. Adiós pequeña — dijo a Hannah con ternura.

—Espere... —llamó Cole, cuando Abigaíl se alejaba.

Ella se detuvo, pero no se volteó.

—¿Cuál es su nombre? Permítame compensarle este mal rato... por favor. Espero que entienda, ella es todo lo que tengo —expresó con suavidad—. Si algo le hubiese ocurrido no habría podido perdonármelo.

Por algún motivo, Abby supo que Cole Shermann no era de los hombres que solía pedir “por favor” o “disculpas”. Pero al menos sabía reconocer sus errores. Y ella no era tan mala después de todo.

Ella suspiró antes de girarse.

—Y sí se hacer la colada —expresó intentando hacer una broma, a la que ella no sonrió. Aunque más que una broma sentía la estúpida necesidad de justificar el estado de las medias de su hija. No era un hombre dado a explicar sus acciones, pero por algún motivo sentía ganas de demostrarle a aquella desconocida que hacía lo mejor que podía—. Veníamos del parque. No soy el mejor padre del mundo, pero intento serlo —afirmó con severidad.

Se quedó en silencio, antes de asentir.

—Supongo que lo es...

—¿Me dirá su nombre? —preguntó con tono suave.

—Abigaíl Montgomery, pero me dicen Abby —contestó ajustándose el jersey.

—Abby —repitió Cole. Le gustaba ese nombre—. Hannah y yo queremos invitarte a tomar un helado. ¿Cierto, princesa? — Miró a su hija que contemplaba con una sonrisa a Abigaíl.

—¡Sí!

Iba a responder cuando sonó su móvil. Vio en la pantalla quién llamaba. No iba a dejarlo plantado. Le hizo una seña a Cole para que aguardara un

momento.

—¿Richard? Sí. No he alcanzado a comprar. ¿Me llevarás? ¡Eres un sol! Claro. —Se echó a reír cuando Richard le dijo que le debía dos cenas—. Salgo en dos minutos.

Por el motivo que fuese a Cole no le sentó muy bien saber que Abigaíl tenía un novio. «El susto de casi haber perdido a Hannah de seguro le había afectado el cerebro, ¿qué más le daba si la mujer se dedicaba al striptease?»

—Lo siento, no puedo ir con ustedes. Van a pasar por mí dentro de poco.

Hannah hizo un puchero.

—¿Tu esposo? —Cole no pudo evitar preguntar y se reprendió por su impertinencia—. Lo lamento no es de mi incumbencia.

—No, no es mi esposo, sino Richard —sonrió evitando responder directamente. No tenía que darle explicaciones a un extraño. Por muy guapo y sexy que fuera—. Debo irme. Acepto tus disculpas y gracias por tu gesto de intentar compensar el mal rato. Todo olvidado. Al menos tengo una tarjeta ilimitada de consumo. —Se rio.

—Adiós, Abby... —susurró Hannah mirándola con sus ojos cargados de desconcierto.

—Chao, pequeña, sé buena —sonrió, y a Cole se le paró el corazón, aunque la sonrisa no iba dirigida hacia él. «Esa mujer sí que sabía cómo sonreír». Como un tonto, la observó alejarse por la puerta. Se fijó en el contoneo de sus caderas y el modo en que el *jean* se ajustada perfectamente a sus curvas.

«Vaya comienzo y final», pensó Cole avanzando de nuevo a los pasillos para comprar la comida de la semana. Esta vez no soltaría a su hija ni un milímetro.

Capítulo 3

Después de recordar con Richard la experiencia que tuvo una semana atrás con los guardias del supermercado, y dejarlo reírse a su costa durante el almuerzo que tuvo con él y Deanna, su amigo le propuso trabajar como supervisora en la matriz de la cadena de jugueterías de la cual era propietario. No se lo esperaba, pero no podía aceptar. No sería justo, porque ella era profesora, y no poseía conocimientos administrativos.

—¡Sería fabuloso, Abby! —exclamó la novia de su amigo en el almuerzo.

Casi. Casi creyó ver sinceridad en esos ojos cafés. Pero la escultural Deanna Gunther tenía el signo de dólares pegado a las retinas. Solo que Richard no era capaz de verlo. Y ella no tenía intención de llevarle la contra. Él tendría que darse cuenta por sí mismo.

Abby revolvió el spaghetti. Le echó queso parmesano y una pizca extra de sal.

—No me gusta abusar de la amabilidad de Richard —replicó con dulzura, pero con intención. Deanna pareció darse cuenta porque hizo una mueca imperceptible. Su amigo ni lo notó, pues estaba embelesado contemplando cómo la mujer se mordía el labio, pensativa.

—Eres mi mejor amiga, Abigail. Estás sin empleo, así que lo menos que puedo hacer es ofrecerte un puesto de trabajo en una de mis empresas. No te estoy regalando nada. Tú trabajas y yo te pago. Así ayudas a Horace.

Ella lo miró con aprecio. «Richard conocía su talón de Aquiles».

—Ya encontraré algo...

—El puesto es tuyo para cuando lo desees. En serio. Así que en caso de que no encuentres pronto un lugar para dar clases como tanto te gusta, Juguetería Baltimore espera por ti.

Abby sonrió con agradecimiento. A veces se preguntaba por qué no se había enamorado de Richard. Le hubiera gustado tener la suficiente cabeza para no dejarse adular por Rylan.

—Gracias, Richard.

—Claro, claro. Para eso están los amigos. —Elevó la copa de merlot—. Brindemos entonces por las nuevas posibilidades, Abby. —Se giró hacia su novia—. Y las mujeres guapas.

Deanna le dedicó una mirada taimada que luego suavizó con una sonrisa cuando Richard comentó algo sobre su talento para hacer diseño de moda. La tarde terminó bien, aunque sentía pena por su amigo. Esperaba que más temprano que tarde se diese cuenta la clase de mujer que era su actual pareja. A ella no le caía mal, pero hubiera esperado alguien mejor para su mejor.

Cuando terminó el almuerzo, y se despidió de Deanna y Richard, recibió un mensaje de texto de Spencer recordándole que Mónica la esperaba a la *barbecue* a las nueve de la noche. Lo cierto era que tenía pocas ganas de asistir, pero cuando Mónica la llamó para insistirle, sería ridículo y una grosería decirle que *no* por quinta ocasión a una invitación. Por otra parte, supo que iría Leona, a quien no veía desde que ella se mudara a San Diego con su esposo seis meses atrás. Sería una reunión para ponerse al día, relajarse y disfrutar. Exactamente lo que ella necesitaba.

En honor a esa reunión, ahora se encontraba en su habitación, acomodándose la coleta y aplicándose fijador en el flequillo, peinado hacia la derecha, para controlarlo. El espejo le devolvía la imagen de una mujer vestida con un traje azul de coctel, subida en un par de tacones de tiras color coral y con una figura curvilínea. Intentaba de vez en cuando desquitarse de las barras de chocolate que consumía saliendo a correr como una posea un par de kilómetros al amanecer, aunque últimamente había dejado de hacerlo. Demasiado frío en el exterior.

Su figura era más al estilo Marilyn Monroe y en los días en que la moda dictaba el *esqueletismo*, nombre inventado por ella claro, como referente de atractivo ideal, ella solía sentirse fuera de lugar. Llevaba una talla diez, pero nunca se sintió inadecuada. Salvo cuando estuvo con Rylan; fue entonces cuando dejó de gustarse a sí misma, porque él criticaba sus curvas y minaba su autoestima. En aquella época, inclusive su forma de vestir cambió; intentó utilizar prendas que la taparan demasiado, sintiéndose anodina y poca cosa.

Ya había pasado un tiempo desde entonces, y ahora, poco a poco, estaba recuperando a la Abigaíl que vestía más juvenil, con ropa ligeramente ajustada y se enorgullecía de sus curvas. No podría decir que era del todo una prueba superada, pero se sentía más cómoda que nunca en su propia piel.

No obstante, la peor parte de sobrellevar era ver a un bebé y contener las ganas de echar a correr y esconderse. Adicional a ello, no involucrarse con ninguna relación era parte del *pack*, gracias al pasado que arrastraba. Aún se asombraba de la mujer que se permitió a sí misma concederle a otra persona el poder de menospreciarla. No se reconocía. Le daba razón a aquel dicho popular: “Un lobo vestido de oveja”.

Rylan había sido un tormento y una dulzura a la vez. La conquistó con su sentido del humor, la agudeza de sus argumentos y en especial con el modo en que se preocupaba por ella. Le dolían los comentarios desdeñosos sobre su modo de vestir o un tipo de peinado, e incluso su modo de comer. Luego de criticarla, le hablaba en tono cariñoso y ella sentía que estaba siendo demasiado quejica y que él no decía esas cosas en serio.

Con el tiempo, las palabras de Rylan se volvieron más hostiles, y sus gestos para contradecirlas o resarcirse, más tiernos, lo cual la confundía. Estaba enamorada de él, pero a ratos no sabía entender qué diablos sentía él por ella exactamente. Más adelante, entendió que aquel abuso verbal, también era un modo de violencia.

Además, el hecho de que fuera profesora era una constante fuente de peleas. «¿Por qué quieres ser profesora de unos mocosos? ¡Debes buscar algo con qué hacer dinero!», solía decirle, y ella le explicaba que dar clases a niños era su pasión y que tenía el dinero que necesitaba. «Deberías hacer más ejercicio, Abigaíl, tienes las caderas más anchas», aquella frase la soltó una vez que se vistió con una picardía melocotón; ella le replicó que cómo esperaba que sus caderas fuesen menos anchas, cuando después del sexo el cuerpo de las mujeres solían cambiar. «Tienes el pecho precioso, pero quizá es demasiado perfecto. ¿Estás segura que no te has hecho ninguna cirugía para levantártelos?». Y sin embargo, ella encontraba justificación para todos sus desaires, en especial cuando llegaba con flores, tarjetas escritas a mano o le decía lo bonita que era para él y que se olvidara de las tonterías que a veces decía.

Rylan no era un bebedor, o al menos eso creía, y por eso hizo añicos su corazón cuando descubrió que no solo bebía, sino que consumía estupefacientes. El modo en que se dio cuenta fue devastadora y cambió su vida para siempre.

Un recuerdo muy amargo.

En aquella ocasión hubo una fuerte discusión, porque ella le dijo que no estaba dispuesta a escuchar más desaires de su parte y que si no le parecía cómo era entonces que se fuera con otra. Él le replicó arrastrando las palabras, evidentemente venía con algunos tragos de más encima, diciéndole que era mejor que ella en todos los aspectos, que ganaba mucho dinero, su familia tenía uno de los mejores apellidos de Maryland y que debería estar agradecida de que se hubiese fijado en ella y además le hubiese hecho el honor de acostarse con ella. La mirada que tenía era muy distinta a la habitual, como si estuviera perdido o alterado.

Lo enfrentó, envalentonada, pues ya no estaba dispuesta a escuchar humillaciones. La tarde anterior a la pelea había conversado con Mónica y Leona. Ambas, horrorizadas, le exigieron que dejara a Rylan porque la había llevado a una relación tóxica y dañina, haciéndole ver que él no hacía otra cosa que tratarla mal, que eso no era amor. Aunque no había sido una decisión difícil, aceptó el consejo de sus amigas.

Abigaíl le dijo que no quería volver a verlo, que saliera de su casa y de su vida, y que si necesitaba sentirse superior a otros entonces buscara ayuda, porque ella no estaba dispuesta a tolerar sus vacíos emocionales. Le recalcó que merecía más que las migajas de su tiempo, y disculpas continuas por palabras groseras y faltas de consideración.

Él respondió primero con una bofetada. Le reclamó que no le hubiese respondido el teléfono aquel día y que era culpa suya que estuviera enfadado. Abigaíl, se limpió el hilillo de sangre de la boca, asombrada, porque era la primera vez que lo veía perder el control de aquel modo; la primera vez que la golpeaba. Pero siendo consciente que Rylan no estaba en sus cabales, intentó salir corriendo.

Rylan no se lo permitió, la acorraló, la insultó, la golpeó de nuevo, hasta que ella trastabilló y cayó al suelo. La pateó con furia antes de decirle que era una basura y que solo la había buscado para desfogarse sexualmente y

que ya estaba harto de ella. Luego se fue de la casa de Abigaíl dando un portazo.

Desgarrada de dolor, y sin nadie en la casa que pudiera socorrerla, se acercó gateando hasta la mesilla del teléfono y llamó a emergencias. En la clínica la recibió Spencer. Estuvo a su lado, cuando el ginecólogo le dio una noticia inesperada y tan triste que la mantuvo sumida en la depresión un largo tiempo.

—Cinco semanas... —Se colocó la mano en el vientre en donde había estado su bebé—. Yo no sentía ningún síntoma, Spenceer... —Había lamentado entre lágrimas, después de salir del quirófano, pues había tenido complicaciones y fue necesario hacerle una limpieza—. No tenía idea de cómo saberlo. Quizá si lo hubiese notado me habría protegido mejor, y...

—Shhh. Calma, Abby. No todas las mujeres embarazadas tienen síntomas. No es una regla, aunque suele ser bastante común —le dio un beso en la sien—. Todo pasará. Ahora el calmante hará efecto. Te curarás esa costilla rota y la hinchazón del pómulo disminuirá para cuando tu abuelo haya vuelto a casa.

—No quiero que él lo sepa jamás. Él confió en Rylan... y yo... yo también. Debí dejarlo cuando empezó a decirme aquellas frases tan feas, Spencer. —Sollozó mordiéndose el labio para contener el temblor de la barbilla, mientras las lágrimas corrían por su rostro—. Lo quise mucho. Debí dejarlo hace tiempo. ¡Dios! Qué estúpida he sido. —Soltó más lágrimas; lágrimas que le quemaban el corazón.

—No te tortures así, por favor. Tú eres una mujer fuerte. Vas a salir de esta experiencia, y el hombre adecuado va a encontrarte —le dijo con cariño, abrazándola.

—Spencer, no quiero saber de hombres jamás. —Él asintió y la tomó de la mano, sin dejar de acariciarle el cabello para calmar sus sollozos—. Sé que no te tocaba atender emergencias, te agradezco... —se le quebró la voz—, no tengo idea de cómo sobrellevar esto...

—Te recomendaré un psiquiatra y aquí estoy para las dudas médicas que tengas, aunque no sea mi especialidad, en algo podré ayudarte. Además, el doctor Bramstein que te atendió es el mejor en su área. No te lamentes, no

te culpes, porque créeme Abigaíl, ese bastardo no te merecía.

Ella hipó sintiendo cómo su cuerpo era una gelatina y los párpados comenzaban a pesarle. El calmante había empezado a hacer efecto.

—¿No volveré a ser mamá? —preguntó aterrada. Quería una casa llena de niños para que jugaran con su bisabuelo. Y ahora esos sueños los veía tan lejanos que dolía.

—Las probabilidades de que concibas nuevamente son las mismas de antes, te lo acaba de decir el doctor. Puedes ser mamá. Tu matriz está bien, tu útero es un poco delicado, pero gracias a Dios no hubo ningún peligro que lamentar a largo plazo. Se desprendió la placenta por el impacto del golpe. Quizá cuando vuelvas a quedar embarazada tendrás que ser más cuidadosa de lo debido. Vas a tener un embarazo normal a futuro. —Ella asintió, pero le dolía. Le dolía que un pequeño ser dentro suyo haya sido arrancado sin haber tenido siquiera oportunidad de defenderse, ni ella defenderlo—. Deberías denunciar a ese bastardo, Abby. Lo digo en verdad.

Ella negó insistentemente moviendo la cabeza de un lado al otro sobre la almohada.

—Lo borraré de mi vida, pero no quiero hacer público todo esto. Lo que menos quiero es ir a juicio y airear esta situación, llamarían inclusive a mi abuelo y él es frágil. Con suerte el maquillaje cubrirá las magulladuras del rostro y cuando él vuelva dentro de un par de semanas, todo seguirá igual. — Aunque para ella nunca volvería nada a ser lo mismo. Había perdido la confianza en los hombres.

—Si esa es tu decisión... —apretó la mandíbula—. No me queda más que respetarla, aunque no estoy de acuerdo. Créeme, que yo tengo ganas de buscarlo y partirle la cara a ese malnacido.

Abby lo miró con una súplica silenciosa de que ya dejaran el tema. Spencer soltó un largo suspiro.

—Prométeme que irás a terapia. No quiero que esto se convierta en tu trauma de por vida. Eres mi amiga y necesito que estés bien. No es justo que él se vaya de rositas, mientras tú te quedas con este amargo episodio.

Abby asintió, y luego emitió un bostezo. Spencer comprobó que el suero

estuviera fluyendo adecuadamente.

—Iré a terapia, pero hazme un favor más... No quiero saber nada de hombres y amor en la misma oración. ¿De acuerdo?

Él asintió ante el intento de su amiga de bromear. Un encomiable intento.

—Abby, la enfermera vendrá a hacer guardia, y el doctor te visitará en la mañana para saber cómo has amanecido. Mañana entro en la noche, así que si algo necesitas solo tienes que llamarme. Estás en las mejores manos.

—No sé cómo agradecértelo.

—Sanando y no permitiendo que esta situación te derrumbe.

Ella asintió.

—¿Llamaste a Richard?

—Está en camino. Y no se escuchaba en absoluto calmado.

—Ojalá me hubiese enamorado de él —dijo antes de cerrar los ojos completamente bajo el efecto del calmante.

Richard la había cuidado durante las semanas que su abuelo estuvo fuera; tiempo en el que también el ama de llaves viajó fuera de Baltimore para visitar a su familia en Atlanta. Así que ella pidió adelantar sus vacaciones en la escuela para que nadie preguntase nada, hasta que su rostro estuviese igual que antes. Richard le puso una enfermera en casa, la obligó prácticamente a ir a cada sesión con el psiquiatra y poco a poco, ella fue recuperando las riendas de su vida.

Aquella experiencia la marcó. Se había convertido en una mujer más desconfiada, sin embargo, continuaba sintiéndose desarmada cuando veía un bebé. Sus pequeñas inseguridades aún la acompañaban. Si algo tenía que decir a su favor era que luchaba fervorosamente contra ellas. No era una tarea fácil.

Dejando a un lado los recuerdos, con un suspiro, fue hasta la habitación donde estaba su abuelo. Luego del proceso normal de los efectos de la quimioterapia, Horace estaba dando guerra en casa, con sus manías, sus

coleccionaciones de monedas, y ella no podía estar más contenta de verlo recuperado. Al menos hasta que tuviera que volver al tratamiento.

—Estás hermosa, Abby —le dijo su abuelo colocando el libro a un lado. Estaba en la página doscientos de *Historia de dos ciudades* de Charles Dickens—. ¿Dónde irás? ¿Una cita? —preguntó con los ojos brillantes de ver a su nieta.

Le sonrió.

—Spencer y Mónica organizaron una comida. Quizá conozca a sus gemelos...

—Eso suena estupendo. Quiero bisnietos ya te he dicho, Abby.

Ella tragó en seco.

—Las mujeres de este siglo no nos apresuramos con la maternidad. —Discutir sobre ese tema con su abuelo era gastar el tiempo, y en su caso particular un recordatorio de su pérdida años atrás—. Será estupendo reunirme con mis amigos. Los he echado de menos, así que ese es el motivo de ir, no una cita.

Horace hizo una mueca.

—Claro, claro. Te hace falta, hijita. Aún no me contaste cómo es posible que hayas dejado la escuela. ¿Acaso no te gustaba enseñar?

—Hicieron un recorte de personal. —Su abuelo frunció el ceño—. Lo importante ahora es que estoy a punto de encontrar un nuevo empleo. —«O eso espero», se dijo. Por otra parte, contarle a su abuelo que estaba sin trabajo, ahora que él ya estaba más tranquilo, le parecía lo más sensato.

—Richard es el muchacho que te conviene para casarte, Abby. Un buen hombre, emprendedor, y nunca se me ha ido de la mente la idea que siempre ha estado enamorado de ti.

—Tiene novia, abuelo.

—Esa chica Deanna, ¿eh? Pues no me gusta nada.

«A mí menos, ¿pero qué puedo hacer?».

Horace terminó de enumerar las ventajas de casarse con un empresario de buen corazón y visión de negocios. Claro, él desconocía que Richard era adicto al trabajo, tenía cierta debilidad por las mujeres y por eso Deanna era tan celosa. Hacer más y más dinero era como una obsesión para su amigo, y aunque no estaba de acuerdo con esa filosofía, ella la respetaba. No tenía más que sentimientos fraternales por Richard, aunque no por eso se sentía con el derecho de empezar a dictarle cómo llevar su vida.

—Abuelo, me tengo que ir ya, pórtate bien con la señora Igorson.

Amanda Igorson bordeaba los cincuenta años y era bastante rolliza. Trabajaba como ama de llaves en la casa desde hacía muchos años. Cuando Horace enfermó también empezó a ocuparse de atenderlo, y se tomaba vacaciones solo cuando Horace iba de viaje, así le dejaba la casa a Abby para que ella no se sintiera invadida, o pudiera contar con unos días de independencia. Al final, siempre unos días en soledad venían bien.

Amanda sabía que los Montgomery no podían pagarle un doble salario, uno por cuidar de la casa y otro por ejercer de enfermera, pero aún así no le importaba y les decía que solo devolvía el favor que le hicieron cuando nadie quería contratarla años atrás. Ellos, a pesar de sus antecedentes como ex presidiaria, le dieron la oportunidad de tener una nueva vida; un nuevo empleo. Los Montgomery creyeron en su inocencia. Ella les contó que solo se había defendido de un esposo abusivo y él murió cuando se golpeó en la cabeza al chocar contra la punta de un aparador en un intento por clavarle a ella la punta de un lápiz en el brazo. Horace ni Abigaíl la juzgaron. Eran buenas personas, y Amanda se sentía feliz de poder retribuir en algo lo que hicieron por ella al darle un medio de subsistir cuando nadie la quiso ayudar.

—Los puntos sobre su recuperación están claros, ¿cierto Horace? —preguntó Amanda. —Abby vio a su abuelo hacer una mueca, lo cual era un indicativo que ya había tenido una gran pelea. Y lo que más le gustó fue que Amanda no se veía intimidada en absoluto—. Así que no se preocupe señorita Abby, vaya a divertirse con sus amigos que este señor va a cumplir con las indicaciones médicas y no va a bajar a hacer nada.

Abigaíl escuchó refunfuñar a su abuelo.

—Si surge alguna emergencia ya tiene mi número de celular, Amanda.

No estaré muy lejos — comentó encaminándose hacia la salida.

—Diviértete, Abby — escuchó responder a su abuelo, antes de que Amanda empezara a recitarle de nuevo todo lo que estaba prohibido hacer en el proceso de recuperación.

Cole había pasado los últimos días sumido en un estrés continuo. Dos de sus programadores renunciaron y Abraham, su socio, intentaba convencerlo de firmar un contrato con la empresa de ordenadores, *Dell*. El acuerdo sonaba prometedor salvo por la cláusula que le exigía un compromiso absoluto y la imposibilidad de fichar otros clientes. Él disfrutaba mucho con la versatilidad de la naturaleza de los negocios con los que trabajaba y vincularse a uno en exclusiva no le gustaba.

Claro, trabajar para ese monstruo informático implicaba invertir esfuerzo en un único cliente que representaba las ganancias de dos años, en uno. Desde ese punto de vista sí que valía la pena, sin embargo, no quería sacrificar su libertad y creatividad por el dinero. Su trabajo lo divertía y atarse a una sola empresa dejaría de lado esa parte que motivaba su cerebro a sumergirse en el lógico mundo de los programadores. A todo ello se sumaban los viajes de negocios a Washington y Nueva York, y el tiempo que su hija necesitaba. Su agenda no era muy flexible.

—¿Me lees un cuento? —pregunto Hannah cuando estaba terminando de arroparla. Esa noche tendría que salir a una reunión.

—No puedo hoy, pequeña. Greta se quedará contigo. —La niñera sonrió desde la mecedora. Había cuidado de Cole cuando era pequeño y la pequeña le encantaba—. ¿Serás buena?

Ella asintió.

—Muy bien. —Acomodó las almohadas, que esa noche tenían imágenes de *Tinkerbell*, de su hija y luego le dio un beso en la frente. Todo el cuarto de Hannah estaba lleno de artes de hadas, princesas de Disney, y el clásico tono rosa. ¿Cómo podía negarse a que la persona más importante de su vida tuviera un cuarto infantil a su capricho? Había contratado una decoradora especialmente para Hannah—. Hasta mañana, hija.

No le gustaba dejarla sola, pero sabía que tenía que aprender a que no siempre podría estar a su lado; al menos, cuando trabajaba o tenía compromisos. No quería convertirla en una niña dependiente, era lo que menos deseaba. Él quería que su hija volara con alas propias. Exactamente como lo él lo había hecho desde que podía recordar.

Condujo despacio por la autopista. Esa noche no iba por negocios. En realidad, le debía una visita a uno de sus grandes amigos, a quien no veía desde hacía un buen tiempo. No quería aparecer solo, para no dar pie a que le hicieran comentarios sobre la idea de sentar cabeza o rehacer su vida. Así que decidió invitar a Justine. Probablemente no era una buena idea hacerle creer que podrían tener algo más que una aventura temporal llevándola a conocer a sus amigos, pero no le apetecían los interrogatorios de Spencer y Mónica. Aunque los hicieran en broma... o quizá no.

Por otra parte, no podía negar que le gustaba cómo era Justine bajo las sábanas, aunque su incesante charla sobre la necesidad de pasar a otra etapa de la relación se volvía cada vez más incómoda. Pretendía que esa fuera su última noche con ella.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Mónica, la esposa pelirroja de Spencer al ver a Cole—. El soltero más sexy de Baltimore nos hace el honor de... —Se fijó en la acompañante del amigo de su esposo—. Hola, perdona. Bienvenida. Disculpa mi exabrupto, pero hace tiempo que no vemos a Cole. — Extendió la mano para saludar a la mujer altiva que tenía en frente.

—Vamos, Mónica no hagas escándalo y dame un buen abrazo —rio Cole—. Te presento a Justine Williams.

Si Mónica estuvo en desacuerdo con que llevase a una extraña sin antes habérselo dicho, lo disimuló muy bien.

Justine había elegido un vestido corto y ajustado que marcaba su estilizada figura de modelo. Llevaba el cabello suelto en ondas sobre los hombros y su maquillaje la hacía parecer una tigresa de ojos verdes dispuesta a atacar a cualquier que intentara llevarse a su presa. Es decir, Cole. Pero como no había nadie alrededor que pudiera parecer una amenaza, estaba aparentemente relajada.

—Ya estamos casi todos a la mesa. Solo falta una amiga y empezaremos a servir.

Él sonrió.

—Fabuloso —dijo Justine aferrándose al brazo de Cole posesivamente. Ella estaba acostumbrada a las opulentas cenas en los grandes restaurantes y se alegraba de que los amigos de Cole tuvieran buen gusto y claro, una mansión con todas las comodidades. No toleraba a la gente insulsa y corriente.

—Están en su casa —comentó Mónica sonriente, aunque la acompañante de Cole no le gustó en absoluto.

Abby llegaba tarde. Odiaba retrasarse, pero no contaba con que se le pinchara la llanta del automóvil a ocho cuadras de la casa de Mónica. Tuvo la suerte de que un conductor amable le echara una mano y pudiera cambiar la llanta. Aunque eso no impidió que tuviera un par de manchones de grasa en las piernas y en la cara. El peinado era inexistente y parecía como si un vendaval se hubiese cruzado por la ventana del viejo Honda. La calefacción tampoco funcionaba del todo bien, pero al menos no tenía el cuerpo entumecido por el frío de la calle.

Como la cena era entre amigos y eran un círculo de confianza no le importaba si la veían un poco desarreglada. O bastante a decir verdad.

—¿¡Pero dónde has estado!?! —exclamó Leona cuando la vio llegar hasta la sala acompañada de Mónica, quien se echó a reír por la mirada de desconcierto de su otra amiga. Era imposible no notar el aspecto desaliñado que tenía Abigaíl.

Abby se mordió el labio.

—Lo lamento se me ha pinchado una llanta. — Con la mano intentó quitarse la mancha de la mejilla, pero al no tener un espejo solo consiguió esparcirse más la grasa.

La casa era una preciosura. Tal como la recordaba. Suelo de parquet, tonalidades caqui y azul en diferentes degradados perfectamente mezclados revestían las paredes, y muchas fotografías familiares dispersas

en las estanterías y el pasillo.

—Algo que nos puede pasar a cualquiera —manifestó Mónica, cuando Abigaíl se sacó el abrigo y lo dejó perfectamente doblado en el perchero de la sala.

—Todos están en el patio —dijo Leona agitando su melena negra. En su adolescencia había sido modelo de *Guess*, pero la idea de saltar de un estudio fotográfico a otro no le pareció atractiva. Prefirió estudiar párvulos con Abigaíl y Mónica. Las tres compartían su amor por los niños—. Por cierto, aquí está Richard. Lo ha dejado con Deanna y no está de muy buen humor — informó en tono bajo, a pesar de que el patio era amplio y la música hacía imposible que las escucharan.

—¿Qué? ¿Pero, por qué...? —preguntó Abby sorprendida dejando en paz su mejilla—. Hace poco estuvimos en un almuerzo y todo parecía bien. No es que Deanna sea mi persona favorita, pero creo que Richard estaba muy enamorado... o eso pensaba —comentó sorprendida por la noticia.

Mónica se encogió de hombros a modo de respuesta.

—Supongo que estará algo sensible entonces — murmuró Abby.

—Si quieres irte a limpiar las manchas de grasa puedes subir a mi habitación, querida —le dijo Mónica cambiando el tema—. Me gustaría que conocieras mis bebés. Hace tiempo no te veo, y lamenté que hubieras estado en ese campamento con tus alumnos cuando nacieron y te perdieras ese momento.

Abigaíl se tensó imperceptiblemente.

—Yo...

—Oh, déjala Mónica, mira que está hecha una mugre. Va a contagiar las bacterias a los niños. Mejor otro día, ¿no te parece? Además deben estar dormiditos.

—Sí, bueno... —se encogió de hombros—, si deseas puedes ir a mi lavabo a asearte —sonrió Mónica con dulzura—. Otro día conoces a mis hijos. La niñera los debe tener vigilados en la cuna. Son una hermosura —dijo con orgullo.

El corazón de Abby se angustió. La idea de ser madre era un anhelo que más que hacerle ilusión, le dolía.

—Estoy segura de que son preciosos, Mónica —sonrió con toda sinceridad. Y en silencio agradecía a Leona que tuviera tan marcado su sentido de la precaución y el control de los gérmenes. No habría podido hacerle un desaire a los Lughan.

Antes de que subiera las escaleras apareció Spencer con una botella de cerveza en mano.

—¡Esto hay que celebrar! Al fin he conseguido que vengas a casa —exclamó acercándosele y envolviéndola en un abrazo de oso—. Mírate nada más... qué bonita te has puesto con todo ese maquillaje oscuro...

Sus amigas prorrumpieron en carcajadas.

—Oh, Spencer, qué tonto. Voy a asearme.

Mónica, con su elegante vestido verde de mangas transparentes, se acercó a su esposo y se abrazó de su cintura. Él le dio un beso en la sien, y la sostuvo con ternura. Parecía como si recién se hubieran casado. Abby se preguntaba si alguna vez podría ver esa imagen reflejada en un espejo de sí misma y un hombre que la amara. A veces se sentía incompleta... y poca cosa. Se alegraba que sus amigas más queridas fueran felices.

Leona se alejó con una sonrisa diciendo que Gale, su esposo, empezaría a protestar que lo dejaban solo. La verdad era que estaba perdidamente enamorada. ¿Quién podía culparla cuando Gale, un ingeniero civil, era un sol y la trataba como una reina?

—Gracias por venir, Abby. Lo apreciamos mucho —expresó Spencer—. Cuando bajes te puedes reunir con nosotros en el patio. Pusimos una calefacción fantástica e hicimos un cerramiento especial para el frío. Por cierto, ha venido un buen amigo mío con su pareja, y ya contigo estamos completos para empezar a servir. No tardes —agregó antes de girarse con Mónica y encaminarse hasta donde todos celebraban la comida.

Abby empezó a subir los escalones rumbo al lavabo.

Capítulo 4

Cole estaba conversando con Spencer, cuando una presencia que le pareció curiosamente familiar llamó su atención. La sonrisa se le quedó congelada en los labios cuando la reconoció. «¿La muchacha del supermercado?»

—Abby —dijo su anfitrión llamándola con la mano al verla entrar por las puertas de vidrio que daban al patio—. Ven quiero presentarte a un gran amigo y a su...

—Novia... —completó Justine que continuaba pegada al brazo de Cole como lapa.

—Amiga —corrigió Cole al mismo tiempo. Eso le ganó una mirada airada de su amante, pero no le importó.

Abigaíl lo miró. «El tonto del supermercado», pensó de inmediato. Un tonto muy guapo, la verdad. Con aquella barba de dos días, el cabello espeso y negro perfectamente peinado hacia atrás, lucía imponente. No era su intención ser descarada al mirarlo, pero resultaba algo complicado no fijarse en lo bien que se ajustaba la camisa de mangas azules a su cuerpo, y el modo en que su regia altura lograba absorber la energía del ambiente como si él tuviese todo el derecho a ello. «Lástima que tuviera tan mal gusto para las mujeres», pensó al ver a la pelinegra maquillada como si estuviera en una gala con alfombra roja y observando su alrededor con altivez.

Abby avanzó por el patio con una sonrisa. Con el rabillo del ojo divisó a Richard que conversaba animadamente con Leona, Mónica y Gale. «Menos mal está entretenido el pobre». Necesitaba estar a solas para entender qué había ocurrido con Deanna.

—Nos volvemos a ver —dijo Cole a modo de saludo cuando ella estuvo más cerca. En esta ocasión la besó en la mejilla. Un contacto sencillo que consiguió que ambos se preguntaran en silencio a qué se debía la extraña y placentera corriente que pasó entre ellos—. Una ciudad pequeña —sonrió de un modo tal, que si Abby no hubiera estado con los tacos bien puestos hubiera trastabillado.

—Ya lo creo —replicó Abigaíl de buen humor.

Justine enarcó una ceja, al tiempo que Spencer la imitaba. Entonces Abigaíl les contó la historia del supermercado con la menor cantidad de detalles posibles. Cole contribuyó un poco intentando mostrarse gracioso, aunque el recordatorio de que la había considerado una secuestradora no le hizo a ella ninguna gracia.

Cole no habría estado preparado, ni aunque se lo hubiera propuesto, para encontrarse nuevamente con la que su hija consideraba un ángel. Con ese vestido entallado color azul, las sandalias altas y el cabello recogido, no podía él describirla de ningún otro modo. Se fijó en su rostro, el modo en que sus labios sensuales se curvaban al hablar y sintió un repentino e incontenible deseo de acercarse y besarla. Aquello no le ocurría desde... nunca. Era la primera vez que sentía ese impulso hacia una mujer tan de repente.

Las curvas de su cuerpo eran proporcionadas y sensuales. Lo curioso era que Abigaíl parecía ajena a cualquier gesto de sofisticación o conciencia de su atractivo. Cuando se acercó a decirle algo al oído a Spencer, Cole se fijó en sus piernas. ¡Dios! Eran magníficas. No pudo evitar imaginarse aquellos cabellos rubios esparcidos en su almohada, y ella rodeándolo de las caderas esperando a que él la poseyera y...

—¿Cole? —preguntó Justine sacándolo de sus fantasías.

Él le sonrió por inercia al mirarla.

—Cuéntame.

—Mónica ha dicho que nos sentemos para empezar la cena —expresó melosa, mirándolo arrobada.

—Oh, claro —contestó un poco cortante.

Abigaíl se sintió curiosamente mortificada por el hecho de que Justine abrazara de modo posesivo a Cole. «¿Qué le importaba eso a ella?»

Spencer continuó haciendo bromas un rato más sobre lo curioso que era el destino, y luego se hizo eco de la invitación de su esposa, y los invitó a todos a sentarse.

Abby aprovechó para acercarse a Richard y preguntarle qué había ocurrido con Deanna. Por primera vez, su mejor amigo se mostró reacio a hablar de ello, o siquiera aceptar lo ocurrido entre él y su ex novia. A cambio, le susurró al oído que no fuera tan metiche, y luego la abrazó efusivamente. Ambos eran ajenos a los ojos profundos y negros que observaban la escena.

La cena transcurrió animadamente, hasta que Richard decidió meterse donde no lo llamaban.

—Abby —dijo mientras bebía de la copa de vino. Iba por la séptima, si Leona y Mónica no se equivocaban. A ambas les hacía gracia que Abigaíl no se diera cuenta que Richard estaba enamorado de ella y que prefería estar en relaciones aleatorias para no perderla tampoco como amiga.

La aludida elevó la cabeza con una sonrisa radiante.

—¿Cómo vas en la búsqueda de empleo?

Abigaíl se tensó. No quería hablar de ese tema con nadie, peor en una cena de amigos que nada tenía que ver con asuntos personales. ¿Dónde tenía Richard la cabeza?

—Bien —replicó escuetamente. Y luego intentó continuar la amena charla que tenía con Leona, quien le estaba contando sobre el trabajo de directora que había conseguido en una prestigiosa escuela de San Diego.

Richard se echó hacia atrás en su silla con toda su apostura. El cabello café oscuro le brillaba por el reflejo de la lámpara que tenía cerca y sus ojos grises refulgían por el efecto del licor. En esta ocasión todos discutían sonrientes sobre las ofertas de vacaciones de invierno, pero él no tuvo pegas a la hora de interrumpirlo nuevamente.

—¿Saben...? —empezó Richard dirigiéndose a todos. Cole estaba ansioso por marcharse de ahí, pues Justine sin que nadie lo notara había empezado a acariciar descaradamente su entrepierna bajo la mesa, él no era de hierro—. Le ofrecí a Abigaíl trabajar en mi juguetería. Lo rechazó. ¡Rechazada una plaza de trabajo con salario gerencial! —Abby apretó con fuerza el tenedor que tenía en la mano, hasta que sus nudillos se volvieron casi blancos. Miró desafiante a su amigo—. Como si le llovieran las opciones a una persona que se dedica a ser profesora.

—Richard... —advirtió Spencer.

—Creo que deberías dejar de beber —sugirió Leona quitándole la copa de las manos. Él se la arrebató con facilidad. Gale le pidió en voz baja a su mujer que dejara las cosas estar—. Hazlo antes de que te arrepientas, Richard —insistió ella sin prestarle atención a su esposo. Mónica la miró preocupada. Querían a Richard, pero conocían que cuando bebía demasiado no solía ser el encantador caballero que todos conocían, al menos no cuando lo estaba preocupado, o por le tema de Deanna, con el corazón roto.

Él solo se bebió la copa de un trago, y se sirvió un poco más, ante el ceño fruncido de Spencer.

—No sé qué bicho te ha picado Richard, pero creo que beber no va a solucionar las cosas entre tú y Deanna —replicó Abigaíl finalmente. No le gustaba caer en el juego de Richard, menos frente a dos extraños como lo eran Cole y su novia o amante o lo que fuese, y no permitiría que el estado de ebriedad de su amigo fuera la excusa para que aireara su vida personal.

Todos se quedaron en silencio, cuando Richard se puso de pie con dificultad. Gale, que estaba a su lado, lo obligó a sentarse de nuevo, pero él se deshizo de su agarre. Se acercó hasta Abigaíl, giró la silla, y se inclinó hacia ella, dejando sus narices a un palmo de distancia.

—¿No lo sabes? —preguntó con sorna—. Bien, si quieres saber por qué lo dejé con Deanna, te diré que ella no pudo soportar que continuara hablando de ti todo el tiempo. — Apoyó la mano en el respaldo de la silla de Abby, quien estaba mortificada al sentirse el centro de todas las miradas—. Me dijo que estaba cansada de competir con la perfecta Abby Montgomery.— Lo miró, pálida—. Estoy enamorado de ti, Abigaíl, por eso mis relaciones sentimentales fracasan cada dos por tres. ¿Lo entiendes ahora? —Se retiró y los miró a todos—. ¿Ahora lo entienden? —gritó mirándolos a todos.

Mónica y Leona se quedaron boquiabiertas. Gale y Spencer fueron más prácticos y empezaron a recoger la mesa. Cole no podía estar más sorprendido por la escena, y Justine le pedía que se retiraran porque esa gente había dejado de gustarle.

—Richard...yo... —Se miró las manos—. No tenía idea.

Su amigo se echó una carcajada.

—Estás tan ocupada de tus tragedias personales que te olvidas del resto. ¿Cree que no recuerdo una de ellas? Cada vez que te veo me consumo de deseo por besarte, por amarte, pero jamás me miras de otro modo. ¿Quieres un ejemplo? Me apartaste durante tantos meses después de que Rylan...

En ese momento Spencer se acercó y le dio un puñetazo.

Lo que ocurrió después fue un jaleo. Richard inconsciente, Mónica pidiéndole a Justine que buscara un poco de hielo. Leona y Gale arreglando la mesa. Abigaíl estaba en una esquina, pálida y preocupada. Jamás había querido herir a Richard, y si Spencer no hubiese intervenido su secreto más doloroso habría sido expuesto ante todos esa noche. La simple idea la congeló.

—Estaba borracho. No le deberías hacer caso —dijo a su lado una voz que ahora le resultaba familiar.

Cole estiró la mano y limpió con sus dedos las lágrimas que no era consciente de haber derramado. En seguida se las arregló ella sola, se apartó, y se secó el rostro.

—Richard es mi mejor amigo —murmuró abrazándose a sí misma. Cole ató cabos y dedujo que era el amigo que la llamó al supermercado—. Ha montado un espectáculo. No debí provocarlo. Debes pensar que estamos todos chiflados en este grupo —dijo tratando de ser graciosa.

Él no sonrió.

—El alcohol y la pena son dos combinaciones que no deberían hacerse, peor en público, y menos cuando la causa de tu pena está presente.

—¿Lo dices por experiencia?

—En absoluto. Lo digo por lo que he visto.

—Ya.

—Mañana se le pasará y te pedirá disculpas.

Ella lo quedó mirando. Una chispa se prendió en ese instante entre ambos. Todo lo que había alrededor dejó de existir. La mirada color

petróleo se fundió con una marea azul, y como si fuesen las partes de un imagen, sus rostros empezaron a acercarse. De pronto, el teléfono de Cole empezó a sonar rompiendo así el hechizo.

Abigaíl volvió a la realidad e hizo lo que se le daba mejor en esas circunstancias incómodas. Huír. Cole sonrió murmurando una disculpa antes de atender el teléfono.

Ella fue a refugiarse en la cocina, mientras Richard estaba acostado en el mueble de la sala completamente dormido.

Mónica se le acercó, y le dio un abrazo.

—Es un estúpido. Mañana verás que se arrastrará a tu puerta hasta que lo perdones. ¿Estás bien?

Asintió.

—No tenía ni idea de que estuviese enamorado de mí. —Se bebió el vaso de soda que tenía en la mano—. Me gustaría corresponderle, pero no puedo.

—Recriminarte por eso no tiene sentido. No podemos obligarnos a amar. Es una estupidez, aunque la persona sea maravillosa. Simplemente, en el corazón no se manda.

Abigaíl suspiró.

—Sí... es así. —Luego Mónica empezó a hacerle conversación. Y mientras charlaban calmando un poco los ánimos, Cole se acercó a ellas visiblemente preocupado.

—Lamento no quedarme al postre. Ha surgido una emergencia. Gracias, Mónica. Ha sido una cena... pintoresca —expresó con una sonrisa que fue devuelta por su anfitriona. Luego se giró hacia Spencer y le extendió la mano—. Espero verte de nuevo amigo.

—Lo mismo digo. —Le palmeó el hombro.

—Cole tengo que ir a la fiesta de Thelma acaba de escribirme diciéndome que esperan por mí. ¿Me llevarás? —interrumpió en el umbral de la cocina, Justine.

Él la miró molesto. Acababa de decirle que necesitaba estar con Hannah, porque Greta estaba con fiebre y no sentía capaz de quedarse despierta cuidando a la niña. «Justine era tan egoísta. Era imposible razonar con ella.»

—Nosotros te llevamos donde tengas que ir —intervino Gale, y Leona sonrió—. Nos vamos también, creo que aquí nuestros anfitriones tienen que cuidar de Richard. ¿Vamos Abby?

—Tengo mi coche parqueado afuera, gracias, Gale. Ha sido fantástico verlos a ambos, espero repetir. — Sus amigos la abrazaron con firmeza y Leona le dijo al oído que no dejara de llamarla para cualquier cosa que necesitara.

Justine miró a Cole con reproche por sentirse en segundo plano y tener que aceptar la ayuda de un par de desconocidos.

—Justine, te compensaré —expresó Cole sin pensarlo demasiado. Quizá era el modo de aplacar esa mirada—. ¿De acuerdo?

La aludida se encogió de hombros, y luego se alejó.

—Abigaíl. —Fue todo lo que dijo Cole a modo de despedida, antes de encaminarse a la puerta.

Después de despedirse de sus anfitriones, no sin antes dedicarle una mirada de reproche al inconsciente de Richard, Abby salió a buscar su coche.

Las primeras cuadras avanzó normalmente. Intentó que la calefacción fuera un poco mejor, pero ni al caso, iba muerta de frío. La temperatura había descendido más en el tiempo que había durado la reunión con sus amigos. Encendió la radio, cuando al girar en una curva la máquina empezó a fallarle. Con mal humor golpeó el volante y utilizó todas las combinaciones de cambios posibles, pero después de un amago de arranque, su Honda se detuvo por completo.

Enfadada y desconcertada por su mala suerte en una misma noche bajó a buscar un taxi. El frío le caló los huesos, durante el tiempo de espera. Si no paraba pronto un taxista era capaz de llamar al 911. Bueno, era una exageración, lo admitía, pero, ¿cómo podría sobrevivir ahí tirada en la

calle hasta que alguien se dignara pasar? Además, ir a pie no era ni remotamente una opción con sus sandalias de tacón. Aunque no era un tacón muy alto, sí que podía resbalar. No le apetecía llegar a la clínica con una fractura e incurrir no solo en el dolor, sino el costo que implicaba.

Maldecía por décima vez su mala suerte, cuando un automóvil se detuvo junto a ella. Dio respingo y se apretó el abrigo y la bufanda. Agradeció que no estuviese nevando. «Mala idea ponerse sandalias en lugar de botas».

Abigaíl identificó al conductor, sorprendida.

—Pensé que estarías ya en casa. ¿Qué pasó con tu automóvil?
—preguntó Cole cuando bajó la ventanilla del Audi.

Ella se encogió de hombros derrotada.

—No funciona más...

—Deberías comprar uno nuevo entonces —sonrió al contemplarla. Realmente era preciosa. El cuerpo que había visto con el vestido azul lo tentaba, y aún ahora con el abrigo cubriéndola, no podía dejar de imaginarse las curvas tan femeninas. Cualquiera mujer antes de que Hannah estuviera en la universidad estaba prohibida, a menos que fuera en las condiciones que tenía con Justine. Y estaba seguro, no sabía a ciencia cierta el por qué, pero sabía que Abigaíl no se conformaría con un par de noches. No quería arriesgarse a quebrantar sus propias normas, así que alejó los pensamientos sobre Abigaíl. Su hija iba primero que todo—. La calle está desolada pudo sucederte algo. Sube. Yo puedo llevarte. ¿Vives muy lejos?

Ella negó.

—Entra, no vayas a terminar de congelarte.

—Gracias, Cole —susurró algo tímida, cuando él se bajó para abrirle la puerta del copiloto, llenándola con su aroma.

—No hay problema. —Se acomodó el cinturón de seguridad—. Mañana seguro puede recogerlo una grúa, o puedes venir con un mecánico. —La miró—. Si no tienes inconveniente, me gustaría primero pasar por casa. Necesito ver a Hannah.

—Claro. Ella es una niña muy dulce.

Él sonrió, sin perder la atención del frente.

—Gracias.

—Creo que tu novia se incomodó porque no quisiste llevarla a su fiesta —murmuró para hacer conversación cuando se hizo silencio entre ellos. El aroma del perfume masculino podían cautivar a cualquier mujer. Ella no era inmune. Así que conversando de seguro podía erradicar su nerviosismo.

En el radio sonaba una balada de Chopin que Abby no lograba reconocer. Se inclinó a cambiar el dial, y el movimiento provocó que el vestido se subiera un poco más allá de sus muslos y el aroma de su perfume de rosas le llegara a Cole. Él hubiera querido gemir, pero a cambio apretó los dientes. Era, o contraer la mandíbula o acelerar el automóvil a doscientos por hora cuando el abrigo se ladeó y el escote del vestido azul le permitió atisbar la forma del inicio de un par de cumbres cremosas. ¡Dios! Ahora intentaría imaginar de qué tamaño serían o de qué color tendría las areolas, si acaso rosadas o un poco más oscuras.

—No es mi novia —replicó cortante. Apretó las manos sobre el volante, mientras giraba a la derecha—. Escucha, te estoy llevando a casa, porque lo haría por cualquier otra persona, pero eso no te da derecho a hacer comentarios sobre mi vida privada —explicó ásperamente, aunque no hubiera querido hacerlo. Sentía que el pantalón iba a explotarle de un momento a otro y sin haberla tocado siquiera.

Ella abrió los ojos ante la grosería. «¿Qué bicho le había picado?»

—Detente —expresó brusca, mientras se desabrochaba el cinturón—. No te pedí que me trajeras. Tú te apeaste en la calle. No tienes por qué hablarme de ese modo. Solo intentaba hacer conversación. Un grave error.

Él puso la mano sobre la de Abby. Las chispas saltaron y por un instante ambos miraron sus manos juntas sin decir nada. Cole no podía confesarle que la sola idea de tenerla tan cerca le estaba provocando una erección que estaba enloqueciéndolo. Por otra parte, detestaba no haber podido hablar con Justine y terminar de una buena vez con ese acuerdo de ser amantes ocasionales. Quizá esa noche habría podido tener una última ocasión de dar rienda suelta a su apasionada naturaleza, en lugar de estar conteniéndola,

mientras una desconocida lo embrujaba sin saberlo.

—No quise ser grosero, Abby... no ha sido un buen día. Lo lamento —expresó mirándola con el semáforo en luz roja—. Y Justine es...

Abby elevó la mano para que se callara.

—No me interesa conocer el estatus de ella en tu vida. Esto de romper los silencios no se me da demasiado bien, y elegí un mal tema para conversar. Iremos a tu casa y luego pediré un taxi. No hace falta que me lleves luego, Cole.

—Los silencios pueden ser agradables.

Ella se encogió de hombros.

—Insisto en llevarte a casa cuando me haya cerciorado de que mi hija está bien y Greta, la niñera, con menos fiebre. Además, creo que desde el incidente del supermercado es un modo de compensar el mal entendido —sonrió.

Abigaíl hubiera querido quedarse mirándolo, pero la prudencia ganó. Pocas veces en la vida te topabas con el doble de Michael Fassbender, pero el detalle que Cole Shermann poseía ojos de color carbón y el cabello negro. Su compañero de viaje era un hombre físicamente fascinante.

—Como quieras.

Cole empezó a hacer exactamente lo que solía sugerirle hacer a Hannah, cuando ella se quejaba de que no podía dormir. Inició un conteo mental de chanchitos para tratar de quitar de su mente las imágenes que conjuraban un intento de adivinar las formas de Abigaíl desnuda, y el modo en que esos labios rosados y sensuales podían darle placer.

El resto del camino lo hicieron en silencio, y Cole ya tenía muchos chanchitos en la cuenta.

Capítulo 5

Se quedó sentada en el gran salón de la mansión, mientras Cole se encontraba en el piso superior con Hannah. Abigaíl estaba impresionada del lujo que la rodeaba en ese momento. La decoración era exquisita. Había mucha madera, alfombras y adornos delicados ubicados en los lugares precisos; existía un equilibrio en el número de elementos de tal manera que la estancia lucía espaciosa, y las zonas aledañas conservaban un aire de acogedora intimidad. Notó también que las puertas eran amplias y gruesas, lo que aportaba un aire señorial a todo el entorno.

Aspiró el olor a limpio. Una mezcla de limón y vainilla. Aunque lo intentó no encontró ni una mota de polvo. Acomodó la espalda en el mullido asiento, mientras contemplaba la chimenea de piedra que ocupaba toda la pared. Era preciosa. Un fuego suave crepitaba en las brazas.

Tomó el chocolate caliente que le había traído la niñera antes de retirarse a dormir. Le cayó muy bien Greta, aunque no pudieron conversar mucho, pues Cole apareció pidiéndole que fuera a tomarse la medicación para que remitiera la fiebre. Antes de desaparecer escaleras arriba, Cole le había lanzado una mirada de disculpas por hacerla esperar.

Abby se calentó las manos con la taza y dio varios sorbitos al líquido delicioso. Notó que había cinco *marshmallows* y sonrió. Seguramente era una costumbre de la niñera. Los pies le dolían un poco. No estaba acostumbrada a llevar tacones tan altos. Pensó que quizá a Cole no le importaría.

Se descalzó.

Reposó los pies sobre la alfombra persa, cuyos bordes principales, externos y secundarios, eran color blanco. El medallón central tenía un intrincado diseño celta dorado y verde; y el campo poseía una tonalidad marrón. Una preciosura. La lana le hizo cosquillas. Sonrió. «Si pudiera quedarse en esa estancia un par de horas y no pensar en nada, alejarse de sus problemas y preocupaciones, sería maravilloso».

Curiosa se acercó a la repisa de la chimenea. No era fisgona, pero sentía curiosidad por la que había sido esposa de Cole. Se preguntaba si acaso era

como aquella Justine, plástica y superficial, o acaso una belleza deslumbrante tan acorde como él... «¿Cómo habría perdido a su esposa?» A veces ese tipo de pérdida nunca se superaba y las personas solían quedarse enganchadas al amor del pasado. «¿La continuarían amando?»

Los seis portarretratos tenían imágenes de una familia feliz. La primera, lo que ella deducía eran los abuelos y tíos de Hannah. La segunda, una de Cole abrazado a su hija cuando era solo un bebé; el modo en que él sonreía en la foto le produjo un cosquilleo de ternura que no pudo evitar. Siguió con las demás, pero en ninguna vio referencias a un matrimonio, o inclusive una de Hannah, Cole y su esposa. «¿Por qué?»

—No está ahí.

Abigaíl dio un respingo al encontrarse a Cole en el umbral de las puertas francesas. Estaba tan enfrascada en las imágenes que no lo sintió llegar.

—Yo... —Lo miró con cierta vergüenza porque la había pillado—. Lo siento, no acostumbro a ser tan curiosa.

«Descalza se la veía como una brujita moderna capaz de hechizar su alrededor... a él», pensó Cole. Ese maldito vestido corto iba a ser su perdición. Y qué decir del hecho de tenerla en la sala de su casa. Quedaba tan bien como si realmente perteneciera a ese espacio. ¿Dónde se había dejado su sentido común?, se reprochó. Bien pudo haber aceptado la sugerencia inicial de Abigaíl de irse en taxi. «No. No hubiera podido. Eso no hacía un caballero». Y aunque no creía serlo, al menos procuraba. Después de todo tenía una hija.

—Supongo que buscabas a la mamá de Hannah —dijo con naturalidad—. No tienes de qué avergonzarte, a veces me preguntan al respecto cuando hago alguna reunión en casa.

La sonrisa masculina le aceleró el corazón, así que optó por alejarse hasta el sofá para terminarse el chocolate que ya estaba medio frío. Él en cambio avanzó hasta la chimenea y se apoyó en la esquina de la repisa de piedra. Era tan alto que intimidaba y tan guapo como ningún otro hombre que ella hubiera visto. Un hombre así no podía permanecer soltero tanto tiempo, por lo que había notado minutos atrás, la tal Justine tenía todas las intenciones de cazarlo.

—¿Lo hacen? —sonrió cuando sintió que Cole decía en serio que no le importaba que hubiera estado mirando sus fotografías familiares con tanta curiosidad.

Asintió.

—Celeste era una mujer muy hermosa —expresó observando algún punto detrás de ella. Entonces Abby entendió que seguía enamorado de la mamá de su hija. No sabía por qué, pero era estúpido que aquello le causara pesar—. Tenía ojos grandes y azules como los de Hannah. Llevábamos un par de años de casados cuando tuvo un accidente de tránsito. Fue una pesadilla. No hubo nada que pudiera hacerse... —Apretó la mandíbula recordando aquel terrible día—. Eso es todo.

Ella sentía que detrás de esa furia contenida existía algo más, una historia dolorosa que solo la guardaba para él.

—Lo siento, Cole —aseguró con sinceridad mirándolo. Para esa familia debió ser muy trágico ese episodio.

Él fijó su atención en aquel par de ojos del color del mar.

—Pasó hace un tiempo. No tienes por qué sentirlo, pero gracias —comentó, amable.

—¿Comprobaste que Hannah estuviera dormida? —Cambió de tema. Aunque sentía curiosidad y ganas de continuar indagando, lo cierta era que no se tenía por una persona indelicada.

—Sí. Está tranquila.

El crepitar de las llamas en la rejilla era la música que interrumpía las palabras de ambos. Abby empezó a ponerse los zapatos automáticamente, pues entendía que ya era hora de que se marchara a su casa, y obviamente él no tenía ganas de sostener una conversación con una extraña a las tantas horas de la noche.

Cole se mantuvo observando los movimientos delicados de Abigaíl, esperando a que terminara para llevarla a casa, cuando un grito rompió el silencio.

—¡Papaaaá! ¡Papaaaá!

Cole no esperó dos veces y subió corriendo las escaleras.

Preocupada por el llanto de la niña, Abigaíl fue detrás.

—¿Qué sucede princesa? —Se acercó a la cama y le tomó la carita en las manos. Tocó su frente, los bracitos, pero no tenía fiebre—. ¿Qué tienes?

Hannah se giró para ver la persona detrás de su padre.

—¡Ángel! ¡Papá has traído al ángel!

Abigaíl se acercó del otro lado de la cama y antes de tocar a Hannah miró a Cole. La sonrisa que le dedicó estuvo a punto de derretirla.

—Hola, Hannah —saludó con una voz dulce—. ¿Qué tienes?

Ella hizo un puchero y se llevó las manos a la panza. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas regordetas. Cole se preocupó, pues habitualmente Hannah no tenía dolor de estómago. Greta debía estar dormida y con las pastillas para la fiebre a cuestas, no podía bajar a despertarla. Consultó el reloj. Más de media noche. «Llamaría a su madre». Asustado se puso de pie apresuradamente y salió a hacer su llamada, no sin antes pedirle a Abby con un gesto que se quedara con la niña.

—¿Qué has comido, pequeña?

—Ángel... —sonrió hipando—. ¿Te quedarás conmigo?

Abigaíl le sonrió con dulzura. El cuarto era hermoso y acogedor. Y ahí, recostada entre sábanas rosas y cama a tono, la niña se veía adorable. Le pasó la mano por los cabellos oscuros y lacios.

—Tengo que ir a casa, Hannah. Pero vamos a ver, ¿desde qué hora te duele la pancita? —preguntó sobándosela suavemente.

Al instante las lágrimas de Hannah remitieron y miró a Abby con rostro culpable.

—No me duele —hipó—, es que no quería que papá se fuera lejos de mí.

Abigaíl contuvo una sonrisa. No se podía creer cómo esa pequeñaja engañaba a su padre con tanta facilidad.

—Ya veo. Se ha ido preocupado a llamar a alguien seguramente para preguntarle cómo quitarte el dolor. Tú no quieres que tu papá se ponga triste porque le has mentado, ¿cierto?

Hannah movió la cabeza de un lado a otro.

—¿No se lo dirás... verdad? —indagó con sus ojazos azules llorosos—. No quiero que papá se ponga triste. Solo quería que se quedara. No me gusta cuando me deja sola... aunque Greta es buena conmigo.

Abigaíl no pudo evitar sentarse en la cama y atraerla a su regazo. La acunó y le secó las lágrimas.

—Será nuestro pequeño secreto. Ahora duérmete. ¿Sí?

—¿Me vas a dejar?

—No, me quedaré hasta que te duermas. —Le hizo una caricia en la pequeña nariz.

—¿Me das un beso de buenas noches? —murmuró algo tímida. Le gustaban los besos de su papá, pero quería que la besara Abby. Nunca se iba a olvidar el nombre del ángel. Además se parecía a las princesas de las que Greta solía leerle en los cuentos de Disney.

Abby besó las dos mejillas rosadas y sonrió. Era la niña más dulce que conocía, y habría que decirle a Cole que anduviera con cuidado, pues cuando creciera bien podría convertirse en una bribonzuela que lo tendría dando tres vueltas con travesuras y picardías.

Segundos después entró Cole con la respiración agitada. Se detuvo en seco al observar que Hannah estaba completamente dormida, y Abigaíl terminaba de arroparla.

—¿Cómo...? ¿Qué pasó con el dolor de estómago?

Ella se encogió de hombros.

—Es un secreto entre Hannah y yo —susurró en voz baja, mientras salía de la habitación y Cole calibraba la luz para dejarla muy tenue.

Empezaron a bajar las escaleras.

—No puedes tener secretos sobre mi hija —gruñó cuando llegaron a la planta baja.

—¿Qué te apuestas? —preguntó con sorna, pero al ver el rostro preocupado, se puso seria—. Solo quería que te quedaras en casa. La niña al parecer no está acostumbrada a que salgas a tan altas horas de la noche. Te extrañaba y pensé que te habías ido de nuevo dejándola sola.

Él meneó la cabeza. Su madre le había dado una lista de medicinas que podría servirle, y luego le pidió que investigara más sobre enfermedades infantiles en lugar de depender tanto de Greta que ya necesitaba descansar un poco. Y fue justamente ese argumento de su madre que le dio una idea.

—Gracias, entonces.

—No hay problema.

—¿Sabes? Greta ya está avanzada en edad. No es la misma de siempre y no me gustaría abusar de su salud ni de su tiempo más de lo justo.

Se adentraron en el salón que continuaba igual de silencioso.

—Abby —pronunció de un modo tal que a ella la piel se le espelucó y quiso estar a varios metros de distancia. ¿Sentía él la misma corriente? ¿O se estaba volviendo loca?

—¿Sí? —Elevó el rostro hacia él. Cole le sacaba al menos una cabeza de altura. Se sentía bastante intimidada por aquella seguridad de movimientos gráciles que él manejaba con tanta naturalidad. Quizá en otro hombre se habría visto exagerado, pero Cole parecía poseer la agilidad de una pantera y la elegancia de un *dandy* como si hubiera nacido con ello. Resultaba tan fascinante como abrumador.

Cole contempló los labios de Abby, pero se rehusó a ceder a la tentación de tomar alguna acción al verlos tan provocativamente rosados y suaves. Al menos no, después de lo que se le acababa de ocurrir.

—¿Es cierto lo que dijo tu amigo Richard? —preguntó aclarándose la voz.

Frunció el ceño totalmente desprevenida.

—Que no tienes empleo y que trabajabas como profesora —explicó.

Ella hizo una mueca imperceptible.

—Sí, es verdad. Quizá te hubiera parecido un poco desagradecido el hecho de rechazar la oferta de Richard, pero se me hacía injusto tener un puesto sin merecerlo. Tampoco tengo los conocimientos administrativos que el cargo requería... y después de lo de esta noche, me alegro no haberlo hecho.— «¿Por qué estaba dándole tantas explicaciones?»

—Creo que tu argumento es válido y honesto. Cuéntame, ¿de qué edad son tus alumnos? — Se imaginó un grupo de universitarios babeantes con una profesora tan sexy y aparentemente inconsciente de su gran atractivo. Él no habría permitido que otros hombres la miraran con deseo, porque... «¿Por qué?» Estaba enloqueciendo. Hacía varias semanas que Justine y él no se acostaban y seguramente toda su telaraña mental se debía a la frustración sexual.

—Niños de la edad de Hannah.

«Gracias a Dios», pensó, pero no ahondó en el motivo ridículo de su alivio.

—Encajas perfectamente con la idea del puesto que tengo que ofrecerte.

Lo miró sin entender.

—Le diré a Greta que puede venir uno o dos días, pues sé que le tiene cariño a Hannah y no quiero tampoco dejarla sin empleo. Abby, ¿te gustaría trabajar para mí?

Lo miró con sorpresa.

—¿Haciendo qué exactamente? —Durante la cena había escuchado que Cole era un experto en programación de software y poseía una compañía especializada. Ella entendía de ese tema exactamente lo mismo que sobre teoremas respecto a las singularidades espaciotemporales en el marco de la relatividad general de Hawkins.

—Ser la niñera y profesora particular de Hannah. —El pensamiento de que estaba haciéndole esa propuesta por motivos meramente egoístas tuvo que enviarlo al fondo de su conciencia. No tenía idea de qué diablos estaba

haciendo al seguir ese impulso de querer tenerla cerca—. La ayudarías en las tareas de la escuela y podrías inclusive hacerla avanzar en algunos conocimientos para que lleve ventaja y adquiriera más curiosidad por investigar nuevos temas. Sería de martes a viernes. Los fines de semana, si acaso tengo que viajar por negocios, te pagaré el doble para cuidarla.

—¿No has pensado que podría ser una psicótica extravagante, por ejemplo? Apenas me conoces... y creo que no tenías muy buena opinión de mí cuando me viste por primera vez.

Él sonrió por el recordatorio del supermercado.

—He escuchado tu reflexión sobre porqué rechazaste un empleo tan bueno como el de tu amigo, y creo que muy pocas personas serían tan sinceras cuando necesitan un trabajo. Eres amiga de Spencer, y él es una persona muy selectiva con sus amistades. Además mi hija te tiene cierto aprecio... supongo que eso también cuenta. —Luego le mencionó cuánto sería su salario, y Abby tuvo que poner la mano sobre el respaldo del sofá para no caerse de la impresión. Lo que Cole estaba ofreciendo pagarle era lo equivalente al salario de cuatro meses de la escuela, en un mes.

Tomó una decisión.

—Tengo una condición.

Cole sonrió complacido de que ella hubiese aceptado la propuesta.

—Adelante.

—No puedo quedarme a dormir como lo hace Greta... yo —no podía airearle su vida personal—, tengo asuntos personales que me impedirían hacerlo. Y solo podría trabajar hasta las cinco. Máximo cinco y media.

«¿Un novio con el que viviera...?» La idea le agrió el buen humor. No se había puesto a pensar en esa posibilidad.

—No tengo derecho a meterme en tu vida privada, así que despreocúpate. El horario está muy bien y también el que no te quedes a dormir en casa —dijo él con aspereza—. Así que en tanto y en cuanto tu novio no estropee los cuidados y educación que puedas darle a mi hija, no me quejaré. Si acaso te necesitara un fin de semana por mis viajes de

negocio, te notificaré con varios días de antelación y te pagaré el doble de tu hora habitual como expresé hace un momento.

—Yo no he dicho que tengo...

—Y ya se está haciendo demasiado tarde —continuó ajeno a lo que ella quisiera decirle—. Será mejor que te lleve a casa. No me gusta dejar a Hannah sola, pero ya sé que está bien y dormida. ¿Vives muy lejos de aquí? —preguntó caminando con prontitud hacia el automóvil.

—Espera...

Él se giró. Iba a decirle que no tenía novio, pero no tenía caso. Cole sería su jefe y ella la nana de Hannah. La situación había cambiado en el momento que aceptó ser su empleada. Y quizá al final nada hubiese sido distinto. Quizá se sentía atraída... De acuerdo, muy atraída, por Cole Shermann, pero no quería pasar por el terror de vivir o vincularse a un hombre que la tratase como lo hizo Rylan.

—Gracias por la oferta. Acepto el trabajo.

Cole asintió.

Durante el trayecto en automóvil, le explicó sus horarios de trabajo. Expuso que a veces solía salir más tarde lo habitual de la oficina y en caso de que aquello ocurriera podía tomar las llaves del Mercedes Benz para que llevara a Hannah donde su madre, si él no estaba en casa a tiempo para relevarla. Algo que, por supuesto, ella no pensaba hacer; ni de chiste utilizaría un automóvil tan caro, para ello prefería quedarse tiempo extra. Pero esa conjetura no pensara decírsela a Cole.

—Tienes todo calculado —dijo asombrada.

—Me ha tocado aprender siendo padre soltero.

—Hannah es una niña adorable.

Las facciones de Cole que hasta ese momento habían estado ligeramente rígidas se relajaron con una sonrisa.

—Lo es. —Estaban a pocas calles de la casa de Abigaíl—. Y yo no tengo intención de imponerle una figura materna. No me gustan los compromisos

y con un matrimonio ha sido suficiente.

—Vaya. ¿Y por qué sacas el tema a colación? —preguntó mirándolo inquisitivamente, mientras Cole parqueaba frente a su casa.

Él se giró clavando sus ojos negros en ella. Abby notó que podía ser tan amable como peligroso, y no quería probar la segunda parte.

—Ambos somos adultos y también sensatos. —Ella asintió y tragó en seco. Lo tenía tan cerca y el aire del automóvil estaba tan cargado de su aroma que tenía los músculos en tensión—. ¿Sientes la atracción que existe entre ambos?

Por un instante se quedó muda. Pero reaccionó pronto.

—Sí... —murmuró dejando a un lado sus reticencias.

Cole estiró la mano y acarició la mejilla suave de la muchacha.

—Y yo. —Bajó la mano, y ella sintió la pérdida del contacto—. La verdad es que no tengo ninguna intención de comprometerme con nadie. Justine y yo somos amantes. Y ese tipo de relación es lo único que estoy dispuesto a ofrecer.

Ella lo miró boquiabierta.

—Me parece que estás insultando mi inteligencia y dando por hecho que eres irresistible. Quizá me atraigas, Cole. No soy hipócrita. Pero, ¿no te has puesto a pensar que quizá también existe alguien en mi vida bajo las mismas condiciones que tienes con Justine? —Se defendió torciendo un poco la suposición que hizo él de que tenía novio. Pues bien, que pensara lo que quisiera.

Cole reprimió las ganas de borrarle esa vena combativa a punta de besos. No podía hacerlo, pues sería pésimo que Hannah sintiera la hostilidad entre su niñera, y su padre. Él no quería que el ambiente en casa fuera tenso para su hija.

—Tu carácter es una de las cosas que servirá para que Hannah aprenda a defenderse, supongo. —Resopló—. Escucha. No es mi intención ofenderte, aunque quizá no esté de más recordarte que no me gustaría que tu novio visite la casa mientras trabajas con mi hija. Ese sería un motivo para

prescindir de tus servicios.

Se quitó el cinturón de seguridad, furiosa.

—Entonces no quiero el empleo. Puedo necesitarlo, pero no permitiré que me pisoteen ni den a entender que voy de cama en cama porque alguien me parezca o no atractivo —sentenció—. Te estás pasando.

—No quise... El empleo sigue siendo tuyo —replicó con ganas de darse de golpes. ¿Por qué demonios había dicho semejante barbaridad? ¿Para recordarse él que no quería ningún compromiso, o para prevenirla a ella? Cualquiera de las dos opciones resultaban patéticas—. Lo lamento, Abigail, yo... —Se pasó una mano por el cabello desordenándose.

—Escuche bien, *señor Sherman*. —Lo miró con fastidio—. Voy a ser la nana y la profesora particular de Hannah. Eso es todo. Y tal como le dije hace unos momentos, quizá la idea de tener un amante me resulte más estimulante que fastidiarme la vida al lado de un hombre tan pagado de sí mismo.

Dicho eso y dejando a Cole enfadado salió del automóvil.

Lo último que escuchó Abby al cerrar poner la seguridad en la puerta de su casa fue el chirrido de las llantas del Audi al alejarse. «Vaya inicio de un nuevo empleo».

Agotada, pero contenta de tener un trabajo subió las escaleras para comprobar que su abuelo dormía tranquilo. Luego fue a su habitación, se desnudó y cayó en los brazos de Morfeo.

Capítulo 6

Llevaba en la oficina desde las seis de la mañana. La cabeza le dolía y sentía los músculos tensos. Abraham había decidido tomarse unos días libre para hacer un viaje a Bora Bora con su amante de turno, así que ahora tendría doble trabajo durante su ausencia. Su socio era un pilar fundamental para equilibrar las horas en que cada uno podía perderse en el mundo de la lógica informática y los códigos binarios, mientras el otro atendía reuniones. Así que el lado sociable de Abraham le iba a hacer falta.

Por si fuera poco, su asistente se marchó temprano porque tenía gripe. Cole le dio cuarenta y ocho horas de descanso, si lo contagiaba la primera afectada sería su hija. No podía permitirse ese descuido. Con los ojos cansado, finalmente apagó el ordenador. No había almorzado y estar nueve horas frente a la pantalla lo estaba desquiciando. Se reclinó en su sillón de cuero y se masajeó las sienes con los índices.

Cerró los ojos un largo rato.

El proyecto piloto para Templeton & Company le estaba ocupando más tiempo del que tenía previsto, y la reunión para la presentación ante los dueños de la empresa se acercaba. Giró el cuello en círculos un par de veces y estiró la espalda antes de ponerse de pie, para observar la vista magnífica que tenía desde su gigantesco despacho. Abraham solía burlarse diciéndole que él era un *nerd* atípico, porque su apariencia era la de un actor de cine, su popularidad reconocida por los tabloides especializados y las mujeres solían insinuársele sutil, o a veces osadamente. ¿Qué podía responderle para contraatacar? Nada. Gran parte de la perorata de su amigo era cierta.

Introdujo las manos en los bolsillos de su pantalón azul, mientras contemplaba cómo las luces de la ciudad iban encendiéndose poco a poco formando un manto de colores en Baltimore. En invierno solía anochecer más de prisa. La percepción de que tenía menos tiempo para trabajar a veces resultaba incómoda.

Inclinó la cabeza hacia la derecha para comprobar la hora con el reloj de la pared. Debía estar en casa hasta dentro de treinta minutos. Tenía que compensar el horario, pues Abigaíl había accedido a presentarse mucho

más temprano de lo habitual. No podía abusar del tiempo de la muchacha, aunque se lo pagara.

La llegada de Abigaíl había vuelto loca de contenta a Hannah. Durante la semana que llevaba trabajando en casa, su hija ya no lo miraba con resentimiento cuando se despedía para ir a la oficina. Él por su lado procuraba hacer de cuenta que la conversación que sostuvieron, Abby y él, en su automóvil aquella noche no ocurrió, y al parecer ella concordaba implícitamente con la idea.

Trataba lo menos posible de darse por enterado de su presencia. Aunque el perfume de rosas que ella utilizaba quedaba impregnado en el aire cuando llegaba, y aún permanecía cuando se iba de la casa. Era una tortura absoluta, si a ello sumaba los roces accidentales cuando coincidían en algún lugar de la mansión. Ella lo observaba con aquellos preciosos ojos azules y él tenía que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no ceder a la necesidad de probar sus labios.

Luego estaba Justine. No había podido hablar con ella, porque estaba hasta el tope de trabajo. Necesitaba dejarle las cosas claras, pues no quería que el vínculo entre ellos continuara. Al menos no, si Justine insistía en poner a Hannah de por medio. Sabía que intentaba conseguir a toda costa una propuesta de matrimonio, pero él no estaba interesado.

Salió de su despacho para coordinar con el departamento de programación una junta especial y probar el nuevo sistema de codificación de huellas digitales y registro óptico que le pidió un cliente. Tardó quince minutos, y luego fue a su despacho a recoger las llaves del automóvil para ir a casa.

Abby sostenía entre sus dedos una taza de té caliente, mientras Hannah mantenía la cabeza inclinada sobre un dibujo de Mickey Mouse y lo coloreaba con los tradicionales negro, rojo y toques de amarillo. Al tiempo que la pequeña deslizaba la punta de los lápices de colores sobre el papel, también iba recitando, corregida por Abigaíl cuando se equivocaba, las ciudades principales de todos los estados del país. La lección de geografía era la que menos le gustaba a la niña, así que Abby trataba de utilizar metodologías más dinámicas que las que solía aplicar en la Escuela

Elemental Baltimore.

—Lo has hecho genial hoy, Hannah. —Acarició los cabellos negros de la pequeña. Consultó el reloj. Cole llevaba treinta minutos de retraso sobre la hora acordada. Y ella tenía que ir a ver a su abuelo, pues estaba empeñado en ir a comprar un nuevo sillón para la sala. ¿Cómo decirle que no? —. Esperaremos a que llegue tu papá. Y no te olvides de decirle a tu profesora que cuando te envíe una tarea tiene que ser más detallada en sus requisitos. —Hannah asintió.

Con un suspiro se puso en pie, y la niña la siguió hasta el cuarto de juegos.

Abigaíl había procurado no demostrarle a Cole lo mucho que su presencia la afectaba. Era imposible resistirse a darle una miradita. Bueno, una larga mirada al modo elegante con el que se movía cuando iba a despedirse y saludar a Hannah. El perfume que utilizaba ponía a sus hormonas a correr una maratón, y aquella manera de estirar la manga de su camisa, girar la muñeca y comprobar la hora. Dios. Podría parecer un acto banal, pero en Cole era un gesto que resultaba muy sexy.

Para ir a la casa de los Shermann procuraba vestir cómoda, y apenas entraba se cambiaba las botas por unas zapatillas de bailarina para andar más ligera. La calefacción era perfecta, así que los vestidos con los que usualmente andaba eran suficiente para aplacar el frío que pudiera colarse dentro.

Las horas en que Hannah estaba a la escuela, ella aprovechaba para ponerse investigar en la red técnicas pedagógicas innovadoras que ponía luego en práctica con su alumna. Cuando la pequeña llegaba a casa era un vendaval de palabras, gestos y preguntas. No podía pedir una alumna más dedicada.

—Abby, ¿por qué papá tarda tanto en volver?

—Debe estar trabajando aún...

—Lo echo de menos.

—Lo sé, cariño. —Le apretó la mano regordeta sobre la mesa—. Vendrá dentro de poco. No te preocupes.

—¿Tú también lo echas de menos? —indagó con una sonrisa que casi pareció esperanzada.

—Verás...

En ese momento se escuchó un portazo, el *clin clin* de un llavero al reposar sobre la consola de mármol de la entrada, y los pasos que ya le sonaban familiares a Abby.

—¡Hannah, papá está en casa!

No pasaron ni dos segundos y la niña salió corriendo escaleras abajo, mientras Abigaíl recogía los juguetes. Cuando estuvo segura que el pulso no iba a más de la velocidad normal decidió bajar. Cole estaba lanzando al aire a su hija, quien reía a carcajadas. Se quedó contemplando la escena y añorando lo que Rylan le había arrebatado. Era imposible no recordar y sentir el corazón oprimiéndole el pecho.

De pronto, Cole levantó la mirada y la encontró observándolo.

—Hola, Abby. —Hannah una vez en el suelo se agarró de la mano de su padre como si fuese un ancla.

—Hola... —sonrió—. Has tardado un poco más de lo acordado —expresó sin reproche. Aunque tampoco quería que se le hiciera costumbre. Además ya había decidido no utilizar el automóvil de Cole para llevar a Hannah hasta donde su abuela. No quería ni imaginarse tremenda responsabilidad, no solo por la pequeña, sino por el auto de lujo, cualquier rasguño no podría costearlo a menos que cediera su salario del resto del año.

Cole observó el modo en que el cabello de Abby brillaba con la luz de la lámpara de araña. Ya conocía que de apacible no tenía más que la apariencia, pues su lengua lanzaba dagas cuando algo no le parecía o se sentía ofendida. Ella había insistido en darle su currículum profesional el primer día de trabajo, y a él lo sorprendió gratamente toda la información. No podía pedir mejor tutora para su hija.

—Lo compensaré en la paga. Ha sido un día ajetreado.

—No hace falta, pero la próxima, por favor procura cumplir nuestro

acuerdo. Tengo cosas que hacer.

Él no se tomó a bien el comentario.

—No sabía que mi hija te fastidiara tanto. Porque si es así...

Ella se acercó un poco y le pidió con la mano que se callara señalando a Hannah. Abigaíl podía notar la tensión y la preocupación que emanaban del cuerpo de Cole.

—Adoro trabajar con Hanna. —Le acarició el rostro a la niña, que se dejó hacer—. Pero yo también tengo cosas personales, Cole. Se me hace tarde. Eso es todo, no lo tomes del modo equivocado.

Él asintió.

—Me ha surgido una emergencia en la oficina. Hace unos momentos recibí una llamada y necesito pedirte un gran favor.

—Tú dirás...

—La empresa para la cual he estado trabajando como loco ya ha puesto el día de la reunión. Lamentablemente no será aquí en Baltimore. Han decidido hacerlo en una de sus centrales en Seattle. Estaré fuera tres días.

—Tendré que llevarme a Hannah a mi casa Cole, no puedo estar aquí el fin de semana. Tengo una casa. Hacer la colada, limpiar, ¿sabes?

Él asintió.

—No es eso lo que te estoy pidiendo...

—¿Entonces?

—Necesito que me acompañes a Seattle el próximo fin de semana. —Ella iba a protestar—. Serán solo tres días. El lunes es puente y estaremos de regreso al anochecer. Hannah no faltará a clases, pero no puedo dejarla en casa de mi madre porque está con mi hermana de viaje en Los Ángeles. Triplicaré tus horas en pago.

Hannah miraba a uno y otro. Al no entender cómo funcionaba el mundo de los adultos prefirió irse a su habitación a jugar con las *barbies* y los legos.

—Cole... —En ese momento empezó a sonarle el teléfono en el bolsillo—. Por favor, dame un segundo tengo que contestar la llamada —dijo antes de ir al estudio y cerrar la puerta detrás.

—Hija...

«Su abuelo.»

—¿Estás bien? ¿Qué sucede? —indagó preocupada por el tono contrito de la voz de Horace.

—Hija, me acaban de llamar de Potomello.

El corazón de Abby se detuvo. ¿Le habrían dicho los médicos que los resultados de las pruebas del día anterior indicaban que el tratamiento no surtió efecto? ¿No habría esperanza? ¿Estaba desahuciado? Se acomodó en una silla chippendale cerca del ventanal del escritorio en el que imaginaba que Cole despachaba los fines de semana. Necesitaba una superficie firme, porque sentía que si su abuelo no hablaba rápido iba a desmayarse.

—No me angusties. —Aferró con fuerza el móvil.

—Me gustaría poder hacerlo. Necesito que me lleves a la clínica. Ven a verme. Acaba de fallecer Oscar.

Por primera vez, Abby escuchó quebrarse la voz de su valiente abuelo. «Dios. El pobre Oscar.» El vital, vivaracho y fuerte ex combatiente de la guerra de Vietnam. Nunca más volvería a escucharlo intentar emparejarla con los médicos, bromear sobre la vida y gruñirle a las medidas económicas del gobierno. Sintió una profunda tristeza, y más aún por su abuelo, pues a la edad que tenía, una pérdida emocional era un golpe mucho más duro de soportar, en especial cuando con los chicos de El Club compartían un objetivo en común: sobrevivirle el cáncer.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Yo... ahora mismo voy, abuelo.

—No quiero que te despidan...

—Acabo de terminar mi jornada. Por favor, no te alteres, y no se te ocurra ir tú solo.

Cole dejó a un lado la revista *Times* cuando la vio entrar en el salón con el rostro consternado. Se puso de pie y acudió a su lado. Quizá por inercia, o quizá por impulso, le secó las lágrimas con sus pulgares.

Ella sollozó. Odió sentirse débil, pero era imposible no hacerlo. *El Club* era un equipo de hombres maravillosos y haber perdido a uno de ellos iba a representar un revés importante que seguro afectaría la recuperación, en especial la anímica, de Palton, Joe y su abuelo. Temía por este último, pues aunque era fuerte, sabía el apego que sentía por sus amigos de terapia.

—¿Qué sucede, Abby? —preguntó con suavidad procurando calmarla.

Ella elevó los ojos brillantes hasta los de Cole. La barbilla empezó a temblarle.

—Ha... ha muerto una persona muy importante. Te... tengo que irme. —Tragó en seco—. Y sobre Seattle...

Se veía tan vulnerable que él no pudo evitar atraerla a sus brazos y rodearla con ellos. Sintiéndose protegida, Abigaíl relajó los hombros y se dejó envolver por el aroma, la fuerza y el abrigo que le brindaba Cole en ese momento. Las lágrimas empezaron a deslizarse con libertad por sus mejillas; no pudo contenerlas.

Él la dejó llorar y sin poder impedirlo el sentido de protección que preservaba en exclusiva para Hannah pareció extenderse como una red firme hasta Abigaíl. Algo dentro suyo empezó a exigirle que la alejara de su abrazo, y le pidiera un taxi porque ese no era su problema. Pero su cuerpo se negó a obedecerle y la sostuvo con determinación.

—No hace falta que me digas nada ahora sobre el viaje, Abby —susurró con la barbilla sobre la cabeza de cabellos dorados. Los sollozos apenas se escuchaban, pero el calor de las lágrimas mojaba su camisa—. Vamos.— La alejó suavemente con las manos, y luego pasó los pulgares quitando el rastro de las lágrimas—. Todo estará bien. Ve a ponerte la bufanda y a cambiarte los zapatos. Ahora mismo te llevo donde sea que tengas que ir, y en el camino podemos, si deseas, ir conversando.

Ella colocó las palmas de las manos sobre el dorso firme y masculino. Sintió el calor emanar de aquel cuerpo fuerte. Tragó en seco.

—Gracias, Cole... —Cuando sus miradas se encontraron fue como si un rayo hubiera fulminado cada pequeño poro de sus cuerpos. Algo cambió en la atmósfera. Ella contuvo la respiración al ver cómo los ojos color petróleo empezaron a oscurecerse. Tembló. No había miedo, pero sí una ansias terribles de pertenecer a alguien distinto a sí misma. Y sabía que era imposible, sin embargo, sus labios fueron incapaces de protestar cuando él enmarcó su rostro con las manos.

Lo que ocurrió a continuación fue inevitable.

Capítulo 7

Abigaíl sintió los labios cálidos de Cole sobre los suyos, acariciándolos y entreabriéndoselos suavemente. La arrastró a un beso que pareció sutil en un principio, pero poco a poco fue cobrando intensidad. El sabor de sus bocas juntas era un potente afrodisíaco que empezó a afectarlos a ambos por igual. Él la probó con una dulzura tal que a ella le resultó dolorosa, jamás nadie la había besado de esa manera. Era un consuelo, una tentación, un alivio, una sensual persuasión.

Se apoyó más en él y permitió que la rodeara con sus brazos, mientras su lengua ejercía una conquista sutil, pero firme, en su boca. Fue consciente de cada uno de los músculos de Cole contra su cuerpo, el aroma de su perfume, y sintió un conocido calor entre sus muslos cuando la evidencia de la pasión masculina se hizo notoria. Imposible no frotarse con deliberada lentitud, pelvis con pelvis. Fue entonces cuando el beso se profundizó y Cole la llevó en volandas hasta apoyarse contra la pared más cercana del salón.

Al sentir la firmeza del concreto a su espalda elevó la mano para acariciar el sensual rostro que la atraía como un imán; recorrió los labios de Cole con la lengua, los mordisqueó. Se apropió de los gruñidos de placer que él emitía, y sentía cómo él le soltaba los tres grandes botones de su abrigo y deslizaba las manos hasta llegar a sus firmes nalgas. Ella dio un respingo, pero no se apartó, y él la apretó contra su esculpido físico.

Cole sintió la abrumadora urgencia de tocarla toda, conocer cada palmo de su cuerpo y hacerla suya. Había tenido amantes, sí. Pero ni siquiera Celeste, su esposa, fue capaz de encenderlo del modo en que Abby lo hacía en ese instante. Ella era tan suave, femenina y bastaba un ligero toque para percibir el modo en que la pasión la consumía. Era deliciosa.

Sintió las manos femeninas enredarse detrás de su nuca, y él subió las suyas hasta los pechos generoso que anhelaba recorrer. Su erección estaba a punto de ahogarlo. El tamaño de sus senos era perfecto y cabían en sus manos como si hubiesen sido diseñados para que él los probara. Los acarició sobre la tela, y con los pulgares jugueteó con los pezones que ya estaban inhiestos. La sintió arquearse contra él y bajar las manos hasta

aferrarse a su camisa como si fuera él su tabla de salvación ante la inminente ola de deseo que los envolvía. Inclino la cabeza para besar el cuello suave del cual emanaba el aroma natural de Abigaíl. Podría embotellar su esencia. La moldeó con sus manos, memorizándose cada curva que iba conociendo.

—Oh, Cole... —gimió cuando él deslizó el vestido hasta dejarlo en su cintura, y luego lo sintió maniobrar con el broche del sujetador. No podía racionalizar nada. Solo quería que él continuara acariciándola, sin la ropa como impedimento para que su piel conociera la de Cole. Quizá fuese la primera vez que realmente quería dejarse llevar por la pasión y que deseaba a alguien con tanto fervor—. Bésame —susurró atrayendo la cautivadora boca hacia ella.

Al escucharla, se detuvo abruptamente. Como si la nube de deseo que se había apropiado de su cuerpo se hubiera evaporado de pronto, y se hubiese dado cuenta de que algo no encajaba. O quizá algo sí que encajaba, pero demasiado bien. Lo suficientemente bien como para asustarlo. Jadeando, se apartó. «¿Qué diablos estaba haciendo? »

Ella lo miró con la respiración entrecortada sin comprender porqué se detenía. Cole no estaba menos tranquilo, pero algo había cambiado dentro suyo con respecto a Abigaíl. Y la idea de verse atado a las posibles expectativas, de cualquier naturaleza, lo refrenaron. Él tenía que pensar en Hannah y su trabajo, pero Abby era una constante distracción. Por eso había intentado evitar cualquier contacto, hasta que la vio con los ojos tristes. Ella removía sentimientos que tenía anclados en lo más profundo, y no le gustaba. Además, tampoco tenía tiempo para distracciones. Debía encontrar el modo de alejarse de ella, sin quitarle a su hija la oportunidad de aprender con una buena profesora y una estupenda nana, pues privarla de Abigaíl por un error suyo sería egoísta, y él amaba a su hija. No podía hacerlo.

—¿Cole...? —susurró mirándolo interrogante. Se ajustó subió el vestido, avergonzada, y cerró su abrigo como si de esa manera pudiera erigir una barrera contra la sensibilidad de su piel y el anhelo de su cuerpo por algo que hacía mucho tiempo permaneció adormecido. El deseo.

Él evitó mirarla, porque sabía que los labios rosados e hinchados por sus

besos iban a volverlo loco. Estaba al límite. Si ella intentaba retomar el contacto físico hasta donde lo habían dejado, le iba a resultar casi imposible resistírsele.

Tomó una bocanada de aire para calmarse.

—Esto está mal, Abigaíl... —Se pasó una mano por los cabellos negros—. Lo siento. No debí aprovecharme de tu vulnerabilidad. Tenemos que irnos.—Ella lo miró sorprendida, pues de pronto el ánimo apasionado de Cole se había tornado distante—. Ve por tu bufanda, no quisiera que llegaras tarde donde sea que te esperan.

Ella avanzó y le clavó el índice en el brazo derecho, empujándolo.

—No te atrevas a dejar esta situación así, ni a hablarme como si yo no tuviese dos dedos de frente para merecer una explicación a tu abrupto cambio. ¿Qué es?

Él enarcó la ceja y se cruzó de brazos.

—¿Estás sugiriéndome acostarte conmigo para acabar lo que empezamos? Pensé que estabas un poco agobiada y triste, así que no quería que pensaras que quería aprovecharme. No está bien. Tú eres mi empleada y yo tu jefe. Esos cuentos no me van —dijo con insolencia—, pero no hay problema, ¿subimos a mi habitación...? — Sabía que estaba siendo un cretino, pero tenía que alejarla de su lado. Lo que sea que pudiese ocurrir no podía llevarlos a nada satisfactorio. La mirada de Abigaíl decía muchas cosas que estaban detrás de esa aparente fachada de fortaleza, y él no quería involucrarse a indagar por más curiosidad que ella le produjera.

Ella quiso abofetearlo, pero a cambio bajó las manos y lo fulminó con la mirada. «Así que mi jefe. Bueno. Nunca más volvería a permitirse un desliz como ese.»

—Al contrario, estoy sugiriéndote que te vayas al diablo, Cole Shermann. —Se alejó de él como si tuviera la peste—. Y si quieres despedirme, hazlo.

—¿Qué? Claro que no voy a despedirte. Esto ha sido culpa mía. Además, no puedo ofrecerte lo que tú esperas —dijo cuando ella se alejaba con paso firme para ir por su bufanda, y las botas. Las palabras de Cole la

detuvieron. Se giró.

—Vaya. —Elevó las manos—. Ahora resulta que eres psiquiatra. Ilumíname Freud. ¿Y qué es lo que espera esta —se señaló a sí misma— pequeña mortal?

«Maldita la hora en que había perdido los papeles.»

—No quiero discutir contigo. En verdad, lo lamento... —dijo apretando los dientes.

—¿Ser un cretino o haberme dejado como si te repeliera mi tacto? —preguntó sin poder aguantarse. El recuerdo del desprecio y desaire de Rylan volvieron como balas lanzadas a quemarropa. Y aunque no hubiese querido, le dolió el rechazo de Cole.

—Abby... —De pronto ella lo estaba enredando todo. Claro que era un cretino. Pero, ¿repelerle su tacto? Dios, si su piel era tan suave y tersa que la hubiera desnudado en la sala si su maldita conciencia y su miedo a comprometerse no lo hubiesen asaltado de pronto.

—No necesito que me lleves. Yo me las arreglaré sola. La experiencia —hizo un gesto desmereciendo lo ocurrido entre los dos—, me ayudó a espabilar lo suficiente para lidiar con lo que se viene. Hasta el martes. —Dicho eso se perdió por el umbral del salón dando gracias que Greta tuviera el turno el lunes.

Lo siguiente que escuchó Cole fue la puerta de su casa cerrarse.

Maldiciéndose una y otra vez fue a buscar a Hannah. Habría ido tras Abby, pero le estaría enviando un mensaje equivocado. Dios. ¿Cómo era posible que su cerebro no lograra conectar del todo? Esa mujer le causaba un cortocircuito mental y físico. Además estaba pendiente el viaje a Seattle.

Algo tenía que ocurrírsele para evitar que ella no lo afectara.

Abby agradeció tener que sentarse en el automóvil para hacer el viaje a casa, porque las piernas no iban a sostenerla más. Quizá era un

imprudencia manejar, en lugar de tomar un taxi, pero necesitaba concentrarse en algo distinto a su cuerpo anhelante. Aún sentía su piel estremecerse, como si hubiese sido un arpa tocada con maestría y al final quedara vibrando hasta que todas las cuerdas volvieran a su estado de quietud. Claro que esa calma tardaría en llegar.

¿Qué acababa de hacer? Besó a su jefe. Lo insultó, claro primero lo hizo él, y luego lo mandó al diablo. Cole se lo tenía merecido, sin duda, pero ella debió impedirle devolverle el beso desde un inicio. Cole era un hombre tan sexy como el demonio que ya le había dicho claramente que no tenía intención de involucrarse con nadie. El infame tenía una amante de la que ni se acordaba. ¿Dónde la dejaba eso? «Camino al desastre.» Apenas llegara a casa se volcaría en su abuelo y se olvidaría de todo. O eso pretendía fervientemente.

¿Ir a Seattle? ¡Já! Imposible.

Después del servicio fúnebre su abuelo se mostró taciturno y no quiso comer a pesar de las exigencias de la señora Igorson. Abigaíl no podía obligarlo, pues entendía cuán abatido se sentía por la pérdida de Oscar.

Mónica y Spencer acudieron al servicio fúnebre y la invitaron al siguiente día a tomar un café con ellos. Sus amigos se sorprendieron al enterarse que trabajaba para Cole, y le comentaron que Richard, al despertar la mañana siguiente de la barbecue, no se acordaba de nada y que por eso ni siquiera la había llamado para disculparse.

—No puede ser... ¿Están seguros? —Les había preguntado con una risotada.

—Bastante —se rió Mónica—. Creo que será mejor no recordárselo. Pero debes tener una conversación sincera con él. Sé que no te sientes atraída por Richard, y le harías un bien quitándole cualquier esperanza que pudiese albergar. De lo contrario tendrás a un sinnúmero de mujeres odiándote.

—Lo sé, en especial esa Deanna —miró a Spencer que había permanecido bastante silencioso—. ¿Desde hace cuánto tiempo conoces a Cole? —preguntó sin poder evitarlo. Necesitaba saber si acaso continuaba enamorado de su ex mujer y si a eso, sumada la fobia al compromiso, se debió su rechazo la otra noche.

El médico la miró con curiosidad.

—Abigaíl... la vida de Cole no ha sido muy fácil. Lo conozco hace algunos años. Es una buena persona, eso seguro, pero le tiene terror al compromiso. —«Dímelo a mí», pensó ella—. La vida con Celeste, su ex mujer, no fue en absoluto sencilla. No me corresponde decírtelo, sin embargo, puedo adelantarte que ella le hizo mucho daño. Si no hubiera sido por Hannah, no sé qué habría sido de él. Esa niña es toda su vida.

—Es una preciosidad y muy despierta —murmuró Abby.

Mónica le puso la mano sobre la suya.

—¿Qué sucede, querida?

Se tomó un rato en contestar. Mónica se quedó observándola.

—Es un poco complicado.

—Eso solemos decir los hombres, Abigaíl —intervino Spencer mientras engullía un pedazo de pie de manzana—. Es la primera vez en mucho tiempo que te veo tan preocupada por alguien del sexo opuesto.

Suspiró. ¿Qué sentido tenía ocultarse de sus amigos?

—Nos besamos. Luego me dijo una estupidez y yo lo mandé al diablo. En lo único que hemos sido sinceros es en que la atracción es mutua, pero por los motivos que se le puedan ocurrir a ese hombre... no es suficiente. Sumen a eso que es mi jefe. Pensé que iba a despedirme por la discusión que tuvimos, pero me dijo que no haría tal cosa. Así que salí dando un portazo. Eso en resumen. No sé lo que me espera al volver al trabajo mañana — concluyó apesadumbrada.

Los Lughan se miraron. Una comunicación con la mirada que solo la proporcionaba la intimidad, confianza y el amor de una relación consolidada.

—Además está Justine —continuó Abby al verlos silenciosos—. Quizá por eso dijo que fue un error... —Se cubrió el rostro con las manos—. Creo que me está afectando el hecho de haber estado tanto tiempo sin nadie.

—Quizá te suene algo vulgar lo que voy a decir —empezó Spencer—. Justine es solo un desfogue sexual para Cole. No creo que albergue ningún sentimiento por ella. Los hombres funcionamos diferente, lo sabes Abby. Mi amigo no es una excepción. De hecho, en algún momento de la reunión me comentó que quería cortar su relación con ella, porque estaba particularmente interesada en incorporar a Hannah en un plan encaminado a obtener una propuesta de matrimonio. Eso no es lo que Cole quiere.

Abigaíl lo miró intrigada.

—¿Entonces sigue enamorado de su esposa?

Spencer hizo una mueca.

—Lo siento, Abby, no es una información que pueda darte sin traicionar la confianza de Cole. Mira, si acaso se presenta la ocasión podrías hablarlo con él...

—Cariño, díselo —intervino Mónica—. Creo que merece saberlo. Después de todo está trabajando en casa con él.

—No, déjalo, Spencer —replicó Abby cuando su amigo iba a hablar—. Esto ha sido una tontería. A lo mejor sea tiempo de salir un poco más y conocer otras personas. Así no me entusiasmo con el primer hombre atractivo que vea. ¿Cierto? —Miró a Mónica con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

Su amiga le sonrió con afecto.

—Solo no te engañes, Abby.

Ella asintió.

—¿Cómo están los bebés? —Cambió de tema. Que tuviera terror de sostener un bebé, no implicaba que no le gustara escuchar a sus amigos hablar de ellos.

Los Lughan se dedicaron con entusiasmo a describir las virtudes de Damon y Damian, sus gemelos, los avances que hacían, lo chistosos que podían ser sus gestos y las demás anécdotas de padres primerizos. Abby se sentía sinceramente feliz por ellos. Tan solo lamentaba haberse equivocado al elegir a Rylan, porque el costo de su error había sido demasiado alto.

Richard se presentó en su casa al anochecer. Justo cuando terminaba de doblar la ropa para la semana. Su abuelo estaba más calmado y contento con el nuevo sillón que salieron a comprar horas antes. La señora Igorson le leía un poco, pues Horace se quejaba que la luz era insuficiente. Esa era la excusa que solía poner cuando era consciente de que su edad le impedía leer más de diez páginas sin cansarse ni forzar la visión.

—¡Abby! —exclamó Richard cuando le abrió la puerta, y luego la abrazó—. He estado tan ocupado que he descuidado verte. ¿Cómo estás?

Se acomodaron en el columpio colgante del porche. Ese era el lugar que solían utilizar para conversar, aún a pesar del frío. Esa noche estaba helada, pero Abby sacó un calentador portátil, una cafetera hirviendo y un par de pastas.

—Créeme que mejor que tú, después de esa comida en casa de Spencer, sí estoy.

Richard se dio un golpe en la frente simulando recordar.

—No lo recuerdo, lo siento. Se me borró la memoria cuando caí en coma. —Se echó una carcajada—. ¿No hice ningún papelón, verdad?

Estuvo a punto de poner sobre la mesa los comentarios de esa noche, pero no quería hacerlo sentir incómodo.

—Para nada. Hay algo importante que necesito discutir contigo, Richard.

Él le pidió con la mano que siguiera, mientras se llevaba a la boca un donut con cobertura de chocolate y relleno de manjar.

—Tú .—Se aclaró la garganta—. ¿Tú...? —Tomó una respiración—. Richard, ¿tú sientes algo por mí distinto a una amistad?

Estuvo a punto de escupir el trozo de donut. Ella le palmeó la espalda.

—Lo siento, no quise ser inoportuna, pero es algo de lo que jamás hemos hablado.

—¿Por qué tienes necesidad de hacerlo ahora, entonces? —indagó limpiándose la boca con una servilleta.

—No me gustaría dañar nuestra amistad. — Se encogió de hombros con la vista a la calle. Estaba desierta—. Sé que hay muchos que, al vernos tan unidos como solemos ser, pensarían que existe un romance o algo muy distinto a lo que tenemos en realidad. Lo cual, no es cierto, por supuesto.

Él la observó de aquel modo inquisitivo que tenía.

—¿Tan malo sería si acaso llegase a sentir algo por ti más allá del afecto que nos tenemos desde hace años...?

—Malo, no. Solo no podría corresponderte y eso me partiría el corazón.

Richard se quedó en silencio. Así permanecieron un largo rato. Ambos estaban acostumbrados a respetar sus momentos de reflexión. Una de las ventajas del tipo de amistad que llevaban.

—Lo comprendo.— Se giró hacia ella. Sus miradas conectaron—. No te preocupes, Abby, no voy a cruzar esa línea. No quiero perderte como amiga...

—¿De verdad?

Él se encogió de hombros y se relajó.

—Claro, Abby.

Ella no le creyó del todo, pero al menos tenía la tranquilidad de haber dejado ese punto en claro.

—Ahora, quiero que me cuentes todo sobre tu pelea con Deanna.

Richard se carcajeó.

—No me mientas, no te cae bien. ¿Por qué quieres saberlo, bribona? — Le revolvió el cabello como solía hacer cuando estaba de broma.

Ella se rio. Se sentía aliviada de haberlo aclarado todo con Richard.

—Quizá no sea tan mala después de todo y quiera ayudarte a recuperarla.

—¿Por qué no me dijiste que solo me quería por mí dinero?

—Oh...

—Lo sabía. Solo que me divertía mucho en la cama con ella. —Abby le dio un empujón—. Ouch —fingió sobarse el brazo de dolor—, es la verdad. Pensé que estaba enamorado, pero no era así. Así que ahora tu misión será conseguirme novia.

—Entonces tú tendrás que hacerme el mismo favor.

—Hecho. —Estiró la mano para sellar el trato. Ella apretó los dedos elegantes y masculinos de su mejor amigo—. Un trato es un trato.

—Claro que sí. —Se echaron a reír.

Cole sintió que estaban en la misma dinámica de la semana antes del beso. Él la evitaba, y Abby procuraba hablar lo menos posible. Lo bueno del asunto era que podía mantener la serenidad mental y física para controlar los últimos detalles del proyecto para Templeton & Company. Hannah avanzaba en sus estudios y todo aparentemente fluía. No iba a darle más vueltas al asunto.

El viernes llegó pronto, y no pudo rehuir a consultarle sobre Seattle. En realidad la necesitaba porque no habría quién se hiciera cargo de su hija, y ese contrato era uno de los más grandes que iba a cerrar en su carrera corporativa. Abraham, a pesar de estar en Bora Bora, hizo varias conferencias de Skype para aportar con ideas y sugerencias.

Llegó a casa más temprano de lo habitual. La escena que encontró estuvo a punto de derribar su voluntad de mantenerse alejado de Abigaíl. Hannah estaba haciendo la siesta, mientras Abby la tenía abrazada como si estar acurrucadas en la cama fuera lo más natural del mundo. Sintiéndose un desalmado se acercó para tocar con suavidad el hombro de Abby y despertarla.

Los ojos azules somnolientos al principio, y asustados después, le arrancaron una sonrisa. Dormida parecía lo que no era, un ángel. No sabía cómo su hija podía imaginar que tremenda lengua rápida pudiera llevar un halo, o siquiera la de idea de uno.

—¿Podemos hablar? —preguntó en un susurro.

Ella asintió levantándose despacio. Murmuró un “lo siento”, antes de arropar a Hannah. Cerró la puerta de la habitación y se quedó en el pasillo con él.

—Después de leer un cuento, nos dormimos, no volverá a ocurrir —expresó a modo de disculpas. No había pretendido dormirse, pero ella y Hannah habían hecho un muñeco de nieve, tomado chocolate caliente, concluido las tareas, y al terminar de leerle *La Bella y la Bestia*, la niña le pidió que la abrazara. Después de una semana ajetreada llevando a su abuelo a la clínica para que pasara con sus amigos en las noches, y luego volver con él a casa, charlar, hacer la colada, cocinar un poco con Amanda, estaba extenuada. Solo pensó en cerrar los ojos un momento, hasta que Hannah se durmiese, pero el sueño la venció también a ella.

—No quiero que te disculpes. Es viernes y sé que Hannah puede ser incansable, así que conseguir que haga la siesta es todo un milagro.

—Supongo. —Sin que él lo pidiera, le dio un informe breve de las lecciones de su alumna, lo que estaba aprendiendo y los útiles adicionales que iba a necesitar para poner en práctica un par de nuevos ejercicios para facilitarle el aprendizaje de matemáticas, pues empezaban a complicar las operaciones y Hannah se aburría con facilidad—. Ha sido una buena niña.

Él asintió.

—Abigaíl, no tengo en duda el estupendo trabajo que has hecho con mi hija. Ella está contenta y para mí es importante —comentó sincero, aunque su tono continuaba siendo impersonal—. Quería preguntarte si ya tienes una respuesta con respecto al fin de semana. De verdad, no tengo con quién dejar a Hannah. No te lo pediría si no fuera urgente...

Ella evitó mirarlo a los ojos. Esa condenada cercanía física le impedía pensar con claridad. Y si él estaba tan determinado a ignorar cualquier indicio o chispa que se encendiese cuando se acercaban, ella intentaría con

todas sus fuerzas colaborar con la causa.

—¿Estás seguro de que tu mamá no puede volver antes del fin de semana?

Cole sonrió. Ella quiso ponerle un pañuelo para cubrirle la sonrisa más hermosa que un hombre pudiese tener derecho a poseer.

—Estoy seguro. Apenas notarás que estoy alrededor, Abby. Esas reuniones suelen durar una eternidad. Dormirás en una habitación con Hannah. —Ella se relajó—. Y pagaré absolutamente todo. No tendrás que preocuparte de nada.

Su abuelo tenía la sesión de quimioterapia, la última según le había dicho Spencer, el jueves, así que todo estaba controlado. La paga era excepcional, conocería Seattle, y no tendría que estar tiempo con él, más que el necesario por temas de Hannah.

No sonaba nada mal.

—Está bien. Iré.

La mirada de Cole se iluminó con una mezcla de agradecimiento y alivio.

—Mañana pasaremos a recogerte en un taxi a tu casa. Gracias, Abby.

—Hasta mañana entonces.

—Sí...

Se quedaron de pie, mirándose.

—Mejor me voy —susurró.

—Ya lo creo. —La miró con intensidad.

Ninguno de los dos se movía.

El teléfono de la casa empezó a sonar, y Abigaíl aprovechó para alejarse. En medio del silencio de la mansión, al llegar al último escalón que llevaba a la planta baja, no pudo evitar escuchar un tono sedoso en la voz de Cole al contestar: «Justine...»

Capítulo 8

El vuelo estuvo bastante tranquilo, y Hannah lo preguntaba todo con entusiasmo, a pesar de el número de horas que tuvieron que estar a bordo. La niña se mostró más contenta aún cuando llegaron al hotel. La edificación era una preciosidad arquitectónica con el estilo Renacentista italiano, cinco estrellas, construida en el año 1924. Se trataba del famoso *Fairmont Olympic Hotel Seattle*, ubicado cerca del *downtown* de la ciudad de Seattle, Washington, en el noroeste de los Estados Unidos.

La entrada de automóviles que permitía el paso hacia la puerta principal era grandiosa. Recubierta en el tumbado con luces amarillas y nítidas, la visión dejaba boquiabierto a cualquiera que se jactara de ser un visitante asiduo a los mejores hoteles del mundo. En el caso de Abby no solo estaba sorprendida por el hotel, cuya fachada frontal simulaba de algún modo a la Casa Blanca de la ciudad de Washington D.C., capital del país, sino porque era la primera vez que viajaba en un avión privado. Abigaíl sabía que Cole era un hombre adinerado, aunque jamás imaginó que lo fuera tanto.

—Reservé para ti y Hannah la Suite Cascaide —le anunció Cole cuando llegaron hasta la recepción. Era la primera vez en todo el día que le dedicaba más de tres palabras. Ella podía sentir la tensión en el aire, no obstante, procuraba poner a su mente a trabajar en alguna otra cosa que no fuera Cole. Nada fácil teniendo en cuenta que estaban en el mismo espacio tan privado que era imposible no reparar en sus movimientos o gestos cuando trabajaba en la portátil—. Espero que no te moleste tener que dormir en una cama con mi hija. Como es la primera vez que está ajena a un entorno familiar temo que pudiera caerse o sentirse incómoda —expresó con un tono seco.

La manita de la pequeña se aferró a Cole llamando su atención.

—Papá, ¿estás enfadado? —La recepcionista entregó dos llaves magnéticas a Cole con la habitual sonrisa de cortesía, y un botones llegó para recoger el equipaje.

Empezaron a avanzar hacia los elevadores. Abigaíl se había hecho una coleta para estar más cómoda. Los cinco grados centígrados de temperatura la obligaban a llevar bufanda y guantes gruesos. Menos mal ya en el lobby

se los había quitado. Era agradable sentir el calorcito del hotel.

La niña trataba de no perder detalle del lobby con su ávida mirada. La estancia en particular daba cuenta de lo ostentoso del hotel. Escaleras de caracol coronadas en el lado derecho del descanso con un piano de cola, pasamanos brillantes, y el número apropiado de lámparas de araña gigantes ubicadas en el tumbado.

—Claro que no, princesa. Me siento muy contento de que me acompañes a Seattle y viajes en el avión. ¿Te ha gustado? —preguntó de cuclillas, una vez que entraron en el elevador, para ponerse a la altura de la pequeña.

—¡Sí! —exclamó, y el bajo del vestido morado se agitó por encima de las botas fucsia que llevaba. Parecía sacada de un comercial de ropa infantil. Lucía verdaderamente adorable—. Y me gusta que Abby duerma conmigo.

Iba a replicar a su hija, cuando Abby, que permanecía en segundo plano a propósito, se le adelantó.

—A mí también me gusta la idea. Hannah es una niña educada y sabrá comportarse ahora que estamos en otra ciudad —dijo sin fijarse demasiado en Cole. Durante el vuelo lo había espiado con el rabillo del ojo, mientras él estaba revisando unos documentos. Los lentes que utilizaba le otorgaban un aspecto intelectual muy atractivo. La camisa remangada hasta la mitad del antebrazo, la pluma fuente de una marca que ella no lograba reconocer, pero seguro muy costosa, en mano; y la forma que tenía de fruncir el ceño cuando al parecer no le gustaba algo, lo convertían en un hombre imposible de pasar desapercibido—. ¿Cierto que sí nena? — Hannah asintió dos veces.

Cole se puso en pie. Ya tenía un plan para poner freno a la distracción que Abby suponía. Durante las horas de viaje en su jet trató de no reparar en el vestido mostaza que se ajustaba a sus curvas, ni en cómo las *leggings* marcaban las formas que las botas no cubrían. Y ese cabello brillante y sedoso que invitaba a tocarlo tanto como a su dueña casi fue su perdición. Tuvo la buena cabeza de no acercársele demasiado, pues estaba seguro que ese maldito perfume de rosas que ella solía utilizar era poco aconsejable para lo que suponía tenerla tan cerca. Quizá el plan que tenía en mente para poner distancia entre ellos, no fuese el más inteligente, aunque valdría la

pena si eso enviaba el mensaje claro de que no estaba interesado en tontear con la niñera y profesora de su hija.

Después de darle la propina, el botones se retiró. Cole insistió que conocía el camino a su habitación y no era necesario que lo guiase. Con un asentimiento de cabeza el empleado del hotel tomó la propina de cincuenta dólares y se marchó sonriente.

Cole abrió la puerta de la Suite Cascaide.

Abby cuidó de no dejar caer la mandíbula ante tanto despliegue de elegancia y buen gusto. Pintada con tonos palo rosa, blanco y rojo vino, aquella era una estancia magnífica. Por inercia los pies de Abigaíl se movieron siguiendo a Hannah, que brincaba de un lado a otro con entusiasmo. Cole las siguió silencioso y sonriente ante el arrebató de su hija.

Abigaíl se fijó en el pequeño escritorio de madera con dos cajoneras angostas, silla ejecutiva, la lámpara de ley, y un teléfono sofisticado; daba a una ventana. Cada uno de los dos ventanales estaba cubierto con cortinas de motivos florales y una cortina interior fina blanca y transparente. Estaba luego la cómoda para guardar la ropa. Un televisor gigante, y luego la cama. Hannah corrió y se lanzó sobre ella. Era una cama de dosel inmensa, a los pies tenía un asiento alargado, y a un lado un sillón naranja con rayas blancas y con un *puf* para colocar los pies. Era una habitación muy cómoda.

—Es... es muy bonita, Cole —expresó Abigaíl mirándolo—. Nunca había estado en Seattle, aunque me han hablado maravillas de esta ciudad.

Él asintió.

—Me alegro que te guste. —Con el dedo índice sostuvo el cuello de su chaqueta y lo colocó sobre el hombro, para que la chaqueta cayera sobre la espalda. Un gesto masculino muy clásico—. Puedes ir a dar un paseo cuando te hayas instalado del todo. En la recepción te indicarán los lugares que quedan cerca y son típicos. La idea no es que te quedes encerrada en la suite con Hannah, sino que ambas salgan un poco a conocer los alrededores. Es una ciudad segura.

Ella se frotó las manos como si tuviese frío.

—¿Deseas que ajuste la calefacción? —preguntó él comedidamente al observar el gesto.

Abby negó. Imposible decirle que todo el ambiente le resultaba demasiado íntimo para poder relajarse. La idea de tener una familia propia era muy tentadora. Deprimirse por lo que no podría tener era absurdo, pero no podía impedirse sentir añoranza.

—Está todo perfecto, gracias. Creo que alistaré a Hannah para ir a dar un paseo como sugeriste. ¿Tu habitación es igual de bonita que esta? —indagó por curiosidad.

Cole esbozó una sonrisa. La primera que Abby observaba desde la noche anterior.

—Creo que es cuestión de gustos, pero este es uno de mis hoteles preferidos cuando tengo algún negocio en este lado del país. Por cierto, mi habitación es la Suite Olympic. El número está aquí. —Se acercó al escritorio y garabateó el número. Le entregó el trozo de hoja—. Interrúmpeme sin cuidado si a Hannah se le ofrece cualquier cosa. No importa la hora que sea. ¿De acuerdo?

Ella asintió.

—Bien. Tengo la cena de negocios a las ocho de la noche. Estaré en el *Terrace Lounge*. Recuerda que los gastos en los que incurras los pago yo. Consume lo que desees. Pero no dejes que Hannah se llene de dulces. —Se giró hacia su hija—: ¿Escuchaste eso princesa? —dijo estirando el cuello para encontrarse con que la niña estaba profundamente dormida sobre la cama.

Abby siguió el curso de la mirada masculina.

—No te preocupes todo estará en orden —murmuró con las manos detrás de la espalda. Él estaba tan cerca...

—De acuerdo —replicó abruptamente antes de salir y dejarla a solas.

Como si le hubiesen quitado un peso de encima, Abby tomó una profunda respiración y sonrió con regocijo. Aunque no era posible que nadie la viese, observó a uno y otro lado de la habitación, y luego empezó a

dar saltitos de alegría y observar con avidez todo el entorno. Se asomó por una de las ventanas y comprobó que el cielo estaba nublado, pero no llovía ni nevaba. El lunes por llegar era festivo. El tercer lunes de cada febrero Estados Unidos celebraba el Día de los Presidentes. Y aunque ella tenía que trabajar, no le importaba, tomaría ese fin de semana como unas vacaciones pagadas. Cuidar a Hannah no implicaba sacrificio, de hecho, le era muy fácil sentir afecto por ella.

Una vez que terminó de recorrer el baño con la mirada e imaginarse dentro de unas horas sumergida en la tina con agua caliente, esencia de jazmín —o eso decía el frasquito del neceser— y los músculos relajados, fue a comprobar que Hannah estuviera cómoda. Con mucho sigilo, la cambió de ropa y le colocó el pijama. Quizá y se despertaba pronto con hambre, y así decidirían si ir al restaurante del hotel a comer, o pedir servicio de habitaciones. «Seguro que esto último le haría ilusión a la niña», pensó Abby.

Ella había llevado un poco de dinero para visitar alguna tienda y comprarse un vestido bonito. Esperaba tener oportunidad de encontrar algo que le gustara. Por otra parte, se sentía bastante relajada con respecto a la salud de su abuelo, pues antes de viajar a Seattle recibió una llamada de Spencer, quien le comentó que Horace estaba evolucionando favorablemente. A su regreso a Baltimore, cumpliría la promesa que le había hecho a su abuelo: irían a cenar a un bonito restaurante e invitaría también a los demás chicos de *El Club*, que estaban aún muy afligidos por la partida de Oscar.

Cole se reunió puntualmente con los dueños de Templeton & Company. Tenía contacto habitualmente vía Skype con Michael, el presidente de la compañía, y lo sorprendió encontrarse también con la esposa del magnate de la empresa importadora de flores de Hawaii. Charisse Templeton mostraba cada tanto su sonrisa sin ningún reparo, así como sus perspectivas del negocio y su esposo no contradecía los puntos de vista. Los intercambios se sucedieron con mucho respeto, algo que sorprendió gratamente a Cole.

Aquella relación matrimonial le pareció curiosa, pues lo llevó a recordar su vida con Celeste. Su ex mujer jamás interesaba por su trabajo más allá de las preguntas básicas, pero en el caso de Charisse, ella parecía disfrutar verdaderamente charlando sobre negocios. A Cole no se le pasó por la mente que ese “&Company”, que llevaba el nombre de la empresa Templeton, podría referirse a que la esposa de Michael era una de las accionistas.

Luego de casi una hora reunidos, llegaron a un fructífero acuerdo económico. El piloto del proyecto que Cole puso en marcha con una presentación en su pequeña portátil les encantó. Así que acordaron firmar en pocos días el contrato definitivo para que Corporación Zaga, la empresa de Cole y Abraham, procediera a concluir los detalles y entregar el software.

Charisse se mostró contenta al tener un software que se encargara de facilitarle la vida. Lo que implicaba controlar y automatizar los promedios de rendimiento por hora del personal y su valor en dólares, adicionalmente la proyección de ventas anuales y un medidor de índices de calidad basándose en las opiniones de los proveedores. Aquel era el programa más complejo, por tratarse de un tema multifuncional, que Corporación Zaga había desarrollado. Cole se sentía muy orgulloso del resultado de tantos meses de trabajo.

En honor a la exitosa reunión Cole había bebido tres whiskies que rodaron por su garganta con facilidad. Michael, que afirmaba tener ascendencia escocesa, impidió que se brindara con otra cosa que no fuera un buen *scotch*.

—Queríamos agradecerle que te reunieras con nosotros en Seattle. Lamentamos que tuvieses que dejar a tu pequeña hija en casa —expresó Charisse. Michael asintió al comentario de su mujer y tomó un pedazo de pollo al curry.

—En absoluto, Charrise, te agradezco la preocupación, pero Hannah está aquí conmigo.

La mujer de cabellos blancos sonrió. Cole le calculaba alrededor de sesenta años, y a Michael, una década más de vida.

—¡Oh! En ese caso querido permítenos que la invitemos a jugar con nuestra nieta.— Se dirigió a su esposo—: ¿Qué te parece si llevamos a la hija de este jovencito a dar un paseo mañana? Así aprovecha su estancia en esta ciudad maravillosa para conocerla mejor y relajarse un poco. Esto de programar softwares no debe ser nada fácil. —Volvió su atención al dueño de Corporación Zaga—: ¿Verdad, Cole?

Cole sonrió.

—Lo es, mujer, lo es —terció Michael—, por eso estamos pagándole tan bien al señor Shermann por su tiempo y uso de sus neuronas —dijo con una carcajada sonora y espontánea.

—Charisse, no es necesario que te incomodes por mi hija —expresó Cole sin perder la sonrisa. Los Templeton le gustaban—. Hannah ha venido con su niñera, así que no va a crear pataletas infantiles.

La esposa de Michael no insistió, pero Cole supo que no existía modo de llevarle la contraria si la señora se empeñaba. A él, no le gustaba que su hija estuviera con extraños, pero si iba con Abby todo estaría bien. «Abby», repitió en su mente evocando el cuerpo curvilíneo que había acariciado días atrás. La idea de tenerla a solo unas cuántas habitaciones de distancia le aceleraba la imaginación.

—Cole, ¿por qué no has vuelto a casarte? —preguntó de pronto Charisse sacándolo de su traicionera fantasía.

Michael le dedicó una mirada severa a su mujer, la primera que Cole veía en toda la noche, pero ella no se amilanó.

—No me incomoda la pregunta —le dijo Cole a Michael sin perder el buen humor—. Primero quiero que Hannah vaya a la universidad, luego ya veremos.

Charisse se echó una desenfadada y elegante carcajada.

—No puedes estar hablando en serio, Cole. Tu niña tiene cinco años. Si me permites decirte, aunque supongo que lo sabes, eres joven, guapo y estoy segura que más de una mujer debe estar dispuesta a intentar la maternidad y cuidar a Hannah. Tienes todo el camino por delante y tiempo para rehacer una vida en pareja. Siempre es importante tener un apoyo

emocional, mental, físico. Tantas cosas... — Palmeó con afecto la mano de su esposo, quien se ruborizó por la acostumbrada manera franca de hablar de su mujer.

Cole se arrepintió de haber contado breves detalles sobre su matrimonio con Celeste, pero fue imposible no hacerlo porque aquella señora tenía una forma única de invitar a sentirse cómodo y hablar. Entre temas de negocio, Charisse iba sacando otros, y Cole asumía que era el modo de Michael Templeton de asegurarse obtener un punto de vista sobre la personalidad de sus proveedores, competidores y clientes, para conocer si eran o no fiables. «Charisse Templeton era todo un tesoro», pensó Cole con una sonrisa.

—Charisse... —advirtió sin mucha convicción Michael—. Deja al chico en paz. Ya es hora de retirarnos. —Miró a Cole—: Mañana vendrán nuestros abogados a darte el contrato para que lo leas, nos lo puedes enviar firmado desde Baltimore. Sin embargo, mañana quisiera quedar contigo. Voy a citar a mi experto en informática para que le muestres el funcionamiento y así pueda capacitar a los altos mandos con los detalles.

—Seguro. —Luego dirigió su atención a la elegante señora que tenía sentada a su derecha—: ¿Sabe, Charisse? Con respecto a mi hija, no quiero imponerle una presencia femenina a mi hija. Detestaría equivocarme. Ver sufrir a Hannah sería terrible para mí.

—Siempre hay la posibilidad de que te fallen. ¿Vivirás el resto de tu vida con ese temor sin arriesgarte a amar de nuevo?

—Cole es joven, Charisse —se adelantó Michael. A veces su mujer podía ser un poquito insistente—. Él puede estar con quien desee siempre y cuando sea discreto para que la niña no sufra. ¿He entendido bien tu punto, muchacho?

—Gran parte del asunto, sí. Mi hija tiene una niñera excepcional, inteligente y muy preparada que la cuida con esmero, si acaso quiero salir alguna vez solo tengo que ponerme de acuerdo con ella en el horario y las horas extras. —Removió su vaso con whisky *Glenfiddich*, de cincuenta y cinco años, que se caracterizaba por su sabor frutal y dulce; era uno de los más caros del mundo.

—Mmm... —De pronto algo llamó la atención de la señora de ojos verdes—. Cole, creo que esa señorita allá te busca.

—¿Sí? —indagó, girándose sobre sí mismo en la silla. Cuando vio de quién se trataba se preocupó, pues le había dicho a Abby que lo buscara en caso de que le ocurriese algo a su hija—. Si no les molesta vuelvo en seguida. —La pareja asintió.

Cole desapareció entre la gente, y unos minutos después volvió a la mesa del *lounge* que en ese momento tenía música de jazz de fondo. El lugar era magnífico. Sillas de cuero rojo, mesas elegantemente enchapadas, una estantería con vinos carísimos y un bar con sillas altas de asientos rojos. Una muestra de buen gusto, decadencia y elegancia. Tres en uno conjurado a la perfección.

En esta ocasión venía acompañados de dos personas.

—Les presentó a mi querida hija Hannah. —La pequeña saludó con entusiasmo a la pareja, quienes retribuyeron la espontaneidad sonrientes. Cole respiró más tranquilo cuando vio a su hija sana y sin problemas—. Y esta es Abigaíl Montgomery.

Abby extendió la mano, pero a cambio recibió un abrazo afectuoso de los Templeton que se habían puesto de pie al verlas llegar.

—Cole, disculpa la interrupción —expresó Abby—. Hannah insistió en despedirse antes de dormir, y no quería saber de nada hasta que no te viera. Así que la cambié y bajamos a buscarte. Lo lamento...

—¡Tonterías! —replicó Charisse por Cole—. Tú debes ser la profesora que mencionó Cole. ¿Verdad?

—Yo...

—Es ella, sí —intervino Cole que se había quedado sorprendido al ver a Abigaíl en medio de la estancia. Las mujeres alrededor eran sofisticadas, con trajes elegantes y peinados estilizados, pero no le hacían sombra. De hecho, las mujeres del bar eran exactamente el tipo con el que podría pensar en tener un *affaire*. Le resultó tan natural el hecho de que Abigaíl estuviese de la mano de Hannah, como si hubiera sido lo más lógico del mundo, que se aterró. Esperaba que su plan no fallara o iba a estar en

problemas para dejar de distraerse con ella—. Abby, estos son Michael y Charisse Templeton mis clientes.

—Ahora somos amigos —corrigió Michael sonriente, mientras Abby tomaba en brazos a Hannah.

—Un placer conocerlos. —Se estrecharon las manos.

—El gusto es nuestro, querida. Eres una chica muy guapa —replicó Charisse sin perder de vista el modo en que Cole Shermann observaba a la niñera y profesora de su hija. Era la forma en que Michael la había mirado muchos años atrás, cuando le pidió salir en una cita por primera vez. Aquella era la mirada que una mujer de su edad reconocería en cualquier parte. Solo esperaba que aquel joven empresario entendiera lo que estaba ocurriéndole—. ¿Por qué no te sientas con Hannah un momento, querida? Justo le comentaba a Cole que tenemos una nieta, Danielle, de la misma edad de esta preciosura —miró a Hannah— y nos gustaría invitarla a jugar mañana a casa, mientras Cole y Michael discuten detalles de negocios.

—Bueno yo... —¿Qué podía responder? Estaba en una situación ligeramente extraña. No eran sus amigos, ella estaba trabajando, y Cole no la miraba con calidez, al contrario, parecía más bien hostil. Que supiera todo iba muy bien, aunque claro, en cuanto a leerle la mente al padre de Hannah jamás sería una experta.

—¿Qué opinas, pequeñita? —indagó Charisse, sin dejar de sonreírle a Abigaíl que había dejado en el suelo a la niña.

—¡Yupi, una amiga para jugar con las barbies! ¡Es genial! —exclamó Hannah. Luego miró a su padre—: ¿Puedo, puedo, puedo?

Abigaíl se echó a reír por la insistencia de la niña.

—Hannah deja que tu papá lo piense. Ahora dale un beso para llevarte de nuevo a la cama —expresó Abby en tono de disculpa a los Templeton por la interrupción. La verdad era que había intentado convencer por todos los medios a la niña de que se durmiera argumentando que Cole estaba ocupado, pero Hannah no avenía a razones. Así que tuvo que vestirla, y a ella le tocó ponerse un sencillo traje coctel; apenas pudo aplicarse unos toques de maquillaje y acomodarse el cabello. Podía ser la niñera, pero no por ello iba a estar desaliñada. Amor propio, sí que tenía, y le había

costado recuperarlo como para echarlo a perder durante un corto viaje de trabajo.

—Mañana veremos, hija —replicó. Abigaíl estaba preciosa, sencilla y deseable. ¿No se daba cuenta que algunos hombres en el *lounge* la observaban con deseo? ¿O sí lo notaba, pero fingía no hacerlo? «¡Qué diablos! A él le daba exactamente igual, y su plan estaba por ponerse en marcha.»

—Ya nos retiramos —dijo Abby, cuando Hannah estiró los brazos para que la aupara. La nena pesaba un poquito, pero podía llevarla al menos hasta el ascensor en brazos. Pronto la cabecita de cabellos negros estuvo acomodada sobre su hombro —. Que sigan teniendo una buena estancia —se despidió.

—¡Señor Shermann! — Llegó hasta la mesa, agitado, uno de los camareros.

Cole lo observó extrañado, al igual que sus acompañantes.

Abigaíl le dio un beso en la sien a Hannah, mientras reparaba en el inquieto empleado del hotel.

—¿Sí?

—Disculpe la interrupción, pero me pidieron que lo buscara. Hay una señorita en la recepción exigiendo que le entreguemos copia de la llave de su suite, porque dice que usted ha reservado la pieza para ambos, y que el vuelo de ella se adelantó a la fecha prevista.

«Qué momento tan inoportuno», pensó Cole para sus adentros. Además se quejaría con la gerencia por tener un camarero tan poco prudente.

Se aclaró la garganta.

—Voy en seguida.

«¿De quién se tratará?», se preguntó Abby en su susurro. Para su mala suerte el camarero que estaba cerca suyo, la escuchó.

—Oh, espere. —Rebuscó en el bolsillo superior de su uniforme. Extrajo una pequeña libretita de cuero—. Quien lo busca es la señorita Justine

Williams —sonrió servicial y contento de haber dado el recado completo.

—Dígale que estoy con ella dentro de poco, por favor —expresó Cole con voz tensa. El muchacho asintió y desapareció tan rápido como llegó.

Michael y Charisse pretendieron no escuchar el comentario del imprudente empleado del hotel. Al parecer era un muchacho nuevo y ávido por servir a la clientela del mejor modo, pero acaba de cometer un grave error. Ese tipo de metedura de pata solía costarles el puesto a los empleados en un lugar de tan alta categoría. Las indiscreciones era inadmisibles.

Cole miró a Abby por acto reflejo. Quizá de su conciencia, o quizá porque no se esperaba que su plan, es decir traer a Justine para olvidarse de Abigaíl, se hubiera torcido de tal manera que el vuelo de Justine se adelantara. Él odiaba improvisar, pero en este caso no tenía de otra.

Para Abigaíl resultó más que evidente que Cole consideraba al tórrido beso que habían compartido como un desacierto. «Pues perfecto, porque eso contribuía a ratificar su decisión de conocer otras personas y deslindarse de la tracción que sentía por Cole.»

—Abigaíl... —empezó Cole al ver la mirada de sorpresa. Sentía la necesidad de explicarle que Justine no iba a dormir en su habitación que era un mal entendido, aunque fuera una mentira. Odiaba esa sensación de tener que explicarse con ella. ¡Qué diablos!

—Señor Shermann, me llevo a Hannah. Me pesa un poco, ¿sabe?

—Permíteme que te ayude a llevarla.

Ella se alejó como si Cole tuviese la peste.

—No se preocupe que entre más rápido nos vayamos, menos será la sensación de que pesa un poquillo. —Se giró hacia los Templeton con una sonrisa—: Ha sido un verdadero placer conocerlos. Buenas noches.

—Abby... —murmuró Cole antes de verla caminar alejándose.

Ella salió apresurada del *lounge*. Cuando estaba cerca del elevador, Hannah le murmuró al oído que quería caminar sobre la alfombra negra con beige del hotel, así que la dejó en el suelo.

Abby no se podía creer que Cole invitara a su amante a Seattle. Y no porque ella le debiese algo, en absoluto. Lo que le molestaba era que le hubiese pedido ser la niñera de Hannah, cuando existía una mujer que bien podría hacerse cargo de la pequeña durante ese festivo. Quizá podría necesitar esa paga extra por el viaje, ¿para qué negarlo? Lo que no tenía era ánimos de ser *cheerleader* de las aventuras sexuales de Cole Shermann.

«¿Cómo se atrevía a utilizarla para servirle de tapadera, mientras se acostaba con su amante? ¡Sería caradura!». Furiosa por sentirse utilizada, presionó el botón de la planta cuatro.

Capítulo 9

Cole se aseguró de que la puerta del cuarto de cuarto de baño estuviese cerrada con seguro. No tenía ganas de escuchar los parloteos de Justine ni tampoco sus intentos de seducirlo. Estaba enfadado consigo mismo. Luego de reparar en la mirada de desconcierto de Abby cuando el empleado del hotel le anunció la llegada de la voluptuosa mujer con la que estaba en la habitación, se sintió un completo idiota. Invitar a Justine fue una salida cobarde, y estaba seguro que Abigaíl no le permitiría siquiera acercarse un milímetro a ella. «¿Acaso no fue poner distancia entre ellos su objetivo?» Pues ahora no tenía esa certeza.

Los Templeton se habían mostrado prudentes y no hicieron comentarios minutos después de que Abby y Hannah se alejaran del *lounge*. Estuvieron charlando un buen rato, incluida Justine, hasta que Charisse se disculpó porque tenían que retirarse, no sin antes ratificarle a Cole que al día siguiente estarían más que contentos de que Hannah fuera a pasar con ellos y su nieta Danielle. Él no pudo negarse.

—¿Cole...? — Llamó Justine.

Él abrió la puerta con la toalla alrededor de la cintura dejando a la vista su cuerpo tonificado por el ejercicio. Los días domingo, cuando el clima lo permitía, solía ir a practicar kayak cerca de *Bond Street Wharf*. Desde hacía un par de años formaba parte del *Canton Kayak Club*, un grupo exclusivo que no sobrepasaba los cuatrocientos miembros. Si no alcanzaba a ir a hacer su deporte favorito, entonces iba un par de horas en el gimnasio para dejar la tensión en la cinta de la máquina de correr.

—Dime.

Ella no necesitaba decirle nada, pues estaba vestida con un negligé tono rojo vino que realzaba su figura y hablaba por sí solo; la parte de los pechos estaba a la vista, ya que la tela era transparente y se abría con facilidad desde el centro del canal de sus senos hasta el borde final de la tela; el tanga era finísimo y estaba atado a los lados con lazos a un toque de ser deshechos. Cole no era un eunuco y hacía bastante que no se acostaban juntos... y él con ninguna otra mujer. Su cuerpo respondió de inmediato, pero intentó no dar rienda suelta a sus instintos. Por razones que no se

explicaba sentía que tocar a Justine sería un gran error. Era consciente de que lo deseaba, y también que quería atraparlo a toda costa. Él le había dado un mensaje confuso al invitarla a Seattle. Tenía toda la culpa.

—La cama se ve muy cómoda, ¿qué te parece si le damos un uso adecuado? —preguntó con voz sedosa. Se acercó hasta él y colocó su mano descarada sobre su miembro. Una sonrisa gatuna asomó a sus labios al sentirlo duro—. ¿O mejor una visita al jacuzzi? — sugirió cuando Cole le tomó la muñeca con firmeza para apartarla de su sexo y se hizo hacia atrás sin brusquedad.

—Justine.

—¿No...? —insistió ella con su mano, pero esta ocasión acarició las abdominales masculinas.

Cole hizo un esfuerzo muy grande para no ceder a la tentación que esa mujer de piernas torneadas implicaba.

—Ha sido una noche ajetreada de negocios, Justine —explicó dándole un beso en el dorso de la mano. Ella lo miró con enfado, y lo siguió mientras él se adentraba en la habitación. Necesitaba disculparse y decirle que haberle pedido que fuera a Seattle fue una equivocación y que pediría una habitación para ella. Después de todo, no tenía que ponerse grosero con Justine, la culpa era suya por ser un idiota—. ¿Te parece si descansamos, querida?

Sin un ápice de vergüenza, ¿por qué habría de tenerla después de todo?, Justine se desató la parte superior del negligé dejando sus senos al descubierto. Caminando con sensualidad. Con los índices y pulgares desató cada lado del tanga.

Quedó desnuda ante él. Cole se esmeró en no dejar la boca abierta, pero no tenía control sobre su sexo que se erguía debajo de la toalla con ímpetu. Ella le sonrió al notarlo. Elevó las manos hasta llevarlas al tocado de sus cabellos negros y ondulados, consiguiendo de ese modo que sus senos se elevaran. Cole tragó en seco.

De repente llamaron a la puerta con insistencia. Y fue un alivio tan grande que Cole no se preocupó en decirle a Justine que se vistiera, ni le dio tiempo a reaccionar, y acudió a atender con paso rápido. Sin preguntar

de quién se trataba y en un intento de aclararse la cabeza abrió la puerta del todo.

—Cole vine porque... —dijo Abby con el rostro preocupado y Hannah en brazos. Al escuchar un gemido de sorpresa, casi deja caer a su alumna al suelo. «¡Cielos! ¿No podía haber interrumpido mejor ocasión?», se preguntó ella con el corazón presa de una inexplicable agitación que nada tenía que ver con la alegría—. Lo siento... es... que... debí llamar al servicio de habitaciones para pedir un médico. De verdad... no quise... —empezó a balbucear, y Justine aprovecho para continuar su paso campante hasta el baño, sin hacer amago de cubrirse, para luego cerrar la puerta, desapareciendo al fin.

«Oh, demonios», gimió él para sus adentros. Le quitó a Hannah de los brazos para llevar a la niña a la cama. La pequeña tenía los ojitos cerrados y lloraba en silencio.

—Princesa... ¿qué tienes? — La acomodó contra las almohadas y le retiró el cabello de la carita. Ella lo miró con sus ojazos azules, y se llevó la mano a barriga.

Abigaíl estaba todavía agitada. Cole en toalla, y Justine... tenía ganas de irse a su habitación y volver de donde había salido. Pero era su obligación llevar a Hannah con su padre cuando se sentía tan mal. Acudir al servicio de enfermería era la segunda opción, y de todas maneras hubiera requerido la autorización de Cole.

—Comí algo feo —dijo hipando—. Y me duele mucho aquí. — Se señaló la pequeña pancita que el pijama gris cubría.

Cole se giró hacia Abby. Ella estaba con un salto de cama bastante grueso. «Menos mal, porque no soportaría tenerla cerca y saber que su ropa de cama iba a atormentarlo. Ya arreglaría el mal entendido con ella más tarde. »

—¿Qué comió Hannah? —indagó sin mirarla, porque estaba concentrado en acariciarle la pancita a su hija.

La niña siguió quejándose.

—Ordenamos salmón a la habitación —replicó con tono preocupado, y

se acercó a la cama sin importarle nada que no fuera su alumna—. No tenía ningún sabor extraño, de hecho me supo bien. Aunque quizá fuese muy pesado para ella... fue mi culpa... —Se mordió el labio, y lo miró. Error. Grave error. Cole era un homenaje a lo que un hombre atlético y sexy debería ser; con el cabello ligeramente despeinado parecía un modelo y no un empresario exitoso del negocio de la informática. Pero le pertenecía a otra mujer y ella debía llevarlo claro, así que hizo a un lado su nerviosismo—. Yo no debí darle algo tan complicado a una niña... es que el resto del menú me pareció demasiado complicado...

—No es tu culpa. Puede pasarle a cualquiera, los niños siempre se enferman, y quizá el salmón solo fue el pretexto de su sistema digestivo —respondió, luego fue a buscar su Iphone y llamó al médico de Hannah. Le informó los síntomas, y luego apuntó en un papel lo que el doctor le iba diciendo por teléfono.

Abigaíl contemplaba cada músculo marcado de la espalda masculina, mientras él se movía de un lado a otro haciéndole preguntas al doctor. Luego, Cole cerró la comunicación, se acercó a la mesilla de noche para pedirle a la recepción que enviaran a comprar medicinas. Que Abby supiera en los hoteles no existía ese tipo de servicio, pero ya sabía que ella y los Shermann no solían ir al mismo tipo de lugares precisamente.

—Amor —dijo con voz melosa Justine acercándose hasta donde estaban. «Al menos tuvo la decencia de ponerse algo encima y quitar esa cara de lagarta», pensó Abby alejándose de la cama, o de otro modo la mujer aquella la habría empujado para ocupar un espacio—. Oh, chiquitina —susurró tocando la frente de Hannah que ardía en fiebre—. Pobrecita. Papá te daré pronto las medicinas. Ya sabes que no debes comer cualquier cosa.

Hannah le hizo una mueca deshaciéndose de su tacto y estiró la manita hacia Abby. Ella se acercó y le apretó con cariño la mano. Justine hizo un gesto de fastidio.

Estaba ocurriendo exactamente lo que Cole no deseaba. Que Justine se aproximara a Hannah y empezara a tratar de ganársela. Pero no tenía a quién culpar, pues todo se lo debía a su plan idiota para alejarse de Abby, quien lucía no solo preocupada, sino incómoda. Y no era para menos. Él

sacó del armario, que estaba junto a la cómoda de dos cajones cerca de la cama *king size*, un albornoz para no incomodar a Abigaíl.

—Yo creo que mejor me retiro —murmuró Abby, y fue entonces cuando Hannah empezó a llorar diciendo que no quería que se fuera.

—Ay nena, tu *profesora* —pronunció con tono despectivo Justine— tiene que irse, porque no es su lugar estar con tu padre. Yo me quedaré a cambio.— Le dedicó una sonrisa zalamera. La niña no la creyó y miraba angustiada a Abigaíl, estirando la manita.

Cole fulminó con la mirada a Justine por atreverse a intentar indisponer a Abigaíl ante Hannah.

—Querida, ¿qué te parece si hoy duermes en la habitación de Hannah? Quiero que mi hija se quede cerca hasta que se recupere. —Abigaíl iba a retirarse, pero la voz dictatorial de Cole la detuvo, y la impulsó a girarse de nuevo—: Quédate. No va a dejar de llorar si no permaneces a su lado.

Justine observó a ambos con furia y arrogancia. Abby intentó contar hasta cien, pero los números no coincidían en su cabeza, porque lo único que quería era alejarse de aquella situación tan incómoda.

—No pienso tolerar esta forma de tratarme Cole —replicó con mordacidad y observando con desprecio a Abigaíl—. Me invitaste a pasar contigo el fin de semana, y ahora, ¿te atreves a echarme?

Hannah empezó a llorar de nuevo al escuchar que aquella mujer que no le gustaba hablaba feo a su padre. Llevada por un impulso que ya le parecía natural, Abigaíl se inclinó en la cama hasta que Hannah quedó acurrucada entre sus brazos con la cadera sobre sus piernas. Cole apartó la mirada.

—No te echo —bajó la voz hablando con Justine, pero era obvio que Abigaíl y Hannah podían escucharlos. Detestaba que su hija escuchara discusiones de ese tipo—. Mi hija es primero. Ya lo sabes —gruñó.

La mujer resopló.

—Me largo de aquí. Jamás vuelvas a buscarme. ¿Te queda claro? —Cole se mesó los cabellos preocupado por lo que su hija pudiese escuchar, y observó de reojo a Abigaíl que parecía contarle algo a Hannah para

distraerla de lo que sucedía a pocos pasos—. Se acabaron los revolcones sin una propuesta firme de algo serio. O me pides matrimonio, o no vuelves a tocarme.

Abby que lo estaba escuchando todo quiso que la tierra se abriera. «¿Por qué tenía que ocurrirle ese tipo de situaciones a ella?» Continuó cantándole al oído a Hannah, mientras le acariciaba la panza, asegurándose de estar lo suficientemente cerca para que no hubiese escuchado nada. Al menos había dejado de llorar, lo cual implicaba que el dolor no era tan grave, pero la fiebre seguía igual de alta. Esperaba que pronto llegaran las medicinas.

—Llamaré a Boris para que prepare el jet. Podrás partir hoy mismo a Baltimore, o donde te plazca —fue lo único que respondió Cole a Justine, cuando en realidad sentía ganas de apretar el cuello de esa mujer. ¿Cómo se atrevía a soltar semejante comentario frente a una niña de cinco años? —Y no te preocupes, me queda claro. No volveré a buscarte. Y te pido disculpas por todo este mal entendido.

—¡Qué mejor! ¡Y puedes tragarte tus malditas disculpas, nadie juega conmigo, por más bueno que sea en la cama! —gritó antes de desaparecer en la sala contigua, eso sí cuidando cerrar con un portazo, para luego ponerse a hacer las maletas.

Abigaíl evitó mirar a Cole que se pasaba los dedos por el pelo, despeinándose, mientras Hannah empezó a llorar de nuevo por los gritos de Justine. Abby le limpió los lagrimones, y le cantó una nana en voz muy bajita.

Cole no sabía qué decir. No podía sentirse más ridículo y absurdo.

Quince minutos más tarde, Justine salía del hotel de regreso a Baltimore.

Una vez que Hannah tomó las medicinas se quedó dormida. Cole se había cambiado de ropa. Llevaba un jean, iba descalzo, y la camisa azul a medio abotonar con las mangas remangadas hasta el codo. Abigaíl por su parte hacía anotaciones sobre los horarios de los medicamentos, y controló por última vez que la niña estuviera libre de fiebre, antes de arroparla con esmero, para levantarse de la cama cuidando de no despertarla.

—Abigaíl —susurró Cole de pie en el umbral de la puerta de la suite que daba a la cama en donde estaba su hija.

Ella habría querido quedarse con Hannah y no enfrentarlo, pero no había escapatoria. Se quedó de pie junto a la cama para no tener que aspirar su aroma. Era desconcertante cómo una suite tan grande de pronto parecía demasiado estrecha. Si aspiraba muy fuerte, la probabilidad de que el aroma de Cole le hiciera correr la sangre a toda velocidad era muy alta y peligrosa. Solía huir del peligro, en especial cuando tenía el rostro anguloso, barba de dos días y el cabello más suave que hubiese tocado, pero en esta ocasión no podía moverse.

—¿Sí? —contestó en un tono lo más indiferente posible, sin mirarlo a los ojos. Aquella mirada oscura parecía tener la capacidad de acelerarle el pulso, y ella además estaba enfadada todavía porque él la había utilizado.

—Con respecto a Justine...

Cole se movió, hasta detenerse a tres pasos de distancia, y a Abby el corazón le latió con fuerza. Se sorprendía de que él no lo escuchara, porque a ella le parecía bastante audible.

—No tienes que explicarme nada. Traer a Hannah aquí fue lo que consideré más adecuado, lamento que tuvieras que pelearte con tu novia y haber interrumpido esto... tu tiempo con ella.

—Nunca dije que fuese mi novia.

—Tu amante entonces. Oye estoy cansada.— Apretó los dedos de los pies. En el apuro de llevar a Hannah con su papá se dejó las zapatillas en la otra suite—. ¿Al final dejarás que la niña vaya a casa de tus clientes?

Él la estudió un segundo antes de responder. Con el cabello recogido en una coleta, sin una gota de maquillaje y en pijama —aunque fuese de esa horrible franela mostaza— lucía vulnerable y accesible.

—Sí.

El silencio de la habitación y la luz tenue le estaban alterando los nervios.

—¿Vas a querer que vaya a casa de los Templeton mañana, o confías en ellos para dejar que vaya sola?

—Por supuesto, quiero que vayas con Hannah. Yo tengo que quedarme en el hotel trabajando con Michael.

—De acuerdo. Me retiro, entonces —murmuró rodeándolo para no tocarlo siquiera. La imagen de Justine desnuda, tan segura de sí misma, con las medidas perfectas la afectó, mucho más que la idea de Cole con aquella mujer y lo que había interrumpido. En su caso, la madre naturaleza había sido especialmente generosa y de acuerdo a Rylan “voluptuosa” no la describía, sino *gorda*. En gran medida esa era la razón por la cual podía llegar a besar y coquetear con un hombre, pero jamás acostarse con él. Por eso, la desconcertó tanto que los besos de Cole la hubieran hecho sentir deseable y segura de su cuerpo. Pero eran solo proyecciones de sus deseos inconscientes. Ningún hombre que conociera el sentido de tener una familia querría una mujer que no pudiera darle hijos, y que además tenía una figura poco delicada.

Las palabras de Rylan llegaron como ráfagas a su mente. «¿Por qué utilizas minifaldas, Abigail? Tus piernas son firmes, pero no hacen juego con tus pechos. Apenas caben en mis manos. ¿Por qué no bajas de peso? Igual te quiero, pero... » «No te he enseñado lo suficiente en la cama al parecer... ¿o eres tan mala alumna?», le había preguntado una ocasión cuando él no consiguió llegar al orgasmo. «Mírate en el espejo, ¿notas esto? —Le había preguntado acariciando sus caderas frente al espejo—. Cuando te conocí eras más esbelta. No es que te critique, ya sabes que te quiero, pero...» Aún a pesar del tiempo de terapia, ligeros resquicios de esos comentarios dolorosos mermaban su confianza en sí misma. Ella intentaba sobreponerse. Lo intentaba de verdad, pero a veces no era tan sencillo.

—Aguarda. —La tomó del brazo, y ella sintió incendiársele la piel recubierta por la tela del pijama—. No pasó nada con Justine. — Sus ojos negros se clavaron en los de ella. Era condenadamente convincente, notó Abby—. ¿Me crees?

Le sonrió con sarcasmo.

—Ella estaba desnuda y tú bastante cerca también. Dos más dos...

—Eso no implica nada. —Negó—. Invitarla fue una equivocación de mi parte.

—Cole...

—¿Sí?

—Trabajo para ti. Puedes hacer con tu tiempo libre lo que quieras, así como yo. —Él apretó la mandíbula—. Lo que me parece bastante absurdo es que me hayas pedido que viniera a cuidar a Hannah, cuando bien tenías a Justine esperando por ti. No soy una tapadera de tu vida sexual.

Al instante, Cole la tomó con firmeza de brazo, sin hacerle daño, para que escuchara lo que iba a decirle, ella intentó debatirse, pero él era más fuerte. Abby se asustó.

—Cole ... —susurró temblorosa—. Suéltame...

Al reparar en el terror de los ojos de Abby, él frunció el ceño. Deshizo su agarre de inmediato.

—¿Por qué me miras como si fuera a golpearte...? —preguntó totalmente extrañado—. Yo nunca te haría daño —aseveró preocupado por el modo en que ella se alejó con la barbilla temblándole.

Ella tragó en seco.

—No... no es eso, yo quiero irme a descansar es todo. Estoy agotada.

Cole no se convenció, pero estaba agobiado por el viaje, la cena de negocios y la escena con su ex amante, que no quería ahondar en el asunto. Ahora bien podía decir que las cosas entre Justine y él se habían terminado. No quería discutir con Abigaíl.

—¿Te he hecho daño? —indagó preocupado con el ceño fruncido.

—No... solo, solo me asustaste un poco. Déjalo estar.

Era la primera vez que una mujer se asustaba así con él. Lo cual le pareció completamente irracional.

—Escucha, lo de Justine y yo acabo hace tiempo. No ha sido ninguna tapadera sexual, siento si pensaste eso. Solo quería... —¿Cómo iba a explicarle que el motivo de que Justine hubiera estado en Seattle era para él evitarse la tentación de tocarla a ella, o distraerse con su presencia? —. Hoy no pasó nada —declaró.

Abby soltó el aire que estaba conteniendo. Cole la había tomado desprevenida, y tuvo miedo de recrear una experiencia como la de Rylan. Algo totalmente estúpido, porque sabía que con él estaba a salvo, pero no había podido evitarlo. Aquel tipo de reacciones le habían ocurrido a menudo las primeras semanas del ataque; se sobresaltaba fácilmente. Pero era infrecuente ahora. Si empezaba a explicarle a Cole o ahondar en el motivo de su reacción, entonces él haría preguntas que ella no quería responder.

Más calmada, cuando su cuerpo y su cerebro asimilaron que nunca estaría en peligro con Cole, se deshizo de la mano que aún tocaba, y lo miró con seriedad.

—Al final, ¿importa que yo te crea o no? —Lo interrumpió.

Él la miró unos segundos. «Sí. Sí me importa.»

—No. —Se pasó la mano por el rostro—. No, no importa. Estoy agotado Abigaíl, y aún tengo que hacer una llamada a mi socio para hablarle del trato que acabamos de cerrar con los Templeton —expresó apretando la mandíbula. Ella no se había dado cuenta que dos botones de la blusa de dormir estaban sin abrochar, consecuencia de que el albornoz se hubiera movido, dejando a la vista una interesante porción de la piel suave de sus pechos. Unos pechos que él había tocado, pero que moría por ver y probar a conciencia—. Será mejor que te vayas, yo me encargo de Hannah —dijo con tono seco.

Antes de que pudiera replicar, Cole se dirigió al lado de la cama en donde dormía Hannah, desentendiéndose de Abby.

Abigaíl contuvo un suspiro de resignación antes de girar la manilla de la puerta y dejar atrás la suite. «¿Qué tal ir al bar esa noche para divertirse un poco... ?»

Capítulo 10

Abigaíl desayunaba en la cafetería del hotel. A las seis de la mañana, Cole la había llamado para decirle que él se encargaría de Hannah. Menos mal ya estaba despierta cuando sonó el teléfono, porque detestaba que la levantaran. La noche anterior hizo un esfuerzo por ir al bar y divertirse un rato, pero su cuerpo no colaboró. Ni bien topó la cama se rindió a la suavidad de las sábanas.

—¿Le puedo traer algo más? —preguntó el mesero con una sonrisa.

—Café negro, por favor.

—Ahora mismo.

Después de echar dos sobres de azúcar, mezcló con una cucharilla. Con la mirada ausente se bebió el café, sin dejar de observar con una sonrisa las personas a su alrededor. Era interesante cómo el ser humano podía compenetrarse tan bien en familia, con amigos, y cómo una mala elección podía mandar todo al diablo. Quizá si no se hubiese dejado guiar por las palabras bonitas de Rylan habría podido encontrar a un hombre que cumpliera su sueño de tener una familia. Un bebé.

Echó crema al café y volvió a verter un poco más del oscuro líquido en su taza. Pensaba en su jefe. Era extraño pensar en él de ese modo, pues casi no pasaba en casa. Cole la desconcertaba. No entendía por qué continuaba mandándole las señales equivocadas. O quizá era ella quien se esmeraba en encontrar indicios de lo inexistente.

—¡Abby! ¡Abby! —exclamó la voz conocida de Hannah. Cuando los inteligentes ojos azules se posaron en ella desde un extremo del elegante salón de desayuno, ella le sonrió a la pequeña. La niña llegó corriendo hasta ella. Para que no se tropezara, Abby se inclinó hasta quedar a su altura y se dejó rodear el cuello con los suaves bracitos.

Cole apareció vestido con una informal elegancia. Se había dejado el saco y la corbata. Con la camisa blanca y el pantalón azul marino a medida, lucía apuesto. A decir verdad, el hombre podría estar atractivo con cualquier harapo o con ropa de diseñador.

—¿Dormiste bien, Abigaíl? —preguntó con una sonrisa como si la escena de la noche anterior no hubiese sucedido.

Sin que lo invitaran, se acomodó en la silla frente a Abby, y luego tomó en brazos a Hannah y la sentó a su lado. La niña estaba vestida con un pantaloncito celeste, una blusa de algodón color blanco con maripositas, y una coleta azul a juego con las bambas. Parecía sacada de una propaganda de televisión.

—Bien, gracias —murmuró concentrándose en su café. Puesto que ese juego sin sentido de olvidar lo que ocurría entre ellos iba a continuar, ella estaba dispuesta a seguirle la corriente a Cole. Tenía un salario, una alumna maravillosa y podía afrontar los pagos de la enfermedad de su abuelo. «Es suficiente», se dijo, pero no se lo terminó de creer, ni su cuerpo tampoco, porque el corazón le latía acelerado al absorber la imponente masculinidad del hombre que tenía en frente revisando el menú—. ¿Hannah está mejor?

—Sí, amaneció con mejor semblante y no tenía ya dolor de estómago. La fiebre remitió del todo, pero aún hay que cuidar su alimentación.

—Por supuesto. Me hubiera gustado cuidarla.

—Soy su padre, así que cuidarla para mí era importante, sé que te preocupas por ella y lo agradezco. En todo caso, ayer evidentemente tú necesitabas descansar más que yo. Cuidar a Hannah puede llegar a ser agotador. Es una niña muy activa —comentó con la misma cordialidad que Abigaíl le había escuchado desde que se sentó a la mesa.

—Sí...

El mesero apareció para tomar el pedido de Cole, quien a pesar de dictarle lo que necesitaba esa mañana, no dejó de reparar en lo guapa que estaba Abigaíl. La noche anterior los sentimientos que habitualmente guardaba en el fondo de su alma habían intentado aflorar cuando vio a Abby y su hija abrazadas en la cama de su suite, como si el lugar de ambas fuese estar juntas. Sintió un frío recorrerle por la espalda, al recordarlo, pero no pudo explicarse el motivo. Él no solía inquietarse con facilidad, pero esa imagen consiguió turbarlo. Hacía mucho tiempo que nada le costaba tanto como había sido pedirle a Abigaíl que lo dejara a solas con

Hannah.

Ahora que estaba en medio de su negocio más importante y a punto de firmar el contrato, no podía permitirse distracciones. Antes de bajar a desayunar, él había aprovechado para hacer una llamada a su departamento legal y recordarles que los esperaba dentro de una hora en Seattle, y que más les valía no retrasarse pues para eso les había pagado el viaje desde Baltimore en primera clase. Estuvo dando órdenes, y también aprovechó para hacer una consulta a Abraham.

—¡Abby, papá ha dicho que me llevarás a conocer una amiga! —exclamó llevándose a la boca un trozo de cruasán con mantequilla—. ¿Eso es verdad?

—Sí, cariño —respondió acariciándole el suave cabello negro—. Termina de comer tu desayuno.

La conversación la llevó Hannah, para alivio de los adultos. Hubo preguntas sobre la ciudad, el clima, si existían zoos, por qué algunas familias tenían tantos hijos, si podía ver dibujos animados en casa de su nueva amiga, hasta que finalmente se levantaron y se dirigieron al *lobby*. Cole hizo una llamada a Michael Templeton para decirle que su hija estaba más que emocionada con la idea de conocer a Danielle.

—Vendrá a recogerlas un Rolls-Royce de los Templeton —expuso, luego se inclinó hacia su hija—. Vas a portarte bien. No le des dolores de cabeza a Abby. ¿De acuerdo?

—Sí, papá —sonrió con sus dientecitos blancos.

Cole no pudo evitar dirigirse a Abigaíl que esa mañana vestía un jean que moldeaba sus piernas, un jersey morado que resaltaba su cintura delicada y el cabello dorado en una media coleta. Habría que pensado que intentaba sacarle en cara de lo que se había perdido al echarla la noche anterior, pero no era necesario. Él lo sabía perfectamente.

—Cualquier cosa que necesite mi hija...

—Te avisaré —completó indiferente—. Espero no interrumpir nada importante en caso de que tenga que buscarte —agregó sin poder contenerse.

Una sensual media sonrisa asomó a los labios de Cole.

—Pensé que evitabas el tema —respondió sonriendo abiertamente al reparar en el rubor de las mejillas femeninas. Hannah miraba hacia el tumbado asombrada de todo el brillo de las lámparas de araña y las formas de los contornos.

Abby se encogió de hombros, porque no podía hacer otra cosa, como por ejemplo darse contra la pared por haber permitido que sus emociones hablaran en lugar de dejarse guiar por su cerebro.

—Lo mismo digo...

—Es complicado de explicar Abigaíl. —¿Cómo se le explica a una mujer que has sido un imbécil, y que a pesar de tenerla tan cerca y querer besarla no podías hacerlo?

—Papá, ¿vas a casarte con la señora que estaba desnuda en tu cuarto? —preguntó de pronto la niña. En medio del *lobby* con gente entrando y saliendo era el peor modo de intentar sostener esa conversación, pero ella tenía cinco años y no podía saberlo.

Abby contuvo una risotada al ver la cara perpleja de Cole. Él la miró furibundo.

—¿De dónde has sacado eso? —indagó preocupado de que su hija hubiese visto a Justine como Dios la envió al mundo. Las ideas que podría formarse le revolvían el estómago. Había sido un irresponsable pedirle que fuera a Seattle por no creerse capaz de idear otra cosa para alejarse de Abigaíl—. Justine es solo una amiga.

—Ayer la vi cuando Abby me llevó a tu habitación. —Lo miró con sus ojazos azules—. Es que ella no me gusta. ¿Va a ser mi nueva mamá...? —Hizo un puchero que a Cole le encogió el corazón.

Abigaíl dejó de sonreír y apartó la mirada.

—Disculpen, señores. —Llegó hasta ellos un botones interrumpiéndolos—. Me indicaron en recepción que hay un automóvil esperando por la señorita Shermann y la señorita Abigaíl Montgomery. ¿Me permiten acompañarlas hasta la puerta? —sonrió como solían hacer

los serviciales miembros del staff de un hotel cinco estrellas.

Ante la idea de conocer a una nueva amiga, Hannah se olvidó lo que estaba preguntando, y sin despedirse de su padre haló de la mano a Abigaíl para seguir al botones. Cole las observó alejarse con gesto preocupado, pero tenía una reunión y debía concentrarse en ella. Ya hablaría con Hannah cuando volviese de la casa de los Templeton.

Hannah estaba encantada con su nueva amiguita. Ambas compartían el gusto por las casas de legos y los columpios. Abigaíl observaba desde la puerta corrediza de vidrio de la sala de Charisse cómo cuatro niñas cuidaban de las pequeñas. «Lo que el dinero puede conseguir.»

—¿Todo bien querida? — preguntó Charisse vestida con un traje estilo chino que lucía impresionante. Le confería un aire de majestuosidad que parecía innata en la esposa del cliente de Cole. Abby asintió en respuesta—. No te preocupes por la niña tiene cuatro pares de ojos cuidándola. Después de todo estás trabajando el fin de semana y no te vendría mal un descanso.

Abby le sonrió mientras bebía su chocolate caliente.

—Para mí cuidar a Hannah no es ningún sacrificio es una niña que se deja querer con facilidad y además es un entusiasta alumna. Tienes una casa preciosa. Creo que podría perderme con tantas habitaciones. ¿Cuántas dijiste que tenías... diez?

—Doce —rio—. Eso fue porque pensé que Michael y yo tendríamos muchos hijos. Lamentablemente la naturaleza tenía preparada una sorpresa inesperada para nosotros.

—¿Cuántos hijos tuvieron? —indagó saboreando el chocolate. Era exquisito. Las risas de las niñas llegaban hasta ellas que permanecían acomodadas en dos sillones verde musgo recubiertos de terciopelo. La casa expedía un aroma a cerezas y roble, muy sutil, pero lo suficientemente fuerte para hacerlo perfecto.

—No tuvimos ninguno entre los dos —replicó con calma y sacudiendo de los dedos las migas de las galletas caseras que la chef particular les había hecho para la ocasión.

—Lo siento, no quise entrometerme.

Charisse le palmeó la mano.

—No querida, me refiero a que no tuvimos hijos entre ambos de modo natural. Adoptamos seis preciosos muchachos. Tres niñas y tres niños.

Abigaíl se quedó con la taza cerca de los labios.

—Vaya... son muchos.

La mujer de rasgos delicados se echó a reír.

—Teníamos tanto amor por dar y existen tantos niños en el mundo que lo necesitan recibir, que nos pareció lo más justo. Una forma de retribuirle a la vida lo que materialmente teníamos. Digamos un equilibrio. No siempre puedes tenerlo todo, pero tu misión entonces tiene que ser intentar compensar en la medida de lo posible y ser feliz. — Se encogió de hombros como si hablara del tema todos los días—. Michael y yo lo somos, y nuestros hijos también. Para nosotros no existe diferencia entre que sean o no adoptados. Son nuestros y es todo lo que necesitamos saber, y ellos lo saben.

—Usted es una mujer admirable —expresó con admiración.

—Tan solo soy una persona que ha buscado soluciones a sus necesidades de ser feliz. ¿Haces tú lo mismo?

Esa fue una pregunta que dio de lleno en su parte sensible. Charisse era muy inquisitiva y no era un buen augurio si iba a pasar tantas horas en esa casa. Y apenas llevaba una.

—Yo... —Dejó la taza de porcelana china sobre el soporte de vidrio de la mesa de centro—. Mi vida no es fácil. No sé si intente ser feliz, pero intento sobrevivir.

—Sobrevivir es necesario, pero siempre me pregunto si es suficiente.

—En mi caso, pues no lo sé...

—No quiero ser entrometida, querida, pero he visto muchas realidades en mi experiencia como mujer de negocios, ama de casa, madre y esposa. Tu mirada, a pesar de que sonríes no brilla... pareciera estar cargada de pesar. He notado cómo observas a Hannah. Más allá del cariño existe un anhelo. Y no tiene nada que ver con el hecho de que estés enamorada de su padre.

Abby la miró boquiabierta. ¿De dónde había sacado esa señora las ideas?

—Lo siento. —Se apresuró a decir Charisse al notar el rostro pálido de la joven—. Michael suele decir que soy un poco bocazas —rio con elegancia tratando de romper el momento incómodo.

—No sé de dónde saca esas conclusiones... —susurró.

Charisse suspiró.

—No las saco de ninguna parte, querida. Están en tu rostro, en tu modo de observar, hablar. Quizá omití mencionarte que además estudié una maestría en psicología clínica.

Entonces fue Abigaíl la que se echó a reír.

—Si hubiera sabido que venía a una terapia, me habría preparado con las respuestas.

Charisse le palmeó con sus dedos de tantos años, la mano en gesto de comprensión.

—Me pareces una muchacha encantadora y creo que aún estás atada a eventos que te quitaron la perspectiva positiva de muchas cosas. ¿Sabes, Abby? En el pasado mis inseguridades me ganaron muchas veces la batalla, haciéndome perder oportunidades de vida maravillosas. —Abigaíl la miró como si estuviese loca, porque para ella Charisse derrochaba aplomo y confianza—. He aprendido con el tiempo de mis errores y eso me hizo fuerte. Veo en ti un poco de esa chica que fui yo. Eso es todo. Y si puedo comentarte mi punto de vida con base en mi experiencia para que lo tomes como un referente, no tengo inconvenientes en sacar a la luz pequeñas reflexiones.

—No estoy enamorada de Cole —afirmó de pronto, porque necesitaba

decírselo a su cabeza, pues su corazón tenía graves problemas de coherencia.

Charisse le sonrió como si pudiese ver un poco más allá de la superficie.

—Siento que te conociera de toda la vida. Me ocurre con pocas personas —comentó eludiendo la oportunidad de refutar. La chica tendría que darse cuenta por sí sola, se dijo.

—El sentimiento es mutuo —replicó con sinceridad, porque era cierto. Y fue entonces cuando Abigaíl empezó a contarle de su abuelo, la pérdida de sus padres, *El Club*, su vida como profesora, sus sueños de tener una familia, pero omitió el detalle más importante con Rylan. Era fácil hablar con aquella mujer alta, de carácter firme, directa y sincera, pero no tenía ganas de relatarle la parte más dura de su pasado. Después de haber hablado largo y tendido sintió como si un gran peso se quitara de su espalda.

—Gracias por todo cuanto me has relatado. Creo que mi lado de profesional es más que evidente.

—Una consulta gratis —contestó con una sonrisa.

El ama de llaves de los Templeton entró en ese momento en la sala.

—Señora ha llegado la señorita Ninette.

—Oh. —Se puso de pie—. Casi lo había olvidado —miró hacia Abby—: Es la hija de una de mis mejores amigas. Estoy tratando de emparejarla con mi hijo Gerard, pero el necio se ha ido de vacaciones a Venecia. —Soltó con un resoplido que hizo que Abigaíl se riera.

Minutos más tarde entró a la sala una muchacha casi de su edad. Delgada, vivaracha, con chispeantes ojos caramelo y cabello caoba. Apenas la vio, le sonrió ampliamente. Fue ese gesto lo que indicó a Abby por qué le gustaba tanto a Charisse para que se empeñara en casarla con uno de sus hijos. Ninette destilaba autenticidad, alegría, vitalidad, parecía iluminar la estancia con su buen humor.

—Encantada de conocerte, Abigaíl —dijo cuando Charisse hizo las presentaciones.

—Olvidé un pequeño detalle, Ninette también es profesora.

—¿Sí? —preguntó Abby.

—Así es, y hoy tengo que ir a una feria nueva que han puesto en la ciudad, pero quería pasar a recoger un charol de galletas que Sussy, la chef, me prometió. En la escuela, los profesores tenemos un proyecto que queremos implementar, pero es muy costoso. Doy clases en una escuela pública. Les propuse un stand en esta feria para ganar dinero, ninguna de las profesoras se quiso adherir —miró a Charisse que le daba instrucciones a la chef, quien se acercó en ese momento para preguntar por el menú de la cena, mientras las dos colegas charlaban de modo ameno—. Porque están casadas...

—¿Y de qué se trata ese proyecto? —preguntó Abby mirando con el rabillo del ojo a Hannah que jugaba al escondite.

—Es un secreto. Si se lo cuento a Charisse irá a decírselo al conservador de su hijo y él dejará de dirigirme la palabra.

—¿No se llevan bien?

—Hemos tenido nuestras diferencias y por eso se fue a Venecia. No quiero agobiar a Charisse con ese imprevisto... —Se encogió de hombros—. ¿Estás casada, esa es tu hija?— preguntó cambiando de tema al notar hacia dónde iba la mirada de Abby.

—No —sonrió—, es la niña a la que cuido.

—¿Vives en Seattle entonces?

«Ahora sabía por qué Charisse quería casarla con uno de sus hijos. Ninette era la versión juvenil de la dueña de casa.» Abby no pudo evitar sonreír.

—En Baltimore, pero vine porque mi jefe me lo pidió. Me pagan extra así que no se discute. Además la niña es un sol.

En ese momento Charisse se desocupó de Sussy, y se acercó a ambas.

—¿De qué tanto hablan queridas?

Ninette mostró su sonrisa de pasta dentrífica.

—Ya que tienes visitas he decidido llevarme a Abigaíl.

La aludida abrió la boca para protestar.

—Me parece excelente idea. — Se adelantó la señora Templeton.

—Tengo que cuidar a Hannah —protestó.

—Oh, querida, tiene cuatro niñeras a su disposición y yo estoy aquí. Vete. Disfruta un poco de tu tiempo sin responsabilidades.

—Vamos, Abby... ¿Te puedo llamar así, verdad?

Ella asintió.

—No sé, Ninette. — Se retorció los dedos. Si Cole se enteraba que había dejado sola a su hija era capaz de ahorcarla con sus propias manos—. No creo que sea adecuado.

—La niña no corre peligro —aseguró Charisse transmitiéndole confianza—. Te prometo que no le sucederá nada. Y Ninette volverá contigo en... —miró a la joven de rostro ovalado esperando respuesta.

—Dos horas exactamente —contestó la muchacha.

—Casi es la hora del almuerzo —murmuró Abby resistiéndose. Eran dos contra uno... bueno, tres, porque su sentido de diversión empezaba a asomar solapadamente, pero haciéndose sentir muy fuerte—. Y Hannah tiene una dieta especial, porque ayer estuvo mala de la pancita.

—Eso lo solucionamos pronto. He criado seis hijos, así que sé de lo que hablamos.

—¿Se...seguro? —Se empinó para ver a Hannah que jugueteaba de un lado a otro, a pesar de la fría temperatura. Pero se había encargado de abrigarle el triple y ponerle doble gorrito protector en la cabeza.

—Totalmente —expresó Charisse triunfante.

Esa fue la duda de Abby que Ninette Calabressi, descendiente de italianos, necesitó para arrastrarla hasta el área de Kirkland. Específicamente al garaje de una edificación moderna en donde cabían hasta cien carros de colección, pero su dueño los había trasladado a otra

parte y esa tarde les rentaba el sitio a los organizadores del acto.

El evento, según pudo constatar Abigaíl, era una feria para recaudar fondos de diversas clases y organizaciones. *Fair Trade* lo habían denominado. El cupo era para treinta causas. Al parecer se habían repartido volantes y hecho propaganda durante algún tiempo, pues cuando estuvo dentro del recinto estaba todo bastante copado. No se veía aglomeración, porque el garaje era inmenso, pero sí era más que notoria la buena acogida. Ella no imaginaba que alguien pudiera tener cien carros de colección, y menos un garaje gigantesco para ellos en medio de la ciudad. Pero claro, no era millonaria, y lo que mejor se le daba era llamar a Richard para que intentara repararle el coche.

—¿Y bien? — preguntó Ninette sonriéndole cuando se detuvieron en un estand, cuyo llamativo cartel frontal consistía en un par de labios electrónicos que se encendían y apagaban en un rojo intenso.

Abby se acercó más, pues de lejos era todo lo que se veía, y no pudo evitar reírse.

—¿Se venden besos? ¿Eso es lo que piensas hacer para recaudar fondos para tu proyecto en la escuela?

Ninette asintió orgullosa.

—Estoy segura que me encontrarán atractiva, y a ti también.

—¡Oh, no, no, no! He venido a acompañarte, pero no pienso ponerme en un estand a vender mis besos.

—No seas aguafiestas, además es para una buena causa. Nuestros alumnos tendrán acceso a sistemas más rápidos de conocimiento. Anda.

«Imposible», pensó Abigaíl.

—Te diré lo que haremos —empezó a negociar Ninette. Charisse la había llamado antes de que Abigaíl llegase para decirle que esa muchacha necesitaba salir un poco. Y a Ninette no necesitaban decírselo dos veces—. Tú te encargas de cuidar ese cable —señaló con resignación, la conexión del stand de color blanco—, para que ningún idiota lo pise y evitarnos así el riesgo de quedamos sin el beso electrónico que es la magia del asunto.

«Ahora entendía por qué Charisse había elegido a Ninette. Y no era porque se pareciera a ella, como fue su inicial apreciación, sino porque si el tal Gerard era tan estirado y conservador como su colega lo había descrito en el camino a Kirkland, entonces Ninette era su medicina perfecta. Ella era divertida, sagaz, atrevida y muy recursiva para conseguir lo que se proponía. El tal Gerard no tendría oportunidad.»

—La magia —repitió Abby observando alrededor las risas, el barullo, los inventos que vendían. Había stands de caramelos, juguetes, asesorías de las más variadas. Mientras se habían acercado hacia el stand de Ninette, Abigaíl notó que había un stand para un hospital que luchaba contra el cáncer de piel en Seattle. Fue entonces que rebuscó en su cartera y se acercó para dejar cuarenta dólares. Que era todo lo que llevaba encima—. Está bien. Te cuidaré la conexión, mientras tú te diviertes besando a extraños.

Los ojos caramelo se iluminaron.

—¡Maravilloso! — Aplaudió dando un saltito antes de colocarse detrás del stand.

—Por cierto —preguntó Abigaíl, mientras contemplaba alrededor—. ¿En cuánto vendes cada beso?

—Cincuenta dólares.

—¿Qué?

—El labial humectante es caro. — Le hizo un guiño y Abby se echó una carcajada.

El primer interesado en los besos de la chispeante Ninette no tardó en aparecer. Abby se echó a reír cuando el hombre le reclamó que pagó por un beso de cincuenta dólares, es decir, largo y apasionado, mas no uno que apenas sentía un suspiro. Ninette se encogió de hombros diciéndole que era para una buena causa y que si quería otro tendría que pagar de nuevo. Así pasaron una hora. Abigaíl se reía de los diferentes chicos, que no eran muchos, que se acercaban más por curiosidad. Luego Ninette les robaba un beso y exigía que le pagaran que era para una causa noble y educativa.

—Ufff esto de dar besos cansa —dijo al cabo de un rato bebiendo una

botella de *Evian*.

—Pero si apenas han pasado ocho muchachos por aquí —replicó Abby imitando a Ninette con su propia botella, pero la suya era de zumo de arándanos.

—Es la tensión lo que me agota.

Esa chica poseía una alegría contagiosa que la hacía sonreír con cualquier tontería que pudiera ocurrírsele en su mente atolondrada.

—Claro.

—Oye, ¿me cuidas el puesto? —preguntó de pronto—. Esto de beber agua me ha hecho dar ganas de ir al baño.

Abigaíl tomó la botella de *Evian* en sus manos.

—Pero si apenas va por la mitad. —Señaló el contenido con el dedo índice.

—Mi vejiga es débil —suspiró teatralmente—. Anda quédate aquí, vuelvo en nada.

Negó al verla alejarse sin dejar de sonreír. No le quedaba más, pues no podía dejar el bowl con el dinero ni el estand tirado como cualquier cosa. Así que se puso detrás del panel y revisó su móvil. Descargado. «¡Ay no!» Tendría que pedirle el móvil prestado a Ninette para saber cómo iba Hannah.

Lo primero que Cole sintió al llegar a la casa de los Templeton para recoger a Hannah fue alivio. Pues se moría por ver cómo iba su hija tratando con una niña de su misma edad a la que apenas conocía, en un entorno ajeno al suyo. Lo segundo que sintió, al enterarse de que Abigaíl se había ido a pasear dejando a Hannah sola, fue rabia. Lo tercero, más que un sentir, fue un hecho; tenía muy claro que iba a despedirla en cuanto la viera.

Charisse intentó convencerlo de que ella la impulsó a irse, porque la vio

cansada y le comentó que se había ido a una feria con Ninette, una chica que conocía muy bien. Le aseguró que ambas volverían hasta dentro de dos horas. Es decir, según el reloj de Cole, llevaban una hora de retraso.

—No te enfades, lo siento Cole. Tu niña ha estado atendida por cuatro niñeras y yo mismo he supervisado que comiese sano, pues Abby me explicó que anoche estuvo malita.

—Yo no le he pagado un viaje de placer a Abigaíl, Charisse.

—Mujer te he dicho que no es bueno meterse en la vida de otras personas, aunque sea porque quieres hacerles un favor —intervino Michael. Luego se volvió a Cole que tenía a Hannah en brazos—: Muchacho, lo siento. Ninette es de confiar. Ya estarán de vuelta pronto.

—¿Qué te parece si vas a verla entonces? Así estarás más tranquilo —sugirió la dueña de la mansión en que jugaban Danielle y Hannah. Esta última pidió a Cole que la dejara en el piso que quería seguir entreteniéndose con su nueva amiga—. Nosotros nos quedamos con Hannah, no puedes quitarle la diversión a la niña por un ligerísimo inconveniente.

—Le iré a decir exactamente a Abigaíl lo que tiene que hacer una vez que vuelva aquí —rezongó Cole.

—¿Y eso que es? — Se atrevió a indagar Charisse, bajo la mirada de reproche de Michael.

—Despedirla. — Con paso firme, Cole salió de la casa y se puso en marcha hacia la dichosa feria.

Cuando el dueño de Corporación Zaga abandonó la mansión de los Templeton, el matrimonio se quedó contemplando cómo jugaba su nieta más pequeña con la hija de su nuevo cliente.

—No deberías intervenir —le dijo Michael a Charisse dándole un abrazo desde atrás, y apoyó la barbilla sobre los cabellos finos y blancos. Su esposa se resistía a intentar ocultar su edad tinturándose el cabello, pues argumentaba que cada cana era testigo de su lucha en la vida. Michael intensificó su abrazo, uno de aquellos reconfortantes y cargados de significado.

—Solo quería que se diera cuenta —replicó apoyándose en su esposo.

—El tiempo hará su trabajo, cariño. Ya lo sabes.

—Si no hubieras investigado a Cole Shermann antes de aceptar invertir con él, quizá no estuviera en esta situación. De algún modo me pusiste el caso en las manos.

Michael se rió.

—Querida tus ideales románticos siempre me sorprenden, pero ese joven podría ser uno de tus hijos. Y si piensas en eso, a ellos no les hace gracia que tú intervengas en su vida.

—Si Abigaíl no hubiese aparecido anoche, quizá no estaríamos sosteniendo esta conversación. A veces hay que ayudar un poquito, cariño. Las miradas hablan por miles, y Cole y Abby tienen mucho qué decir. Solo ha sido un ligero empujoncito. Además Ninette me ha dado una mano.

—Eres imposible.

—Por eso me amas —replicó en tono confiado y coqueto sintiendo la risa detrás suyo.

—Nunca lo dudes.

Capítulo 11

Abby observaba el reloj constantemente. Ninette no volvía aún del lavabo y ya contaba veinte minutos desde que se había marchado. No tenía modo de llamarla, así que intentó componer una sonrisa. Después de todo el dinero era para una buena causa.

—Hola. ¿Será un beso muy caro? — preguntó un hombre muy simpático. Llevaba jeans desgastados, una camisa café ajustada a su espectacular figura, y una sonrisa que desarmaba. Aunque no podría calificarlo como muy guapo, sí diría que irradiaba alegría y su modo de sonreír era cautivador.

Le devolvió la sonrisa.

—La persona que los da ha ido a retocarse el maquillaje.

—Soy Mac. — Estiró la mano, y ella se la estrechó.

—Abby.

—Una lástima que no seas tú la que da los besos, pues me encantaría contribuir a la causa de tu stand.

Ella se rió.

—¿O quizá sí? —preguntó Mac acercándosele. El aroma del *aftershave* le agradó a Abigaíl—. ¿Cincuenta dólares?

Lo miró a los ojos verdes que le sonreían.

—Yo no soy la que...

—...das los besos, ya lo sé. ¿Quizá podrías regalarme uno? —expresó flirteando—. Y contribuyes a mi causa.

Abigaíl se echó a reír.

—¿Y cuál sería esa, Mac? — Coquetear no era su fuerte, pero se sintió bien haciéndolo. Divertida. Y en medio de todo el bullicio de los stands, la música y demás, se relajó. Decidió seguirle la corriente. Además, ¿qué de malo podría tener un beso?

—Ayudar a que un hombre que ha visto a la chica más guapa en mucho tiempo se complazca dándole un beso.

Ella era ajena a una mirada oscura que observaba acercándose a paso rápido.

A Cole le fastidiaba la muchedumbre. Por eso prefería trabajar con sus ordenadores. Era el mundo de la lógica y los algoritmos contra su ingenio. El ritmo frenético de aquel garaje lo puso de mal humor. Sumado al que traía desde la casa de los Templeton, y se terminó de agriar cuando vio a un hombre inclinándose para besar a Abigaíl.

¿Qué le pasaba a esa mujer? Aceleró el paso y llegó justo antes de que los labios de Abigaíl se unieran a los de aquel sujeto.

—¿Qué demo...? — Mac no concluyó la frase cuando sintió una mano empujarlo a un lado. Desconcertado se impulsó para empujar al desconocido que había interrumpido su beso.

—No te le acerques. —Cole casi gruñó como si fuese un león cuidando su presa—. Tiene ciertas obligaciones que debería estar cumpliendo y no consisten en besar a cualquiera.

Abby no podía hablar de la impresión.

—Cole... —Lo llamó en un tono que sonó demasiado chillón cuando la sorpresa de verlo ahí empezó a remitir. Él se giró y con la mirada le dijo todo lo que sus palabras no podían. ¿Furia? ¡Nah! Una palabra demasiado suave para describir el cabreo que llevaba ese hombre que la volvía loca. Y loca en todo el sentido de la palabra. ¿Qué hacía ahí?

—¡Eh! Tranquilo amigo —dijo Mac levantando las manos en son de paz. No le gustaban los problemas de pareja—. Oye, guapa, antes de tontear conmigo pudiste decirme que tenías novio —expresó con acidez mirando a Abby que estaba ruborizada de los pies a la cabeza.

—Él no...

—Largo —volvió a decir Cole.

El agradable hombre que minutos atrás la había hecho sonreír se encogió de hombros y se fue de ahí. A Mac le habría gustado empujar de vuelta al

imbécil aquel, pero tenía que tomar un vuelo a Australia, así que salió caminando con la misma soltura con que encontró el stand de la guapa muchacha.

Si acaso había sonidos alrededor, Abby no escuchaba. Sus sentidos estaban paralizados por la abrumadora presencia de Cole. Él empezó a caminar hacia ella, quien atinó —erróneamente, claro— a intentar protegerse detrás del stand. Aquella barrera que solo sirvió para que Cole avanzara, hasta que la tuvo contra el taburete de la estructura de espaldas a la muchedumbre.

—¿Muchos besos, señorita Montgomery? —preguntó en tono peligrosamente suave, después haber reparado con fastidio en el bowl que contenía varios billetes de veinte dólares.

Abby tragó en seco.

—Yo, no...

—¿No te pago lo suficiente que tienes que venir a vender tus besos? ¿Quieres un aumento salarial? — Ella negó con nerviosismo—. No te traje en un viaje de vacaciones. Viniste por trabajo. —Empezó a soltar cada frase con cortante tono de voz—. Te estoy pagando el doble. Sabes que mi hija es todo para mí, pero no tienes ningún reparo en dejarla tirada para venir a exhibirte como una fácil. ¿Eh?

—Cole...—dijo con advertencia y contuvo las ganas de darle una bofetada porque era lo que se merecía. Se contuvo tan solo porque sabía que hablaba desde su enfado y no estaba razonando lo suficiente, pero si insistía, entonces saldría de ella la mujer que solía enfrentarse a los problemas de otro modo distinto a la comprensión—. No te pases.

Él negó con la cabeza. Se sentía furioso. Lo peor era que no se trataba de Hannah. En esta ocasión tenía que ver con la imagen de la tentadora rubia a punto de besar a otro. Porque esa idea, le trajo a la mente su relación con Celeste y su traición. Y odió a Abigaíl por hacerlo sentir un idiota. Pero tenía que recordar que no era Celeste. «No era Celeste.»

—¡Tienes una responsabilidad, Abigaíl! — Colocó una mano a cada lado de Abby, sobre el taburete blanco de plástico, cerca de su cintura.

—Hannah se quedó con los Templeton, solo vine un rato. Ya iba a volver —susurró intimidada por la cercanía del cuerpo masculino que estaba inclinado hacia ella. Se recostó un poco para intentar poner distancia, pero él la acertó una vez más—. No estaba dando besos... — Se atrevió a decir.

Cole resopló.

—¿Ahora intentas hacerme quedar como un idiota que no tiene capacidad interpretativa?

—No... no...

—¿Cuánto? —susurró muy cerca de sus labios. Demasiado cerca.

—No comprendo.— Tenía el cerebro embotado de su aroma masculino. ¿Cómo narices creía que podría articular ideas en la cabeza?

—¿Cuánto estás cobrando por un maldito beso?

—Ya te dije que yo no...

—No importa. — Eso fue lo único que dijo antes de cerrar los milímetros que lo separaban de ella y apropiarse de esos labios carnosos y seductores que lo tenían al borde del descontrol. El primer roce de sus labios fue firme, pero se dedicó a recorrerle los labios con la lengua, perfilándolos. Ella despertaba un anhelo incontrolable de querer conquistar sus gemidos, y de que gritara su nombre. Quería ver ese cabello sedoso esparcido en la almohada de su cama, deseaba observar las curvas que sus manos recorrieron sobre la ropa, a la plenitud de la luz y embeber su memoria de esas imágenes. Sobre todo no quería saber que otro se acercara a ella. Se asombraba cómo ella era capaz de estimular su lado posesivo.

—Cole... —susurró cuando sintió que él mordía sus labios. La lengua de Cole buscaba vorazmente la suya, para sumergirse en su dulzura. Las manos masculinas se posaron en sus caderas e iniciaron pronto un ascenso hasta la cintura.

—Shhh —murmuró contra los labios de Abby. Ella sabía tan condenadamente bien. No pudo evitar deslizar las manos hasta alcanzar la curva inferior de sus pechos. Moría por tocarlos piel con piel, quitar la maldita tela de la camiseta, desabrochar el sujetador y apropiarse de aquel

prometedor paraíso que palpaban los dedos. Los tomó completamente, apretándolos entre sus dedos y la escuchó gemir—. Solo dame un poco más... eso es, abre más la boca Abby. Así... —Se frotó contra ella demostrándole que su miembro erecto estaba muy de acuerdo con la política de no resistirse a la atracción mutua. Nunca una mujer había conseguido excitarlo de ese modo.

Ella no lo decepcionó. Con un hambre sensual surgida de sus más profundos anhelos, Abigaíl volcó todo su fuego y pasión en ese beso descarnado. Era un intercambio desafiante, ávido y profundo. Él sostuvo la espalda ligeramente arqueada de Abby, y con la otra masajeo uno de sus pechos plenos.

—Eres una tentación constante para mí —dijo contra los labios deliciosos. Abby acarició la mejilla de Cole y gimió. Jadeante, Cole, deslizó las manos hasta el trasero femenino. En ese instante la mirada de ambos conectó a un nivel distinto, más profundo; demasiado profundo. Un estremecimiento recorrió la espalda de Abigaíl; se sentía húmeda, desvergonzada, y absolutamente femenina.

—¡Wow! —exclamó una voz a sus espaldas—. Abby, chica, por ese beso el stand se merece unos mil dólares.

Abigaíl se separó de Cole con un respingo. Tenía las mejillas sonrojadas, los labios hinchados y el corazón desbocado.

—Ninette —dijo Abby al ver a la amiga de Charisse que sonreía de oreja a oreja, mientras Cole mantenía los ojos impassibles y cargados de satisfacción masculina. Ella quiso darle un empujón para quitarle esa pose de suficiencia.

—Así que tú eres la compinche —expresó Cole de modo encantador consiguiendo que Abigaíl frunciera el ceño. Al parecer la furia de verla ahí se acababa de evaporar. «¿Estaría interesado por la desinhibida Ninette?», se preguntó Abby cuando su respiración volvió a la normalidad, aunque su piel ardiese y tuviese los labios sensibles por el beso que acababan de compartir—. Cole Sherman. —Extendió la mano, y la vivaracha dueña del stand la estrechó sin dejar de sonreír. «Charisse no se equivocó», pensó con satisfacción, Ninette, luego de presenciar tremendo beso; de hecho, le sorprendió que alrededor nadie se hubiera fijado lo suficiente.

—Nah, no soy la compinche, sino la que da los besos. Soy Ninette Calabressi. — Él sonrió más de alivio al confirmarse que Abigaíl no estaba vendiendo besos a ningún imbécil, y también sonrió de regocijo por haber llegado a tiempo e impedir que Abby reemplazara a Ninette en el stand—. Pero Abby al parecer tiene muy en mente la necesidad escolar arraigada y se ha unido encomiablemente a la causa — soltó con una risotada, ante un gemido ahogado de Abby—. El dinero que recaudamos es para la escuela pública en la que trabajo. Un nuevo proyecto —explicó. Él asintió.

Cole rebuscó en su chaqueta. Sacó la chequera, y en un rápido movimiento escribió con su *Montblanc* en el papel.

—Aquí tienes, Ninette. Espero que con esto Abigaíl pueda volver a sus labores de niñera y profesora de mi hija. — Le entregó el cheque.

La muchacha lo desdobló y ahogó una exclamación tapándose la boca con la mano libre.

—Vaya —dijo mirando la cantidad escrita en el documento—. Abby de saber que este hombre tenía pensado venir te habría puesto desde un inicio a dar besos. — Se echó a reír. Luego hizo un silbido nada elegante con la boca al leer nuevamente la cantidad escrita en el talonario—. ¿Estás seguro? —preguntó mirando a Cole.

—Has dicho que es para que los niños aprendan cosas nuevas. Así que es mi contribución. La educación es importante.

—Es que diez mil dólares...

—¡¿Qué?! ¿Estás loco? — Saltó Abigaíl y miró a Cole sin ocultar su asombro.

Sus ojos negros se clavaron ella. Una mirada penetrante, intensa, posesiva.

—Tus besos no tienen precio.

—Pero...

Ninette les sonrió a ambos.

—Oh, pueden irse eh, yo aún tengo que esperar a unos amigos que

vendrán para organizar unas cosas —explicó Ninette.

—Perfecto, vámonos. Que siga yendo todo en orden —repuso Cole, y sin permitirle decir nada más, tomó de la mano a Abby y empezó a tirar de ella hacia la salida, mientras Ninette sonreía al verlos alejarse.

—¡Un gusto! —exclamó cuando los vio desaparecer entre el gentío.

Durante el trayecto en el automóvil, Abby se mantuvo con la mirada en la ventana. Estaba nerviosa, excitada, confusa. En el aire se respiraba inquietud. Cole estaba concentrado en conducir, pero a ella no la engañaba; estaba convencida que nuevamente él haría de cuenta que nada había sucedido entre los dos. Después de semejante beso, ella tampoco estaba preparada para asumir su indiferencia, así que prefería ser la primera en pretender estar ajena a lo ocurrido en aquel stand.

—Deja de elucubrar tanto —dijo Cole de pronto interrumpiendo las conjeturas a las que ella se aferraba. El semáforo estaba en rojo. Él giró la cabeza para mirarla. Abigaíl no tenía de otra que mirarlo también—. Lamento haberte besado así en frente de toda esa gente...

«Así que lo lamentaba. Bien. Ella estaba en lo correcto entonces, iba a hacer de cuenta que no había ocurrido. Ya estaba harta de esa estupidez.»

—De acuerdo —replicó con indiferencia.

Él quiso estar en otro lado para terminar lo que habían empezado. Era frustrante tenerla tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

—¿Es todo lo que vas a decir después de ese beso?

—¿Quieres hablarlo entonces? Porque las últimas ocasiones has pretendido que simplemente no existo, ni tampoco lo que ocurre cuando nuestras bocas se unen.

Él apretó los dientes.

—No quiero complicaciones.

«Como si ella las quisiera.» Abigaíl soltó un suspiro cansino.

—Yo no salí como un neandertal intentando marcar territorio, y equivocadamente, por supuesto, porque como siempre lo has dicho yo soy solo la profesora de Hannah. El error entonces es tuyo, no mío, así que Cole, ahórrate tus arrepentimientos y sensación de claustro masculino, porque no ha ocurrido nada. Ya lo olvidaste, bien. Yo también.

El semáforo volvió a verde. Y él, en lugar de replicar o decir que el beso no fue un error y que lo había mal interpretado totalmente, aceleró haciendo chirrear las llantas sobre el pavimento. Ella se encogió de hombros sin permitir que aquella estúpida actitud la afectara. O al menos lo intentó.

—¡Abby, Abby! —gritó Hannah de alegría cuando la vio entrar, y se lanzó a sus brazos. Ella la recibió con una sonrisa—. Danielle y yo hemos comido *cup-cakes*. —Se frotó la panza con las manitas—. Son ricos. ¿Quieres probar uno?

Cole entró sombrío en casa de los Templeton, quienes lo recibieron sonrientes y pretendiendo no fijarse en la indiferencia de Abigaíl hacia su jefe.

—Claro, cariño. Vamos —dijo con alivio, pues era su salida para alejarse de la energía abrumadora que exudaba Cole.

—¿La despediste? —preguntó Charisse cuando Abigaíl desapareció por el pasillo con las niñas, y las niñeras de Danielle.

—No —contestó parco, y Michael le dio un discreto codazo a su mujer.

—Vamos a tomar un té caliente, ¿te apetece querido? —preguntó la anfitriona.

Cole no quería parecer mal educado, así que aceptó, aunque tenía ganas de irse. Cinco minutos más tarde se encontraba enfrascado en una interesante conversación sobre finanzas y delitos cibernéticos con Michael, y escuchando las sugerencias para el área de recursos humanos de parte de Charisse.

La noche llegó rápido, y Hannah apareció cansada en el salón donde su padre y los dueños de casa charlaban. Abby estaba a su lado, mientras sostenía de la mano a la pequeña Danielle.

—Papá, Danielle quiere que me quede a dormir hoy con ella. ¿Puedo, puedo, puedo?

—No, princesa. Tú tienes que dormir en el hotel con Abigaíl.

—Porfiiiis.

—Siiiiii —apoyó Danielle—. Por favor, señor Shermann... porfaaa.

—No insistas, Hannah —replicó con tono serio procurando no observar a Abby. ¿Cómo era posible que a pesar de jugar con su hija todo el tiempo, soportarlo —porque lo reconocía había sido arrogante con ella—, y además ajustarse a un viaje de negocios, Abigaíl pudiera lucir fresca y guapa?

—Cole, no te preocupes, aquí estará en buenas manos —intervino Charisse. Michael puso los ojos en blanco. Su mujer no tenía remedio—. Creo que será bueno que luego de dos días de estar con tanto estrés descanses un poco. ¿Verdad, Michael?

—Claro. — ¿Qué podía decirle a Charisse? Era incorregible.

—Papiiii.

—Además la pobre Abigaíl tendrá tiempo de ir al SPA a darse un masaje, dedicarse un poquito a ella. No te imagino como jefe explotador, Cole —comentó Charisse, colocando a su nieta sobre las piernas.

—Me gusta cuidar de Hannah, no es problema —intervino Abby consciente de que Cole no era partidario de recibir consejos. No sabía siquiera por qué demonios tenía que opinar cuando era evidente que debería ignorarlo. Por otra parte, al escuchar la palabra *spa* se hizo ilusiones, pues tenía un terrible dolor de espalda; la tensión generalmente se le acumulaba en esa parte del cuerpo y luego de los meses de contratiempos un masaje relajante le vendría de maravilla.

Al sentirse incómodamente observado, Cole no le quedó de otra que ceder. Sabía que su hija estaba en buenas manos, pero aún así le daba recelo separarse de ella en una ciudad ajena a Baltimore. A regañadientes aceptó las palabras de sus anfitriones de lo importante que era que una niña pequeña interactuara con otra, aún a pesar de encontrarse en un ambiente ajeno al habitual, pues según Charisse eso ayudaba a las niñas a madurar y

sentirse confiadas.

—Sé buena —dijo dándole un abrazo fuerte a Hannah y dejando todo su amor en ese pequeño cuerpecito que llevaba su ADN—. No hagas travesuras y no des problemas. ¿De acuerdo, princesa?

—Sí, papá — expresó feliz antes de ir donde su niñera y abrazarse a sus piernas. Abby se inclinó la tomó en brazos y le dio un beso de despedida. Segundos más tarde, Hannah se desentendió de todos y subió corriendo las escaleras para ir a la habitación que compartiría con su nueva amiguita que corría delante suyo; ambas iban seguidas por las niñeras de la casa Templeton.

—No te preocupes, Cole, mañana podrás recoger a la pequeña en la mañana. Estará todo en orden. Si estás inquieto, no tienes más que llamarnos —dijo Charisse ya a modo de despedida, cuando Cole intentó hacer sugerencias sobre cómo debería tratarse a Hannah para que no intentara quedarse despierta toda la noche jugando.

—De acuerdo —replicó a regañadientes y salió de la casa, no sin antes ser seguido por Abigaíl que lo miraba como si fuese un adorno más de la casa. Eso lo enfureció aún más, pero no dijo nada y se dedicó a conducir su automóvil de alquiler hasta que llegaron al hotel.

En el hotel no les quedó de otra que subir juntos en el mismo ascensor, pues las habitaciones de ambos estaban en el mismo piso. En un incómodo silencio, que ninguno se molestó en interrumpir, se dirigieron a las suites. Cole hizo un asentimiento de cabeza a modo de despedida, y desapareció tras la puerta.

Abigaíl estaba furiosa, pero más que eso, frustrada. Tenía toda la intención de seguir el consejo de Charisse y se iría al SPA del hotel. Atendían hasta las diez de la noche y aún estaba a tiempo. Dejaría la cuenta y propina generosa a cobrar para la Suite Olympic. «Toma eso jefe y asume los gastos pagados ofrecidos», pensó con regocijo.

Con una gran sonrisa organizó la ropa de Hannah en la maleta, y luego la

suya. Antes de bajar se dio una ducha y después se puso el albornoz del hotel. Era grueso y abrigado. Con mejor ánimo llamó a la sala de masajes para pedir uno de piedras calientes.

Abrió la puerta de su habitación cuando, minutos después de hablar con el SPA, tocaron la puerta. Se topó con un botones muy delgado. La miró con solemnidad y una expresión de ligero pesar en los ojos. O eso creyó Abigaíl.

—¿Señorita Montgomery? — Inclino la cabeza a modo de saludo.

—Sí, soy yo. —Leyó la insignia con el nombre del botones. C. Friedrich.

El hombre sonrió y se le marcaron varias arrugas en el rostro.

—Este fin de semana por ser festivo por el Día de los Presidentes estamos bastante copados. Sé que no es excusa, pero ha habido un ligerísimo error en el área de reservaciones.

—No comprendo —expresó cruzándose de brazos, confusa—. ¿Qué error?

—Verá una de las chicas de recepción es nueva, y pensó que usted abandonaría el hotel hoy y autorizó a reservaciones para que pudiera registrar a otra persona en esta suite.

Se quedó boquiabierta.

—¿No tendré dónde dormir? — Se llevó instintivamente la mano al cinturón del albornoz.

El hombrecillo ederezó su postura.

—Errr... antes de hablar con usted llamamos al señor Shermann, pues es quien afrontará todos los gastos a su nombre. —Ella asintió y supo que no le gustaría lo que venía a continuación—. Le indicamos lo sucedido y —esbozó una sonrisa de disculpa—, nos expresó que no tenía ningún inconveniente en que usted se traslada a la Suite Olympic. De verdad, señorita Montgomery que estamos sumamente apenados. En compensación por este inconveniente los gastos a partir de ahora hasta su partida corren por cuenta del hotel.

—Iba a darme un masaje...

—Me temo que eso también tendrá que cancelarlo.

—¿Cómo dice?

—Han tenido una ligera fuga de agua y han cancelado todas las citas hasta mañana. De verdad, jamás nos había ocurrido algo así, estamos sumamente consternados y apenados. Por favor, siéntase en la total libertad de consumir lo que desee. El hotel no lo cobrará.

—Yo... gracias, señor Friedrich. — Sentía como si le hubiera echado un balde de agua fría encima. Claro que iba a ponerlo todo a cuenta del hotel, pero se preguntaba cómo iban a poder costear el ataque de nervios que empezó a padecer en ese momento ante la perspectiva de dormir en la misma suite de Cole.

—Estas personas están para ayudarla. —A las que ella no había visto tan enfrascada como estaba en las noticias que acababan de darle—. Le llevarán todo su equipaje a la Suite Olympic. ¿Le parece bien?

—Sí... sí... —¿Qué más podría decir si todo el hotel estaba ocupado? Y aunque hubiese espacio los precios para ella eran prohibitivos, y pagar una habitación era un lujo que no podía permitirse, porque ese dinero era para las deudas y gastos de la casa.

Con un asentimiento, el hombre se retiró con andar pausado. Abigaíl indicó a los demás miembros del hotel que llevarían sus maletas a la Suite Olympic en dónde estaba el equipaje. Ahora no solo tenía un terrible dolor de espalda, sino una sensación de que el universo estaba conspirando para burlarse de ella... o tentarla.

Capítulo 12

Cuando observó a los botones entrar en su suite, acompañados del rostro consternado de Abigaíl, Cole contuvo una sonrisa y fingió leer sus informes económicos. Sus reticencias con las mujeres, debido a su pasado personal, incidían mucho en sus deseos personales. El matrimonio con Celeste lo marcó, y lo cierto era que no buscaba una aventura con la profesora de su hija, pero no podía negar que se había convertido en una tentación constante. Quizá si esa noche la seducía podría deshacerse de aquella absurda necesidad de aspirar su aroma y sentir su piel que lo estaba volviendo loco.

—¿Y entonces? — Aquel fue el saludo que le dedicó Abby cuando entró en la suite. Cole bajó las páginas que tenía entre manos para dejarlas reposar sobre el escritorio. La miró sonriendo al comprobar su mal genio.

—Buenas noches para ti también, señorita Montgomery.

Se cruzó de brazos.

—Estoy agotada y necesito descansar. Espero que te dignes dejarme la cama a mí. — El dolor de espalda iba en aumento, pero contuvo las ganas de estirarse hacia atrás. La idea de estar con ropa interior bajo ese albornoz ya era suficiente como para aumentar su turbación. Se suponía que estaba lista para un masaje, no para encontrarse en medio de una pieza que no le correspondía con un hombre que la enervaba... ejem, la excitaba—. Ya he soportado bastante hostilidad de tu parte, y créeme que como jefe dejas mucho que desear.

Cole se puso de pie, le entregó una generosa propina a los botones, y luego se recostó contra la puerta, mientras ella permanecía en el centro de la antesala.

—¿Te parece? — Le dedicó su pícara sonrisa. Abigaíl fingió no notarla, pero los delicados dedos de sus pies se encogieron—. Escucha, no quise que mal interpretaras mi actitud de hacer un rato en casa de mis clientes —expresó con suavidad.

Lo miró con el ceño fruncido, y lo dejó continuar.

—Lamenté besarte frente a esas personas y fue porque no quise dar un espectáculo de un momento que tuvo que ser privado. Luego me sentí frustrado porque estábamos en casa de los Templeton y no podía hablar contigo para aclararlo.

Empezó a acercarse a ella. Abigaíl tragó en seco. «¿Estaba escuchando bien?»

Cole llevaba unos chinos caqui, iba descalzo, y la camisa blanca con tres botones desabrochados. Pero lo que verdaderamente la ponía nerviosa era esa mirada oscura, profunda y seductora. Por instinto se ajustó más el cinturón del albornoz.

—Pudiste hablarlo durante el trayecto de vuelta al hotel —se quejó—. Además, el modo en que me sacaste del evento me pareció ridículo.

Él sonrió y luego inclinó ligeramente la cabeza a un lado, estudiándola.

—Ese tal Mac no tenía ningún derecho a querer besarte.

—¿Y tú sí? — replicó cruzándose de brazos.

—Espero ganarme muy pronto ese derecho —aseguró con un brillo suspicaz en los ojos. Ella tragó en seco, pero fingió no haber entendido lo que quiso decirle, y prefirió insistir en su molestia por el modo en que Cole se había comportado con el guapo extraño de hacía unas horas.

—Fue la demostración más cavernícola que he tenido que presenciar.

Cole se echó a reír, porque era cierto. Ni él podía explicarse semejante estupidez de su parte. Tenía la edad suficiente para controlarse, pero había algo en ella que lo impulsaba a decir y cometer tonterías. Y la quería mantener lejos por ello, aunque al mismo tiempo la deseaba locamente contra su piel desnuda.

—Trabajas para mí.

—Pero no te pertenezco.

—No he dicho eso —replicó con suavidad—. Debiste quedarte con Hannah.

—Admito que quizá fue una mala decisión, pero jamás lo hubiera hecho

de saber que la niña estaba en una circunstancia que le causara daño alguno. No creo que seas una persona que confiaría tu negocio a cualquier clase de cliente, por eso pensé que dejar tan solo un par de horas a Hannah con los Templeton no ocasionaría problemas. Y soy libre de besar a quien se me dé la gana, Cole Shermann.

—¿Lo eres? —preguntó con un tono que distaba mucho de estar enfadado.

—Así es —contestó. «¿Por qué narices tenía que existir una fuga de agua precisamente cuando ella quería su masaje?».

—Escucha, quise que se te fuera el enfado y luego pretendía invitarte una copa. Pero al parecer las circunstancias tomaron otro giro. —Hizo un gesto con las manos para abarcar el espacio que los rodeaba—. Así que henos aquí.

—Supongo —rezongó preguntándose si acaso el sonido de su corazón bombeando con desespero no se escucharía en el silencio de la habitación. Las luces tenues eran acogedoras y la temperatura de la suite era demasiado agradable. Si a eso le sumaba el perfume de Cole y su apostura, entonces podría decir que estaba en un grave problema.

—Estás demasiado tensa. — Cole acarició con la mano los cabellos aún húmedos cuando finalmente llegó hasta Abigaíl. Ella dio un respingo—. ¿Te pongo nerviosa?

—No provoques algo de lo que luego vas a arrepentirte. — Lo miró reflejando su miedo al rechazo y sus inseguridades. Algo que él no podría entender.

Él se inclinó y besó el elegante cuello.

—¿Piensas arrepentirte tú? — El aliento cálido erizó el suave vello de la nuca femenina y Abby sintió cómo la sensación se extendía por su piel. Los pezones se apretaron erectos contra la tela del sujetador de seda azul, y ella se mordió el labio inferior para contener las ganas de pedirle que se alejara. Solo había bastado que la tocara, la envolviera con su voz profunda e inundara su visión con su masculinidad para que el enfado de la tarde se evaporara como el vaho del incienso.

—No lo sé.

Le hubiese querido preguntar lo mismo a Cole, pero él se adelantó hablando.

—Probemos entonces, dulzura... —susurró acercándose a la sensual boca femenina. Le mordisqueó con los dientes el labio inferior que segundos antes ella se había mordido con nerviosismo. Cole cerró los ojos degustando el sabor, disfrutando la textura y calidez. Ella también cerró los ojos dejándose hacer, permitiéndole abrir sus labios con la lengua traviesa que se introdujo en su cavidad. La probó, disfrutó y luego la poseyó.

Abigaíl elevó las manos hasta colocarlas en el cuello de Cole, apretó el cuerpo contra el suyo, mientras sentía los embates pausados, pero dolorosamente sensuales de la boca masculina. La prueba de la excitación de Cole se sentía a través de la ropa, y ella ahogó un gemido al saberse consciente de que era la causante de ello. Las manos firmes y fuertes empezaron a frotar las caderas de Abigaíl, y ella sintió que el fuego se expandía a cada célula de su cuerpo.

—Te deseo, Abigaíl. No estoy dispuesto a dilatar lo que me consume por ti. ¿Te vas a arrepentir...? —insistió en la pregunta, al terminar el beso con tortuosa lentitud, tomándola luego de los hombros para que no rehuyera la mirada. Ella conectó los ojos azules brillantes con las gemas oscuras y peligrosas.

Y fue esa voz ronca, el contacto de las manos fuertes sobre sus brazos y el aroma tan masculino de Cole Shermann, lo que terminó de fundir sus defensas.

—Yo... no. No voy a arrepentirme. —Porque era cierto. Quizá era la estupidez más grande, pero no podía negar que se había enamorado de él. Era un hombre con alto sentido de responsabilidad, dulce a ratos, impetuoso en otros; un padre inmejorable, además de haberse hecho a sí mismo. Y si pudiera ser más perfecto, en lugar de parecer un genio de los ordenadores, él lucía más como un modelo de aquellos que salían derrochando virilidad en revistas como *GQ*. Le gustaba cuando Cole creía que ella no se daba cuenta de cómo le hablaba a su hija con aquel tono tan dulce, o cuando lo pillaba —antes de ella irse a casa con su abuelo—, pintando con dedicación algunos de los dibujos de la tarea de Hannah.

Pretendía ser duro y a veces hostil, pero los pequeños gestos que había visto en él contradecían del todo esa impresión.

Con un gemido triunfal ante su respuesta, Cole volvió a besarla, mientras sus manos se deshacían del molesto albornoz. Cualquier impedimento para tocarla era un incordio. Empezó a besarla por todas partes, el cuello, los hombros, el valle de sus pechos, la cintura, el vientre suave, las caderas, el contorno interno de sus piernas esbeltas y el suave arco del delicado pie. Ansiaba embeberse de su aroma, su tacto. La tocaba con ansias y desespero como un hombre acostumbrado a reprimirse continuamente y ante quien se abría la puerta del júbilo y libertad. Se memorizó cada curva, cada recodo de Abby, con sus dedos.

Ella enterró las manos en los cabellos espesos del color de la noche sintiendo cómo la piel vibrar, y sus nervios consumiéndola por la ansiedad de probarlo todo. El toque de Cole era apremiante, quitaba el aliento y ella deseaba que volviese a besarla en la boca. Estar en ropa interior frente a él, sintiendo cómo la adoraba con las manos fue casi su perdición. Sentía debilidad, una deliciosa y gloriosa debilidad.

Se sentía inquieta por no saber cómo responder a la ola de pasión que la invadía, tenía miedo de no saber responder a un hombre que era evidentemente más experimentado que ella; experimentaba miedo ante la posibilidad de que Cole empezara a notar los defectos de los que Rylan tanto le señalaba sobre su cuerpo. También tenía miedo de que la viese desnuda y de que la sensación de sentirse menospreciada volviese a hacer mella en su autoestima; una autoestima que tanto le había costado reconstruir desde los cimientos, y aún continuaba en aquel proceso de trabajo personal.

Cole la sintió tensarse cuando tocó la evidente humedad que yacía sobre la tela de las braguitas. Pensando que quizá se debía a una sensación normal de anticipación, presionó ligeramente el centro femenino y empezó a frotarlo. El contoneo de las caderas fue inmediato, pero le parecía que estaba algo incómoda, lo cual era una respuesta extraña. Dejó de besar la piel satinada de los hombros y se incorporó del todo tomándola de las manos. Notó que tenía los ojos azules con vestigios de lágrimas no derramadas. Se preocupó.

—Abby... —pronunció el nombre con dulzura—, ¿qué sucede, cariño? —indagó con la respiración irregular. Colocó su frente contra la de Abigaíl.

¿Cómo decírselo? ¿Cómo soltar una parte de su pasado tan difícil...? Y él se estaba portando tan solícito y apasionado, pensó confusa. Cole no la presionaba... «Porque no te ha visto desnuda», le quiso gritar una vocecita. «No te he enseñado lo suficiente en la cama al parecer... ¿o eres tan mala alumna?». «Mírate en el espejo, ¿notas esto? Cuando te conocí eras más esbelta. No es que te critique, ya sabes que te quiero, pero...». Las frases que solía recordar de Rylan sobre su físico le llegaban de nuevo, insistentes, crueles.

Lo miró a los ojos.

—No es fácil para mí intimar con un hombre... temo no complacerte y que te sientas decepcionado, o frustrarme yo... Prefiero parar las cosas ahora a escuchar que te recrimines o me recrimines... perdona Cole —balbució colocando la palma derecha en la mejilla masculina—. Lo siento.

¿Cómo no podía darse cuenta que tan solo verla era suficiente para desear recrear con ella todas sus fantasías? ¿Cómo no era consciente del efecto abrumador que tenía hasta el punto de comportarse como un estúpido, en lugar del hombre racional que solía ser? ¿Cómo no notaba que tenerla cerca, como en ese instante, lo complacía más allá de la razón?

Tomó el perfecto rostro entre sus manos bronceadas y grandes. Le acarició con los pulgares las lágrimas que se derramaron. No necesitaba ser un genio para darse cuenta que había un bastardo en su pasado que la lastimó lo suficiente para que ella se sintiera tan insegura. No era tiempo de presionarla para que se lo contara, pero como que era un genio en informática que iba a enterarse de cualquier detalle del pasado de Abigaíl hasta encontrar al culpable.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó tomándole la mano entre las suyas—. ¿Sientes acaso que me hagas latir el corazón de este modo? —Llevó los dedos de Abigaíl hasta su pecho para demostrárselo. Ella lo miraba con ojos nublados, soñadores y también cargados de inseguridad—. ¿Sientes acaso que cada vez que te tengo cerca cierta parte de mi anatomía

enloquece? —Deslizó la mano femenina por todo su torso, hasta dejarla exactamente sobre su sexo hinchado y dolorosamente exitado—. ¿Lo sientes, en serio?

—Cole...—dijo casi sin aliento sosteniéndole la mirada, y cautivada totalmente por el modo en que le hablaba, por la intensidad de sus ojos oscuros y la vitalidad que cada poro de ese cuerpo perfecto exudaba.

—Tócame —pidió sin quitar la presión que tenía sobre la mano de Abigaíl, que a su vez cubría su potente erección—. Hazlo.

Sin dejar de mirarlo obedeció. Primero lo acarició con suavidad y lo sintió endurecerse más contra sus dedos. Tocó cada parte que estaba a su alcance. Con cierta timidez, conociéndolo y empapándose de él. Mientras ella lo tocaba sobre la tela del pantalón, lo sentía controlarse, sin emitir más que un quejido de excitación conforme ella iba cambiando la presión de sus dedos. Una de las manos de Cole empezó a acariciar su pezón sobre la tela se seda del sujetador y entonces ella se detuvo.

—No, no te detengas —dijo con voz ronca.

—Cole...

—Eres preciosa. Pocas veces me ha logrado deslumbrar, si acaso nunca, una mujer tanto como lo haces tú.

El corazón de Abby se agitó, y la sinceridad de las palabras de Cole penetró en su piel. Las reconoció su mente y su cuerpo dejó de temer el rechazo. No del todo, pero era un principio. Y sabía que él le enseñaría. Dios, esa certeza era la que le permitía mantenerse en pie frente a él, sin ceder a las ganas de girarse y esconderse en algún sitio.

—¿Sí...?

—Jamás lo dudes. Nunca.

—Oh, Cole... —susurró perdiéndose en sus ojos negros.

—No voy a presionarte. Vamos a tu ritmo. Hasta donde te sientas a gusto. Si no quieres continuar, yo me detendré, aunque estoy seguro que será un esfuerzo brutal. — Le dio un beso suave que reafirmaba sus palabras, pues ese contacto estuvo cargado de ardor y promesas—. Tienes

las curvas perfectas, cada pequeño trozo de tu piel es delicioso.— Mientras lo decía la acariciaba reverentemente—. Y creo que apareciste para torturarme de todos los modos posibles. Créeme que eso no me ha ocurrido con nadie. No me puedo quedar indiferente ante ti. ¿Acaso no lo puedes notar? Tienes una combinación que es como la dinamita; eres todo fuego, ardor, dulzura, paciencia, claro que también tienes un genio de temer. —Ella sonrió—. ¿Cómo crees que podrías no complacerme? El asunto es si yo seré capaz de crear sensaciones para ti que te hagan dar cuenta de lo hermosa que eres, Abby.

—Oh, Cole. —Fue imposible que contuvieras las lágrimas que resbalaron por sus mejillas. ¿Cómo no enamorarse de un hombre que le decía todas esas cosas maravillosas? Era imposible no hacerlo. Y tan imposible como querer que la amara de vuelta. Él hablaba de deseo, de belleza, aceptación, pero no de sentimientos. Ella no quería arruinar ese momento; no quería exigir ni pedir, no. Lo que necesitaba era vivir esa noche. Curar sus heridas al fin y dejarse envolver, después de tanto tiempo, por la bruma de deseo y amor que la invadían. Amor de su lado, pero no de Cole. Estaba dispuesta a aceptarlo, y no porque se conformara con poco, pero sí porque entendía que Cole tenía solo una prioridad y era Hannah. Ella solo quería una noche. Esa noche. Con él —. Nunca pensé que tú fueses...

Él limpió las lágrimas de Abby con sus labios.

—¿Algo mejor que un gruñón y cretino que a veces suelta las cosas sin pensárselas? —preguntó con una sonrisa—. Sé que hay algo que ha ocurrido para que te sientas así. No, no necesitas contármelo ahora —se adelantó cuando ella iba a replicar—, solo quiero saber si confías en mí lo suficiente para acercarte esta noche.

Respondió con un asentimiento.

—Gracias, dulzura —murmuró.

Cole llevó las manos a la espalda de Abigaíl, y con un beso largo y profundo empezó no solo a descargar toda su sensualidad y deseo, sino también a deshacerse del broche del sujetador. Tres ganchitos no eran fáciles para un hombre, así que se tomó su tiempo.

Cuando finalmente logró soltar la presión que mantenía confinados aquellos dos preciosos pechos, el sujetador cayó al suelo. Ella quiso taparse instintivamente con las manos. Con calma, Cole le susurró al oído que no tuviera miedo; que todo estaba bien. Entonces dejó caer las manos y permitió que él la desnudara.

A medida que las manos de Cole se movían, también lo hacían sus labios.

—La perfección absoluta es solo un modo de describirte, Abigaíl. — Primero la besó con hambre; luego bajó por su cuello, hasta cerrar los labios sobre uno de los pezones erguidos y dispuestos. La mano izquierda acariciaba el otro seno generoso y suave. Se maravilló con el tacto, el peso y la suavidad. Su lengua dibujó el contorno del pezón, y luego lo succionó con precisión; tortuosa, deliciosamente; mientras su mano apretaba el otro henchido botón rosado que se fruncía contra sus dedos índice y pulgar.

—Mmm... sabes tan bien, cariño —dijo al abandonar sus pechos, y antes de deslizar la mano por la cintura, hasta enganchar el elástico de las bragas y halarlas hacia abajo. Se las quitó con presteza y se acuclilló a sus pies. El pubis de Abigaíl estaba ante sus ojos y no dudó en tomarla de las caderas para acercarla y probarla.

—Yo nunca...—gimió cuando sintió la cálida lengua pasar entre sus pliegues, y luego mordisquear con cuidado sus labios íntimos. No tuvo problemas en dejar que él guiara su pierna hasta dejarla sobre el hombro, para darle más acceso a su sexo—. Oh, se siente... me gusta. —Casi sollozó cuando un dedo de Cole empezó a acompañar las caricias de la lengua experta. Mientras la lengua la acariciaba, el dedo giraba y la lubricaba. Ella temía que sus piernas no la sostuvieran por más tiempo.

—Solo disfruta. — Elevó el rostro hacia arriba para contemplar la expresión de éxtasis y los pechos con ligeras marcas de sus caricias—. Creo que es momento de trasladarnos —susurró contra la piel ardiente antes de tomarla en volandas y depositarla en la cama.

—¿Tú no vas a desvestirte acaso? —preguntó temblando de placer, al notar que estaba despeinado, con una marcada erección, pero aún con la ropa puesta.

Recostada en esa cama tan grande, desnuda y sintiéndose deseada, Abigaíl recuperó aquella parte suya que creía perdida. Su poder femenino de seducir y ser seducida, en partes iguales. Comprobar el modo en que la mirada de Cole reflejaba lo mucho que lo atraía era un bálsamo, y a medida que él la tocaba iba cicatrizando sus heridas. Ella sabía que tenía que ver con el amor que sentía por Cole, pero jamás pondría esa carga emocional en él.

—Ven aquí... —le pidió mirándolo con deseo.

Un brillo peligroso asomó en los ojos negros que en esta ocasión iban acompañados de aquella devastadora sonrisa que lo caracterizaba.

—Como la dama desea. — Hizo una reverencia divertida, que le arrancó una risa ahogada a Abby. Empezó a desnudarse con agilidad, pero con suficiente lentitud para que la mirada azul, tan curiosa y expectante, presenciara el momento en que su erección quedara libre. El sonido que salió de la garganta de Abby se lo dijo todo, y su miembro vibró cuando ya ninguna prenda lo cubría.

En menos de dos segundos, Cole estuvo sobre ella.

—Ahora voy a hacerlo mejor. — Primero la besó, delicada, lenta, profunda y locamente. Arrasó su boca. Abigaíl acarició la espalda fuerte y de músculos definidos; lo acarició con la yema de los dedos, con las uñas y movió sus caderas de tal forma que el sexo de Cole quedó exactamente en el centro de su entrada íntima. Con las piernas acarició los muslos fuertes y recios de Cole, sintiendo el delicioso contraste de su piel con la de él—. Eres traviesa y si continúas moviendo las caderas de ese modo... — Bajó la cabeza para capturar uno de los pechos que se agitaban con la respiración irregular de Abby. Lamió la areola rosada de uno, y luego de otro; a intervalos. Mordió, lamió, succionó, y otra vez lamió cada uno de ellos guiándose con las manos—. Deseo que dure un poco más... —Colocó una mano en la espalda de Abby para acercarla más hacia él.

—Quiero tocarte.

—Todo a su debido momento, dulzura. —Al tiempo que hablaba, pasó un dedo por la humedad de Abby, acto seguido lo movió hacia atrás y hacia adelante acariciando el clítoris. Ella, en respuesta, emitió un ronco gemido.

Él le dio un beso rápido en los labios y bajó las manos hasta sus caderas afirmándolas contra el colchón—. Solo disfruta.

Y eso fue lo que Abigaíl hizo cuando empezó a lamerla de tal forma que parecía estar trazando un mapa de placer. Daba golpecitos con la lengua en aquel sitio reservado para el éxtasis y la pasión. Sus sentidos se arremolinaban con cada embate de la boca de Cole sobre su sexo, mientras apretaba los dedos contra las sábanas sin poder evitar gemir cada dos por tres. Arqueó la espalda y movió un poco las caderas, pidiéndole, suplicándole que no parara. Cuando Cole estuvo seguro de que ella no se movería de la cama, estiró la mano hasta alcanzar uno de los pechos y frotar un pezón en un compás de movimientos combinados con su lengua.

Jadeante, ella fue consciente de cómo sus músculos internos se contraían. Cuando finalmente una ola devastó sus sentidos catapultándola al más delicioso orgasmo que hubiera experimentado, gritó el nombre de Cole.

Con una sonrisa de satisfacción masculina se colocó sobre Abby. Cuando sintió que los espasmos iban remitiendo, le pidió a Abigaíl, besándola en los párpados, que lo mirara.

—¿Todo bien por ahí? —preguntó con sensualidad. Su sexo presionaba la entrada de la vagina, sin entrar en ella. Coquetaba con la posibilidad de poseerla del todo, hasta lo más profundo de su canal secreto, fundiéndose con sus cálidos pliegues y sus suaves paredes.

—Ha sido fantástico... pero me gustaría.— Sonrió de la forma en que una mujer complacida sexualmente—. Me gustaría tenerte dentro de mí.

Quizá rompiese el hechizo que había creado, pero era preciso preguntarle.

—Abby, ¿tomas la píldora?

«Las probabilidades de que concibas nuevamente son las mismas de antes», las palabras de Spencer cuando estuvo en el hospital fueron esas. Ella lo había tomado como un modo de consolarla, algo que un buen amigo como Spencer hubiera dicho para que se recuperara con más prontitud del trágico episodio de abuso que había vivido. Pero lo sabía. No volvería a ser mamá. Sentía una gran tristeza, pero al menos no engañaría a Cole.

—No, no, hay riesgo.

Él hubiera querido continuar indagando, pero esa respuesta le pareció suficiente. Con un gruñido gutural la tomó de las nalgas con ambas manos, la levantó y al instante la penetró con una poderosa y lenta embestida, sintiendo aquella suavidad caliente y mojada cubriendo su sexo, abierta para acogerlo en su totalidad, sin reservas, sin miedos, sin condiciones.

Abigaíl cerró las piernas alrededor de las caderas masculinas y siguió el ritmo de sus acometidas intentando no gritar demasiado fuerte, pero no pudo contenerse. Jamás había sentido tal necesidad de abandono, un gozo tan profundo e intenso que parecía imposible que pudiera contenerlo, y parecía que a él le ocurría lo mismo, pues sus respiraciones mantenían un compás acelerado, irregular, impregnando el ambiente de jadeos y éxtasis.

—Mírame —jadeó Cole—. Quiero me mires y sientas que desde este preciso instante eres mía.

—Cole —susurró su nombre como un mantra. Le habría querido decirle que ya era suya, que le pertenecía de todas las formas posibles—. Más... —Se atrevió a pedir.

No la defraudó. Cole entrelazó las manos con las de Abby para colocarlas a cada lado de la cabeza de rubios cabellos, y continuó embistiéndola, reclamándola, marcándola, excitándola. Ella se aventuró a soltarse para tocar las nalgas sólidas, firmes, sintiendo cómo el pulso le quemaba por la fascinación. Decían que los hombres no eran hermosos, pero definitivamente Cole lo era de todos los modos posibles. Su físico era impresionante.

Pronto, los jadeos, gemidos, sollozos y súplicas de placer dejaron de escucharse, tan solo la fricción de sus cuerpos y el remolino de las sábanas eran la única música posible en la habitación. Cada vez que Abby intentaba cerrar los ojos para saborear el placer en soledad, Cole se detenía, hasta que ella recobraba el sentido y volvía a conectar su mirada azul con aquella oscura, sensual y cargada de pericia sexual.

Antes de que llegaran al orgasmo, ella por segunda ocasión y él por primera vez en ese arrebatador encuentro, Cole en una rápida movida, la giró entre sus brazos de tal manera que ella quedó a horcajadas.

—¿Cole? —susurró sintiéndose un poco cohibida. Él la observaba depredadoramente, y ella entendía por qué. Tenía los pechos oscilantes por la respiración y los pezones erectos, y además era imposible no darse cuenta lo erótico que resultaba ver cómo sus cuerpos estaban unidos.

—Quiero que sepas que eres la mujer más hermosa con la que he pasado una noche, y también quiero que tengas el control de lo que desees.

—Yo...—Sentía la garganta oprimida. Sin saber siquiera lo que había sucedido en su pasado, Cole entendía su necesidad de sentirse en control. Le estaba dando la oportunidad de reafirmar su poder femenino, afianzar la convicción de que ella tenía el poder de su cuerpo y nadie podía arreárselo, la confianza de sentirse hermosa y deseada, pero lo más importante, le estaba devolviendo su seguridad y arrebatándole los miedos físicos. Su corazón se inflamó aún más de amor por él—. ¿Qué... qué debo hacer? —susurró mirándolo con deseo, con confianza, con una seguridad en sí misma que le recordaba a la Abigaíl de siempre, aquella sin cicatrices en el corazón. La Abigaíl que era capaz de amar a plenitud como sabía que amaba a Cole Shermann.

—Muévete a tu ritmo. Solo no me tortures demasiado porque estoy al límite —dijo con voz ronca.

Las caderas de Abby empezaron a moverse, generando una fricción deliciosa sobre el sexo hinchado de Cole.

—Eso es cariño. —Él posó sus manos grandes sobre las sinuosas caderas para sostenerla, absolutamente cautivado por la libertad con la que ella se movía—. Eso es... Dios cómo me excitas. Me vuelves loco, Abigaíl.

Abby se inclinó hacia adelante para balancear su peso contra el sexo masculino; a medida que se movía y sentía la fricción de sus cuerpos, aumentaba el ritmo de sus movimientos. Él la atrajo hacia sí, para buscarle la boca y besarla de modo descarnado, apremiante y firme. Ella no dejó de moverse, absorbiendo los gemidos de la boca de Cole, y siendo consciente de cómo él empezó a acariciar su cintura, hasta tomar con ambas manos sus pechos y acariciarlos. Masajeó sus senos y frotó con los pulgares los pezones.

—Abby... —Fue la última palabra antes de que ambos se perdieran en

un torbellino que los llevó a un potente clímax. Ella se desmoronó sobre él. Cole la abrazó con fuerza, mientras el palpitar de las paredes femeninas remitían extrayendo hasta la última gota de pasión de su cuerpo saciado de placer.

Quizá su corazón podría partirse en dos, pero sus cicatrices del pasado acababan de desaparecer en brazos del hombre que amaba. Con ese pensamiento en mente, Abigaíl cerró los ojos y se perdió en el sueño. «¿Dolor de espalda? No tenía ni idea de qué era aquello.»

Capítulo 13

Cole contemplaba el cuerpo que yacía descansando a su lado. Las curvas pronunciadas cubiertas por la sábana de seda y la confianza con la que el brazo de Abigaíl lo había rodeado a la altura de la cintura, lo cautivaban. El rostro de Abby era hermoso; poseía pestañas largas, labios equitativamente definidos y los pómulos elegantes. El cabello rubio esparcido en la almohada e iluminado por los primeros rayos de luz de la mañana que se filtraban por el ventanal de la suite, la hacían parecer una alucinación. Pero no lo era, ni tampoco las veces que la hizo suya la noche y madrugada.

Se habían dado placer hasta que ninguno de los dos pudo hacer más que sostenerse del otro para ceder a la necesidad de dormir. Él perdió el sueño al sentir una inquietud que le oprimía la garganta. Acababa de cruzar la única línea que había tratado de evitar durante mucho tiempo con una mujer, y consistía en preocuparse por los sentimientos más allá del dormitorio. Abigaíl no le había exigido nada, ni tampoco dado muestras de interesarse por lo que “pasaría después”, y lo cierto era que aquello no sabía cómo interpretarlo.

Las mujeres solían ser contradictorias. Cuando decían “no”, era “sí”; y viceversa. Temía que la historia con Celeste se repitiera, pues sus engaños y reproches hirientes habían acabado con su paciencia y al final con su matrimonio. Por eso se le hacía tan difícil confiar y entregarse. En el plano físico no tenía inconvenientes, pero su parte emocional la tenía cerrada a cal y canto desde hacía mucho tiempo.

Sin embargo, en el caso de Abigaíl se sentía inquieto. Aquel temor inicial e inseguridad de Abby sobre su propio cuerpo lo habían dejado intrigado, en especial porque había despertado en él un instinto protector que rara vez aparecía, salvo con su hija.

Giró la cabeza para contemplar a la preciosa mujer que tenía a su lado. Estaba tan deseable con la sábana apenas cubriéndole los pechos, que le hubiese gustado deslizar la tela hasta dejar expuestos aquellos deliciosos montículos de cumbres rosadas, para disfrutarlos de nuevo. Pero tenía que despertarse para ir a recoger a su Hannah.

Con sigilo y de mala gana se deshizo con cautela del cuerpo enroscado al

suyo. Al parecer Abigaíl tenía un sueño profundo, porque no se movió en ningún momento o dio indicios de despertarse. Cuando se cercioró de que estuviese arropada fue al cuarto de baño. Sentía como si un peso le hubiera sido extraído de los hombros. Se sentía ligero.

El sonido de la ducha, la despertó de un plácido sueño. Abby no se había sentido nunca tan en paz consigo misma como en ese momento. Sentía un ligero dolor en ciertas partes que nadie había visitado en un largo tiempo. Un dolor agradable y un recordatorio de la noche que había pasado en brazos de Cole. ¡Vaya noche y madrugada! Cole no solo era un gran amante por su capacidad de hacerla temblar de pies a cabeza, en posiciones que ella no podría haberse imaginado antes, sino porque era generoso y considerado.

Ahora le tocaba hacer frente a la realidad. Estaba viviendo una suerte de cliché. Se había acostado con su jefe, aunque para ella era mucho más que eso. Con un suspiro se puso de pie y se cubrió con un salto de cama de seda; lo anudó a la cintura. Luego empezó a buscar su ropa en las maletas que los empleados del hotel dejaron la noche anterior.

—Buenos días, preciosa —dijo Cole con la toalla anudada a la cintura y una sonrisa de satisfacción masculina en el rostro. Se había afeitado y peinado. «Está para comérselo con chocolate», pensó ella.

—Cole...

Él se acercó y le acarició la mejilla.

—¿Estás bien? — Se inclinó para besarla suavemente en los labios.

Abby tenía la ropa entre los dedos, pero él tomó las prendas y las echó justo sobre la tapa de la maleta.

—Sí —susurró sin evitar sentirse atraída por el calor que emanaba de la piel bronceada.

—¿Piensas darte una ducha?

Ella asintió y tragó en seco cuando las manos de Cole deshicieron el nudo del salto de cama. El fresco corrió por su piel, mientras él la miraba a los ojos y la desnudaba.

—No podemos...

—Quizá no. —Sonrió de aquel endiablado modo antes de inclinarse y pasar la lengua sobre uno de sus pezones. Ella se aferró con sus pequeñas manos a los fuertes hombros de Cole—. Quizá sí. Ven aquí —susurró antes de apropiarse de sus labios, y luego tomarla entre brazos para llevarla de vuelta a la cama.

—¿No tienes que ir a recoger a Hannah? —preguntó con un quejido cuando sintió las manos masculinas amasar sus pechos, y luego aquella boca húmeda y tibia chuparle los pezones hasta que le arrancó un gemido de placer.

—Sí, en quince minutos —contestó conteniendo el aliento cuando Abby prácticamente la arrancó la toalla de la cintura.

Ella ahogó una exclamación de sorpresa al ver el miembro de Cole. A pesar de que habían hecho el amor toda la noche, a plena luz del día era más imponente.

—Te deseo —murmuró acariciando con sus manos la longitud de la erección. Él jadeó cuando sintió los dedos tocándolo desde la base de su sexo hasta la suavidad del glande—. Muchísimo —susurró mordiéndole el labio inferior, y él chupó con voracidad la boca de Abigaíl.

—No más de lo que yo te deseo a ti —gruñó cuando se introdujo en ella con una rápida embestida. Abby arqueó la espalda exponiéndole así sus pechos generosos que él no dudó en acariciar con su lengua, mientras movía las caderas a un ritmo lento, cadencioso y erótico—. Creo que en esta ocasión será un poco rápido.

Ella sonrió.

—No me importa. Así está bien... así está... —Contuvo el aliento cuando sintió su cuerpo tensarse con el conocido espasmo que la catapultaba a múltiples sensaciones de placer—. Así está perfecto...

Él jadeó, mientras sentía cómo las paredes sensibles de Abigaíl se contraían alrededor de su miembro, apretándolo y soltándolo de un modo enloquecedor.

—Eres magnífica —gimió cuando, con una última penetración, se unió a ella en un orgasmo que lo estremeció violentamente al tiempo que se rendía a las oleadas de intenso placer que lo recorrieron como un oleaje furioso y salvaje.

Minutos más tarde, cuando las respiraciones de ambos se ralentizaron, él la tomó en brazos y la pegó a su costado. Ninguno hablaba. Él no quería hacerle daño a Abigaíl, pero tampoco quería mentirle haciéndole falsas promesas. Necesita replantearse cómo poner en perspectiva la situación. Abigaíl lo confundía y aquello era algo que, a una persona acostumbrada a tener todo claro y organizado, lo sacaba de su habitual zona de control. No le gustaba. Necesitaba distanciarse. Abby era como una luz demasiado brillante, amenazaba con sacarlo de su oscuridad de un modo brutal; estaba cegado, y necesitaba acostumbrarse a esa luz. Se sentía desorientado por el impacto de lo que había compartido con ella. Un poco de espacio le iría bien.

—Abby es hora de vestirse —dijo con un tono que distaba mucho de la voz del hombre sensual y dedicado a dar placer. Sin quererlo sonó más bien distante, ajeno.

Ella ronroneó algo y se incorporó ligeramente para sonreírle, ajena al modo en que sus pechos se apegaban a la piel de Cole. Él se contuvo para no besarla y perderse en el hechizo que ella era capaz de entretejer a su alrededor?

—¿Ya te estás arrepintiendo? —preguntó algo indecisa por el tono serio con el que escuchó hablarle. Con la mano acarició los abdominales de Cole.

—No, dulzura. —Se inclinó para darle un beso, corrigiendo la mala interpretación que había hecho ella—. Pero no sé si estás preparada para llevar una relación solo de amantes...

Ella se alejó como si una serpiente le hubiese intentado picar.

—¿Qué significa eso? —Cole suspiró, mientras se ponía de pie—. No soy una niña, Cole Shermann, yo sé lo que hago.

Se giró para mirarla, sin importarle su desnudez.

—No quiero lastimarte, ni tampoco me gustaría que creyeras que aquí hay otra cosa más allá que solo sexo. —En el momento que esas palabras escaparon de su boca, Cole supo que estaba mintiendo, y se odió cuando vio cómo Abby erigía sus murallas. Aquellas que él había conseguido derribar durante esas horas.

Ella lo miró con una expresión dolida, pero pronto la cubrió con otra de indiferencia.

—No te preocupes, Cole, no voy a pedirte nada.

Él se puso los pantalones, y Abigaíl se levantó para ir a recoger sus ropas y darse un baño. Necesitaba ocultarse y una ducha sería la mejor excusa. Era cierto que él no le prometió nada, pero no por eso dejaba de pensar que su corazón iba a tener serios problemas en un futuro muy cercano.

—Escucha... —Estiró la mano para detenerla. Era ridículo, pero se sentía como un adolescente confundido con su primera amante.

Antes poder alcanzarla, ella dio un paso atrás sin perder el aplomo.

—Escucha tú, Cole. Tengo veintisiete años, no dieciséis o quince. Entiendo perfectamente lo que ha sucedido esta noche y hace un rato —señaló la cama—. Ahora ve a recoger a Hannah.

—Perdona que sea tan cínico, pero, ¿dónde está la trampa?

—En tu cabeza seguramente. Voy a darme una ducha, Cole — contestó antes de desaparecer en el cuarto de baño, para evitar lanzarle un zapato por la cabeza. El agua caliente le vendría perfecta para disminuir sus instintos asesinos con respecto a Cole por sus ridículas insinuaciones.

El vuelo de regreso a Baltimore lo hicieron en silencio, porque Cole estaba trabajando en su ordenador, y Hannah insistía en repasar los colores en español, tenía el empeño de aprendérselos en otro idioma ajeno al inglés.

—Cole, ¿me puedes dar libre mañana? —preguntó Abigaíl cuando

llegaron a la casa de los Shermann. Quería alejarse un poco de él, y también ponerse al día con la salud de su abuelo. Seattle había sido una aventura interesante en la que estaba involucrado su corazón, pero tenía responsabilidades y no pensaba dejar de lado a su única familia. Aunque podía trabajar con Hannah, porque le tenía mucho cariño, sabía que de continuar en casa de los Shermann su corazón iría directo al precipicio. Intentaría salvarse mientras le fuese posible, y eso implicaba poner distancia. Quizá Cole no la tomaba en serio como una persona con la cual tener una relación, y ella tampoco pensaba obligarlo.

Él levantó el rostro y la miró fijamente. Estaban en su estudio, y Abby había acostado a Hannah hacía pocos minutos. La maleta de viaje la tenía en la sala.

—Por supuesto. ¿Está todo bien? —indagó frunciendo el ceño. Era consciente de que había permanecido callado, solo intercambiando las palabras básicas de cortesía con Abigaíl, porque lo necesitaba. Ella lo confundía. Era su culpa, pues era quien la había seducido, y no al revés.

—Ajá.

—¿Por qué quieres el día libre? —preguntó extrañado.

—Tengo asuntos personales que atender, y trabajé extra fuera de la ciudad. Estoy algo cansada. Creo que es justo.

—¿Qué tan cansada? —preguntó con una sonrisa que nada tenía que ver con la amabilidad, sino con la picardía.

—No seas presumido.

Se encogió de hombros, y poco a poco se puso de pie. Ella tragó en seco, pero se dijo que no podía ceder esta vez. Tenía a su abuelo esperando en casa para cenar juntos.

—Imposible serlo. —Durante el trayecto a la casa de los Templeton para recoger a Hannah, había tenido tiempo para darle vueltas a lo que acababa de ocurrir con Abigaíl. Pensó que acostándose juntos unas horas iba a sacarse el deseo que lo corroía cada vez que estaba a su alrededor. Se había equivocado. La deseaba todavía, pero existía algo distinto en esta ocasión. A diferencia de sus vínculos con otras mujeres, después de Celeste, quería

conocer a Abigaíl. Por algún motivo necesitaba descifrar los fantasmas que había descubierto que existían en su pasado la noche anterior. «Seguía siendo solo sexo, con un factor de curiosidad», se dijo para tranquilizarse, porque la sola perspectiva de depender emocionalmente de una mujer era impensable. No quería repetir su fracaso matrimonial. Así que tenía decidido poner las cosas en perspectiva y quizá sería lo mejor para ambos—. Abby — dijo su nombre como si fuese una caricia y ella sintió su piel arder. Era aquella mirada hipnótica, combinada con el tono de voz de barítono, una mezcla letal para su determinación de no dejarse seducir de nuevo por Cole—. Durante las horas de trabajo tendremos una relación estrictamente profesional. Cuando el horario laboral acabe, quizá estés interesada en continuar lo que teníamos en Seattle — expuso con una sonrisa. «Que ella pensara tomarse un día libre le vendría bien a ambos, pues así ella podría meditar su oferta, y él acostumbrarse a la idea de que su nueva amante también estuviera vinculada con Hannah», concluyó Cole para sí mismo.

A lo largo de su vida a Abby le habían hecho propuestas indecentes. Unas realmente vulgares, y otras no tanto. Pero ninguna se comparaba al dolor que estaba sintiendo en el pecho. Él no podía saber que estaba enamorada, pero nunca se había sentido tan insultada como en ese momento.

—Cole, aprecio la oferta que me estás haciendo de ser tu amante —contestó de modo cortante—. Imagino que muchas mujeres con las que sales están acostumbradas a aceptar este tipo de acuerdos, cuya única diferencia radica en que no dependen de tu dinero como salario para vivir. Me gusta ser profesora de Hannah, pero trabajar de ramera no entra en mis planes ni aspiraciones de vida.

A él se le borró la sonrisa, y la miró furioso. Se acercó en dos zancadas y la tomó de los hombros. Presionó sus manos grandes con firmeza, pero en esta ocasión Abigaíl no se sintió amedrentada ni en peligro.

—Tengo una hija, Abigaíl. —Ella elevó el mentón, desafiante—. Mis únicos horarios disponibles para tener una relación física con una mujer es cuando ella está dormida o la dejo con mi madre de visita. Porque para mí Hannah es la prioridad sobre todas las cosas, sobre cualquier persona. Incluido yo mismo. Te deseo y sé que tú me deseas. —La soltó y ella se

tambaleó ligeramente. Cole se pasó los dedos entre sus cabellos, desordenándolos—. Escucha, no pretendía insultarte. Si te ofrezco este acuerdo es precisamente porque no quiero que pienses lo que acababas de decir. No se trata de ti.

Ella no pudo responderle, solo dejó que sus ojos azules se quedaran fijos en los de Cole, negros e insondables.

—Será mejor que te tomes dos días libres, así recuperas el fin de semana para tus temas personales —dijo enfadado. ¿Cómo se le ocurría a esa mujer que podría tratarla de ese modo?—. Olvídate de lo que he dicho. Ahora tengo que continuar trabajando. — Volvió detrás de su imponente escritorio y empezó a teclear como si ella no estuviese ahí.

—Cole...

—Buenas noches —interrumpió—. Gracias por haber cuidado de Hannah fuera de Baltimore.

Ella se quedó de pie un rato más, antes de respirar profundamente y salir de la estancia. Cole no tenía la culpa de ignorar lo que ella sentía, se dijo para tratar de contener su decepción. Aunque, después de todo, si era sincera, ¿qué mujer no se habría enfadado por los motivos que fueran que hubiera tenido Cole para hacerle ese tipo de propuesta?

Al llegar a casa, Abby se topó con un cuadro poco alentador.

Había una ambulancia estacionada y su abuelo estaba siendo colocado dentro de ella. Bajó del taxi y fue corriendo hasta donde estaba Horace. Un enfermero le ponía máscara de oxígeno y la señora Igorson se secaba las lágrimas. Era extraño verla llorar, y por eso el corazón de Abby estuvo a punto de colapsar de preocupación.

—Abuelo —susurró tomándolo de la mano cuando subió a la parte trasera de la ambulancia, luego de identificarse con el equipo de emergencias. La señora Igorson le dijo que se quedaría en casa en caso de que necesitaran algo—. ¿En qué lío te has metido esta vez? — preguntó intentando sonreírle, cuando hubiera querido echarse a llorar.

Él no le respondió, solo la observaba con ojos tristes.

—¿Qué ocurrió? — Miró al enfermero que empezaba a cerrar las puertas blancas con rojo, antes de que el conductor encendiera la sirena y la ambulancia arrancara.

—Su abuelo tuvo un infarto —explicó—. La puede escuchar. Está fuera de peligro, pero dado que la señora que lo cuida nos ha dicho que está en un tratamiento para la Leucemia y su avanzada edad, hemos llamado a su médico de cabecera. Por eso lo estamos llevando a la clínica.

—¿Se pondrá bien? —preguntó sin soltar la mano de su abuelo. Lo veía tan frágil y lejano al hombre fuerte que siempre había sido, que las lágrimas empezaron a caer sobre sus mejillas.

—No lo sé, señorita. El doctor tendrá que hacerle los exámenes.

El enfermero, seguramente acostumbrado a tratar pacientes y sus familiares todo el tiempo, se giró para intercambiar un par de comentarios con el enfermero asistente que iba sosteniendo la camilla y controlando el ritmo cardíaco de Horace.

Abigaíl se inclinó hacia su abuelo.

—Por favor, no te me pongas malito. —Los dedos de Horace apretaron los de su nieta, y ella se secó las lágrimas—. Lo sé, he estado ausente tres días. Tenía que trabajar, pero, ¿sabes? Mi jefe es un hombre muy generoso. Con lo que me ha pagado el fin de semana había pensado llevarte de vacaciones —mintió para hacerlo sonreír, pero lo único que se movía en el rostro de su abuelo eran sus ojos—. Ahora tendremos que dejarle todo el dinero a Spencer para que sea él quien se vaya de vacaciones con Mónica. ¿Te parece justo?

Su abuelo volvió a apretarle la mano.

—Entonces tienes que recuperarte. No me vuelvas a dar estos sustos. ¿De acuerdo?

Otro apretón en la manos, y ella elevó el dorso de la mano de su abuelo y la besó con dulzura.

—Te amo, abuelo. No me puedes dejar sola.

Los siguientes minutos fueron los peores que ella había vivido desde que

le dieron el diagnóstico a Horace. Abigaíl iba de un lado a otro, ya casi desgastando la alfombra del pasillo de la sala de emergencias esperando que le dijeran alguna novedad.

—Abby —saludó Spencer quitándose la máscara protectora de su uniforme de médico.

Ella corrió hacia él con el rostro preocupado.

—¿Se va a poner bien?

La mirada de Spencer no fue la que esperaba, y ella supo que no eran buenas noticias.

—El tratamiento iba viento en popa, tal como te dije el fin de semana, pero ya sabes que a la edad de Horace este tipo de cosas se vuelven un poco impredecibles. El ataque al corazón lo ha dejado bastante débil, y no creo que sea prudente llevarlo de regreso a casa. Vamos a tenerlo en observación. Si es que te parece bien. Necesito tu autorización para ingresarlo, ya sabes, firmar los papeles y tal.

—Sí, sí, claro...—Los nervios la hacían retorcerse los dedos de las manos entre sí—. Lo que sea para que mejore.

Spencer suspiró. No podía mentirle a su amiga, y aquella era la parte que más odiaba de ser médico. Las noticias que no llevaban un trasfondo muy positivo.

—Abby... —Le tomó las manos para que dejara de torturárselas, y la miró a los ojos—. Tú sabes cuánto te quiero, y lo agradecido que estoy por habernos presentado a Mónica y a mí. No puedo mentirte... pero no sé si pueda continuar aplicándole la quimioterapia a Horace, me temo mucho que si sufre del corazón, con los químicos y las reacciones que implica, se puede descompensar demasiado y quizá...

—Tener otro ataque repentino —completó Abby con un hilillo de voz. Ella sintió su mundo derrumbándose. Sin su abuelo estaría perdida. Lo necesitaba, él era su roca, su amigo. Sin poder evitarlo se abrazó a Spencer. Él no la rechazó, al contrario, le dijo palabras tranquilizadoras como hubiera hecho un hermano mayor.

—Haré todo lo que está en mis manos por brindarle los mejores cuidados y analizaremos su caso con más detalles. Por favor, trata de estar optimista. Él lo necesita.

—Sí...

—¿Quieres que llame a Richard?

Ella asintió.

—No quiero que estés sola, y sé que la señora Igorson debe estar preocupada. Será mejor que te vayas a casa Abby. Por ahora tu abuelo duerme. Quiero que descanse y no haga ningún esfuerzo por hablar.

—Si se despierta...

—Tiene una enfermera de turno que está monitoreando el pasillo en donde se encuentra. Si quieres puedo contarle a Mónica lo que ha ocurrido.

Negó.

—No quiero preocuparla. Spencer, por favor, quiero verlo, necesito ver a mi abuelo.

—De acuerdo, pero por favor, no lo despiertes...

—Gracias —susurró antes de empezar a seguir a su amigo por el pasillo.

Capítulo 14

Después de que Abigaíl se marchara, Cole dejó de trabajar en el ordenador. No podía concentrarse. Se inclinó sobre el escritorio, apoyó los codos, y hundió el rostro entre las manos. Reconocía que quizá ofrecerle ser su amante no fue la movida más inteligente, y eso que apreciaba mucho su renombrado coeficiente intelectual.

Resignado a que esa noche los algoritmos no le rindiesen un buen resultado, si acaso era capaz de crearlos, salió de su despacho y subió las escaleras. Con sigilo abrió la puerta de la habitación de su hija y la contempló desde el umbral. Ella era la niña que cualquier padre pudiese querer, salvo cuando se perdía entre la multitud dándole sustos de muerte.

Avanzó hasta llegar al borde de la cama, y se fijó en la lámpara de noche que giraba emitiendo sombras en forma de delfines sobre el techo y dando luz tenue a la habitación para que ella no se asustara al dormir. Acercó la mecedora silenciosamente hasta quedar bastante cerca y la observó. Su respiración acompasada y las largas pestañas, exactas a las suyas, reposando sobre las mejillas regordetas.

Se preguntó cómo sería cuando Hannah creciera, y él tuviera que espantar a esos endemoniados muchachos que se atreviesen a cortejarla. Él no había sido un ejemplo de monogamia en su adolescencia, y, obviamente, sabía cómo pensaban los hombres. No quería que nada la lastimara, aunque sabía que no importara qué, algún día iban a romperle el corazón. Él estaría a su lado, por supuesto, pero no podría impedir que Hannah sufriera.

Fue en ese instante, mirando a su hija, que sintió un ligero tirón en el corazón, pues no pudo evitar pensar en Abigaíl. Una punzada de remordimiento. Ella también tendría un padre, y si el hombre supiese cómo había tratado a su hija dos horas atrás, Cole habría recibido un puñetazo. Con justa razón.

Quizá otros hombres no sintieran remordimientos al plantear algo tan pragmático con una mujer sobre temas sexuales, pues de hecho, él no hasta hace poco no había tenido el más mínimo pesar por el acuerdo que había tenido con Justine, y menos aún con otras mujeres. Pero esos hombres, no

eran el Cole Shermann de ahora, ni habían conocido a una mujer como Abigaíl Montgomery.

Cuarenta minutos más tarde su hermana Lana, lo miraba en el umbral del lobby de la mansión con cara de pocos amigos con los brazos firmemente apretados bajo el pecho.

—Se llama chantaje —espetó.

Cole sonrió.

—Buenas noches a ti también. Y un vale por mil dólares para *Sephora* no es un chantaje. De hecho, creo que es un aliciente bastante convincente para que te hayas levantado de la cama y te quedes con Hannah hasta que vuelva. Vamos, Lana, un par de horas por montón de esas pinturas que te pones valen la pena. —Blandió un cheque frente a los ojos color miel de su hermana. Ella se lo quitó rápidamente de la mano. Luego lo guardó en el bolsillo por si a él se le ocurría rompérselo en las narices en pedacitos. Comportamiento de adolescentes, sin duda, pero a veces no podían evitarlo entre ambos—. Además, no has visto a tu sobrina en un largo tiempo.

—Tengo jet-lag idiota. Regresamos esta mañana de Los Ángeles. —Dejó la bufanda *Burberry* y el abrigo de *Calvin Klein* en la percha.

Cole se echó a reír.

—Eres un poco ridícula, Los Ángeles tiene apenas un par de horas de diferencia y no vives en Europa. —Miró el Tag Heuer en su muñeca—. Bueno, ya sabes que es tu casa. Hannah está dormida.

Lana le dedicó aquel gesto inquisitivo que la caracterizaba, y que a él lo irritaba desde que eran unos críos.

—Cole, ¿cuándo conoceremos a Abigaíl? Mamá dice que cuando habla con Hannah por teléfono siempre le comenta de su profesora.

—Es exactamente eso, *su profesora*. No tengo que presentártela a ti ni a nadie —gruñó—. Deja de ser metomentodo.

—No entiendo por qué tienes que ir a ver si está bien o no. ¿Qué más te da?

Eso mismo hubiera querido preguntarse él, pero no quería compartir con su hermana ese punto en particular.

—Las calles de Baltimore no son seguras para que una muchacha ande por las calles en un taxi sola por las noches. —Lo cual era cierto—. Si ella tiene un vínculo diario con mi hija, lo menos que puedo hacer es saber que llega sana a casa. ¿No te parece? — «Eso también era cierto, pero en una medida bastante egoísta que tenía que ver más con el remordimiento que otra cosa, pero Lana no tenía por qué saberlo.»

—Yo estoy sola. — Achicó los ojos y frunció el ceño.

Cole elevó las manos pidiendo paciencia al universo o a quien quisiera escucharlo.

—Te trajo tu chofer, Lana —replicó con un suspiro cansino. Ahora recordaba porqué no le gustaba pedirle favores a su hermana. Primero, le costaban muy caros, económicamente hablando. Segundo, se ponía con sus interrogatorios estilo Interpol, es decir, intentando darle la vuelta para sacar una información que él no estaba dispuesto a darle—. Y mi cuñado está con los niños. ¿Puedes dejar el drama? ¿O prefieres que llame mañana al banco a decir que ese cheque que te has guardado en el bolsillo tiene que ser anulado?

Ella le hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—¡Bien! A veces eres imposible, hermanito. —Empezó a subir las escaleras, mientras Cole salía riéndose.

Cuando llegó a la calle en donde vivía Abby intentó pensar en qué rayos iba a decirle. Él no había querido ofenderla con la propuesta. De hecho, era lo mejor para ambos. No quería involucrarse emocionalmente, y Abigaíl no daba muestras de ser la típica mujer controladora o posesiva. O al menos eso esperaba. Sin embargo, en esta ocasión él estaba dispuesto a arreglar el mal entendido. O lo que fuera que hubiese ocurrido hace unas horas en su estudio.

—¿Sí? —preguntó una mujer entrada en años y con rostro cansado. Lo miró de mala gana cuando dejó la cadena de seguridad puesta, antes de abrir la puerta—. Estas no son horas de visita o de confundirse de casa, quien quiera que sea usted. —Hizo amago de cerrarle la puerta en las

narices, pero Cole se adelantó y colocó el zapato para evitarlo—. Si no se va voy a llamar a la policía.

—Lo lamento, señora. Usted debe ser la madre de Abigaíl.

La señora Igorson se echó una carcajada que duró más de lo que él hubiese esperado. Luego se relajó un poco. Ella no tenía tantos años encima como para no saber que guiarse por sus corazonadas siempre funcionaba, y el hombre atractivo que tenía frente, no parecía de esos asesinos a sueldo ni maleantes, y vaya que conocía de buena mano esa especie en específico. Aquel era el tipo de hombre que podía aflojarle las rodillas a una mujer con el tono de la voz y derretir sus barreras emocionales con esa mirada oscura. «Si ella tuviera unas décadas menos...»

—Se nota muchacho que no sabes nada de Abby —expresó ceñuda.

—Trabaja para mí —replicó como si esa fuera una explicación—. Hoy hubo un ligero incidente y me gustaría... quiero hablar con ella.

«Vaya, pero si este ha sido mandón.»

—Pues es casi media noche, ¿no cree usted señor...?

—Shermann.

—Oh, el padre de Hannah —dijo con voz más suave—. Soy Amanda Igorson, el ama de llaves. — Contuvo un bostezo. Luego de que Abigaíl la llamó para decirle que Horace estaba en observación había empezado a conciliar el sueño, hasta que el jefe de Abigaíl llamó al a puerta—. Escuche, el señor Horace ha tenido un infarto y Abby se fue con él a la clínica.

—¿Horace? —preguntó. Ella nunca había mencionado que estuviese viviendo con un amigo, o algo parecido—. ¿Quién es Horace?

Amanda lo miró divertida, e iba a responder, pero antes de que lo hiciera un *Ferrari 458 Spider* se parqueó frente a la casa. Cole siguió la mirada de la mujer y contuvo una maldición. Richard, el amigo que estaba enamorado de Abby, bajaba para abrirle la puerta a la mujer por cuyo motivo estaba ahí de pie.

Lo último que se esperaba Abigaíl, al llegar con Richard, era ver el automóvil de Cole, y obviamente, a Cole en el portal de su casa. Sin embargo, estaba demasiado cansada para pensar siquiera en discutir con él. Dejó que Richard la ayudara a salir del automóvil, le permitió abrazarla, y a pesar de que sentía agujetas en la espalda por las miradas que Cole debía estarla lanzándole, ese era un abrazo más que bienvenido.

Spencer había sido bueno con ella en la clínica, y no podía retenerlo para charlar cuando estaba de guardia. Al contrario de Richard, que además de estar soltero y sin nada pendiente un lunes por la noche, podía rescatarla cuando más lo necesitaba y era su mejor amigo.

—Tu jefe —le susurró Richard al oído acariciándole el cabello—, tiene cara de pocos amigos.

—No tengo idea qué hace aquí —respondió en el mismo tono de voz bajo.

—Pues ve y averígualo, porque yo quiero llegar vivo a mi casa. Este coche es muy caro para permitir que otro lo maneje —murmuró cuando notó cómo Cole apretaba y cerraba los puños en un gesto del que, a juicio de Richard, no era consciente.

Por primera vez en esa atribulada noche, Abigaíl se permitió reír. Y fue como si el aire regresara a sus pulmones con renovado brío.

—Gracias... —Lo miró a los ojos, sin importarle Cole, además no tenía porqué—. Eres el mejor amigo que cualquiera podría tener.

Él le acarició el rostro con dulzura.

—No recalquemos ese hecho, a lo mejor tenemos una oportunidad de ser algo más, ¿no?

—Richard...

—Estaba bromeando. —«No del todo, pero eso no iba a decirle», pensó él—. Mañana tengo una junta con mis gerentes, pero llámame para llevarte a la clínica. Yo puedo ajustar mi agenda y además Horace te necesita. Ya me dijiste que Shermann te dio dos días libres, así que no quiero que vayas sola.

—De acuerdo, gracias otra vez —dijo antes de recibir un beso en la mejilla y esperar a que Richard se subiera en el automóvil rojo. Pronto, el Ferrari desapareció calle abajo.

«Ella no era cobarde. No. En absoluto. También era bueno recordarse que Cole la había tratado como una fulana», pensó mientras se giraba y se encaminaba a la casa. No es que el camino fuese largo, pero se le estaba haciendo eterno bajo aquella mirada profunda y escrutadora.

Por otra parte, ¿qué estaba haciendo Cole ahí? Que ella supiera no se le había perdido, ni olvidado nada. Salvo la mitad de su corazón, pero eso era algo demasiado cursi para dedicarle un segundo más de sus pensamientos. Observó que Amanda se retiraba de la puerta discretamente.

Cole la observó avanzar con lentitud. Verla con Richard, no le hizo ni una pisca de gracia. Pero él había ido a arreglar un mal entendido, así que comportarse como lo hizo en Seattle y amenazar a otro no era admisible. Él tenía treinta y seis años, y lo cierto era que Abby lo confundía como si fuese un adolescente con las hormonas descontroladas. El ama de llaves desapareció del panorama, antes de que él se girara para pedirle si acaso podía darle unos minutos de privacidad cuando Abigaíl llegó hasta la puerta.

—Abby... —dijo su nombre con suavidad. Estaba preciosa. El cabello ondulado brillante, los labios rosados y parecían pedir ser besados. Pero tuvo que reprimirlas o de lo contrario continuaría en esa situación tirante y sin aclarar. Además había algo distinto en ella esa noche; tenía los ojos ligeramente congestionados. ¿Habría estado llorando por lo imbécil que había sido y Richard la consoló? Porque entonces sería totalmente su culpa. ¡Diablos!

—Hola —replicó parca. ¿Cómo era posible que existiera un hombre tan malditamente guapo? Estaba enfadada y dolida con él, sin duda y por descontado, pero Dios, no pudo evitar sentir un calorcito conocido en ciertas partes muy específicas de su cuerpo cuando aquella mirada de oro líquido se posó en su rostro. No quería que la voz le saliera chillona, o de pronto se ponía a llorar. Estaba sobrepasada con la carga emocional del fin de semana, y ahora la salud de su abuelo—. Cole, me echaste de tu casa hace un par de horas. Así que no entiendo el motivo que te ha hecho venir.

—De pronto pensó en alguien más—. ¿Con quién está Hannah? —preguntó con tono preocupado—. ¿Le sucedió algo?

—No le ha pasado nada, ella está en casa con mi hermana Lana. Gracias por preocuparte.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué estás aquí, entonces?

—Me gustaría conversar contigo. — Aunque estaban frente a frente, a él le hubiera gustado sortear la distancia que los separaba y abrazarla. Tenía la mirada triste, y su instinto de protección saltó enseguida en su sistema. Con ella surgía de forma natural. Un síntoma muy peligroso para él.

—No me considero una persona desconsiderada —empujó la puerta de su casa—, por favor, pasa. Hace demasiado frío esta madrugada.

—Gracias —replicó complacido con la calefacción una vez que hubo entrado. No pudo evitar notar que la sala en donde Abigaíl le pidió que se sentara, mientras ella traía un chocolate caliente, era muy cómoda. Quizá la casa no era lujosa, sin duda había visto días mejores, pero existía un ambiente de calidez que la hacía perfecta. Aprovechó para sacarse la bufanda, los guantes de cuero y la chaqueta. La chimenea también estaba encendida, así que era un calor adicional, muy bienvenido.

Minutos más tarde, Abigaíl apareció sin el abrigo. Llevaba una blusa morada y la falda estilo escocesa, con sus leggings negras y botas altas hasta la rodilla. Él intentó pensar en cualquier cosa, menos en el cuerpo curvilíneo o en sus gemidos cuando estaba conquistando cada cálido y delicioso lugar de...

—¿Escuchaste?

—Eh... perdona estaba pensando en otra cosa. —Esto era muy cierto, pero no pensaba decirle en qué.

—Si quieres unas galletas, o te basta con el chocolate.

—Me basta con esto —dijo agarrando la oreja de la taza y dando un pequeño sorbo. El suficiente para probar su sabor—. Está delicioso.

—Es mi especialidad —sonrió. Aquella sonrisa que podía iluminar la estancia, aún con el fuego encendido, pero desapareció tan pronto como llegó.

Abigaíl se acomodó en el asiento junto a Cole. Le habría gustado sentarse en algún otro sitio, pero recientemente habían cambiado los muebles y los dos butacones grandes aún estaban por llegar. Aún así procuró sentarse a una distancia prudencial. ¿Qué era prudencial con Cole Shermann? «Vaya suerte la mía», pensó bebiendo también de su taza.

Se hizo un incómodo silencio roto por la madera quemándose y el tic-tac del reloj de pared. Amanda se había ido a dormir, así que, técnicamente, estaban solos.

Cole dejó la taza en la mesa de centro y se giró hacia ella. Abby casi pudo atragantarse cuando él tuvo la audacia de mirarla fijamente, pero ya había insistido en su sentido de preservación y quemarse la garganta no era una opción. Definitivamente, no.

—Abby, apenas sé nada de ti. — Se pasó los dedos por el cabello, despeinándose ligeramente—. ¿Se pondrá bien tu abuelo? ¿Tus padres cuidan de él?

Ella suspiró.

—Cole... no he tenido precisamente el día ideal, créeme que contarte mi biografía es lo que menos me apetece —contestó con tono lacónico.

—Lo entiendo, no quise ser indelicado, en realidad...

—Ese es el problema —lo interrumpió—. Vas soltándome cosas como si de repente un botón se encendiera en tu cabeza sin importarte cómo me voy a sentir. —Él iba a replicar, pero Abby elevó la mano para que la dejara terminar—. Mi abuelo tiene Leucemia —contó sin evitar que la voz se le quebrase ligeramente—. Él ha estado con quimioterapia, y al parecer su organismo está muy frágil... tuvo un infarto hace unas horas, pero Amanda estaba con él y pudo llamar a emergencias a tiempo. Hasta ahora he estado en la clínica. Estamos solo Amanda y yo, Cole. —Clavó sus ojos azules en los negros de Cole que la observaban con pesar por lo que estaba contándole—. Soy huérfana. Mis padres murieron cuando yo era pequeña. Se ahogaron...

Él estiró la mano para tomar la de Abby, y ella no lo rechazó.

—Lo siento, dulzura —manifestó con sinceridad. Él sabía lo que era perder a la persona que uno había querido, hubiera sido o no la responsable de su infierno personal. Al menos ella tenía esperanzas de que su abuelo se recuperara.

—Gracias...

—¿Ha dicho algo el médico, Abby? —preguntó con tono suave.

Oh, no, cuando empezaba con esa voz que parecía modulada y lista para derretir cada pequeña partícula en su cuerpo, Abigaíl no podía mirarlo con altivez ni indiferencia. Y cuando pronunciaba su diminutivo de aquel modo...

Ella contempló los dedos de Cole entrelazados a los suyos. Y sintió ganas de abrazarse a él, sentirse abrigada con su afecto y su cuidado. Pero a cambio, se deshizo del toque de aquellas manos fuertes, porque aún no sabía porqué estaba ahí.

—El médico es Spencer, y me ha explicado que hay que esperar para analizar cómo evoluciona. Está en observación. Dentro de unas semanas le tocaría la siguiente quimioterapia, pero todo depende de cómo sienta el corazón los próximos días —replicó con voz afligida—. Mi abuelo Horace es mi única familia... —No supo que un par de lágrimas se le habían escapado de los ojos, hasta que no sintió los pulgares de Cole limpiárselas.

—Spencer es un buen médico. Estoy seguro que hará lo mejor por tu abuelo.

—Lo sé. Gracias. —Tomó una profunda respiración antes de cambiar de tema. No quería ponerse a llorar pensando en la posibilidad de que su abuelo dejara de estar a su lado—. Cole, ¿por qué has venido?

Él la observó un largo rato.

—No acostumbro a comportarme como lo hice contigo en mi estudio... —Ella tragó. Inclusive con el rostro serio, y los ojos inquietos, parecía conocer cada secreto de su alma. Pero claro, no era así—. Yo no soy de los hombres que tiene relaciones serias, Abby. No quise ofenderte con mi

propuesta, de verdad que no. Es el tipo de acuerdo que yo...

—Sueles tener con otras mujeres —completó, repitiendo lo que él le dijo hacía unas horas.

—Sí. Abby, no quiero arruinar la relación que llevas con mi hija. Le haces bien, y sé que se siente muy a gusto contigo, y también segura.

—Tienes que estar tranquilo, porque nunca haré nada que perjudique a Hannah. A pesar de haberme acostado contigo, jamás pondría en la línea de fuego a una alumna. Además es la primera vez que me vinculo en una relación con alguien que tenga que ver con mi trabajo.

—Lo tomaré como una deferencia.

—No lo es... tan solo te digo la verdad, Cole. Tú no has hecho ninguna deferencia conmigo, así que no creo que merezcas ninguna de mi parte. No estoy siendo infantil, pero mi vida jamás ha sido sencilla y no estoy dispuesta a que me pisoteen, ni me traten como lo hiciste en tu casa. Me acosté contigo, no porque soy una fresca, sino porque...

Él le puso los dedos en los labios para que se callara y se inclinó lo suficiente, como para hacer que Abigaíl quedara recostada en el mueble, y él sobre ella, sin agobiarla con su peso.

—Porque eres una mujer hermosa con las mismas necesidades físicas que podría tener alguien sexualmente saludable. Y no hay nada de malo en eso. No tengo ningún reproche de tu profesionalismo con mi hija, te estoy agradecido y sé que inclusive haces mucho más de lo que deberías.

«¿Por qué tenía que ser amable? ¿Por qué?», se preguntó hipnotizada por su voz y su masculinidad.

—De nada...

Cole se inclinó, pero no la besó en la boca como ella hubiese esperado. «No es que ella hubiese accedido. En absoluto.» Él besó sus mejillas con suma dulzura, y le dijo al oído que todo estaría bien. Luego se alejó y se puso de pie. Ella lo imitó.

—¿Aceptas mis disculpas, Abby? —preguntó llegando hasta la puerta, mientras se acomodaba la bufanda y se ponía los guantes.

Ella elevó el rostro, y luego asintió. El hombre había ido a su casa a la media noche, llamó a su hermana para que fuera a hacerle de niñera a esas horas y además le había pedido disculpas. Ahora ella necesitaba dormir. Le esperaban cuarenta y ocho horas de incertidumbre en la clínica.

—Disculpas aceptadas.

La expresión de alivio de Cole fue más que evidente, y aquello le arrancó una sonrisa a Abby.

—Estás preciosa cuando sonríes —dijo de pronto. Eso hizo que la sonrisa se le congelara, porque él estaba cerca. Demasiado. Y su perfume... no había modo de describir cómo la mezcla del aroma natural de Cole y el perfume podían acabar con sus sentidos.

—Yo...

—Mañana pasaré por ti para llevarte a la clínica. No tienes que preocuparte por nada.

«Si meses antes hubiera sabido que tendría dos choferes a falta de uno, se habría ahorrado bastante dinero en el bus y el metro, para así ahorrar y costearse ese viaje a Las Vegas que tanto le apetecía desde hacía años.»

—No hace falta.

Él enarcó una ceja.

—¿Richard va a llevarte? —preguntó con tono seco abriendo la puerta.

El viento helado se coló entre ellos.

Abby se removió, insegura.

—Tal vez.

—Bueno, le dices que te llevaré yo.

—Escucha, Cole. —Le puso la mano en el antebrazo. Pum. Electricidad absoluta. Quitó la mano con rapidez—. No sé dónde nos deja todo esto, pero no quiero confundirme. Tú eres mi jefe, y no quiero dejar a Hannah, a menos que tú ya no quieras que continúe trabajando con ella. El otro lado es que nos hemos acostado juntos, pero no creo que continuarlo sea lo

mejor. —«Dime que estoy equivocada...»

Cole colocó el dedo índice en la barbilla de Abby y elevó el rostro en forma de corazón hacia él. Lo suficiente para que no rehuyera la mirada. Lo suficiente para leer detrás de sus palabras y el ligero titubeo en la voz. Lo que vio en aquellos ojos azules en forma de almendras lo asustó, porque parecía el reflejo de sus propios sentimientos. Sentimientos que no había podido comprender horas antes, ni semanas atrás. Estaba enamorándose de Abigaíl. Aquella certeza lo golpeó como una lanza potente en el pecho, y el frío de la calle que se colaba entre ellos se volvió gélido.

No iba a indagar. Necesitaba pensar con la mente fría; debió quedarse en casa y respetar esas cuarenta y ocho horas que le había dado libre para él también resguardarse. Pero no, lo que fuera que lo hubiera impulsado a la casa de Abigaíl, acababa de perforar una profunda grieta en su armadura construida con decisión desde el primer engaño de Celeste. Solo tenía algo seguro, y era que no pensaba perjudicar a su hija.

—No vas a dejar de trabajar para mí —dijo cortante—. Trata de descansar. Tengo que irme, no puedo dejar a Lana tanto tiempo en casa, porque tiene que regresar con mis sobrinos y mi cuñado.

—Cole...

—Mañana pasaré por ti para llevarte con tu abuelo. — Quizá se sentía como si hubiese bebido una botella entera de whisky al saber lo que estaba ocurriendo en sus emociones. Se le había ido todo de las manos. Necesitaba recuperar el control, pero tampoco podía dejarla a la merced de Richard, eso jamás. Y también estaba el tema del sentido humano, de ese sí, le quedaba bastante—. Llámame si surge algo, por favor.

—No es necesario —contestó alejándose de su toque—. Además, tengo cuarenta y ocho horas libres, ¿recuerdas? — Colocó la mano en la puerta para abrirla un poco más, y el frío la hizo temblar—. Vete a casa, Cole. Está todo en orden. Por lo que ocurrió en la biblioteca no hay rencor. ¿Sí?

Él asintió.

—Llámame de todas maneras, por favor.

—Espera, no...

—Buenas noches, Abby.

Soltó el aire que estaba conteniendo.

—Buenas noches.

Él iba a decir algo más, pero al parecer se lo pensó mejor y siguió su camino.

Abigaíl, a pesar del frío, se quedó contemplando la calle vacía.

Capítulo 15

Los chicos de *El Club* habían llegado a la habitación de Horace Montgomery. A diferencia de otros días, no hicieron mención a temas vinculados a las enfermedades de cada uno. Al contrario, Joe y Palton, intentaron contar anécdotas jocosas para entretener a su amigo, quien procuraba hablar lo menos posible para no agitarse.

Spencer les llevó una baraja de cartas, y jugaron al BlackJack, mientras Horace los contemplaba. La designada para jugar las cartas de Horace era Abby, que intentaba contener las lágrimas ante el gesto de ese par de hombres que sufrían físicamente tanto como su abuelo, pero jamás permitían que la nostalgia o el pesimismo los invadiese.

—Creo que no deberías pedir más cartas —señaló Palton a Abby.

Ella lo miró ceñuda. Tenía una Reina de Corazones, un Siete de Tréboles, y necesitaba un tres o un cuatro de cualquier figura de la baraja para llegar a veinte o veintiuno. Pero sabía también que Palton era muy astuto y en ese momento se estaban apostando cinco dólares y treinta centavos.

—Si me retiro y tú tienes peores cartas, entonces vas a ganarme y habré perdido —calculó mentalmente—, treinta y dos dólares.

Palton y Joe se echaron a reír.

—Es que debes prever qué carta ha salido ya, y cuál puede salir en la siguiente mano.

Ella les sonrió.

—A diferencia de ustedes tengo un trabajo que no me permite ser una crac del BlackJack.

—¿Trabajas para ese muchacho tan caballeroso que te vino a dejar hace tres horas? —indagó Joe, consciente de que, a pesar de que no hablaba en ese momento, Horace los escuchaba, y vaya si su amigo no era un cotilla de primera—. Porque a mí me pareció un perfecto para ti en toda regla.

—Ese es Richard, mi mejor amigo. No hay nada entre nosotros.

—Ah —replicó Joe, mientras tamborileaba los dedos sobre la mesa—. ¿Entonces quién era el otro muchacho? —sondeó como si cualquiera cosa.

—Mi jefe... —contestó moviendo las cartas que tenía entre las manos.

Sabía que no iban a dejarla tranquila con las preguntas, de hecho, ya se habían tardado bastante en empezar el interrogatorio. En la mañana, alrededor de las siete, Richard pasó por ella sin que lo hubiera llamado. Aunque le aseguró que no se preocupara que ya se iría en bus, él no se movió hasta que ella aceptó ir a cambiarse para ir a la clínica.

Cuando llegaron, Joe y Palton estaban caminando por el pasillo, así que les presentó a Richard. Tal como era la personalidad de su amigo, no pudo resistir a empezar una charla con ese par de cotillas. El tema de los inmigrantes en Estados Unidos los entretuvo un rato, hasta que por suerte, la enfermera que acompañaba a Joe y Palton, les exigió que dejaran de parlotear que los pasillos no eran área social. A regañadientes ese par aceptó y cuando Richard la acompañó a ver a Horace, los dos amigos de su abuelo entraron también en la suite y se quedaron en la habitación conversando entre ellos en voz baja.

Su abuelo tenía prohibido exaltarse, así que sus respuestas a todo eran pausadas, sosegadas, y Richard no topaba temas que pudieran inquietarlo. Lo cual, por supuesto, ella agradecía enormemente, pues a su abuelo y a Richard les encantaba divagar sobre el modo en que la economía podía mejorar en Estados Unidos, las alianzas que consideraban oportunas para los sectores energéticos y de servicios, pero que el Gobierno no tomaba en cuenta por estar quizá ocupados manejando la estrategia antiterrorista.

Luego de que Richard se fuera, ella se sentó en una butaca dispuesta para las visitas, y la acercó a la cama donde Horace lucía un mejor semblante.

Joe y Palton salieron para darles su espacio.

—Ese muchacho me gusta para ti —susurró, mientras su pecho se movía al compás de la tranquila respiración. Spencer le había dicho que tendría que cambiar la dieta y empezar a hacer ejercicios en el agua de modo muy suave. También le explicó que sobre la quimioterapia había que conversar más en profundidad. Por otra parte, Horace no quería que su nieta supiera la decisión que había tomado sobre su destino médico; sobre ese tema

tendría que hablar con Spencer una vez que ella se fuera—. ¿Por qué no intentas que funcione?

Ella le tomó las manos entre las suyas.

—Abuelo, yo quiero a Richard, como mi hermano.—Horace hizo una mueca—. No siento esa atracción que tú esperas... por favor, cambiemos de tema. ¿Estás de acuerdo?

Él lanzó un gruñido.

—No soy tonto, puede que haya tenido un infarto, pero mis facultades son perfectas con mi única nieta. Tus ojos están tristes, Abigaíl. ¿Qué es lo que ha ocurrido en ese trabajo tuyo?

«Siempre tan suspicaz», pensó ella.

—No tiene que ver con el trabajo...

—Cariño, si intentas hacerme sentir como un tonto, solo tienes que tratarme como si no fuese capaz de detectar una mentira en alguien de mi propia sangre.

«¿De qué le servía discutir con él?»

—Estoy enamorada y ha sido un grave error —aceptó ante su abuelo.

—El amor jamás es equivocado, Abby. —Apretó con cariño los dedos de su nieta que sostenían sus manos arrugadas por el tiempo y las agujas del suero—. ¿Quieres hablar de ello?

—La verdad es que ahora mismo, prefiero no hacerlo... después, ¿sí?
—Lo miró suplicante—. Por favor...

—No quiero verte triste, pequeña mía. No puedo irme sin saber que eres feliz.

Ella se inclinó y colocó el rostro sobre el pecho de su abuelo.

—No digas eso, por favor, no lo digas abuelo. No puedes dejarme sola... —susurró con las lágrimas corriendo por sus mejillas—. Irte de mi lado no es una opción. Te necesito.

Él acarició el cabello ensortijado, hasta que ella poco a poco dejó de

llorar. Minutos después entró la enfermera para comprobar el estado de Horace, y Abigaíl se sentó a esperar a que su abuelo se durmiera.

—¿Y por qué un jefe se tomaría la molestia de venir hasta acá? —preguntó Palton, sacándola del recuerdo de la mañana.

—No seas cotilla —sonrió Abby con dulzura, mientras pedía una carta adicional—. Ha sido un gesto de amabilidad.

—Pues por haberme llamado así, mira nada más la carta que te ha tocado —replicó Palton mirando el juego de Abigaíl sobre la mesa un As de Corazones—. ¡Has perdido de nuevo! — Se echó a reír, secundado por Joe.

—¡Tramposos!

—Aún no respondes a nuestra pregunta —insistió Joe.

—Chicos — dijo Horace desde la cama, sabía que su nieta estaba tensa y aunque no había podido conocer a su jefe, porque ella no le había permitido la entrada en la suite, tampoco quería hacerla sentir incómoda. Le daría su tiempo hasta que pudieran conversar sobre aquel tema—. Dejen tranquila a mi nieta, ya nos contará al respecto, ¿verdad, cariño?

Con un gesto de agradecimiento por haberle quitado de encima a sus amigos, Abby le dedicó una sonrisa resplandeciente.

—Más adelante, aunque no es nada de importancia.

—Seguro —masculló Palton por lo bajo, mientras Joe se reía en silencio—. Es hora de irnos. ¿Vas a estar bien? —preguntó a Horace.

—Sí. Tenemos la fuerza de unos adolescentes —replicó el abuelo de Abby desde la cama—. Hija, llama a la enfermera. Me ha dado hambre.

—Claro, abuelo.

Mientras caminaba por el pasillo para ir a comprar un zumo a la cafetería de la clínica, Abigaíl pensó en el tenso momento en que apareció Cole. Ella y Richard se estaban despidiendo con un abrazo en el umbral de la suite de su abuelo, cuando la mirada penetrante de Cole la observó desde su imponente estatura. Inmediatamente, como siempre le ocurría con él, se le

secó la garganta y sintió las rodillas débiles. La noche anterior había quedado como una idiota ante él, así que no pensaba dejar traslucir sus emociones.

—Abigaíl —la voz había sonado aterciopelada, pero también existía un ligero dejo de altivez y reproche—. No me llamaste, y pensé que algo había ocurrido.

Richard sonrió indolente, y le extendió la mano a Cole. Este, en lugar de estrechársela, tan solo hizo un asentimiento de cabeza, a lo que el dueño de la Juguetería Baltimore respondió con un encogimiento de hombros.

—Yo... —Abby se sonrojó. Sentía una corriente extraña entre los tres, y ella no sabía cómo disolverla. De hecho, Richard parecía estar disfrutando, pues le pasó el brazo por la cintura estrechándola más hacia él, ante la expresión inquisitiva de Cole.

—La pasé a recoger temprano, ¿verdad, cariño? —contestó Richard dedicándole a ella una mirada de adoración.

Lo quiso ahorcar, pero tampoco le debía nada a Cole, así que decidió que él podía pensar lo que quisiera.

—Hoy en la mañana... —empezó, pero Cole hizo un gesto restándole importancia. Estaban en una clínica y eso fue lo que impidió que lo mandara al diablo, ¿qué derecho tenía él a tratarla como si no mereciera la pena escucharla? Se puso furiosa.

—No hace falta que me expliques —interrumpió. Abby era consciente de que Joe y Palton estaban en la suite, y que las voces de los tres en el umbral de la puerta eran perfectamente audibles. Apretó la mandíbula—. Solo quería saber cómo seguía tu abuelo.

—Estable, gracias por venir —replicó dándole un ligero codazo a Richard para que dejara de acariciarle la cintura, pero a él parecía no importarle—. ¿Hannah...? —empezó a preguntar, porque lo cierto era que echaba de menos a la pequeña. Y eso que apenas la había dejado en casa veinticuatro horas antes.

Enseguida se arrepintió de su interés, cuando Cole le respondió.

—Mi hija no es tu preocupación por hoy —contestó mordaz, y ella se estremeció—. Si necesitas más tiempo junto a tu abuelo, entonces dímelo. No tengo reparos en darte más días libres.

—Gracias, te avisaré —murmuró, mientras Cole se alejaba por el pasillo.

Cuando estuvo segura de que la puerta de la suite estaba bien cerrada, le dijo a Richard que no le había gustado en absoluto su actitud. Claro, indolente y juguetón, le explicó que si su jefe era lo suficientemente idiota como para reaccionar así con ella era porque estaba enamorado. Ante eso, Abby esbozó una mueca y prefirió cambiar el tema. Su amigo no sabía hasta qué punto el corazón de Cole aún le pertenecía a su difunta esposa, tanto así como para no comprometerse con otra. Porque no había otra explicación para la reticencia de Cole ante los sentimientos que a veces dejaba traslucir cuando tenía algún gesto de ternura con ella. Gestos que atesoraba, pero que en absoluto le servían de algo, al menos no, cuando tenía muy claro que sus sentimientos nunca serían correspondidos más allá de unas cuantas noches entre sábanas.

Ella y Richard estuvieron conversando un rato más, hasta que él tuvo que irse a atender la reunión que tenía programada con sus gerentes.

Mientras estaba sentada en la amplia cafetería se fijó en una pareja que cuidaba de un bebé, con mucho mimo. Se le encogió el corazón. Necesitaba superar ese temor a tomar a un niño entre brazos, o solo estar demasiado cerca de uno, u observar a una madre sosteniendo con ternura un bebé.

Había huído durante mucho tiempo, y sentía que ya era tiempo de cambiar las cosas. Necesitaba ser fuerte. Quizá no sería madre, pero tampoco podía negarse la posibilidad de alejar sus miedos para vivir sintiéndose más libre.

Tomó una decisión.

Marcó el número de teléfono de Mónica.

—¿Abby? ¡Qué sorpresa!

No era fácil dar ese paso.

—Mónica —tomó una bocanada de aire—, me gustaría saber si puedo conocer a tus gemelos esta noche. Hace mucho tiempo que hubiera querido hacerlo, pero...

—Oh, nos encantará tenerte. Así nos pondremos al día. Me hace ilusión verte. Hoy Spencer tiene guardia de nuevo. Tendremos una noche de chicas, y Damon y Damian se alegrán de que su tía Abby los conozca al fin.

—Gracias, Mónica. Yo también me alegraré mucho de verlos. —Cerró la llamada con una sonrisa, aunque también estaba algo nerviosa.

Cole pasó el resto del día dando órdenes a todo el personal de la empresa. No era que el trabajo administrativo le gustara, en absoluto, pero luego de ver a Richard abrazar a Abigail como si le perteneciera y ella sin apartarlo, sintió que un ácido le corroía las entrañas. No quería adentrarse en esa maldita emoción, y el condenado programa que intentaba crear no salía de su cabeza.

Sussan, su asistente desde siempre y quien estaba acostumbrada a lidiar con su mal humor, no reparó en decirle que se calmara o se fuera a la casa porque tenía aterrizado a todo el personal con sus estallidos de cólera por cualquier detalle sin importancia, cuando los temas administrativos nunca le habían interesado. Él le respondió con un gruñido y se encerró en su oficina.

Estaba ensimismado leyendo un contrato, cuando la puerta se abrió de par en par. Con una sonrisa, Abraham entró al despacho. Una de las características de su socio era que parecía tener una perenne sonrisa en el rostro, quizá por eso era el llamado a lidiar con los clientes, mientras él se limitaba a asistir a unas cuantas reuniones, pues prefería dedicarse a lo suyo: crear algoritmos y manejar el sistema informático al dedillo.

—¡Socio! —saludó—. Adelanté mi viaje desde Bora Bora. Tenemos una reunión con los chicos de IBM. Quieren trabajar un proyecto con nosotros —explicó luego de estrechar la mano de Cole, y sentarse cómodamente en uno de los sillones frente al escritorio de su amigo de hacía tantos años.

—Me parece genial. Son buenas noticias, pero espero que les hayas dicho que nosotros tenemos la última palabra y si no les gusta, no necesitamos de su capital.

—Epa, epa, un momento. No hay que ser soberbios, conseguir la reunión no fue sencillo, por eso tuve que adelantar mi viaje, para poder hablar personalmente con Theos Whitmore el encargado del área de negocios. Será un proyecto corto, así que, indistintamente de lo que digas, acepté en nombre de los dos.

A Cole no le gustaba que no se le consultaran las decisiones, pero confiaba plenamente en su amigo, así que no objetó, en especial porque era un tiempo corto. No quería nada a largo plazo con grandes corporaciones, pues le gustaba su libertad de hacer lo que se le antojara sin tener que contemplar los lineamientos que exigían empresas gigantescas.

—Vale. Confío en tu criterio.

—Genial. Whitmore vendrá a reunirse con nosotros en un par de días, para que lo conozcas y también él entienda cómo funcionamos.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

Abraham sonrió cuando Cole se quedó boquiabierto con la cantidad.

—¿Cuántos meses de trabajo?

—Cuatro, y si desarrollamos el software como ellos esperan, nos darán otro proyecto.

—Paso a paso.

—Nos pagarán la misma cantidad por el segundo que por el primero.

Cole pareció meditarlo un poco. No le hacía falta dinero, pues con los Templeton estaba más que cubierto, pero tampoco le vendría mal un extra por trabajar ocho meses en dos proyectos diferentes.

—Un segundo contrato y nada más, eso es lo máximo que aceptaremos Abraham. Luego podemos continuar con el desarrollo del programa para las bases de datos corporativas para monitorear el asunto de la competencia desleal. Es un proyecto arriesgado, pero creo que merece la

pena.

Abraham asintió.

—¿Entonces has avanzado bastante?

Cole negó.

—Hoy ha sido un día complicado, pero tú pareces renovado. El bronceado sin duda da cuenta de lo arduo que fue tu viaje —comentó irónico—. ¿Cómo está... Lynda? ¿Gina? ¿Candy?

—Ginette.

Cole se echó a reír por primera vez en el día. A nadie en la empresa se le pasaba el hecho de que los dos socios eran opuestos en sus personalidades. Cole por un lado reservado y temperamental, y Abraham bromista y extrovertido.

—Eso mismo, ¿disfrutaste Bora Bora?

—No lo dudes. Tienes que ir algún día. Te hace falta conocer mujeres.

—Tengo una hija y tengo que ser discreto.

El rostro de Abraham se volvió serio.

—Creo que es tiempo de que dejes de escudarte detrás de Hannah. No tuviste la culpa de no atender la llamada de emergencia de Celeste antes de que muriera, ¿qué hubieras podido hacer de haber respondido? Discutieron ese día, sí, pero, ¿hasta cuándo vas a torturarte de ese modo? No sabemos hacia dónde se dirigía Celeste cuando salió disparada de la casa en el automóvil. Quizá fue de compras, quizá quería ir a pasear un rato. No podrás regresar el tiempo para preguntárselo. Ya has vivido el luto lo suficiente, y tú y yo sabemos que tu ex mujer no fue precisamente un dechado de virtudes.

La expresión de Cole se tornó adusta. Recordar la sensación de culpabilidad que lo había acompañado todos esos años era un trago amargo. Si él no hubiera discutido con su mujer aquel día, o si no hubiese antepuesto el trabajo a su familia, entonces Hannah aún tendría una madre y quizá él se habría divorciado en buenos términos de Celeste. Él conocía

muy bien lo temperamental que se volvió ella, y aquella última pelea había sido monumental. Celeste acusándolo de cosas, y él devolviéndole el golpe diciéndole que se había comportado como una cualquiera cuando su hija apenas tenía seis meses de edad. Estaba convencido que cuando el coche se estrelló, Celeste iba conduciendo obnubilada por la furia.

Abraham era el único que conocía de la infidelidad de su ex mujer, aunque Spencer de algún modo también tenía conocimiento, aunque no tan en detalles. El tema constituía un asunto que estaba cerrado por un pacto de confidencialidad masculina.

—No es algo que quiera hablar contigo, Abraham — contestó con acidez.

El aludido se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Tienes que tratar de cambiar las cosas o la vida pasará delante de ti, y cuando te des cuenta habrás desperdiciado la oportunidad de estar con alguien.

—No eres el mejor ejemplo de monogamia precisamente.

Abraham se echó a reír.

—A mí me encanta estar con varias mujeres, me fascinan las mujeres, ¿qué puedo hacer? Lo que sí, es que tú no puedes ir por ahí escondiéndote por temor de que te vea Hannah. ¡Ella tiene solo cinco años, por Dios! Y actúas como si fueras un adolescente y ella fuese un adulto que va a reprochar tu comportamiento. Está en una edad en la que hace preguntas, sí, pero también sea momento de que tenga una figura materna a su lado.

—Tiene a mi madre y mi hermana —contestó entre dientes, casi escupiendo las palabras. A pocas personas les permitía hablarle de ese modo tan directo, y Abraham era una de esas.

—Te conozco desde hace años. —Cole se reclinó en la silla y achicó los ojos—. Y Justine, no creo que sea el tipo de mujer que te gustaría para una madre. ¿Me equivoco?

—Abraham... —dijo con advertencia, pero a su amigo parecía no

importarle—. Es solo una aventura y ya terminó.

—Estoy seguro que Hannah conoce a esa mujer.

—No porque yo lo haya querido —masculló. Aún a pesar de que le había dejado claro a Justine que no quería involucrarse con ella, más allá del dormitorio o un par de reuniones, con el pasar del tiempo se había empeñado en que quería algo más serio con él. Llegó un punto en que se presentó durante un almuerzo en un restaurante en el que él y Hannah estaban con su madre, y Justine no perdió el tiempo e intentó ganarse la voluntad de su hija. Habían tenido una gran discusión por eso, sin embargo, Justine no se dio por vencida, y una noche se apareció sin anunciar en su casa, mientras él estaba cenando con Hannah. La dejó pasar a regañadientes, primero porque esa ocasión estaba helando en Baltimore, y segundo, porque su hija como dueña de esa casa merecía respeto y no pensaba enviarla a su habitación cuando estaba compartiendo el tiempo a su lado. La intrusa era Justine, y así se lo había hecho saber. Desde entonces, ella no volvió a intentar aparecerse sorpresivamente en ningún lugar, lo que no impedía que hiciera enviar con su chofer obsequios para Hannah. Menos mal que se había librado de Justine en Seattle—. Y ya se ha terminado como te acabo de decir.

—No creo que se dé por vencida.

—Justine es una mujer orgullosa, y no va a buscarme de nuevo. La conozco lo suficiente. Todo terminó.

Abraham le lanzó una mirada enigmática.

—En cambio esta otra chica, una preciosidad —empezó con una sonrisa—. ¿Cuál era su nombre...? ¿Abigaíl? Ella no me pareció orgullosa en absoluto. Una dulzura, inclusive su voz. —Cole apretó la mandíbula, y al notarlo, Abraham se echó a reír—. Fui a buscarte una mañana antes de salir para Boston, pero ya te habías ido. Y qué sorpresa me llevo cuando me recibe en la puerta una mujer sensual con cuerpo de infarto y cara de ángel. Si ella no está saliendo con nadie...

Cole se puso de pie lenta y peligrosamente.

—Escucha bien, Abraham. Deja a Abigaíl en paz, y límitate a hablar de negocios.

Consciente de que había tocado una fibra sensible y complacido de saber hasta qué punto lo afectaba a su amigo, se echó a reír y luego se acomodó hacia atrás, satisfecho, en el sillón. «Así que después de todo, el universo se había encargado de poner a alguien que consiguiera remover las fibras adormecidas de Cole.»

—Me alegra que no te hayas cerrado entonces a la posibilidad de tener una relación.

Cole resopló.

—No tengo ninguna relación con ella, más que la de jefe—empleada. Ella es la niñera y la profesora de mi hija.

«Y los elefantes tienen alas.»

—¿La única autorizada a entrar en tu casa? — Encargó una ceja disfrutando de la situación. No todos los días tenía la oportunidad de pinchar a su amigo.

La voz de Cole se volvió afilada.

—¿Lo de IBM era todo? —preguntó camiendo de tema y sentándose de nuevo sin dejar de mirarlo con hastío—. Porque como ya hemos terminado con el asunto, puedes irte a tu despacho que tengo muchas cosas que hacer.

—¿Cómo qué? Gritarle a toda la compañía. Vine también a traerte esto —comentó de buen humo. Sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta y lo lanzó sobre el escritorio de Cole—. Los Templeton han organizado este sábado una cena para celebrar el aniversario de su compañía. Estamos invitados.

—Veré si mi madre puede quedarse con Hannah.

Abraham se puso de pie.

—¿Irás con Justine? —preguntó el hombre de ojos verdes y cabello rubio. Era casi tan alto como Cole, y tenía el bronceado que solo pueden brindar unas vacaciones de ensueño en un lugar paradisíaco como Bora Bora, pero también poseía una mirada astuta y calculadora que era el enganche perfecto para las mujeres, y Abraham se valía mucho de eso para jamás carecer de una buena compañía femenina.

Cole abrió el sobre y lo leyó.

—Ya te dije que terminamos.

—Entiendo.

—Aquí no dice que tenemos que ir con acompañante.

Antes de llegar a la puerta, Abraham se detuvo.

—Es una cena con fiesta, y a menos que esperes simplemente no bailar, y aburrirte como una ostra, pues ve solo. Por cierto. —Cole dejó la invitación junto a su ordenador, y enarcó una ceja, interrogante—. ¿No te importa si le pido a la niñera de Hannah que me acompañe, verdad? Estoy seguro que si le obsequio un vestido rojo se verá...

—¡Largo de aquí! Tengo que trabajar.

—¿Entonces no te importa si...?

—Haz lo que te dé la gana. No es más que la niñera de Hannah ya te lo dije, y tendrá que cuidar a mi hija.

—Pero si acabas de decir que vas a pedírselo a tu madre...

Cole explotó.

—¡L-A-R-G-O!

Abraham salió, pero su carcajada resonó por el pasillo mientras se alejaba.

«Sobre su cadáver el mujeriego de Abraham iba a invitar a Abigaíl a esa maldita velada de los Templeton»

Mónica recibió a Abigaíl con un abrazo efusivo. Nunca podría revelarle a su amiga que uno de los secretos del matrimonio era que entre esposos se lo contaban todo, en especial cuando se trataba del dolor de alguien a quien querían mucho y procuraban encontrar el modo de ayudar. Ella conocía el secreto de Abby, por eso muy discretamente intentaba que se acercara a los gemelos, para que enfrentara su temor, y superara sus miedos, pero todos

sus intentos habían sido un fracaso. No sabía por qué motivo Abby había decidido visitarla ahora y conocer al fin a sus gemelos, pero se alegraba muchísimo.

—¿Cómo sigue tu abuelo? —preguntó, luego de que charlaran sobre la salud de Horace y su infarto.

—Estable. Antes de venir Spencer me comentó que el jueves le daban el alta.

Mónica le apretó la mano con cariño.

—Bueno, faltan dos días. Estará bien cuidado y además tiene a sus amigos que van a visitarlo, ¿cierto?

—Sí. Ese par de bromistas le hacen bien a mi abuelo.

—Por cierto, he preparado una lasaña, tu favorita. Aunque la cocina nunca ha sido lo mío, he aprendido un par de cosas en el tiempo que hago de ama de casa. ¡Extraño trabajar! — comentó, mientras cortaba las porciones y las servía en la vajilla color azul—. Pero amo más estar con mis hijos. Son tan buenos niños.

—Sí. Eso mismo comenta Spencer. Además puedes trabajar de nuevo cuando estén más grandecitos, ¿no?

—Claro. Es lo que pienso hacer de seguro.

—Me alegro.

—La niñera está a punto de irse, ¿quieres conocerlos antes de cenar, o prefieres hacerlo luego? —sonrió con calidez.

La calefacción estaba encendida y la copa de vino que Abby se había tomado la ayudó a relajarse.

—Me gustaría —tomó aire—, me gustaría mucho conocerlos ahora.

El rostro de Mónica se iluminó.

—¡Fantástico! Ahora vuelvo. Te van a querer nada más verte —expresó antes de desaparecer escaleras arriba.

No estaba sudando frío, claro que no, se dijo Abby dándose ánimos. Se

bebió otra copa de vino y su estómago se terminó de asentar. Picoteó la lasagna, y cuando escuchó el gorgogeo de los bebés dejó caer el tenedor ruidosamente sobre el plato. Se puso de pie para intentar afrontar con valentía la idea de verlos.

Mónica apareció con un precioso bebé rubiecito, y la niñera con el otro. Para Abigaíl resultaba imposible decir cuál era Damien y cuál era Damon, pero estaba segura que su madre sabría distinguirlos a leguas de distancia.

—Abby, te presento a tu sobrino, Damien. —El bebé movió sus deditos, y una lágrima corrió por la mejilla de Abigaíl. Mónica no dijo nada, y dejó que su amiga se habituara a la idea de ver a un bebé tan de cerca—. ¿Te gustaría sostenerlo?

Ella asintió nerviosamente.

—Es tan frágil —susurró mordiéndose el labio, mientras Mónica depositaba a su hijo mayor en brazos de su mejor amiga—. Es perfecto —murmuró emocionada. Lo abrazó con suavidad y lo elevó hasta poder aspirar el aroma único que solían tener los bebés. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, mientras el pequeño movía las manitas hasta tocarle la nariz respingona.

Abigaíl sintió que una carga pesada se evaporaba de su corazón al sostener a tan bella personita. Quizá su hijo no había logrado nacer, y quizá no tendría jamás un niño de su propio ser, pero podría continuar adelante. Tenía a los hijos de sus amigas. Y a lo mejor, algún día, cuando su vida estuviera más enrumbada, podría adoptar un bebé. Apenas el pensamiento se coló por su mente, supo que no dudaría en hacerlo. Ella estaba llena de amor y sabía que existían muchos niños en el mundo que necesitaban recibirlo.

—¿Puedo conocer a Damon? —preguntó dando un beso en la frente de Damien para despedirse.

Mónica sonrió conteniendo las ganas de llorar al ver cómo la expresión inicial de miedo de Abigaíl se había transformado en una de sosiego.

—Claro que sí. —Luego hizo las presentaciones respectivas, y notó que el proceso con Damon fue más ligero para Abigaíl.

El bebé gorgojeó en sus brazos y una risa de alivio recorrió el cuerpo de Abby.

Los siguientes minutos fueron como si su vida hubiera cambiado. Los fantasmas de aquella trágica experiencia en el hospital se habían ido.

Cuando los niños fueron llevados a la cuna, Abigaíl se sintió ligera. Mónica y ella conversaron un largo rato. Sintió que ya era tiempo de apoyarse en una mujer, además de su psiquiatra, y le confesó a Mónica lo que había ocurrido y el motivo por el que no fue a verla al hospital cuando dio a luz a los gemelos, y también que la hicieron evadir invitaciones que pudieran acercarla a los niños.

Mónica no le comentó a su amiga que sabía su historia, no en detalles porque Spencer era reacio a decir más allá de lo superficial y tan solo por tratarse de una amiga en común, caso contrario él no hubiera soltado prenda. De hecho, ella desconocía muchos de los pacientes que Spencer atendía. Procuró mostrarse comprensiva con el relato de Abby, pero no le mostró compasión, pues sabía que su amiga no la necesitaba; lo que requería era apoyo y fuerza. Aprovechó para decirle que se sentía orgullosa de tener una mujer tan valiosa como ella, como una de sus mejores amigas.

Luego de unas horas, y con el corazón en calma, Abigaíl salió de la casa de Mónica. Antes de encender el motor del automóvil, llamó a Amanda para pedirle que no le guardara la cena, y el ama de llaves le informó que tenía una visita.

—¿De quién se trata? Son las diez de la noche.

—No me ha querido decir su nombre.

—¿Cole?

—No, querida, a ese guapo y mandón, sí lo conozco. No estoy tan mal de la memoria.

Abigaíl se echó a reír. Se sentía tan ligera. Todo parecía haberse calmado. Bueno, quizá no todo, pero al menos aquellas partes que había arrastrado como un gran peso durante mucho tiempo.

—De acuerdo, estaré en casa dentro de media hora. Te veré entonces.

Encendió la radio mientras conducía. No iba a permitir que nada le amargara la noche. Condujo por las calles de Baltimore tarareando al ritmo de Bruno Mars, luego llegó Shakira, y cuando estaba aparcando Lady Gaga terminaba “Edge of Glory”.

Descendió del automóvil, y se fijó en la figura que estaba sentada en el porche.

Achicó los ojos. «No podía ser. Imposible.» El corazón se le aceleró, y no precisamente de alegría, sino de terror.

—Abigaíl. — La figura salió de las sombras del porche—. Necesito hablar contigo —dijo la voz ronca que pensó que jamás volvería a escuchar.

Se quedó congelada.

—Rylan.

Capítulo 16

—¿Qué haces aquí? —preguntó intentando mantener la voz firme, cuando por dentro estaba temblando. No se explicaba qué hacía Rylan en su casa, peor a esas horas de la noche y después de tanto tiempo—. Tú y yo no tenemos nada que ver, márchate — espetó subiendo con firmeza las escaleras hasta llegar a su altura. Era intimidante, pero ella no había pasado meses en terapia, en vano. Ya no era la Abigaíl frágil que ese monstruo dejó atrás en condiciones para ir a un hospital.

—Yo quiero primero hablar contigo —replicó metiendo las manos en los bolsillos. Su voz sonaba tensa, pero también ligeramente vacilante.

—Yo no. Si no te vas llamaré a la policía —dijo mientras buscaba la llave de la puerta. Le temblaban los dedos, pero no iba a hacerlo notar. Podía llamar al timbre y hacer que Amanda saliera, pero conocía a su ama de llaves y de seguro lo invitaría a entrar. Eso no podía permitirlo—. Y no es una amenaza —continuó con voz firme.

Él se acercó, y ella brincó hacia atrás. Elevó la mirada observándolo con furia.

—Ya no tienes el poder de afectarme de ninguna manera.

Rylan había gastado sus pocos ahorros en comprar un boleto aéreo para viajar hasta Baltimore. Su último empleo fue de asistente financiero en una pequeña empresa agrícola de Kentucky, pero lo despidieron porque estuvo borracho durante una reunión y golpeó al presidente de la compañía cuando lo criticó sobre su desempeño como empleado. Aceptaba que se pasó de la raya, pero el presidente había sido un cretino. Se lo tuvo merecido.

Además, todos esos años había pasado en un estado de inquietud porque nadie comprendía que necesitaba ver de nuevo a la mujer que había dejado atrás hacía mucho tiempo. Las amenazas de Spencer Lughan y Richard Bale lo habían mantenido a raya y lejos de Baltimore. No más. Quería a Abigaíl de vuelta y necesitaba que ella se diera cuenta que en realidad lo seguía amando, como él lo hacía.

—No intento hacerte daño... —susurró para que no tuviera miedo. No tenía por qué temerle, él solo quería volver a su lado. Eran la pareja

perfecta. No podía agonizar más tiempo estando lejos de esa mujer tan sensual. Quería poseerla del mismo modo que antes lo había hecho; deseaba meterse entre sus piernas y obligarla a decir su nombre—. Quiero conversar contigo, y reparar el pasado. —Le estaba haciendo una oferta más que generosa, ella debería saberlo. Él siempre conseguía lo que quería, Abigaíl no podría resistírsele.

Ella se echó a reír. Fue una risa vacía.

—Demasiado tarde.

Rylan suspiró y recordó que a ella le gustaba hacerse la difícil; siempre había sido así, inclusive cuando decía que no quería tener sexo con él. Luego estaba gimoteando cuando la penetraba y la tocaba; claro que era frígida, pero esa no era culpa suya. Esta vez no iba a dejarse engañar por su falsa modestia. Decidió intentarlo de otro modo.

—Intenté volver contigo y ganarme tu perdón por lo que pasó.

Ella temblaba de rabia.

—Si no me interesabas en el pasado, tampoco ahora. Ya hiciste suficiente daño. Lárgate de mi vida.

Rylan apretó la mandíbula. Intentaba contenerse.

—No puedo quedarme mucho tiempo, pero necesito hablarte. — Se sacó las manos de los bolsillo, y las posó sobre los hombros de Abigaíl. Con firmeza—. Tienes que escucharme.

Le estaba haciendo daño, y percibió el olor a alcohol al tener a Rylan tan cerca. Una sensación de peligro la invadió, pero ella ahora era más fuerte.

—¡Márchate! —gritó intentando zafarse—. ¡Fuera de aquí! — Le dio una patada en la espinilla y se aflojó de su agarre. Aprovecho en ese momento para abrir la puerta, y luego poner desde dentro todas las cadenas de seguridad.

Rylan empezó a golpear la puerta.

—¡Abre, maldita sea! ¡Abre, Abigaíl! ¡Habla conmigo! —vociferó fuera de sí. ¿Cómo demonios se le ocurría a esa mujer que después del tiempo

que había pensado en ella, y ahora que quería volver para que fuera suya, él pudiera aceptar que le gritara?

En ese momento, Amanda bajó las escaleras y la vio llena de miedo. Sin pensárselo dos veces tomó el teléfono y marcó el 911. Rylan continuaba gritando, mientras Amanda hacía la llamada. En estado de shock, Abigaíl temblaba contra la puerta, agradecida de que su abuelo no estuviera en casa.

Cuatro minutos más tarde se escuchaban las sirenas del coche de policía.

—¡Vas a hablar conmigo lo quieras o no! Maldita zorra —rezongó, antes de embarcarse en su automóvil y huír cuando la policía se apeaba cerca de la vereda.

Temblando, Abby se dejó abrazar por Amanda.

El oficial de policía tomó su declaración, y le aseguró que intentarían dar con Rylan Carmichael. Para procurar que ella se sintiera a salvo, Ty, uno de los oficiales, le ofreció quedarse esa noche haciendo guardia. Más tranquila, Abigaíl se dirigió a la cocina por un vaso de agua.

—¿Qué ha sido eso, niña? —preguntó Amanda sentándose junto a la nieta de Horace en una de las sillas rojas del desayunador.

En silencio, Abby se terminó el contenido de tu vaso. Respiró profundamente.

—Un antiguo novio... Rylan Carmichael. Creo que lo conociste.

La mujer asintió.

—Oh, sí, un muchacho encantador, pero nunca me terminó de gustar, y con el escándalo que acaba de montar solo confirmo mi vieja percepción sobre él.

—Me hizo mucho daño —dijo con un ligero temblor en la voz—. No sé por qué ha regresado.

Amanda en lugar de indagar sobre el pasado, trató de ser pragmática. Podía reconocer los síntomas de una relación violenta. No quería saber lo que esa pobre niña había pasado, porque su consejo no sería que dejara

todo en manos de las autoridades, sino que, como hizo ella, tomara justicia por sus propias manos en defensa propia. Y no se lo perdonaría a sí misma si la muchacha iba a la cárcel como ella. Así que era mejor ignorar el hecho.

—Estás a salvo. No podrá lastimarte de nuevo. La policía está avisada del incidente.

—Sí. Lo sé —murmuró, mientras se ponía de pie. Con el oficial Ty Hudson afuera haciendo guardia se sentía resguardada, pero no tenía idea de qué iba a hacer los siguientes días. Necesitaba hablar con Richard a primera hora de la mañana. No podía molestar a Spencer; ya tenía suficiente con el hospital y su familia—. Necesito calmarme para mañana estar con la cabeza despejada.

—Claro que sí, niña. Ve y trata de descansar.

—¿No sientes curiosidad por...?

La mujer sonrió con dulzura.

—Creo que todas las personas tenemos derecho a nuestro pasado, niña. Sé que eres fuerte. Aquí estaré si alguna vez quieres hablarlo. Si no deseas hacerlo, por el motivo que fuera, está bien. Pero puedes tener la seguridad que en la ignorancia de causa, o conocimiento de la misma, tienes mi apoyo.

—Oh, Amanda. —Se acercó hasta la mujer y la rodeó con los brazos. Ella le palmeó la espalda para calmar los sollozos que afloraron de pronto—. Gracias...

—Ve a dormir, vamos que hay que reponer fuerzas.

Rylan conducía a toda velocidad. Sabía que no podían detenerlo, porque no existían cargos en su contra. Lo único que quería era pedirle a Abigaíl que le diera una segunda oportunidad. ¿Por qué se negaba a hacerlo? ¿Acaso no se daba cuenta, después de todos esos años, que lo ocurrido fue un pequeño error? ¿No entendía que estaban hechos el uno para el otro? De

hech, él era tan generoso que estaba dispuesto a acostarse de nuevo con ella, a pesar de que era frígida.

Piso el acelerador.

Por su culpa, Lughan y Bale, lo habían enviado fuera de la ciudad, pero ya nada iba a detenerlo. Ni siquiera las amenazas de ese par de imbéciles. Además, se había gastado el dinero que le pagaban para que no volviera a Baltimore, en alcohol y fiestas.

Ahora consumía bebidas más costosas, y salía con más frecuencia que antes. Las mujeres que se llevaba a la cama eran prostitutas muy caras, en especial, porque había descubierto que aquella estúpida y ridícula manera de hacer el amor que le gustaba a la sonsa de Abigaíl no iba con él; no le bastaba una mujer, y las orgías no resultaban precisamente baratas. Quería enseñarle a la mojigata aquella qué era el verdadero placer, y estaba dispuesto a tenerla de nuevo.

Con una sonrisa cruel se inclinó para recoger la botella que había dejado en la guantera del coche alquilado, y antes de internarse por la autopista se bebió casi la mitad del contenido. Tenía un plan para recuperar lo que le pertenecía, porque Abigaíl Montgomery era suya.

No contaba con demasiado tiempo, pero él tenía una inteligencia prodigiosa. Pensaba utilizarla a su favor. Sin dejar de sonreír continuó manejando, hasta que llegó al motel. Pagó la habitación y luego se lanzó sobre colchón. Estiró la mano y marcó el número de una conocida prostituta que ya antes le había servido. Esa noche iba a practicar con la mujerzuela todo lo que tenía planeado hacer a Abigaíl. Quizá, la mojigata se animara a hacer un pequeño y divertido trío.

—Richard. —Se echó a sus brazos, cuando apareció en la puerta, no sin antes asegurarle al oficial Hudson que estaba a salvo con su amigo y agradecerle por haberse quedado la noche—. Rylan... Rylan ha vuelto —murmuró trémula.

Había llamado por teléfono a Richard, pero no quiso darle la noticia, sino en persona. No era algo de lo que quisiera hablar mediado por un aparato electrónico. Al menos no, cuando estaban en la misma ciudad.

El mejor amigo de Abby madijo por lo bajo.

—¿Qué te dijo?

—Que quería hablar conmigo...

—No debería haber regresado —expresó con furia—. Spencer y yo...
—Se detuvo. Pero era demasiado tarde. Abigaíl era curiosa. Y él no estaba dispuesto a ocultarle aquel asunto.

—¿Ustedes qué? — Lo miró inquieta—. ¿Ustedes qué, Richard? — preguntó ansiosa.

Él suspiró.

—Le pagábamos para que no volviera, y lo teníamos amenazado con ir a la policía con las fotografías que te hicieron en la clínica —murmuró arrepentido de haberle guardado un secreto como ese a Abigaíl.

Ella se soltó de su cuello, y lo miró con incredulidad.

—¿Qué?

Richard bajó la mirada.

—Te hicieron las fotografías como parte del proceso, porque en un inicio Spencer le dijo a tu gineco-obstetra que estaba seguro que tú pondrías una demanda. Pero no lo hiciste.

—Sí... recuerdo las fotos.

—Luego le aseguraste a Spencer que no querías denunciarlo... pero cuando todo pasó quedaron las fotografías... —explicó en tono de disculpa.

—Supongo que hicieron lo que pensaron mejor para mí al guardar esas fotografías...

Richard respiró, aliviado de que ella comprendiera.

—No podíamos permitir que ese desgraciado continuara en la ciudad. Fue la única manera que encontramos de protegerte. Así que lo amenazamos y chantajamos.

—Pe... pero le pagaban. ¿Cuánto? Estoy en deuda con ustedes... han sido más de dos años... — Negó con la cabeza y sus rizos le cubrieron el rostro—. No debieron hacerlo... es demasiado dinero...

Él se acercó y elevó el rostro de su amiga con delicadeza, no sin antes envolver las manos de ella con las suyas.

—Abby, ¿acaso importa el dinero? Para nosotros no significa más que un medio para haber mantenido a ese malnacido lejos de ti.

—No importa...no —sonrió con timidez, abrumada por las molestias que sus dos amigos se habían tomado por ella—. No sé cómo agradecerles lo que han hecho por mí — susurró mirándolo a los ojos—. ¿Y las fotos...? —preguntó asustada. Lo último que quería era que estuviesen rodando por quién sabría dónde.

—Las tiene Spencer.

Abby se tapó la boca.

—¡Mónica!

—No, ella no tiene idea de su existencia. Está bien resguardadas en una caja fuerte. Son tuyas. Si nos lo dices, las destruimos. Nunca pensamos que Rylan volvería. Nos habíamos olvidado prácticamente de él. De hecho, las transferencias de dinero ya se hacían de modo automático cada mes, por eso esta noticia que me das ha sido un shock. Creo que se lo parecerá también a Spencer.

—Él ya ha hecho demasiado. No lo involucres demasiado... o si puedes evitar hacerlo, hazlo. Tiene sus hijos y a Mónica, no quiero liarlo con un asunto así.

Richard asintió.

Se sentaron en el salón. A ella le daba vueltas la cabeza. Sus amigos la habían protegido durante todo ese tiempo. Richard siempre velaba por ella, no lograba comprender cómo era posible que su corazón fuera tan necio para no poder enamorarse de él.

—No estoy dispuesta a pasar por ese infierno otra vez. Lo digo en serio. He estado en terapia y reconstruir mi vida, mi autoestima y mi orgullo, me

ha tomado un largo tiempo. No voy a permitirle a ese bastardo que vuelva a amedrentarme. Me tomó por sorpresa, pero no puedo dejar que vuelva a sorprenderme, peor a intimidarme.

Él la tomó de las manos con firmeza y la miró.

—Las fotografías existen, Abby, y si tú quieres hacerlas valer están a tus disposición. Si la policía tiene un reporte de lo que ocurrió anoche podemos pedir que empiecen una investigación y solicitar una orden de alejamiento. Ni Spencer ni yo podemos hacer nada, Abby. Todo depende de lo que quieras hacer tú.

Ante la vehemencia en la voz de Richard, ella tomó la decisión que rehusó tiempo atrás.

—Está bien. Tienes razón. No será fácil, pero estoy dispuesta a utilizar esas fotografías contra Rylan —decirlo la hizo sentir más fuerte—. Ahora mismo.

Una sonrisa iluminó a Richard.

—Ven aquí —dijo abrazándola—. Esta es mi chica. Saldremos de esta, mi valiente Abby.

Así los encontró Cole. Abrazados, y a Richard acariciándole la mejilla. Había conducido hasta la casa de Abigaíl, para invitarla a la fiesta del sábado antes de que el mujeriego de Abraham lo hiciera. Cuando parqueó el automóvil y vio el de Richard Bale lo invadió la furia, pero no quería crearse fantasmas donde no los había. Así que subió los escalones del porche, y al encontrar la puerta sin llave, la empujó. Usualmente hubiera tocado, pero no sabía qué lo llevó solo a girar la manilla. «Instinto.»

Verlos juntos fue como una patada en el estómago. Su idea de tratar de discernir cómo podría manejar la relación con Abigaíl la mandó al garete. ¿Cómo había podido estar tan ciego? No iba a permitir que ninguna mujer lo tomara por estúpido. Primero, fue aquel tipo en Seattle que intentó besarla, luego la encontraba muy cómodamente en la clínica abrazada a Bale, y ahora, en la casa haciéndose carantoñas y Abigaíl con ropa de dormir. ¿Qué podía pensar sino que habían pasado la noche juntos?

Apartó de su mente la imagen que intentó colarse, la de Celeste con su

amante. Y a cambio le dedicó a Abigaíl una mirada de gélido desprecio.

—Co...Cole. —La escuchó tartamudear y separarse abruptamente de Richard, quien no se inmutó ante su llegada—. ¿Qué haces aquí? —preguntó poniéndose de pie, y avanzando hasta él.

La notó temblorosa, con ojeras. «Seguro había pasado la noche en la cama de Bale», pensó con amargura. Todas eran iguales. Debió seguir sus instintos cuando le dijeron que debía ir con pasos de plomo con Abigaíl. Se había preguntado qué era lo que escondía, y ahora lo había descubierto. Era una persona desleal. Maldita la hora en que había permitido que se metiera bajo su piel.

—Dándome cuenta la clase de mujer que eres —expresó con burla en su voz, y con un tono cruel que inclusive hizo fruncir el ceño a Richard.

—¿A qué te refieres? —indagó ella colocando la mano sobre el brazo de Cole. Imaginaba que podría haber pensado que Richard y ella eran amantes, pero estaba agotada, estresada por la aparición de Rylan, y no le apetecía continuar el juego de “no me importa lo que pienses”, o “mira lo que te pierdes”. La mirada de asco que él le dedicó fue tal, que ella lo soltó de inmediato, como si hubiera recibido una bofetada—. No ha pasado nada aquí. Richard vino a casa, porque... —Quizá era tiempo de contarle la verdad a Cole, y hablar sobre aquel episodio de su pasado; Richard podría corroborarlo—. He pasado una noche complicada... —empezó, pero se detuvo cuando él se irguió en toda su altura como un Dios pagano que intentaba controlar su temperamento con una insolente mortal.

—¿Por qué debería importarme con quién te acuestas? —replicó mordaz, interrumpiéndola e hiriéndola con la mirada. Estaba furioso y se sentía defraudado. Un absurdo, si consideraba que ellos no tenían ninguna relación. Pero se lo llevaban los mil demonios en ese momento.

Abigaíl abrió y cerró la boca.

Richard, consciente de lo que ocurría se puso de pie.

—Oye, amigo, creo que estás pasándote de la raya —dijo con tono conciliador—. Estás juzgando equivocadamente lo que has visto.

Cole hizo como si quisiera hubiera hablado. Tenía a la culpable de que

su mundo emocional fuera un caos, que sus hormonas se dispararan como un adolescente excitado y que su mente bullera de confusión al no saber cómo manejar los sentimientos que le causaba. Pero lo peor de todo era tener que constatar que no podía fiarse de ella.

—No quiero que mi hija esté cerca de una mujer sin principios. Quién sabe qué enfermedades puedes tener, ni con cuántos te habrás acostado después del fin de semana en Seattle. Tendré que hacerme unos exámenes para comprobar si no me has...

La respuesta de Abigaíl fue una sonora bofetada. No impidió que las lágrimas salieran de sus ojos. Se sentía profundamente lastimada por las palabras de Cole.

Él no hizo nada para detener el golpe que vio venir.

—Fuera de mi casa. Fuera de mi vida —expresó trémula, y con el corazón en un puño—. No quiero volver a verte nunca más, ¡nunca!

Richard no salía de su asombro por la reacción de Cole y la mirada de odio que le lanzaba a Abigaíl. Sabía que era una discusión en la que no podía ya meterse, había intentado conciliar, pero Cole estaba evidentemente cegado por los celos.

—Perfecto. Porque desde hoy ya no trabajas para mí. Te enviaré con mi chofer el último cheque —la miró de arriba abajo con insolencia—, y un extra por los servicios adicionales en Seattle... aunque no hayan sido exclusivos del todo —terminó con crueldad, antes de salir dando un portazo.

Richard se acercó y la tomó en brazos, mientras la dejaba llorar. Estuvieron así un largo rato, hasta que los sollozos de Abigaíl fueron remitiendo poco a poco.

—Lo...lo lamento, Richard.

Él le secó las lágrimas con los pulgares y la acunó como si fuera una niña pequeña.

—¿Por qué, tesoro? Ese imbécil no es más que eso, un imbécil.

—Por haber sido estúpida y haberme enamorado de él, y no de ti. Por

amarlo a él, y no a ti...

—Oh, Abby —suspiró contra el cabello rubio de su amiga—. Nada me habría gustado más que ser correspondido. Y podría aprovecharme ahora de la situación, pero te conozco y sé que cuando tu amas a alguien, lo haces con fiereza y determinación. Lo de no perder la esperanza tan solo era una broma, sé que tu corazón tiene dueño. Lo supe desde el día que conociste a ese idiota en la casa de Spencer y Mónica.

Ella hipó.

—Eres demasiado bueno...

—Quizá... quizá no conoces mi lado malo —intentó bromear. Abby estaba demasiado consternada por lo que acababa de ocurrir con Cole para sonreír.

—Me insultó... me trató como...

—Shhh. —Le puso los dedos sobre los labios—. No te sirve de nada pensar en ello. Déjalo estar por ahora. Tenemos algo más importante entre manos.

—¿Qué voy a hacer? —susurró temblando.

Richard sabía que le preocupaban los ingresos para cuidar de Horace.

—Trabajar para mí en la juguetería. Y no acepto negativas. Acabo de ser testigo de tu despido — intentó bromear de nuevo, y falló otra vez, porque Abby rompió a llorar. Richard suspiró—. Ven a trabajar conmigo —pidió con dulzura—. Anda. Si no quieres ser gerente de nada, entonces te pondré de cajera y te pagaré como gerente. Eso puedo hacer. El jefe decide los sueldos. Así no irás contra tus principios aquellos sobre la capacitación para el puesto. Cajera con salario de gerente. También sé que eres orgullosa y no me dejarás cubrir ninguno de los gastos de Horace. —Ella negó con la cabeza, y eso le ganó una sonrisa de Richard—. ¿Ves? Te conozco. Entonces, trabajarás para mí.

—De acuerdo..., pero, ¿qué voy a hacer con Hannah? —murmuró como si Richard poseyera en ese momento todas las respuestas—. La voy a extrañar. Yo quiero a esa niña...

—Lo lamento mucho, Abby. Cuando Cole enfríe su mente y se dé cuenta de lo que acababa de hacer vas a ver cómo le carcomerá la conciencia. Mientras tanto tienes que atenerte a la idea de que no verás a la pequeña.

—Destrozó con sus palabras lo que sentía por él —dijo con voz ahogada—. Inclusive me ha quitado a Hannah.

—Ella no es tu hija.

«Como si lo fuera», hubiese querido decirle, pero no tenía sentido.

—Estoy condenada a...

—Ser valiente —completó con una sonrisa intentando darle ánimos—. Estás condenada a ser valiente. Ahora vamos a acabar de una vez con este asunto de Rylan, y dejemos que las demás cosas empiecen a caer con su propio peso.

Capítulo 17

Conseguir niñera no era fácil, peor alguien que tuviera la habilidad para enseñar a su astuta hija. Eso solo logró empeorar el ácido humor que lo había corroído desde la mañana anterior. Quizá despedir a Abigaíl fue una medida extrema, pero, ¡qué demonios! Jamás en su vida había estado tan furioso y cegado por los celos. Lo peor era que no podía borrar el recuerdo de esa mirada dolida y cargada de asombro de su cabeza.

Se había pasado de la raya. Lo reconocía. Él no le ofreció una relación, ni le expresó en ningún momento sus sentimientos, y sin embargo, se había creído con el derecho de acusarla. La bofetada se la tenía merecida, pero eso no quitaba que Abigaíl lo hubiese decepcionado.

—¡Papá, papá! — Hannah llegó corriendo hasta él, y se echó a sus brazos como hacía cada día cuando él regresaba del trabajo, en esta ocasión la recogía de casa de su madre—. Te extrañé, la abuela me ha hecho galletas.

—Me alegro mucho, ¿le agradeciste?

—Sí, papá.

Rodeó a su hija con delicadeza y la apretó con firmeza contra su pecho. Ella lo miró con sus ojazos azules tan llenos de ternura y transparencia.

—¿Dónde está Abby? —preguntó mientras él le colocaba el cinturón de seguridad y encendía el motor del coche. Cole sintió un tirón en el pecho—. Tu dijiste que vendría a verme y que solo se había ido dos días de vacaciones —contó con los dedos—. Han pasado tres.

—Creo que no podrá continuar trabajando con nosotros, pequeña —susurró sintiéndose canalla, pues sabía que en el tiempo que Abigaíl tenía trabajando había forjado un lazo fuerte con su hija—. Pero pronto encontraremos a alguien que te trate igual de bien.

Lo siguiente no se lo esperaba tan pronto. Cuando se detuvo en el semáforo, los ojos de Hannah se llenaron de lágrimas y empezó a llorar quedamente. No sabía si eso le causaba más dolor que escucharla patear o gritar pidiendo que Abigaíl volviese.

—Yo —hipó— no quie...quiero a otra. Ella es mi ángel, papá. —Sollozó y se secó sus propias lágrimas con el dorso de la mano. Luego cruzó los brazos y frunció el ceño—. La quiero de...de regreso conmigo. Tráemela, por...por favor...

Lamentablemente no podía complacerla en esta ocasión, y se sentía miserable. En lugar de responderle, él encendió la radio. Hannah se inclinó y de mala gana apagó el equipo de música del coche.

Cole se quedó asombrado.

—¿Por qué has hecho eso?

—Quiero q...que me escuches. Abby siempre me decía que los papás escu...escuchan a sus hijos —terminó con un sollozo. Ella quería a su ángel de regreso, ¿por qué su papá no podía traérsela?

—Claro que te estoy escuchando, no hace falta que seas mal educada.

Entonces, sí. El pataleo y los gritos empezaron.

Hannah no dejó de llorar durante todo el trayecto. Se negó a bajar del automóvil, y él tuvo que prácticamente sacarla a rastras. La llevó a la casa. Entraron en la cocina para cenar, pero Hannah, luego de lanzar la comida al suelo en un comportamiento impropio de ella y sin dejar de llorar, se fue a su habitación. Resignado, agobiado por ver a su hija con esos lagrimones y con un gran sentimiento de culpabilidad, recogió el desastre de la cocina y luego subió a la habitación infantil.

La encontró sentada en la cama con las manitas entrelazadas sollozando. Tenía los ojos hinchados y mejillas rojas por el llanto. Se le partió el corazón.

—Hija —murmuró con ternura. Ella lo miró enojada—. Ven aquí, princesa. No te pongas enfadada con papá. Ven —pidió con los brazos abiertos.

Hannah se había puesto el pijama. Los botones mal abrochados y el pantaloncito rosa al revés. Él la volvió a vestir, hasta que estuvo conforme con su apariencia.

—Dame un abrazo, princesa... Anda, tesoro, papá te ama.

—Quie...quiero a Abby. —Hipó.

Cole suspiró, pero finalmente ella se dejó tomar en brazos. La acunó en su regazo y la meció, mientras hablaba contra sus cabellos suaves y olorosos a manzanilla diciéndole lo importante que era para él y que no quería verla triste.

—Papá necesita un abrazo de su princesa de ojos azules, ven. —Ella se dejó hacer—. Cariño, Abby no podrá volver, pero estoy seguro que siempre va a recordarte.

Con un puchero, ella se giró entre sus brazos.

—¿Por qué... por qué no podrá volver? ¿Ya no me quiere?

«Un hombre no es suficiente para ella.»

—Claro que te quiere, pero ella es una chica adulta y a veces se le complican las cosas. Además, tiene a su abuelito enfermo, y tiene que cuidarlo. —Aquello era una verdad a medias, pero al menos no estaba diciendo palabras feas contra Abigaíl.

De pronto, la mirada de Hannah se iluminó.

—¡Quiero conocer al abuelito de Abby!

—No creo...

—Por favor —pidió con una voz suplicante tal, que a Cole se le trabó la respiración—. Por favor, papá... quiero ver a Abby...

—Vamos a pensarlo.

—¡Por favor...! —suplicó de nuevo.

Él odiaba que su hija suplicara de esa manera.

—De acuerdo, pero prométeme que dejarás de llorar y gritar si acaso no quiere vernos por el motivo que sea.

Ella asintió y luego se colgó de su cuello.

Se iba a ver en un aprieto, pues él tenía tantas ganas de ver a Abigaíl, como estaba seguro que ella tenía de verlo. Pero por su hija estaba

dispuesto a tragarse el orgullo. Por Hannah haría cualquier cosa, y si tenía que arrastrarse a los pies de esa mujer para que accediera a ver su hija, no repararía en hacerlo.

Abigaíl se contempló en el espejo. Su primer instinto cuando Richard la había dejado en casa, luego de ir a la policía por el asunto de Rylan, fue utilizar sus antiguas prendas de vestir. Cubriendo más de lo habitual su cuerpo, más conservadores y una trenza francesa, en lugar de una coleta o el cabello suelto. Pero la mujer fuerte y segura se impuso, a pesar de que el ver las fotografías de aquella horrible experiencia la abrumó.

Con un suspiro se acomodó el vestido azul marino que le llegaba un par de centímetros sobre las rodillas, y combinaba con las leggins grises y botas altas. El vestido estilizaba sus curvas de las cuales se sentía muy orgullosa. El abrigo beige le quedaba como un guante, y la bufanda de varios colores le daban un toque alegre. En cuanto al maquillaje, su estilo era el mismo, lo cierto era que no le gustaba llevar demasiado en el rostro. Lo básico: delineador negro, rimmel, blush y cacao para los labios.

Tenía el corazón roto y el dolor era casi lacerante, sin embargo, ya había pasado por cosas más terribles e iba a superar a Cole. Quizá le tomara muchos años, pero vería el modo de conseguirlo y lograr su anhelo de formar una familia. El modo de darse ánimos era mantenerse en sus quince, y verse hermosa para sí misma. Amaba a Cole, pero él no la merecía. No después del modo en que la había tratado.

Se sentó en el colchón de su cama, para abrocharse los pendientes detrás de la oreja. Su abuelo había salido de la clínica antes de tiempo. Spencer le aseguró que todo estaba en orden, cuando intentó conversar sobre el asunto de la quimioterapia, él le expresó que no se preocupara por eso que también estaba controlado; intentó insistir en el tema, pero su abuelo intervino entonces y se quejó de que tenía sed, así que dejó el tópico de lado, porque tenían que hacer el papeleo interno para poder darle el alta. Ella pensaba retomar la conversación, sin duda.

Ese día empezaría a trabajar en la juguetería. Se sentía más calmada, porque la policía había asegurado que estaban buscando a Rylan en la zona. «Un nuevo día, un nuevo empleo y a tratar de ver las cosas con optimismo», pensó bajando las escaleras con una sonrisa. Encontró a su abuelo desayunando con Amanda. El ama de llaves sabía que, bajo ninguna circunstancia, podía comentarle a su abuelo cómo habían sido las últimas horas.

—¡Abby! —saludó Horace dándole una mordida al pan integral con jalea de frutilla. Se sentía más fuerte, y esperaba pronto encontrar el momento adecuado para hablar con su nieta de un asunto delicado, pero sobre el cual no pensaba dar marcha atrás—. Estás preciosa, ¿ves, Amanda? —Miró al ama de llaves—. Siempre te he dicho que mi nieta es idéntica a Grace Kelly.

Amanda se echó a reír, y le sirvió el desayuno a Abigaíl.

—Me ves con ojos de amor, abuelo. —Le acarició el rostro con dulzura—. Estoy feliz de tenerte en casa de nuevo.

—Y yo de estar aquí. Por cierto, cariño, los chicos de *El Club* van a visitarme uno de estos días. Ya sabes, charla de adultos.

Abby se río.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Bueno, hija, que quisiera que cuando ellos estén por aquí tú salgas a dar una vuelta con este simpático muchacho, Richard.

—¿Qué tramas? —preguntó. Luego la miró a Amanda, quien negó con la cabeza, pues lo cierto era que no entendía la petición de Horace.

—Pues pasar una tarde de chicos sin chaperones.

—Amanda se quedará contigo. Sobre eso no hay discusión.

—Sí, sí, pues no queda de otra. —Dio un sorbo a la leche deslactozada—. Y no me mires así, ya me dijiste que Richard es solo tu amigo, no estoy tratando de emparejarte.

Abby achicó los ojos, y al verlo sincero, se relajó.

—Está bien. Te prometo que cuando vengan tus amigos, me iré a pasear con Richard.

Horace asintió, complacido, mientras se terminaba el pan.

—Por cierto, abuelo, he renunciado a mi trabajo de niñera en la casa de los Shermann.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros y removió el azúcar de su café.

—Richard me paga el triple, y trabajo un poco menos, me da más libertad para salir si algo necesitas.

Hora gruñó.

—¿No me estás mintiendo verdad?

—¿Por qué habría de mentirte?

Amanda, al ver que Horace empezaba a ponerse quejica, dio dos palmadas.

—¡Abby vas a llegar tarde a tu nuevo empleo, y tu abuelo tiene que ir a la terapia de piscina!

—Es cierto. —Se puso de pie—. Abuelo, te veré en la tarde. — Le dio un beso en la mejilla, y un abrazo suave antes de ir hasta su viejo Honda.

La juguetería era maravillosa. El ambiente era relajado, y el escuchar las risas de los niños que pedían ilusionados algún juguete resultaba totalmente distinto a los empleos que había tenido antes, se sentía contenta.

Mientras Richard la presentaba con el personal de la sucursal ubicada en el área del Harborplace & The Gallery, en la 201 E de la calle Pratt, ella admiraba de lejos los veinte pasillos que tenía un tipo de juguete distinto, cada uno. Le iba a tomar un tiempo aprenderse las indicaciones para guiar a los clientes, pero estaba segura que iba a disfrutar de la experiencia.

Una vez instalada en la caja, la supervisora le explicó el funcionamiento, así como los procedimientos habituales bajo los cuáles podría necesitar

ayuda y qué medidas tomar en caso de alguna emergencia. La juguetería abría a las diez de la mañana y, aunque todos llegaban a la misma hora, ella trabajaba solo hasta la cinco, hasta que llegaba su reemplazo, cuyo turno concluía a las nueve de la noche.

Le hizo ilusión registrar su primera compra. Cuatro horas más tarde se encontró sonriendo y disfrutando de su nuevo puesto, pero extrañaba a Hannah.

Richard no se había equivocado. En el trabajo, interactuando con personas de otras culturas y nativos, estaba encantada. Resultaba fabuloso cuando escuchaba las anécdotas de los padres de familia, o las ocurrencias de los niños al argumentar algún disparate para que les compraran el juguete que deseaban.

Cuando el reloj marcó las cinco, uno de sus compañeros se le acercó. Mario Rigotello. Recordaba que Richard lo había presentado como el gerente de producto y trabajaba en la segunda planta de la juguetería. Era bastante atractivo, y aunque sus facciones eran ligeramente toscas, cuando sonreía resultaba casi guapo. Tenía unos ojos verde oscuros y el cabello negro y espeso perfectamente peinado. Ella no se imaginaba un italiano que pudiese resultar poco varonil o patoso. Mario exudaba vitalidad al andar.

—Sé que eres la mejor amiga de Richard. No, no te daremos un trato preferencial y nadie lo sabe en la empresa más que yo —explicó Mario cuando ella fue a reclamar, pues no quería recibir ningún trato distinto al resto de empleados—. Los días jueves algunos solemos ir a un bar que está a pocas calles, para tomar algo y conversar. Estás invitada.

Ella lo miró un poco dudosa.

—Yo...

—Uno de los muchachos te acompañará a casa si no quieres volver sola. No hay problema. — Le sonrió.

«Sí, esa sonrisa que lo convertía en un hombre más que guapo, interesante a la vista. ¿Por qué no aceptar la invitación?»

—Seguro. — Devolvió la sonrisa.

Él le dijo el nombre del bar.

—Ve por tu abrigo, yo te llevo.

—Yo...

—No muerdo —sonrió de nuevo, y Abby asintió.

Le vendría bien hacer nuevos amigos y relacionarse con otros hombres que no intentaran seducirla con sus ojos negros, o aquel tono de voz grave y sedoso...

—Lo sé. Gracias por la invitación.

—Un placer.

El bar estaba lleno, animado, y la mayor parte de los clientes eran oficinistas que se tomaban un par de cervezas al salir del trabajo. Mario se comportó como todo un caballero, la ayudó con el abrigo, y le presentó nuevamente a los ocho compañeros que decidieron apuntarse a la salida. Entre ellos había tres chicas, todas muy agradables.

Sin darse cuenta, se había reído, bebido un par de cervezas y picoteado la hamburguesa que ordenó. El grupo era ameno, y entre todos la hicieron sentir como si se conocieran de toda la vida. Una sensación de relax la invadió por completo.

Cuando se fijó en la hora, se quedó sorprendida. Habían pasado cuatro horas. Cuatro horas charlando, riéndose, y escuchando música en vivo, pero ya tenía que ir a ver a su abuelo, y necesitaba ir a recoger su coche que estaba a unas cuadras de distancia.

—Chicos —manifestó intentando hacerse escuchar—. Ya debo irme, mi abuelo está enfermo y... —sonrió—. Me ha encantado pasarme con ustedes. Creo que el jueves es un día fabuloso para romper el hielo.

—¡Bienvenida otra vez, Abby! —expresó Faye, una chica que se encargaba de la contabilidad—. Será estupendo tener una chica más en el equipo... —Miró con malicia a sus compañeros, antes de devolver la atención hacia Abby—. No sabes cómo se ponen de insoportables cuando son los partidos anteriores al Super Bowl.

Abigaíl empezó a despedirse. Al tiempo que ella lo hacía, Mario la secundaba.

—Te acompaño.

—No hace falta, aún son las nueve, yo...

Él pidió el abrigo de Abby, y luego la miró con amabilidad.

—Me sentiría ofendido si no me permitieras ser un caballero y acompañarte hasta saber que llegas sana y salva a tu casa —dijo en tono tragicómico, y ella no pudo evitar sonreírle.

—Gracias, Mario. Eres muy amable.

—Solo un italiano encantador. —Le hizo un guiño, mientras caminaba con ella hasta el Honda—. Y tú una mujer realmente hermosa, ¿cómo iba a dejar que algún mequetrefe te dijera algo en la calle?

—¿Estás coqueteando conmigo? —preguntó sintiéndose divertida con una sonrisa que parecía, en su caso sí, un flirteo. No era su estilo hacerlo, pero lo cierto era que la cerveza, la charla y el sentirse libre de culpa alguna con respecto a su pasado, la habían envalentonado.

Mario se rió. Fue una risa fuerte y agradable.

—Mi esposa me mataría.

Abigaíl enrojeció, y eso hizo que Mario se riera con más fuerza. Le pasó un brazo por el hombro, sacudiéndola ligeramente, acelerando el paso.

—Lo... lo siento. No suelo hacer este tipo de...

—No es cierto, no tengo esposa. —Se rió con ganas, mientras Abby le daba un ligero empujón.

—Ja - ja.

—Me alegro de que hayamos roto el hielo, Abigaíl. Eres la mejor amiga de Richard y por eso cuidaré de ti.

—¿Cómo un guardaespaldas? —preguntó en broma.

—Casi casi. —No podía decirle que Richard le estaba pagando extra

para que la protegiera en verdad, y que él no era gerente de nada, más que de su propia compañía de seguridad, y trabajaba en la juguetería porque Richard Bale era su cliente principal. Pasaba las horas en el centro comercial, y desde ahí le resultaba fácil moverse y dirigir su empresa. Ganaba muy bien, y su equipo de seguridad era eficiente. En esta ocasión se le había pedido que vigilara de cerca a Abigaíl, cuando salía de casa y llegaba a la juguetería, y de igual modo en el viaje de regreso—. Baltimore tiene sectores que no son muy seguros.

—Lo sé, gracias Mario.

—Para eso estamos los compañeros de trabajo.

Abigaíl condujo con la seguridad de que Mario iba en su Ford Explorer detrás suyo, y cuando parqueó en la casa, su compañero de trabajo le hizo de la mano y desapareció calle abajo. Abby comprobó la hora. Su abuelo debería aún estar viendo el canal de los deportes. A veces le gustaba ver la repetición de las mejores jugadas de golf que solían pasar por cable a las diez de la noche.

Subió de dos en dos los escalones del porche, y abrió la puerta con una gran sonrisa.

Una sonrisa que se le quedó petrificada en el rostro, porque lo último que se esperaba era ver a Cole Shermann charlando animadamente con su abuelo en el salón.

Con un nudo en la garganta cerró de un portazo.

La conversación se detuvo de forma abrupta. Su abuelo la miró con una expresión de desconcierto, pero la expresión de Cole era un poema. La estaba estudiando de arriba abajo, como si buscara en ella alguna sombra de culpabilidad. ¿De qué?

—Señor Shermann —saludó. Si ella era una furcia, entonces él no merecía ningún trato familiar. De hecho, no sabía qué diablos estaba haciendo ahí—. A menos que desee que equipare la marca que le dejé el otro día en la cara, haga el favor de marcharse de mí casa. No tiene ningún derecho a estar aquí.

Horace abrió y cerró la boca. El muchacho llegó una hora antes de su

nieta, y se había presentado como el antiguo jefe de ella. Un chico muy locuaz y amable, notó, y ahora que observaba la reacción de su nieta, sumaba dos más dos. No le gustaba meterse en asuntos ajenos, pero su Abby era la niña de su corazón, y él sabía apreciar a un hombre que conocía de golf y cuidaba de una niña pequeña mientras lo compaginaba con un negocio nada fácil. Cole Shermann estaba hecho con la horma perfecta para Abigaíl, solo esperaba que cualquiera que fuese el inconveniente no fuera insalvable.

—Abby, cariño, ¿por qué tratas de este modo a Cole? —preguntó Horace.

«Así que Cole.»

—El señor *Shermann*, abuelo, me despidió. Además me pagó generosamente —miró a Cole con altivez—, por mis servicios prestados, ah, y también me consideró en la liquidación las horas extras que estoy segura que fueron muy satisfactorias.

Cole tuvo el buen tino de parecer incómodo, porque sabía que no se refería a cuidar de Hannah.

—¿La despediste? —indagó sorprendido.

—Un ligero mal entendido —expresó entre dientes. Había ido por su hija, pero la opinión que tenía de Abigaíl continuaba igual que cuando la encontró en brazos de Bale.

Ella enarcó las cejas. Cole llevaba el traje de oficina; un traje gris marengo a medida, se había sacado la chaqueta. Mantenía la corbata azul impecablemente colocada y los gemelos de oro brillaban en los puños de la camisa.

La había lastimado, y deseaba que la dejara en paz. Lo mejor sería despedirlo, antes de que intentara convencer a su abuelo de que la chiflada del cuento era ella.

—Abuelo, ¿ya terminaron de pasar los avances de golf?

—Oh sí, tesoro. ¿Sabes? Ese Tiger Woods no termina de dar pie con bola. En mis buenos tiempos Seve Ballesteros sí que sabía cómo hacer un

buen tiro. — Se levantó del sillón, y Cole lo ayudó—. Me siento cansado y ya me voy a dormir.

—El señor Shermann entonces puede retirarse.

Horace miró a su nieta como si se le hubiera zafado un tornillo. Y ella quiso gemir de frustración, porque la expresión de su abuelo solo podía indicar una cosa. Cole había desplegado su encanto y lo había puesto de su lado.

—Cariño, siempre te he enseñado a ser hospitalaria. Quizá en verdad entendiste mal, y el señor Shermann no te despidió. A veces eres impulsiva, tesoro.

Era su abuelo y lo amaba, pero en ese momento le daban ganas de ponerle un espaldrapo en la boca para que dejara de hablarle como si ella fuera la que estaba equivocada.

Cole contuvo una sonrisa.

—Amandaaa —llamó Horace, y el ama de llaves apareció como por arte de magia—. Llévame por favor arriba que mi nieta tiene que atender esta visita. Tengo sueño para quedarme de anfitrión

—Seguro, Horace.

El abuelo de Abby se giró hacia Cole.

—Qué bueno haberte conocido muchacho, espero que en algún momento me presentes a esa preciosa hija tuya de la foto.

Abigaíl apretó los dientes. ¿Qué demonios intentaba hacer Cole, después de cómo se había portado?

—El gusto fue mío, Horace. Seguro que a Hannah le gustará saludarlo. Descanse.

Cuando Abigaíl vio que se abuelo se perdía en el descanso de la escalera, se cruzó de brazos y se giró con cara de pocos amigos para enfrentarse a Cole.

Capítulo 18

—No he venido a retractarme de lo que pienso sobre ti —empezó Cole—, pero sí puedo admitir que quizá me pasé de la raya... —aceptó con voz grave al reparar en los contornos de las curvas moldeadas por el vestido azul. Estaba preciosa.

«Cuenta hasta tres, Abigaíl. Unooo. Dooos. Eso, más lentamente. Treeces». ¿Se habría graduado Cole con *Summa Cum Laude* en el grado de idiota?

—No me interesa tu reflexión. Ahora, te sugiero que salgas por donde entraste, porque he tenido un día bastante bueno y estás por arruinarlo con tu sola presencia. Por cierto.—Se dirigió hacia la mesita que estaba prácticamente oculta cerca de la ventana junto a la puerta, tomó el sobre que el chofer de Cole llevó en la mañana—. Aquí tiene, señor Shermann —dijo con desdén antes de abrir el sobre, sacar el cheque y rompérselo frente a la cara—. Mis servicios sexuales son un poco más caros, pero ya no están a tu disposición. Así que puedes tomarte esa sórdida experiencia en Seattle como un bono de solidaridad.

En dos pasos, él estuvo frente a ella. Inclinado en toda su altura y contemplando los destellos de aquellos ojos azules que no lo habían dejado dormir la noche anterior. Se contuvo de tomarla entre sus brazos, y exigirle que se retractara de llamar sórdido a lo que habían compartido. Porque no lo había sido. En absoluto.

Aunque parecía fuerte, Abigaíl necesitaba que Cole se fuera, y estaba sorprendida que el golpeteo de su propio corazón no resonara en toda la casa.

—No hables de esa manera —gruñó apretando los puños en el bolsillo del pantalón para evitar tocarla—. Sabes que no fue así.

Con idolencia, Abigaíl se apartó. Si él se atrevía a tocarla, no sabría cómo responder. Así que fue por lo seguro. Tomó asiento en la esquina del mueble más grande de la sala, frente a la chimenea que ardía a fuego lento, tanto como lo estaba haciendo su propia sangre. El problema cuando amas a una persona no consistía solo en el hecho de que sus palabras podían

herirte más que nada ni nadie, sino que la capacidad de perdonar era tan grande y tentadora que a veces pretendía imponerse a su propio orgullo, reflexionó, mientras Cole se acercaba apretando la mandíbula y se sentaba en el lugar que ella hubiera preferido que no ocupara. A su lado.

—¿Qué quieres?

—No he venido por mí —manifestó apegándose al motivo real por el que había dejado de lado su orgullo—. Lo he hecho por Hannah.

—¿Le ha ocurrido algo? —preguntó sin detenerse a pensar en que se había girado hacia Cole, y colocado inconscientemente la mano sobre la suya. Ella adoraba a esa niña.

Él la miró a los ojos, y luego derivó su atención hacia la mano delicada. Al darse cuenta, Abigaíl, la retiró de inmediato.

Cole sonrió. «Al menos era sincera en el afecto que le tenía a su hija.»

—Te echa de menos. —Se aclaró la garganta—. Me ha hecho pataletas y quiere verte. Por ella estoy aquí.

Abby tomó aire y contempló las llamas de la chimenea. Estaba enfadada, sí, pero la pobre Hannah no tenía la culpa.

—Yo también la echo en falta. —Lo miró, sin rabia, y para Cole aquella mirada fue más potente que una granada. Dios, había sido tan dulce tenerla entre sus brazos, pensó observando cómo brillaba la piel de Abby y recordar su tacto sedoso—. Pero ya no trabajo para ti, y la verdad es que no me apetece verte a mi alrededor.

Cole tragó en seco. Algo le decía que se había apresurado a juzgarla, pero su orgullo prevalecía. Horace le había comentado que ahora trabajaba en la juguetería de Bale, y eso lo acicateaba, pues la idea de ellos dos juntos, todo el día, le retorció la entrañas.

—¿Podrías al menos llamarla... por favor? —pidió con humildad.

Un tono muy distinto al que había estado utilizando últimamente, notó Abby. Entonces, sonrió. Una llamarada prendió dentro de Cole, porque con esa sonrisa fue como si la habitación entera se hubiera iluminado. Aquella sonrisa tenía el poder de doblegar su voluntad, y Abigaíl ignoraba ese

factor por completo. Ese poder jamás lo había tenido ninguna mujer sobre él, niquiera Celeste. Todas las emociones que chocaban en su interior por Abigaíl lo tenían agobiado, asfixiado, y no tenía idea de cómo iba a arreglar todo el entuerto que llevaba dentro.

—Al menos tu hija hace de ti un hombre menos canalla, Shermann —replicó retomando su tono serio, y borrando su sonrisa de los labios, algo que él lamentó—. La iré a visitar a la salida de mi trabajo cuando me sea posible. Pero tengo una condición.

Cole no se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta entonces.

—Por Hannah, acepto cualquier cosa. Y deja de llamarme por mi apellido, creo que hemos vivido ciertas experiencias que no nos hacen desconocidos precisamente.

Ella lo ignoró.

—¿Cuál cosa? Vaya, te pones en una posición bastante comprometedora —dijo con mofa.

—Es mi hija, por ella haría cualquier cosa —gruñó.

«Ojalá algún día encuentre un hombre que pueda amarme con esa lealtad tan fiera», pensó Abigaíl, entrelazando los dedos de sus manos que llevaban una laca color fucsia.

—Eres un buen padre —declaró, sincera y dejando de fruncir el ceño. Luego se recuperó del silencio agradable que empezaba a crearse. No iba olvidarse la opinión que tenía de ella—. Mi condición para ver a Hannah es muy sencilla.

—Adelante. — Se reclinó en el sillón, colocó la mano justo detrás de la espalda de Abigaíl, sobre el asiento, y la observó.

Ella aplacó el cosquilleo que sintió en la nuca al sentirlo tan cerca, recordando la pobre imagen y falta de confianza que tenía en ella.

—No quiero volver a verte. —Nunca había dicho algo tan difícil a alguien que amaba. Pero era un asunto de supervivencia. Si estaba cerca de él, e intentaba tocarla, sabía que su corazón necio cedería, y él le debía

mucho más que una disculpa. Le debía su corazón, porque se lo había robado y ni siquiera era consciente de ello. Necesitaba sanar en soledad, en silencio, alejada de las palabras ingeniosas, y la conversación amena que implicaba, entre otras cosas, estar con él—. Cuando vaya a visitar a Hannah será en un momento en que tú no estés —espetó con dureza.

La declaración de Abigaíl le sentó como una bofetada. Una que se merecía, se dijo Cole, así que en respuesta, asintió.

—No iba a sugerir tal cosa, pero si es así como lo deseas, estoy de acuerdo.

—Bien —replicó. Le hubiese gustado que protestara, o dijera... ¿qué? Contuvo un suspiro—. ¿Ya tienes una niñera nueva?

—Hannah se va a quedar con mi madre hasta que te encuentre reemplazo.

«¿Cómo voy a reemplazarte yo a ti?», se preguntó de pronto. Pero sonaba tan patético, que hizo un barrido mental de ese tipo de frases. Como si tenerlo ahí, invadiendo su espacio, con su aroma, con aquellos ojos negros, y aquel... ¡Diablos!

—Te deseo suerte en tu búsqueda, pero eso sí, cuando llegue la niñera nueva tendré que dejar de visitar a la niña, porque Hannah deberá acostumbrarse a otra persona. —Lo decía con facilidad, pero la entristecía la idea de no volver a ver a Hannah como antes—. Tan solo la llamaré de vez en cuando. No está bien que se encariñe conmigo. No sería justo, y a su edad suelen apegarse demasiado, no quiero causarle una idea equivocada de que me quedaré a su lado.

Cole asintió, tenso, antes de ponerse de pie.

—Creo que es un poco tarde, si no estuviese encariñada contigo, entonces no me habría hecho tremendas pataletas.

Abigaíl se mordió el labio. Y él hubiera querido ahorrarle el ejercicio, y reemplazarlo con su propia boca.

—La culpa no es mía en todo caso —expresó enarcando una ceja.

—No quiero entrar en ese campo, Abigaíl.

—¿Siempre eres así, Cole?

—¿Cómo?

—Juzgando a las personas sin darles la oportunidad de aclararse, sin darles la oportunidad de explicarse, o quizá intentar ver las cosas desde una óptica que no sea solo la tuya. ¿Qué ocurrió en tu vida para que fueras tan cínico?

—No cuando la evidencia es bastante contundente; y, sobre tu segunda pregunta, no vine a hablar de mi pasado, ni para que psicoanalices.

Ella apretó la mandíbula.

—Sería un poema ver tu cara entonces —dijo con desdén ante su grosería.

—¿Cuándo? — Se cruzó de brazos, haciendo que los músculos se le marcaran contra la tela de la camisa.

—Cuando te des cuenta de lo equivocado que has estado sobre mí.

La miró con severidad.

—Por cierto, he visto bastante animado a tu abuelo. Me alegra —cambió abruptamente de tema.

—Te lo agradezco, pero no quiero que vuelvas a entrar en mi casa en mi ausencia. Me ha quedado bastante claro que te repugno...

—No es...

Ella no reparó en sus palabras, y continuó.

—...así que ten la gentileza de ser fiel a tu palabra, y mantente alejado de mi vida.

Cole suspiró. Había convertido el muro entre ellos en una barrera infranqueable, pero la imagen de Abigaíl abrazándose con otro hombre no se le borraba de la cabeza, y era lo que lo impulsaba a actuar con ella a la defensiva. Habría querido disculparse por haberla tratado como una furcia, de hecho se sentía miserable por ello, porque ninguna mujer tenía por qué recibir un trato como el que él le dedicó a Abigaíl. El hecho de haberse

visto en aquellos ojos azules, y darse cuenta de que por Abigaíl sentía algo más que solo una atracción física, lo abrumaba.

La idea de enamorarse no entraba en sus planes, tampoco el de una relación, y justo cuando intentaba acercarse a ella, aunque hubiera sido para que el idiota de Abraham no lo hiciera primero o para aclararse, la encontraba con otro. No era un escenario que se habría esperado, al menos no cuando Abby se había entregado completamente a él en Seattle, de un modo generoso, dulce...

—Gracias por lo de Hannah, entonces —se obligó a decir.

Ambos se pusieron de pie dirigiéndose luego hacia la entrada de la casa.

—Adiós, Cole. —Dejó la puerta principal abierta, para que saliera.

Dio el primer paso, pero de repente, él se detuvo.

—Abby —dijo con voz suave. Lo había conmovido el hecho de que al hablar de Hannah todo el resentimiento que sentía hacia él se hubiese evaporado de pronto, y sin importarle lo vulgar que fue al insultarla como lo hizo, aceptara ver a su hija. Pero había una duda que lo carcomía; un asunto de ego masculino.

—¿Sí? —sussuró al quedarse de pie junto a él en el umbral de la puerta. «Quizá él habría recapacitado e iba a disculparse y... »

—¿Por qué te fuiste a los brazos de Bale?

Ella se quedó boquiabierta. «Y quizá las ranas críen pelo.»

—Esto es increíble — replicó antes de empujarlo y cerrarle la puerta en las narices.

En la juguetería, el día pasó muy rápido. Richard almorzó con ella, y

despejó todas sus dudas con respecto a algunos procedimientos que todos los empleados debían seguir. Su amigo le confesó que él y Deanna estaban empezando a conversar de nuevo, y que, aunque él ya no quería estar con ella como su pareja, la idea de ser amigos a ninguno de los dos le era indiferente, porque además sus padres tenían negocios juntos y lo más seguro era que se encontrarían en reuniones y fiestas.

Le alegró saber que Richard estaba saliendo con Elizabeth Burgundalgh, una chica que estudiaba veterinaria. Según él aún no era nada serio, pero el tono de voz con que describió a la muchacha, le hizo pensar algo muy diferente. Sabía que Richard era algo enamorado, y si Elizabeth resultaba ser lo suficientemente dulce y cautivadora, su amigo pronto estaría contándole más detalles de esas “salidas nada serias”.

Toparon el tema de Rylan, pero Richard le aseguró que todo estaba calmado y que, aunque no habían podido dar con él, las autoridades harían su trabajo. El hecho de que Rylan anduviese por ahí, no la tranquilizaba en absoluto, sin embargo, sabía que si la policía estaba al tanto por ahora estaba segura. Procuraba ser cuidadosa en todo lo que hacía, aunque solo fuera ir a comprar. Se fijaba a ambos lados de la calle, caminaba más de prisa de lo habitual, e intentaba estar más alerta.

—Me intriga dónde puede estar Rylan... me preocupa. Odiaría llevarme la horrible sorpresa de la otra noche.

Él le tomó las manos sobre la mesa del restaurante.

—No puedes estar así, piensa que todo va a resolverse pronto. Es cuestión de días que lo encuentren.

—La bebida sigue siendo parte de él. No tengo idea de porqué ha regresado. ¿Acaso no tenía su vida hecha en donde sea que estaba?

—Ignora ese tema, en serio. —No podía confesarle que tenía un guardaespaldas pagado por él, protegiéndola. Se enfurecería—. Mejor relájate un poco, la justicia hará lo suyo. Para eso pagamos impuestos. —Le hizo un guiño—. Por cierto, ya es viernes. Hoy saldré con mi veterinaria favorita, así que, ¿te apetece conocer a Elizabeth?

Abby se rió.

—Creo que no le hará gracia saber que llevas a otra mujer.

—No cualquier mujer. Mi mejor amiga.

—Deja de mirarme con esos ojazos cautivadores, no funciona. —Richard se rió entre dientes, antes de beberse su cerveza—. Aunque quisiera, no podría. Tengo un compromiso con una amiguita de cinco años.

Él entrecerró los ojos.

—¿Hannah Shermann? ¿Acaso no te despidió el imbécil de su padre?

—Ah... esa es otra historia. Una breve, pero concreta. Le dije que mi condición para ver a la pequeña es que no vuelva a aparecerse por mi casa, ni en mi vida.

—¿Qué tanto te costó decirlo? —preguntó inquisitivamente.

«Richard la conocía tan bien», pensó.

—Muchísimo. Pero si él no me quiere, Richard, no voy a sacrificar mi orgullo. Tuvimos una aventura, y decidí tomarlo de esa manera. Cole no me lo ha puesto fácil, porque en un principio era todo encanto, y al siguiente rato...

Él cubrió la pequeña mano con la suya. Abby dejó de hablar.

—¿Se disculpó al menos por lo del otro día?

Negó con la cabeza.

—Creo que deberías contarle lo de Rylan —manifestó de pronto.

La tensión se apoderó de ella.

—No quiero involucrarlo, y tampoco me creería.

—Se trata de algo serio, por supuesto que va a creerte. Además con eso dejaría de sacar conclusiones erradas sobre ti. Lo que te dijo estuvo muy, muy mal, y te debe una disculpa, pero eso solo me confirma que Cole siente algo importante por ti. Ese hombre está aterrado de lo que siente. Ningún hombre comete tan graves estupideces con una mujer por la que no siente nada. Créeme lo que te digo.

—Se llama lujuria.

Él negó.

—¿Recuerdas cuando me puse borracho en la casa de Spencer y Mónica?

Ella frunció el ceño al recordarlo.

—Ajá.

—Bueno, yo estaba enamorado de ti. ¿Quién no lo estaría? Eres única. —Ella le sonrió con afecto, y murmuró un “gracias” —. Y quizá te suene estúpido, pero hiriéndote quería que sintieras lo mismo que yo con tu indiferencia hacia mis sentimientos. Era incoherente, pues no se puede obligar a amar o querer a nadie, pero fue lo que intenté hacer... estuvo fuera de lugar, y lo lamenté al siguiente día.

—Es inmaduro —murmuró.

—Los hombres a veces solemos serlo —reconoció con media sonrisa.

—¿Entonces, ya no estás enamorado de mí, verdad?

Él se echó a reír al ver los ojos esperanzados de Abigaíl. Ella era una mujer quizá de otro planeta. En lugar de sentirse halagada, se sentía incómoda, y no por sí misma, sino porque no quería herir sus sentimientos rechazándolo. Qué lástima que Shermann fuera un reverendo idiota y no se diera cuenta la clase de mujer que había lastimado.

—¿Quieres en serio que te responda? —preguntó con una sonrisa.

—Sí, dime la verdad, por favor, porque no quiero hacerte daño hablándote de lo que siento por otra persona, si tú sientes algo por mí. Aunque antes hemos conversado sobre esto, prefiero dejarlo zanjado. Y porque no te quiera, bien sabes que te adoro, pero Richard, no te...

—Shhh —la interrumpió tomándola de la mano con firmeza, y mirándola directamente a los ojos—. Abby, eres mi mejor amiga. Una mujer con un corazón invaluable. Digamos que siempre vas a ser mi amor platónico, pero jamás intentaré hacer nada para que ese sentimiento resurja del modo en que estaba hace unos meses. Te respeto, te quiero, pero también creo que es tiempo de continuar adelante, y sé que tu corazón le pertenece a

otro. Solo puedo procurar cuidar de ti, como sé que tú cuidarías de mí si alguna vez lo necesitara. O como quizá ya lo has hecho, cuando me enfermaba e ibas a mi casa a prepararme la sopa... enlatada.

Era la declaración más clara, directa y honesta que alguien pudiera hacer.

—Richard... —Iba a replicar con palabras igual de bonitas, pero supo que él se había cerrado al tema. Lo supo al mirar su rostro; volvía a ser el chico juguetón; la seriedad con que hizo la declaración se había esfumado—. Es la mejor comida enlatada que pudiste haber recibido, luego de contagiarme con esa horrenda gripe —dijo con un tono jocosos, riéndose. Una risa que Richard imitó.

—Espero que pronto superes tus diferencias con Shermann, Abby. Y recuerda lo que te dije, lo que él siente por ti no es lujuria. Ese hombre está enamorado.

Con un suspiro de resignación, ella giró el vaso con Pepsi.

—Creo que lo que pudo existir, se ha perdido.

Al llegar a la casa de Cole se topó con un BMW color plateado parqueado a la entrada. «La abuela de Hannah». Se ajustó la bufanda negra, que ese día iba combinada con su vestido fucsia y botas a juego. La coleta también tenía un elástico negro que recogía su cabello ondulado, aunque con el ajetreo del día algunas hebras las llevaba despeinadas ligeramente.

Con paso decidido llamó a la puerta. Aún conservaba la llave que le había dado Cole, pero como no trabajaba ahí, se le hacía un poco incómodo entrar sin tocar. «Dejaría la llave en la consola de la entrada. »

Una mujer alta, estilizada y con una afable sonrisa la saludó.

—Hola. Soy Willow Shermann. Tú debes ser la famosa Abby.

Abigaíl se sonrojó estrechando la mano de la abuela de Hannah.

—¿Famosa? Vaya, seguro que Hannah me nombra en sus pataletas.

—Lo hace, sin duda. Por favor, pasa querida.

Una vez dentro hizo la rutina que habituaba en la casa. Se sacó las botas

y las cambió por unas ballerinas, dejó la bufanda y el abrigo en el perchero. La madre de Cole la miraba de reojo, y ella hizo lo mismo. Parecía ser una persona que llevaba una sonrisa perenne en el rostro. «Sin duda, Cole no había sacado ese rasgo de su madre.»

—Mi nieta dice que eres un ángel.

Abigaíl se rió.

—¡Abbyyy! —gritó Hannah desde el descanso de las escaleras. Iba con un vestidito verde, leggings y bambas. A Abigaíl le dieron ganas de comérsela a besos. La había echado en falta—. ¡Has venido! ¡Has venido! — Bajó las escaleras, y se acercó corriendo con los bracitos abiertos.

Abigaíl la recibió con entusiasmo. La levantó en brazos y giró con ella, abrazándola.

—Hola, mi pequeña. ¿Has sido buena?

—Sí, sí. Menos los días que no viniste, te extrañé mucho. Pensé que ya no me querías — expresó con elocuencia, mientras Abby la dejaba en el suelo. Willow intercambió una mirada con Abigaíl y le sonrió.

—Es imposible dejar de quererte, dulzura.

Hannah se aferró al cuello de Abby.

—No te vayas nunca.

Tragó en seco.

—Vendré a visitarte cada vez que pueda. Es una promesa.

—Tienes que hacerlo, por favor —dijo Willow—. Voy a hacer chocolate caliente. Fuera hace un frío terrible. ¿Te apetece una taza, Abigaíl?

—Muchas gracias, señora Shermann, me gustaría mucho.

—Oh, por favor, no me llames tan formalmente. Dime Willow. Después de todo, mi nieta te tiene un cariño especial.

Abby asintió.

Se quedó con Hannah corrigiéndole los deberes, mientras Willow traía el

chocolate y lo dejaba en la pequeña mesita del cuarto de su nieta.

Abigaíl conversaba con Willow, al tiempo que Hannah pintaba un koala y un paisaje de Australia. En la escuela estaban enseñándole los continentes y los principales animales que identificaban a ciertas regiones. La niña parecía encantada con esa clase. Abby y Hannah estaban sentadas, una junto a la otra, en las pequeñas sillitas dispuestas alrededor de la mesita en donde la niña solía hacer sus deberes, y Willow las observaba desde la mecedora.

—¿Por qué te fuiste? — preguntó la madre de Cole, sin dejar de lado su tono amable y su sonrisa cálida—. Mi hijo aún no me lo ha explicado, pero lo sentí contrariado y algo desesperado por encontrar a alguien de confianza que atienda a Hannah, ya que Greta ha renunciado definitivamente. Está agotada y prefiere utilizar sus ahorros para viajar un poco por el país, lo cual me parece estupendo.

—Oh, me apena que Greta se haya ido, pero si es para disfrutar de su trabajo viajando, entonces es estupendo. Y sobre mis motivos, la verdad Willow es que no me gustaría tratar ese tema. No quiero ser grosera, pero...

—Está bien, asuntos profesionales —interrumpió—. Espero que vengas seguido, así tendremos oportunidad de conversar. Al menos, hasta que Cole consiga una nueva niñera.—Lo último lo dijo en voz baja, pues nieta era suspicaz y de escucharlo se pondría a llorar.

—Gracias. Eso sería estupendo —manifestó. No tenía intención de vincularse demasiado en la vida de la familia Shermann, no cuando su idea era alejarse de ella.

Willow y Abigaíl empezaron a conversar sobre la educación de los niños. La importancia de la guía constante. Luego se pasaron a temas de supermercado, la responsabilidad de los padres con sus hijos, y entre tópico y tópico, Abigaíl se iba sintiendo cada vez más cómoda. De tanto en tanto, Hannah se ponía de pie, y se le acercaba para abrazarla, y le decía que la quería. Eso lejos de aligerarse el peso en el corazón a Abby, se lo incrementaba.

—Creo que ya es tiempo de marcharme —murmuró cuando se dio

cuenta que Hannah había terminado de pintar no solo el Koala, sino que también tenía lista la tarea de matemáticas y gramática.

Willow miró la hora.

—Vaya... se nos ha pasado el tiempo muy rápido. Son las ocho de la noche.

—¡Las ocho! —Abigaíl se puso de pie casi de un brinco. Un gran error, porque los restos de chocolate de su taza y la de Hannah, cayeron sobre su vestido y sus medias enmelándola por completo con el líquido espeso y dulzón. Ahogó un gemido—. Oh... —Se miró el desastre que llevaba encima.

—Querida —dijo Willow acercándosele—, creo que tendremos que poner el vestido y las medias en la lavadora.

—¡No te vayas, no te vayas! —empezó Hannah a hacer pucheros. Estaba lista para llorar—. Por favor, ¡no me abandones! —Los lagrimones asomaron a sus ojos azules.

Abigaíl miró impotente a Willow. No tenía otra opción que aceptar la sugerencia de la abuela de la niña.

—De acuerdo, gracias, pero, ¿Cole? —Estuvo a punto de decirle que no quería ver a su hijo, porque era un canalla, pero se mordió la lengua. Seguro Willow consideraba a su hijo un perfecto caballero y ejemplo masculino ambulante.

—Oh, mi hijo ha llamado que volverá tarde. Estamos solo las tres, no te preocupes. Puedes ponerte un salto de baño, hasta que tu ropa esté limpia.

Al escuchar que Abby solo iba a cambiarse de ropa, Hannah sonrió.

—Entonces no te irás —dijo la pequeña.

—No, tesoro. Me iré a lavar la ropa, pero ahorita iré a ponerme algo encima. ¿Ya te bañaste?

—Ajá.

—Entonces, ¿qué te parece si hoy te leo un cuento, hasta que mi ropa se seque?

—¡Siii!

—Bien, ahora tienes que guardar todos tus útiles escolares jovencita en la mochila, Hannah —dijo. Luego se giró—: Abigaíl, cuando estés lista, baja. Voy a calentar la cena.

Lamentablemente, la única persona en esa casa que utilizaba una talla adulta de albornoz era Cole. La idea de entrar al cuarto de él, tomar la prenda, y luego dirigirse a la pieza de invitados para cambiarse, le pareció toda una hazaña. En especial, porque jamás había entrado a la habitación del papá de Hannah. Ni siquiera cuando trabajaba ahí. Curiosidad no le había faltado, pero le gustaba respetar los espacios de otras personas.

En esta ocasión, dado que tenía una excelente excusa, aprovechó para recorrer con la mirada la habitación masculina. Estaba pintada completamente de blanco, la cama de madera era imponente, un colchón king-size que hizo que se le contrajera el estómago, un ventanal con cortinas celestes muy elegantes, y varios portarretratos con fotografías de Hannah. No había ninguna de Celeste, notó.

Su mirada volvió al colchón, y no pudo evitar sonrojarse; no por el tamaño, sino por las sábanas negras de seda que lo cubrían. Mirando alrededor, como si alguien fuera a pillarla, se acercó y deslizó las manos por la tela suave. A su imagen acudieron imágenes de Cole en la cama, sin evitar recordar el modo en que habían hecho el amor en Seattle. El modo en que la tocaba, la besaba y el maravilloso estallido de sus sentidos cuando la llevaba al orgasmo, haciéndola sentir la mujer más hermosa y deseada.

Un ruido la sacó de su fantasía. Alguien había roto un vaso en la planta baja. Cualquiera que hubiera sido el caso, le pareció una señal de advertencia. Tomó el salto de baño, y prácticamente corrió al cuarto de invitados. Cuando estuvo lista, en bragas y sujetador, se ajustó con firmeza el cinturón del albornoz a la cintura.

Llevó en brazos los leggins y el vestido hasta la lavandería. Encendió el programa de lavado y luego fue a la cocina, en donde Willow la esperaba con Hannah, así como un plato de macarrones con queso.

Una vez que terminaron de comer, Abby se quedó limpiando los platos,

al tiempo que Willow iba con su nieta para acostarla. Diez minutos después, Abby subió para contarle el cuento que le había prometido a Hannah, hasta que se quedó completamente dormida. Dejó la luz tenue de la lamparilla de noche encendida, para que ella no se asustara.

—Son casi las nueve y media, Abigaíl. Sé que ya no trabajas aquí, y me da muchísima pena pedirte, pero, ¿por favor, podrías quedarte hasta que llegue Cole?

«¡No!»

—La verdad es que se me complica muchísimo, porque tengo que ir a casa...

—De verdad que no te lo pediría, pero creo que estas temperaturas me han afectado un poco. Tengo un dolor de cabeza terrible, por favor.

«Oh, Dios».

—Yo...

—Te pagaré, por supuesto.

—¡No, no! Lo haré con mucho gusto, me quedaré cuidando a Hannah, hasta que Cole regrese, pero, ¿qué tan tarde llegará?

—Oh, no lo sé, quizá cerca de la media noche. Está en medio de un proyecto importante me ha dicho... —La miró con cara de culpabilidad—. No quisiera que mi nieta se enfermara si acaso he contraído la gripa.

—Claro, claro, yo esperaré hasta que mi ropa esté seca —se aclaró la garganta—, y hasta que regrese Cole, para irme a casa. Por favor, vaya y descanse.

Willow la miró con una sonrisa.

—Eres un sol. Gracias, Abigaíl.

«Un sol de idiota, eso es lo que era. Si no se hubiera echado el maldito chocolate encima no estaría en esas, y seguro que Willow habría encontrado el modo de que Hannah no se quedara sola en casa», pensó nerviosa.

Capítulo 19

La reunión de la tarde se había extendido más de lo que él pensaba, y llamar a su madre para pedirle que se quedara unas horas más con Hannah fue su única solución. No le gustaba abusar del tiempo ajeno, pero el no haber conseguido una niñera todavía lo llevaba de cabeza. Quería hacer las entrevistas por sí mismo. Por si fuera poco, Abraham insistió en que llevaran a cenar a los representantes de IBM. Así que tuvo que socializar un largo rato en uno de los restaurantes de moda de Baltimore. Fue una cena agradable, no lo ponía en duda, en especial porque le gustaba analizar en profundidad la personalidad de quienes se comprometían a hacer negocios con él. Estaba seguro que el trato que acababan de cerrar sería un éxito. Se sentía muy complacido con los resultados.

Al final de la cena, cuando los colegas de IBM se habían ya retirado, él y Abraham se toparon con Petra Braxter, una de las más reputadas programadoras de software de la ciudad y que al parecer también tenía una reunión de negocios con sus propios clientes. Petra era brillante, e iba a compañada de un paquete debido al cual a veces la confundían con una modelo, más que con lo que realmente era: un genio con los ordenadores.

—Vaya, vaya, vaya. El chico dorado de la ciudad —sonrió dándole un abrazo, cuando saludaron—. Hace un tiempo que no te veía por aquí, Cole.

—Tan hermosa como siempre, Petra —sonrió de vuelta. Solían coincidir en ciertos eventos exclusivos de su área profesional, y desde entonces se había creado una agradable camaradería y amistad entre ellos. Sin embargo, ambos eran muy celosos con la información que manejaban, pues eran competencia entre sí—. Ya sabes que tengo una hija que cuidar, y aquí mi socio —le dio una palmada en el hombro a Abraham que le sonreía a Petra—, es el verdadero experto en socializar.

La pelirroja se rió, al tiempo que uno de los dependientes del elegante restaurante le traía el abrigo.

—Claro, claro, suelo verlo más a menudo, ¿quién fue tu cita de esta noche? —preguntó con sorna, pues era conocido que Abraham no se consideraba devoto de la monogamia.

—Hoy ha sido una cena de negocios —replicó el aludido fingiéndose consternado por la sola idea de que ella creyera que era un mujeriego—. Pero podemos cambiar la situación, y ya que estás aquí, finalmente quieras aceptar esa copa que me has negado durante demasiado tiempo.

Petra negó con la cabeza sin perder la sonrisa. Cole sabía que ella estaba interesada en Abraham de un modo distinto al profesional, pero conocía que la detenían dos motivos antes de echarse de cabeza a un intento de aceptar salir con él. El primero, que era mujeriego. El segundo, que su divorcio la había marcado mucho, en especial cuando se filtró a la prensa que su ex esposo la utilizó para tapar su homosexualidad. Aquello era un secreto a voces, y la única vez que Petra se sinceró sobre todo el dolor que llevaba dentro fue cuando él la encontró distraída durante una importante conferencia privada con Bill Gates. Le preguntó qué le ocurría, y las palabras habían salido a borbotones en un tono monocorde que él se limitó a escuchar y guardar como una confidencia bajo siete llaves. Después de todo, él entendía lo que significaba tener secretos. Desde aquella conferencia crearon un vínculo cercano, pero jamás volvieron a topar el tema del divorcio. De hecho, Petra solía ser una mujer muy hermética, así que él se consideraba uno de los pocos que tenían acceso a su amistad.

—Te agradezco, pero mañana he agendado una reunión a las ocho de la mañana y tengo que estar temprano para iniciarla —sonrió—. Eres incorregible, Abraham —expresó de buen humor.

—Me acusan de ello —contestó haciéndole un guiño, al tiempo que recibía su tarjeta de crédito de manos del mesero que los había atendido. Luego se giró hacia Cole—: Amigo tengo que pedirte un gran favor.

—Creo que no me va a gustar —replicó adusto. Petra empezó a colocarse la bufanda.

—Oh, es solo un pequeño detalle.

—Muchachos me marchó... —interrumpió Petra, cuando estuvo lista.

—No, no, espera —dijo Abraham poniéndole la mano en el brazo. Ella se hizo inmediatamente hacia atrás como si una descarga fulminante la hubiera atrapado, pero Abraham no se dio por aludido—. No te vayas aún, porque tengo que pedirle un favor a Cole.

—¿Y qué tengo que ver yo con el favor? Tengo una agenda, Abraham
—replicó Petra en un tono más bien serio.

—Perdona, lo que sucede es que necesito el automóvil de Cole.

—¿Y qué ocurrió con el tuyo?

—Esto... errr... Ginette se lo llevó mientras estábamos cenando
—murmuró con una sonrisa de disculpa.

—¿Ah, sí? —preguntó Petra fingiendo indiferencia.

—Se enojó conmigo por un tema y...

Al ver la incomodidad de Petra, y consciente de que seguro la estaba pasando mal escuchando sobre las conquistas de Abraham, Cole decidió intervenir.

—De acuerdo, hombre. Ve y soluciona tus ridículos enredos. Llévate mi automóvil.

—Gracias, socio. — Se inclinó hacia Petra y dejó un beso en su mejilla con rapidez, a modo de despedida, no sin antes estrechar la mano de Cole y hacerse con las llaves del automóvil—. Lo devolveré sano y salvo.

—Más te vale.

Cuando Abraham desapareció, Petra se giró hacia Cole.

—Menos mal no me tomé en serio lo de su invitación —sonrió sin alegría.

—Algún día aprenderá seguro. Me ha dado gusto verte, Petra.

—No, aguarda —dijo cuando ya habían abandonado el restaurante, y Cole se preparaba para caminar dos calles para tomar un taxi—. Te puedo llevar si quieres. No creo que pasen muchos taxis con frecuencia.

—Ya sabes que vivo del lado opuesto al tuyo, no te preocupes.

—Siempre te has portado bien conmigo. Insisto —expresó sacando las llaves de su Jaguar—. ¿Vamos? Es solo un aventón, Cole. Acepta.

«Así llegaría más rápido a casa y estaría con su hija.»

—Gracias, Petra.

Pronto estuvieron dentro del automóvil.

—Eres un buen amigo —dijo al colocarse el cinturón de seguridad—. No tenías que haber impedido que Abraham comentara sobre sus líos amorosos. Sé que no tengo oportunidad con él, y prefiero verlo como es, un Don Juan.

Cole asintió en silencio, y Petra empezó a conducir.

Con la ropa al fin seca, Abigaíl se dirigió al piso superior para vestirse. Así, cuando llegara Cole, ella solo tendría que decir “todo bien con Hannah, tu madre se fue temprano. Adiós”, y listo, para la casa. Estaba a punto de llegar a la habitación de invitados para arreglarse, cuando su intento se vio frustrado al escuchar que llamaban a la puerta. Sus nervios se tensaron. Seguía en ropa interior debajo del albornoz, y lo que menos que le gustaría era encontrarse vulnerable.

¿No se habría llevado las llaves?, pensó molesta. Pues bueno, ella no era ninguna cobarde. Si no podía evitarlo, pues no podía. ¿Qué más le daba? Bajó prácticamente corriendo. No quería que el ruido del timbre despertara a Hannah.

Abrió la puerta de mala gana. Con todas sus fuerzas ahogó un grito y ocultó cualquier expresión de terror que pudiese delatar. Se maldijo por no haber utilizado la mirilla.

—¿Tu amante vive en esta casa? —preguntó Rylan apuntándola con un arma. Estaba despeinado, los ojos los tenía inyectados de sangre, como si no hubiese dormido en varios días, y aún desde la distancia de la puerta destilaba alcohol.

«Hannah», fue lo primero que se le vino a la mente a Abby. Apretó contra su pecho las prendas e intentó fingir calma. Debía hacer el menor ruido posible para que la niña no se despertara o preocupara. Sería terrible si Rylan se atrevía siquiera a acercársele.

—No. Aquí vive una buena amiga —replicó con el estómago encogido del miedo—. ¿Por qué has vuelto? —indagó con suavidad. En el estado en que él se encontraba, y conociéndolo como lo hacía, estaba plenamente consciente que de un momento a otro podría ponerse violento. Algo que la asustaba.

Rylan ladeó la cabeza, contemplándola. Se fijó en los pies descalzos, y las formas de su cuerpo que no se disimulaban con el albornoz. El rostro de Abigaíl seguía siendo exquisito y aquella cabellera rubia que tantas veces acarició parecía clamar sus caricias. La muy zorra se preguntaba por qué regresó a Baltimore. Realmente era estúpida. ¿No se daba cuenta que estaban hechos el uno para el otro? Tenían que estar juntos de nuevo, ya le había pedido disculpas por haber perdido el control con ella años atrás, pero estaba convencido que cuando se casaran todo sería increíble. Nadie iba a separarlos.

La había perseguido todas las malditas horas desde que la vio por primera vez a mediados de la semana, pero ella siempre estaba acompañada. Por eso, cuando se aseguró que no había más automóvil que el viejo Honda fuera de aquella extraña casa, decidió que era el momento preciso de actuar. Además, iba a pagárselas por haber llamado a la policía. ¡Já! Como si él fuera un delincuente.

El arma solo era un medio de presión. Estaba seguro que haría lo que él quisiera.

—Te dije que tenía que hablar contigo —contestó con tono acerado.

El frío helado de la noche le caló los huesos a Abigaíl. Pero el temblor que recorrió su piel nada tenía que ver con la temperatura exterior.

—Ahora que estás aquí, podemos conversar, claro.

La sonrisa de Rylan fue cruel.

—Sigues estando gorda, Abigaíl. —La miró de arriba abajo—. Supongo que igual de frígida en la cama, ¿no? —Blandió el arma mientras hablaba, y ella se asustó. Sus palabras no le causaban dolor, pero la idea de que le disparara la estaba haciendo pensar a mil por minuto cómo podría librarse de él—. Te pedí perdón —arrastró las palabras—. No me quisite escuchar y tus malditos amigos me amenazaron para que me alejara. Me pagaron

bien, yo necesitaba el dinero — soltó con rudeza—, pero no dejé de quererte — explicó cambiando el tono de voz incisivo por uno lastimero.

—Yo... —Quería cerrarle la puerta en la cara, empujarlo y no saber de él. Pero las balas atravesarían la puerta. Él derribaría la puerta de algún modo y la mataría al instante. Los ruidos despertarían a Hannah, y Rylan no dudaría en apretar el gatillo contra su Hannah. Jamás podría consentir ponerla en peligro.

—¡No me interrumpas! —Ella dio un respingo—. Aquí hace demasiado frío. —La empujó para entrar, y cerró de un portazo. «Hannah, menos mal parecía tener un sueño profundo», se dijo Abby, pues en el silencio de la noche, el ruido de la puerta retumbó—. ¿Estás segura que no estás aquí con un hombre? — Le paseó el arma desde la cintura hasta dejar la punta del cañón en la barbilla—. Porque si llegases a mentirme... —Deslizó el cañón hacia el lado del corazón. Ella respiraba con dificultad, pero no podía mostrarle su miedo. Rogaba que Cole no llegara, hasta que Rylan se hubiera ido—. Bueno, tendrías que atenerte a las consecuencias de ocultarme la verdad en todo caso.

Ella tragó en seco, mientras Rylan se sacaba la cazadora sin dejar de apuntarla. Lanzó la prenda sin interesarse por dónde caía. Avanzó presuroso, hasta que la tuvo contra el pasamanos que daba al primer piso.

—No estoy mintiéndote —contestó con una voz firme. Nunca hablar le había costado tanto.

Entonces, él sonrió. Una sonrisa que no se asemejaba para nada al hombre que ella quiso años atrás, ahora parecía torcida, pérfida.

—Bien. Eso me gusta mucho. —Pareció calmarse—. No me gustan las mentiras, ¿recuerdas?

—Sí, sí —susurró cuando él se acercó.

—Quiero empezar de nuevo contigo. No tenías que haber llamado a la policía, Abigaíl. Solo trataba de hablar contigo.

Ella asintió.

—Fue una decisión apresurada de mi parte —contestó cuando él se

inclinó a dejar el arma en la consola junto a la escalera. Eso le dio un ligero respiro—. Un gran error. Lamento si te sentiste mal.

La miró con ojos lujuriosos. Ella no podía entender cómo fue tan estúpida para enamorarse de un hombre tan ruin. Un hombre que había arruinado su vida. Sabía lo que vendría a continuación y la sola idea de que él la tocara, la asqueaba y repugnaba.

—Creo que el arma no será necesaria. ¿Verdad? —preguntó retóricamente, mientras colocaba sus manos grandes y ligeramente toscas sobre la cintura de Abigaíl. Ella sintió náuseas y unas terribles ganas de echarse a llorar—. Tu amiga se ha ido. Imagino que tiene mucha confianza para dejarte aquí un rato. Tenemos la casa para los dos solos. Este es el momento perfecto para nuestra reconciliación.

—L...lo es —replicó con voz tensa cuando él le quitó la ropa limpia, que iba a ponerse minutos antes de abrir la puerta, de las manos. La lanzó al suelo con despreocupación—. Un momento perfecto, sin duda.

—¿Sabes? No me fui solo por el dinero que me dieron, sino porque quería que me echaras de menos y te dieras cuenta lo especial que somos juntos. ¿Entiendes?

—Sí. Por supuesto —replicó tratando de contener un sollozo cuando sintió cómo él desanudaba con lentitud el albornoz.

—¿Qué llevas debajo de este albornoz? —indagó tomándole el rostro con las manos, con más fuerza de la necesaria. Ella ahogó un quejido de dolor, cuando él apegó la pelvis para que sintiera su erección y la punta curvada del pasamanos se le clavó en la espalda—. ¿Eh? Prefiero que me lo cuentes, así como cuando estábamos juntos al principio y jugabas a decirme lo que llevabas debajo, antes de que yo te desnudara.

—Yo...

—¡Contéstame, maldita sea! —Clavó los dedos en la cintura de Abigaíl, sacudiéndola.

—Ropa interior. —El labio empezó a temblarle y odió lo que él le estaba haciendo. Lo odió con todas sus fuerzas. «Si tan solo pudiera alcanzar el arma»—. Acababa de darme un baño...

—Oh, vaya. Entonces será una noche de reconciliación perfecta para los dos. —Se inclinó para besarla en la boca, al tiempo que movía la pelvis contra la de Abigaíl. Con fuerza y sin delicadeza alguna. Fue un contacto brutal, insultante, repugnante para ella.

Abby sabía que si rehusaba su cercanía recibiría una bofetada, así que reprimió una arcada cuando sintió la lengua hedionda a alcohol filtrarse entre sus labios, y las manos de Rylan tomando sus pechos para apretarlos. Con dureza. Un gemido salió de la boca de Abigaíl, jamás de placer, sino de dolor e impotencia, pero logró controlar cualquier ruido que pudiera hacer que Hannah se despertara. Con el rabillo del ojo observaba la pistola que relucía con el brillo de la luz de la lámpara de araña. Estaba a punto de aprovechar que Rylan tenía la mente ocupada, en lo que fuera que iba a hacer con ella, para intentar golpearlo con la rodilla. Fue en ese preciso instante escuchó el ruido de la cerradura de la puerta. Quiso morir. Si algo le pasaba a Cole, ella no podría perdonárselo nunca. Si por culpa de su pasado, él salía lastimado, ese golpe sería imposible de soportar.

Cole, al abrir la puerta principal se sintió confuso. Ropa desperdigada y definitivamente el cabello rubio visible a través de los destellos de luz eran imposible de ignorar. Lo golpeó como un rayo y sintió un amargo trago al ver a un hombre tocándola. No podía verle el rostro a Abigaíl, porque los hombros anchos de aquel desconocido la tapaban, pero sintió una tensión que jamás había experimentado.

El hombre que la tocaba se giró hacia él, con el ceño fruncido, y pronto el rostro se tornó colérica. Agarró a Abigaíl del brazo con tanta fuerza que ella tuvo que empujarse para que no se lo torciera. Ella soltó un quejido ahogado, y Cole sintió la sangre correrle como lava por las venas. Nunca había sentido una furia tan ciega, un sentimiento protector y de preocupación tan grande como el que lo invadía en ese momento al ver a Abigaíl con el rostro torturado y el labio temblándole, mientras ese malnacido la agarraba como si fuese una muñeca que se podía mover a su antojo.

Aunque tenía ganas de abalanzarse y matarlo a golpes por haberse atrevido tan solo a tocarla, más aún por intimidarla y maltratarla de aquel modo, supo que tenía que controlarse. Los ojos inyectados de sangre, la ropa arrugada y los pasos dudosos, lo impulsaron a mantenerse alejado.

—Él... él es el novio de mi amiga que vive aquí —dijo Abby en un susurro. Miró a Cole con ojos de terror, y él confirmó que quedarse de lado por ahora era lo adecuado. Un destello en la consola de la escalera le heló la sangre. ¿Quién demonios era ese hombre, y qué hacía en su casa con Abigaíl y con una pistola nada menos?—. Ya se va, no es necesario que levantes la voz —susurró con el tono más quedo que pudo para no alterar a Rylan, y así transmitió a Cole con la mirada que tenía que pensar en Hannah. Era una ridiculez, pero él asintió de manera imperceptible como si le hubiera leído perfectamente lo que sus aterrados ojos azules le querían decir—. Él se irá, y tú y yo Rylan, nos quedaremos solos, y...

—Cállate zorra —gritó y la zarandeó. Cole intentó mantener el autocontrol; resultaba casi imposible, porque se sentía impotente al verla sufriendo a manos de ese malnacido—. ¿Cómo sé que no me estás mintiendo? —En realidad no quería una respuesta.

—Rylan...

—¡Que te calles! —Volvió a zarandear, ajeno a la mirada de hielo y furia contenida de Cole—. Ese maldito cuerpo frígido que tienes va a sufrir si te atreves a dar un paso en falso. ¿Lo entiendes? ¡Me perteneces!

—Sí... lo entiendo muy bien —susurró contenido un sollozo. Sentía que estaba a punto de quebrarse. Pero no iba a darle el gusto de verla vencida. No más.

Él la apegó con fuerza a su cuerpo y empezó a caminar hacia la consola para recuperar la pistola.

—Nuestra reconciliación será entonces a mí modo.

Abigaíl trastabilló, lo que hizo que Rylan también perdiera ligeramente el equilibrio. Cole aprovechó ese momento para correr hacia el hombre, y darle un puñetazo que lo envió directo al suelo. Rylan empezó a defenderse y le asestó un golpe en la mandíbula a Cole, pero este era más ágil, y al notar que el olor a alcohol, pudo tumbar con más facilidad a su oponent. Empezó a golpearlo con todas sus fuerzas. Un puñetazo tras otro, sin pausa. Izquierda y derecha golpeaban por igual. Estaba cegado por la ira, ¿cómo se atrevía ese malnacido a tratar de aquel modo a Abigaíl? ¡¿Quién demonios era?!

—Basta... —susurró Abby con las lágrimas corriéndole por las mejillas, temblando, aterrada y preocupada por él—. Cole vas a matarlo... detente —pidió temblorosa. No quería que matara a Rylan, porque si lo hacía, habría un juicio y Hannah se quedaría sin su papá si lo encerraban—. Cariño... suéltalo... —suplicó.

En ese momento apareció Hannah por las escaleras, y al ver a Cole en el suelo empezó a llorar. Abigaíl salió de su estupor y subió para tomarla en brazos, a llegar al primer piso corrió hasta el teléfono inalámbrico y marcó el número del oficial que la había atendido días atrás. Dándole besos y mezclando sus propias lágrimas con las de Hannah, le pidió que se quedara en su habitación asegurándole que todo iba a estar bien, y que si bajaba, papá iba a preocuparse mucho. Gracias a Dios, la niña obedeció y se metió en la cama chupándose el dedo pulgar que era lo que hacía cuando estaba nerviosa.

En un dos por tres, Abigaíl bajó de nuevo, y Rylan estaba inconsciente con sangre manándole de la boca, la nariz y le ceja. Cole lo miraba de pie respirando agitadamente. Tenía los nudillos con algunos cortes por los golpes propinados, y el cabello despeinado. Lucía salvaje e incontrolable.

—Oh, Cole —susurró ella llegando a su lado—. Lo siento, lo siento tanto. —Le tomó el rostro entre las manos, mirándolo a los ojos—. Lo siento... —murmuró en un sollozo al ver el moretón que empezaba a formarse en la mandíbula masculina. Lo acarició con dedos temblorosos.

La adrenalina aún corría por las venas de Cole.

—¿Estás bien? —preguntó intentando ralentizar la respiración. Ella asintió—. ¿Te hizo daño? —inquirió tomándole las manos con las suyas. Ella negó con la cabeza.

Con un suspiro de alivio, Cole la rodeó con los brazos, con fuerza. La abrazó como si no quisiera dejarla ir jamás de su lado.

—Me asustaste, Abby... Dios mío, cariño, me asustaste —repitió. Luego señaló con la cabeza hacia el bulto que yacía sanguinolento en el suelo—. ¿Quién es esa rata?

—Rylan Carmichael mi... ex novio —murmuró con un temblor en el cuerpo, aún consternada por lo que acababa de ocurrir.

—¿Has llamado a la policía? —indagó. No quería preguntarle más detalles. Abby estaba en un estado de shock y aturdimiento. Esperaría a que se calmara. Y él también.

Ella asintió.

—El oficial que tomó la denuncia la otra noche está en camino. Menos mal me aprendí su número por si surgía alguna emergencia —expresó contra el pecho de Cole, que la apretaba como si temiera que fuera a romperse.

—¿Qué otra noche? —inquirió separándola un poco para contemplar el rostro surcado de lágrimas—. ¿De qué hablas...?

—Hannah...—susurró Abby evadiendo el tema, pero sabía que tarde o temprano tendría que hablar con él—. Ella está bien, la subí antes de que pudiera presenciar nada —relató temblando—, no podía gritar ni decir nada por temor a que Rylan supiera de su existencia, no sé qué habría ocurrido si...

—Shhh, calma, dulzura —habló contra los cabellos rubios, al tiempo que ponía un pie sobre la espalda de Rylan que parecía querer incorporarse—. Ya ha pasado. —Elevó el rostro de Abby hacia el suyo, y sintió un shock contundente en lo más profundo de su ser al ver sus ojos azules empañados de preocupación y miedo. «¡Par diez!», era la primera vez que su atención y preocupación se alejaban de su hija para dedicárselo a otra persona. Una emoción categórica se anidó en su cuerpo; tan pesada como una roca del Gran Cañón. La certeza que más temía, y llegaba en el momento más extraño. Amaba esa mujer. La amaba con la fuerza de un huracán imparabile.

—Quiero que esta pesadilla acabe... —dijo ella en un hilillo de voz, y él odió verla tan vulnerable. Le secó las lágrimas con los pulgares con extrema ternura.

—Escucho una sirena cerca cerca, cariño —expresó transmitiéndole sosiego—. Ya todo pasará. —Le frotó la espalda con suma delicadeza.

La tensión que Abigaíl llevaba acumulada desde su regreso de Seattle explotaron en ese momento. Apegó la cabeza en el torso de Cole y dejó que las lágrimas corrieran imparables, y mientras su pecho se agitaba con los

sollozos, él le acariciaba la espalda, silencioso, comprendiéndola, amándola sin que ella lo supiera todavía.

A los pocos minutos llegó Ty Hudson. Levantó con firmeza a Rylan del suelo, y lo esposó. Recogió el arma, la guardó en una bolsa plástica, y luego le pidió a su compañero de la patrulla que se llevara al sospechoso y la bolsa. Después empezó a hacer las preguntas de rutina a Abby, quien respondía con un tono monocorde como si estuviera en algún otra realidad, aún aturdida. Finalmente, después de hablar veinte minutos y soltar de nuevo lo ocurrido en la casa, el asunto del chocolate, el motivo de la partida de Willow, y la historia completa de Rylan (sin el detalle de su aborto, pero era algo que ya Ty Hudson ya conocía) ante un boquiabierto y pálido Cole. El oficial Hudson le aseguró que se haría justicia y no volvería a saber de Rylan Carmichael. Ella replicó que estaba dispuesta a ir a un juicio para acusarlo de los cargos que la ley le imputara.

—Mi compañero me acaba de informar que encontró una maleta llena con fotografías suyas, municiones para el arma, y varias botellas de licor en un automóvil que al parecer dejó abandonado dos calles más abajo. Lamentamos muchísimo no haberlo encontrado antes. No tenemos excusas, señorita Montgomery.

Ella se pasó las manos temblorosas por el cabello. Cole estaba a su lado, pero con mil y un preguntas en su mente. ¿Qué infierno habría tenía que vivir Abby? Sentía unos deseos de ir a esa patrulla y terminar el trabajo que había empezado en la casa. Quería matar a ese maldito imbécil.

—Lo importante es que ahora está con ustedes...—miró al oficial con ojos aún empañados por las lágrimas—. Por favor, enciérrelo. Me ha causado demasiado daño...

Cole eligió ese momento para cubrir la temblorosa mano de Abby, con las suyas. Aunque le escocía, el dolor físico no era nada comparado con las cicatrices emocionales que Abigaíl debería tener dentro. Ahora que había escuchado su historia, o parte de ella, entendía su reacción cuando estuvieron solos en la habitación de Seattle y ella temió que fuese a lastimarla.

—Una lástima que usted haya puesto la denuncia por agresión tanto tiempo después...—Se guardó la libreta y el bolígrafo en el bolsillo

izquierda del pantalón del uniforme—. Al menos lo ha hecho y es lo importante ahora. Hay muchas mujeres que son víctimas de la violencia doméstica, pero jamás denuncian a su agresor. Usted ha corrido con suerte, él pudo haberla matado. —Abigaíl se encogió en el asiento ante esa cruda verdad, y Cole la abrazó abrigándola con sus músculos y su calor—. Debe estar agradecida de que el señor Shermann hubiera encontrado la oportunidad de atacar en el momento idóneo. —Negó con la cabeza—. Ha sido una desgracia con suerte, como solía decir mi abuelo.

Ella asintió.

—Gra... gracias, oficial. Sé que tuve suerte. —Miró a Cole, sin esconder sus sentimientos de gratitud hacia él.

El policía asintió. Luego le tomó la declaración a Cole, quien fue más escueto, preciso y pragmático en su testimonio.

—Estaré en contacto con usted para los procedimientos respectivos.

—Gracias —replicó poniéndose de pie para ajustarse el cinturón del albornoz.

—Señor Shermann —dijo Ty a modo de despedida—. Muchas gracias por haber ayudado con su testimonio. Buenas noches.

Abigaíl y Cole asintieron al mismo tiempo.

Cuando el oficial abandonó la mansión todo se sumió en un profundo silencio. Hannah había bajado casi al finalizar las declaraciones, y cuando su padre le aseguró que solo se trató de un vecino que se confundió de casa y que la policía estaba ahí para ayudarlo a encontrar el camino de regreso, aceptó irse a dormir a su habitación. Tan pequeña como era, Hannah lo creyó y luego de haberse abrazado a Abby, y darle un achuchón a Cole, subió los escalones para soñar con las hadas.

Solos en el salón principal de la casa, y al verla más calmada, Cole se acercó a su lado y le apartó con delicadeza un mechón de cabello que estaba cubriendo su hermoso rostro. Ya no temblaba y ese fue un alivio para él, pues implicaba que estaba ligeramente más serena.

—¿Cuándo pensabas contarme lo que ocurrió en realidad el otro día que

te encontré con Richard? —preguntó con suavidad a Abigaíl, quien estaba bebiéndose un vaso de agua—. Bale ha sido un buen amigo contigo, y yo solo he hecho el papel de estúpido. ¿Por qué no me lo contaste, Abby? Me hubiera puesto en contacto con algunos amigos para ponerte seguridad...

Debería estar enfadada al recordar los insultos de Cole días atrás, pero si era sincera, reconocía que él la había salvado de una paliza segura y de una tragedia esa noche. No quería ni imaginar lo que habría sucedido si ese chocolate no se hubiese regado, y ella se hubiera encontrado sola en casa con su abuelo y Amanda.

—No me diste oportunidad a decirte nada —susurró mirándolo a los ojos—. Decidiste sacar tu conclusión y me juzgaste. Luego te presentaste a mi casa, para decirme que no ibas a retractarte de lo dicho y me preguntaste por qué estaba en brazos de Richard.—Suspiró—. Además, ¿si hubiera insistido en hablar contigo, me habrías escuchado? Estabas tan enfadado conmigo, y yo... ni siquiera tenemos una relación Cole —expresó con firmeza, pero sin rencor—, si hubiera sido el caso de que estuviera con otra persona, no tenías el derecho de tratarme como lo hiciste, ni a insultarme. Me heriste.

Él se quedó en silencio y sintió vergüenza. Había sido un asno. Aquella mirada azul que solía estar iluminada con fiereza o alegría, ahora estaba apagada. Sabía que no solo tenía que ver con lo que acababa de ocurrir, estaba seguro que todavía había algo más que ella no le contaba. Algo que la hacía vulnerable, frágil; lo sabía porque en ocasiones, cuando Abby creía que no se daba cuenta, él notaba cómo observaba a Hannah con un matiz de añoranza y desespero. Abigaíl quería mucho a su hija, no lo ponía en duda, pero esa mirada era la que lo intrigaba. Desde Seattle quiso conocer más sobre ella, y lamentaba que ese “más”, incluyera el desgraciado pasado que Abby tuvo que vivir con ese ex novio.

Por otra parte, era consciente de que sus sentimientos por ella no iban a destruirse. Esa noche, al verla en peligro, supo que no podría vivir sin Abigaíl a su lado. Porque la amaba. La amaba de un modo que lo sobrecogía y rompía todos los esquemas que se había trazado desde la muerte de Celeste. Sentía como si todas sus compuertas y celos se hubieran roto, y lo único que manaba desde dentro era amor. Aquella fuerza que era capaz de destruir imperios, y poner a un hombre de rodillas.

Pero le había hecho daño, hiriéndola y desconfiando de su integridad. No la merecía, sin embargo, la idea de alejarse de su lado, lo carcomía y le resultaba insoportable.

Lamentaba que hubiera tenido la certeza de cuán profundos eran sus sentimientos por ella ese día, en esa circunstancia. Pero no lamentaba en cambio el hecho de amarla. Pensaba en su ex esposa, y ahora estaba más seguro que nunca de que por ella solo sintió lujuria y un enamoramiento más bien juvenil. Lo que sentía por Abigaíl era un amor más fuerte, más maduro y profundo.

Después de lo mal que la había hecho pasar decidió que la mejor política era ser sincero a la pregunta que ella estaba haciéndole.

—No. No te habría creído. —Cuando la vio que iba alejarse, la retuvo colocando su mano lastimada sobre el antebrazo de Abby—. Espera, no te levantes. Escucha lo que tengo que decirte. Quizá no encuentre otro momento para hacerlo —pidió con tono grave, apesadumbrado.

La inseguridad era un factor ajeno a él, pues estaba acostumbrado a mover cientos de miles de dólares cada día en inversiones y moverse con aplomo era parte de su día a día, pero Abigaíl y sus sentimientos por ella, lo estaban haciendo experimentar por primera vez lo que era sentirse fuera de campo, dubitativo y aprehensivo. Quizá no le gustara, pero estaba dispuesto a sobrellevar la situación del mejor modo para decirle a ella que la quería, que estaba enamorado... que la amaba.

—Cole es tarde... me siento cansada. —Le puso la mano en el rostro, y él inclinó la mejilla hacia la pequeña mano que le proporcionaba la caricia, olvidándose por completo de lo que iba a decirle—. Quiero irme a casa —susurró perdiéndose en el hipnótico color oscuro de la mirada del único hombre que era capaz de transformar su furia en pasión, y hacía que todo a su alrededor cobrara un sentido vivo, diferente, profundo—. Por favor...

La quedó mirando. Ella no se movió cuando Cole se inclinó para besarla. Tampoco se alejó cuando él empezó a dibujar su boca con los labios con una ternura infinita.

Cuando él enterró los dedos en el cabello rizado y sedoso, para atraerla, ella se dejó hacer. Entreabrió los labios para permitirle penetrar en su

cálida boca, hasta que aquella seductora lengua empezó a coquetear con la suya. Primero suavemente, casi con reverencia, pero poco a poco el beso se volvió más hambriento, posesivo, carnal.

Abigaíl gimió y dejó que Cole borrara con ese beso el dolor, el susto, el temor. Dejó que fuera ese beso un bálsamo que cicatrizara sus heridas. Sabía que estaba engañándose, porque él no la quería. Se trataba solo de lujuria. Aunque lujuria o no, Cole había salvado su vida. Dejó que su cuerpo hablara, lo que en palabras no se atrevía a confesar.

Las manos masculinas desataron el albornoz. Ella dio un respingo, pero continuó besándolo. Con ansias, aspirando su aroma, saboreando su esencia. Con un gruñido, Cole se inclinó hasta recostarla en el sofá, hasta quedar sobre ella, cuidando de no aplastarla con su peso o incomodarla.

—Abigaíl —pronunció su nombre como si fuera un mantra, y eso reverberó en la piel de Abby como si hubiese sido una caricia—. Eres preciosa y perfecta —susurró contemplando el cuerpo curvilíneo cubierto por un sujetador de seda lila, y unas bragas a juego—. Jamás pienses lo contrario de ello. —Se inclinó para besarla, lenta y profundamente.

—No soy frígida —expresó casi en un hilillo de voz, mientras sentía la mano de Cole vagar por su sexo que estaba húmedo. Más que una declaración para él, era una reafirmación para sí misma.

Por un instante, él se quedó estático. Luego recordó las palabras que aquel imbécil de Carmichael le había dicho a Abigaíl.

—Ese desgraciado no es lo suficientemente hombre, Abby. No vuelvas a pensar en aquellas palabras. —Le arrancó las bragas de un tirón con precisión—. Nunca más. Porque no son ciertas.

Ella ahogó un gemido, que era la mezcla de un sollozo y una risa nerviosa. Sintió el corazón recuperar su ritmo normal, palpitando al son de Cole.

—Oh, Cole —murmuró cuando le acarició la suave intimidad femenina y la lubricó de arriba abajo, haciéndola gemir. Ella sollozó de placer cuando él introdujo un dedo para crear una tortuosa fricción. Elevó las manos y las colocó detrás de la nuca de Cole, para acercarlo a ella, para besarlo, para devorar su boca—. No te detengas...

Él soltó un gruñido.

—Nos hemos olvidado de algo interesante —señaló deshaciéndose del broche del sujetador que estaba, para su conveniencia, en la parte delantera de la prenda. En un segundo, dos preciosos pechos coronados con rosadas puntas se erguían ante él—. Dios, mío... —Sin dejar de torturar el sexo de Abby, se deslizó hasta uno de los rosados pezones. Rodeó el henchido botón, lamiéndolo. De arriba abajo; en círculos; chupando y mordisqueándolo sin causar dolor, sino un placentero tirón que llegaba hasta el húmedo botón que anhelaba recibirlo dentro.

Ella sintió un excitante líquido de fuego en sus partes más sensibles, y no podía parar de gemir cuando él acariciaba sus labios íntimos, sin dejar de chupar, lamer y consentir sus pechos con la lengua, con los dientes. Cole obraba magia con su cuerpo. No podía evitar mover las caderas, elevarlas y frotarlas contra el duro miembro que se contoneaba al compás de las embestidas de los dedos masculinos en su interior.

No se sentía capaz de aguantar más esa dulce tortura; necesitaba sentir aquel estado de satisfacción completo. Quería alcanzar el cielo con las manos, perderse en ese éxtasis único que podía brindarle la presteza de un amante como él.

Al notar cómo los ojos azules de Abigaíl se nublaban de deseo, y conteniendo el suyo propio, aceleró el ritmo de sus dedos. Palpaba y comprobaba la humedad de aquellas paredes apretadas que tan bien conocía; la lubricó, sin dejar de chupar sus pechos, uno y otro; era dos maravillosos montículos que él podría adorar todo el día sin cansarse. Ella en conjunto era la perfección hecha mujer.

Con sus quejido, ella lo pedía todo. Sentía sus pechos sensibles, y dispuestos, abandonados a lo que Cole quisiera hacer con ellos. Y no la defraudó, porque cada toque, cada caricia era una sinfonía de placeres. Pronto, sintió cómo Cole introducía no uno, sino dos dedos en su interior, y con el pulgar acariciaba su clítoris. El ritmo empezó a hacerse más y más rápido, hasta que con un sollozo, echó la cabeza hacia atrás y explotó en un delicioso orgasmo.

Consciente de que no podían hacer ruido, Cole atrapó los gemidos de Abby con su boca, fundiéndose en un beso abrasador, que en esta ocasión

decreció su impetuosidad, poco a poco, hasta que sintió que ella volvía de su *petite mort*.

Con una sonrisa satisfecha, y perezosa, lo observó. Aún sobre ella, también sonriéndole, Abby reparó en un pequeño detalle.

—¿Tú...? — Se quiso incorporar, pero él no se lo permitió.

Le dio un beso fugaz en los labios.

—No soy yo quien debe gozar de placer y consuelo esta noche.

—Yo deseo que tú también tengas placer —expresó memorizando aquel rostro masculino y atractivo. Era devastadoramente sensual, y conseguía revolucionar su mundo.

—¿Estás consciente de que no te merezco? — Le acarició la ceja con el pulgar.

—Estoy consciente de ello sí —manifestó con una sonrisa.

Cole se echó una carcajada que reverberó en Abby.

La adrenalina de la escena con Rylan había remitido.

—Abby, Abby... quizá me salté la parte más importante. —Se moría por penetrar en la humedad que sus dedos ya habían probado, pero esa noche no—. Ven aquí —dijo, mientras se incorporaba y así, desnuda, le cubría con el albornoz los hombros, y la abrazaba.

—¿Qué es...?

—Abigaíl. —La miró si rastro de diversión. Lo que tenía que confesarle no era un motivo de broma—. Quiero pedirte disculpas por lo estúpido e imbécil que me comporté en tu casa el otro día. No eres ninguna furcia, no eres ninguna fácil, y acostarme contigo no fue un favor sexual, para mí fue mucho más que solo placer. Fue un privilegio.

—Cole... —susurró emocionada y dejándose arropar por el tono grave y fuerte de su voz. Por nada del mundo se habría esperado esa confesión.

—Me siento avergonzado de cómo te traté. —La miró con el rostro cargado de arrepentimiento—. Lo lamento. Lo lamento, tanto, preciosa.

—Estiró la mano y recorrió con los dedos los contornos del rostro amado. Ella cerró los ojos y se permitió disfrutar de su tacto, el calor de su mano, la cercanía de su cuerpo.

Él podría estar arrepentido, y ella estaba dispuesta a disculparlo, porque lo amaba; porque había salvado su vida, pero necesitaba algo más firme. La lujuria y la química sexual no conseguían el amor. Necesitaba un compromiso, pero no podía obligarlo a ello.

Sabía que él amaba a Celeste todavía, aquello le causaba una gran desazón, pero no podía permitir que la naturaleza libre de Cole se viera coartada por una confesión suya de amor, obligándolo a responderle con iguales palabras, aunque no fuese sincero con tal de que lo disculpara. Ella no iba a hacerle eso a él, peor a sí misma. Deseaba una relación sincera y equilibrada. También estaba segura que Cole querría tener más niños para darle hermanitos a Hannah, y no podía privarlo de ello. Se sentiría egoísta haciéndolo.

Así que también fue sincera.

—Quizá debería hacerte sufrir. —Se rió sin alegría, y él lo notó, pero no dijo nada—. Hoy ha sido un día muy duro para mí, y sé que tus disculpas son genuinas. Estoy muy agradecida por haberme salvado. Te disculpo sinceramente.

Cole la besó con suavidad en los labios. Ella le correspondió.

—Abby, sé que hay algo más que no me has dicho. ¿Qué tantos efectos colaterales dejó aquella relación con ese bastardo?

Ella se quedó en blanco. No se esperaba esa pregunta.

—¿A... a qué te refieres? —No quería responderle. Ya se había sentido lo suficientemente expuesta esa noche como para revelar algo de aquella magnitud a Cole.

—Sé que hay algo más, por el modo en que a veces contemplas a mi hija, como si...

Abigaíl se tensó y se puso de pie con calma. En silencio, empezó a recoger su ropa interior, y guardó las bragas rasgadas en uno de los

bolsillos del albornoz. Cole la observaba en silencio.

—Cole —expresó mirándolo con una sonrisa distraída, ya con la ropa en mano—. No busques pistas en donde no existen. Miro a Hannah con cariño, porque la quiero. Eso es todo.

Se sentía frustrado de que ella se cerrara en banda.

—No. —Se puso de pie—. No lo es. Quiero saberlo —pidió—. Quiero saber qué es lo que a veces te atormenta, lo que nubla tu semblante cuando contemplas un niño.

—¡Basta! No tienes ningún derecho a interrogarme de esta manera. Lo que ha ocurrido aquí —señaló el mueble—, fue estupendo...

—Estupendo —repitió él reprimiendo las ganas de besarla de nuevo a ver si se le ocurría una palabra mejor al momento íntimo y cargado de sentimiento que acababan de compartir. Quizá él no había llegado al orgasmo, porque no fue su intención; había sido magnífico por el solo hecho de que ella hubiera disfrutado.

Ella hizo de cuenta como si no hubiese hablado.

—...te he disculpado. Pero eso es todo. Me iré a vestir para ir a casa, ya no hay ningún peligro para mí. Y lo que ha ocurrido en el sofá no va a volver a repetirse, porque...

—Abigaíl —interrumpió, y luego la detuvo del brazo cuando ella se disponía a subir las escaleras—. ¿Sientes algo por mí?

—Agradecimiento —contestó automáticamente en un rápido impulso de su cerebro para protegerse.

Cole apretó los dientes.

—¿Por lo del sofá hace un rato? indagó con una indiferencia que no sentía para nada.

—No seas obtuso —replicó calmada—. Estoy agradecida por haberme salvado la vida, por haberme ayudado a superar a Rylan en Seattle y ahora brindándome la oportunidad de tener yo el control, por hacerme sentir hermosa y deseada de nuevo; genuinamente. Estoy agradecida por haberme

dado la oportunidad de trabajar con Hannah y así poder pagar la clínica de mi abuelo. Eso es todo, Cole. No estoy negando la química sexual que tenemos entre nosotros, pero eso no nos lleva a ninguna parte. Yo ya he empezado a trabajar en la juguetería y ...

—Vuelve a trabajar conmigo —ofreció de inmediato.

—No funciona así. No soy una muñeca con la que puedes contar un día que estás de buen humor, y cuando estás de malas la dejas de lado.

Él se calló una maldición. Entonces, ¿solo atracción sexual era para ella? ¿Eso era todo? No podía ser tan tonto al haberse equivocado al leer en sus ojos, no podía ser cierto. Ella sentía algo más por él. Estaba seguro de eso, pero si estaba errado, entonces buscaría todos los medios para conquistarla.

La necesitaba a su lado. Porque él quería una familia. Con ella.

—Entonces, ¿solo agradecimiento? —preguntó casi escupiendo las palabras.

Abigaíl asintió. «¿Qué esperaba, Cole? Ella estaba bastante agotada. Necesitaba poner su mente en calma».

—¿Estás segura de que me has disculpado?

—Lo estoy. Y es ridículo que me hagas esa pregunta. No tengo diez años, Cole. Si te he dicho que te disculpo es así. Me lastimaste, sí. Me hiciste sentir muy mal, también. Pero hay que levantarse y seguir adelante. Después de lo que hemos vivido esta noche, quiero más que nunca zanjar con aquellas emociones que no me hacen bien. Quiero estar contenta, quiero vivir diferente. Relamerme las heridas no sirve de nada. Tus disculpas son más que bienvenidas, y me ayudan a cerrar ese episodio, pero aún si no te hubieras disculpado, yo habría continuado con mi vida como lo he estado haciendo. A veces hay que saber vivir con el dolor, hasta que desaparece.

—¿Lo hace? ¿Puede el dolor desaparecer? ¿La culpa? —Lo preguntaba por Celeste. Por el accidente, pero quizá el haber ayudado a Abigaíl esa noche, de algún modo, lo resarcía. Calmaba su conciencia con el pasado. Cuando alguien *que él amaba* lo necesitaba, y él había podido acudir en su ayuda. No podía culparse por no haber amado lo suficiente a Celeste, pero

jamás podría nadie recriminarle que no lo intentó.

—Cuando encuentras la fuerza dentro de ti, sí. Lo difícil es hallar ese motor que te hace ser tú mismo, que te impulsa a vivir a luchar, para utilizarlo en el proceso del dolor, la culpa, la amargura. Al final es un asunto de voluntad...

Él se acercó para abrazarla. La retuvo un largo rato. En silencio. Luego, colocó el dedo bajo el mentó de Abby, para elevarle el rostro.

—No quiero que sea solo agradecimiento lo que sientas por mí, Abby
—aseveró con sinceridad.

—Cole...—susurró con el corazón acelerado.

Él acarició la mejilla suave, al tiempo que Abby se dejaba envolver por esa bruma apacible que solía atraparla cuando Cole se mostraba encantador y maravilloso.

La miró con intensidad.

—¿Y si yo te dijera que...?

En eso una voz interrumpió desde el primer piso.

—¡Papaaaá! ¡Papaaaá! Ven aquí hay un monstruo en mi armario. ¡Veeen!
¡Veeen!

Cole y Abby supieron que el momento se había perdido.

—Por favor, quédate a dormir en la habitación de invitados. No creo que sea seguro que vayas a tu casa. Es poco más de media noche.

—Cole...

—Dormiré en mi habitación. Concédeme eso... por favor. Me sentiría más tranquilo, por más que la policía se haya llevado a ese bastardo.

Ella asintió, porque de pronto se sentía muy cansada. Somnolienta. Demasiadas emociones para una sola noche. Conducir sería una imprudencia.

—De acuerdo, llamaré a casa para decir que todo está en orden.

—¿Sabe tu abuelo...?

—No. Tampoco lo sospecha y es mejor así.

Cole asintió. Iba a decir algo más, cuando su hija se hizo escuchar de nuevo.

—¡Papaaaá! ¡Date prisaaa! —gritó Hannah de nuevo, en un tono que Cole supo implicaba que pronto llegarían las lágrimas.

Abigaíl estaba segura que se había despertado y al ver la luz de su habitación apagada, le dio miedo el clóset. Lo más probable era que cuando subió a buscar el teléfono para llamar al oficial Hudson, en el apuro de salvar a la niña, le dejara la luz apagada por instinto.

—¡Ya voy, princesa! —exclamó a su vez, antes de girarse hacia Abby otra vez—. Lo que ocurrió en ese sofá no fue un consuelo. Créeme. Tenemos una conversación pendiente.

La piel de Abby se erizó por la determinación en la voz masculina. Él se acercó y sorprendió a Abigaíl, al apretarla contra él y devorarlo su boca en un beso rápido, pero abrasador. Luego continuó hacia el primer piso para ir a salvar a Hannah de los monstruos del clóset.

La mente de Abby bullía con pensamientos y conjeturas, pero por esa noche iba a dejarlos reposar. Prácticamente arrastró los pies, e hizo el camino con lentitud hasta la habitación de invitados.

Capítulo 20

La alarma del Iphone sonó a las cinco de la madrugada, hora en la que Abigaíl sabía que ni Cole ni Hannah se despertaban. La rutina de ambos empezaba a las cinco y cuarenta, según le comentó en algún momento el propio Cole. Así que ella apagó rápidamente el sonido de la alarma, para que no despertara a nadie. Tomó su ropa y se metió en el cuarto de baño. Se dio una ducha rápida, luego salió y se vistió a toda prisa. Se recogió el cabello. Abrió el estuche del cepillo nuevo de dientes que encontró en la repisa del lavabo, e hizo su cepillado habitual. Sintióse más ligera bajó las escaleras y salió sigilosamente de la casa.

Aliviada de no tener que enfrentar a Cole esa mañana caminó a paso rápido hasta su automóvil. Estaba helando y los copos de nieve caían como algodón desde las nubes. Apretando los dientes, para evitar que le castañearan, abrió la puerta de su viejo coche, y encendió el motor.

Cuando se puso en marcha soltó un suspiro de alivio, ajena a los ojos negros que la observaban con una sonrisa calculada desde el piso superior de la mansión.

Cole se alejó de la ventana sin dejar de sonreír. ¿Cómo se le podía ocurrir a Abigaíl que, estando en su propia casa, él no estaría alerta a cualquier sonido, en especial al tener una hija pequeña durmiendo en la habitación contigua? Habría ido a buscarla para retomar la conversación pendiente, pero la dejó ir porque era consciente de que la noche anterior habían ocurrido eventos complejos.

Dejaría pasar un par de días antes de ponerse en contacto. Estaba seguro que ella tenía sentimientos hacia él, tan solo que no quería especular; necesitaba una certeza que saliera de Abby. Lo asustaba un poco, sí, pero por primera vez en mucho tiempo quería comprometerse de verdad en una relación, sin sentir la presión de conciencia por un embarazo, o por creer lo que “es correcto”. Esta vez era diferente. El temor al rechazo existía, pero también estaba dispuesto a enfrentarse a ello.

—Papá. —Hannah se había levantado más temprano de lo habitual y lo miraba desde el umbral de la puerta—. ¿Dónde está Abby? — Se chupó el dedo.

—¡Buenos días, princesa! — Se acuclilló frente a su hija y abrió los brazos hacia ella cuando Hannah entró corriendo a su habitación—. ¿Quieres mucho a Abby, eh?

La niña asintió dejándose abrazar por su padre.

—¿Dónde está? No la veo por ningún lado. Ella dijo que vino a visitarme.

—Se ha ido a su casa, pequeña. La visitas no duran tanto, y Abby tiene que trabajar para poder cuidar de su abuelito.

—Ah...yo quiero visitar al abuelito de Abby, papá. —Hizo un puchero, pero Cole le tomó los cachetes con ternura, apretándoselos, antes de inclinarse y elevarla en brazos—. ¡Papaaaaá! Gira más rápido, más rápido —dijo con una sonrisa, mientras su padre la giraba en el aire—. ¡Más, más, más rápido!

Sonriendo depositó a Hannah en la alfombra, escuchándola reírse. Amaba a su niña más que a nadie en el mundo, pero ahora existía también un espacio en su corazón que ocupaba otra persona. Una mujer hermosa, valiente y llena de coraje para afrontar la vida; una mujer de la que estaba enamorado.

—Hannah, ¿recuerdas a mamá? —preguntó de pronto, mientras la aupaba para llevarla al lavabo y alistarla para la escuela. No sabía cómo tratar el tema de Abigaíl con su hija. A veces ser padre implicaba muchas dificultades, entre ellas cómo abordar ciertos temas con una niña tan pequeña y con una mente ágil y despierta como la de Hannah.

—Sí... —expresó asintiendo con la cabeza, al tiempo que se dejaba cambiar de ropa—, pero ella está en el cielo, ¿verdad? —preguntó metiendo la cabeza por el cuello de la blusa.

Él le acarició los suaves cabellos tan negros como los suyos, cuando le acomodó las prendas.

—Lo está, tesoro, sí. Quería...

—El otro día escuché a mis amigas hablando de sus mamás —lo interrumpió, y se giró para que Cole le pusiera la falda. Elevó la carita

hacia su padre y lo miró con su ojos azules.

—¿Sí? —Le anudó el lazo de la faldita detrás de la espalda, y luego empezó a peinarla—. ¿Y qué decían? —indagó tratando de ignorar el nudo en el estómago. Desde la muerte de Celeste él trataba de que su recuerdo permaneciera en Hannah, le hablaba de ella en ocasiones, porque a pesar de las diferencias que tuvieron, él no tenía derecho a poner a una niña en contra de su madre, estuviera viva o no; e indistintamente del tipo de persona que hubiera sido. Con el paso del tiempo, Hannah había dejado de preguntar por Celeste.

—Que sus mamás las acompañaban a comprar ropa, las abrazaban, hacían galletas y en las noches les contaban cuentos para que se durmieran. Bridgett me preguntó por qué mi mamá nunca me acompañaba a las reuniones ni tampoco iba a las obras de la escuela...

—Oh, ¿qué les contaste, tesoro? —preguntó con preocupación. Se detuvo un rato para que Hannah se cepillara los dientes, y cuando acabó, la niña volvió a observarlo.

—Que tú eras el mejor papá del mundo, porque hacías todo eso conmigo —sonrió—, excepto las galletas, porque esa me las hace la abuela.

Cole no pudo evitar que los ojos se le empañaran. Se inclinó y mantuvo abrazada a su hija un largo rato. Ella no protestó y rodeó el cuello de su padre con sus pequeñas manitas.

—¿Papá...?

—¿Sí, princesa? — Estaba acuclillado frente a ella, y la alejó un poco para observarla.

—Tú eres genial, pero... —Le mostró los dientecitos en un intento de sonrisa amplia—. Quiero una mamá que me haga galletas y me compre ropa de niñas, vaya a mis obras de la escuela, me cuente cuentos y poder decirle “mamá”, y me quiera montones de montones. *Mamá* —repitió con una sonrisa—. Suena bonito, ¿verdad?

Se quedó lívido.

—Quieres una mamá... —repitió procesando la información. Pronto, la

tensión que lo había estado consumiendo sobre cómo hablar con su hija sobre Abigaíl, se disipó. Como si pudiese respirar de nuevo con soltura.

—También quiero hermanitos, papá —aseveró como si fuera la petición más fácil del mundo—. Así podría compartir con ellos mis lápices de colores.

—Claro... —prácticamente susurró, al tiempo que su hija lo halaba de la mano para llevarlo a la cocina a desayunar.

Él no dijo nada, y le empezó a servir un tazón de cereal con leche, y un vaso de zumo de frutillas, mientras él se preparaba un café.

—¿Papá? —llamó, dando cuenta de su tazón de *Froot Loops*, sus cereales favoritos.

Cole la observó esperando a que ella hablara.

—Quiero que Abby sea mi mamá para siempre.

Cuando Richard supo lo que había ocurrido con Rylan se quedó consternado. Insistió en darle el día libre, pero Abigaíl rehusó. A cambio, le agradeció por haberse siempre preocupado por ella y lo invitó a cenar a casa con su abuelo.

La vida parecía haberse encausado, salvo su mente que no dejaba de recordar las manos y la boca de Cole por su cuerpo, ni tampoco el modo en que la había consolado y cuidado la noche anterior. Intentaba disipar sus pensamientos sobre él enfocándose en el modo que quería enrumbar su vida. Hacía muchísimo tiempo que no se tomaba unas vacaciones, quizás era tiempo de empezar a planificarlas.

El viernes en la noche se encontró a su abuelo jugando a las cartas con sus amigos. Palton y Joe la miraron con alegría, mientras comprobaban sus cartas.

—Abby tu abuelo es un tramposo —dijo Joe cuando Horace dejó un As

de Trébol y una Reina de Corazones.

—Ah, no vas a creerles a este par de viejos mentirosos, ¿verdad Abby? —Le hizo un guiño que le arrancó una sonrisa a su nieta—. He ganado limpiamente caballeros por tercera vez consecutiva. Así que esos veinte dólares son todos míos. Eh, Amanda. —El ama de llaves apareció en el umbral de la puerta de la biblioteca—. ¿Puedes traernos unas cervezas?

—Nada de cervezas —intervino Abby, mientras dejaba colgado el abrigo, la bufanda y el gorrito de nieve en el armario de la entrada—. Aún no he conversado con Spencer sobre tu salud, y digas lo que digas, hay zumo de sandía para ti. —Joe y Palton empezaron a reírse—. Y ustedes dos también. —El par de graciosos se quedó en silencio—. ¿Comprendido pandilla?

—Sí, Abby —murmuraron todos por lo bajo, ante la sonrisa de Amanda que volvió a sus asuntos: terminarse “La hora de la araña” de James Patterson. Un thriller de suspense siempre venía bien un viernes.

—Por cierto esta noche vendrá a cenar con nosotros Richard. ¿No le van a birlar su dinero haciendo trampas, eh?

—No, niña, ¿cómo se te ocurre? —repuso Joe, mientras recogía las cartas para empezar a bajarlas nuevamente—. Además por hoy hemos terminado con el BlackJack, hemos decidido empezar a jugar Póker.

—Ya —contestó Abigaíl yendo a la cocina a preparar la cena. En realidad a calentarla, pues antes de ir a casa había pasado por el supermercado, con su bien merecida tarjeta de consumo gratuito, para comprar unos congelados. No era buena cocinera, pero las galletas y cupcakes le salían sensacionales. Y ese día no quería cargarle la cena a Amanda, aunque estaba dentro de sus labores diarias el asunto de la cocina. Amanda era un ama de llaves cinco estrellas—. Haré cupcakes —gritó sosteniendo la puerta del refrigerador para sacar un par de condimentos.

—¡Genial, cariño! —replicó Horace. Luego bajó la voz hasta casi un murmullo y le comentó a sus amigos la decisión que él y Spencer habían tomado sobre su tratamiento. Estuvieron susurrando un largo rato. Aquella era una conversación que Horace prefería no mantener aún con su nieta.

La cena fue estupenda. Los hijos de Joe y Palton pasaron a recogerlos a

las nueve, y su abuelo fue a dormir casi a la misma hora. Richard y ella se quedaron charlando, hasta que su amigo se despidió, pues Elizabeth y él tenían al parecer una cita.

—¡Tienes que conocer a Elizabeth, es una mujer magnífica! —Le hizo de la mano cuando estuvo en su automóvil—. Nos vemos pronto.

—¡Seguro! —exclamó cuando Richard encendió el motor y se puso en marcha.

Una de las actividades del día que Abigaíl disfrutaba más era poder deslizarse desnuda en el agua tibia de su bañera y saborear una copa de vino mientras yacía con la cabeza recostada en el filo de la tina. Un viernes por la noche debería tener una cita, se dijo al tiempo que el líquido rojo se deslizaba por su garganta, pero estaba extenuada. La semana al fin había concluido. ¡Vaya semana! Pero al menos tenía la certeza que la justicia haría pagar a Rylan por todo el daño que le había causado.

El que Cole supiera que había sido maltratada, no le gustó, porque no quería generar sentimientos de compasión en nadie. Pero el modo en que él sostuvo su mano, la abrazó y le dio su apoyo, sin emitir palabras, mientras el oficial Hudson tomaba notas con más detalles le llegó al corazón; no hubo compasión, sino comprensión. En ese momento se había sentido más fuerte, valiente, quizá se debía a lo mucho que amaba a ese hombre. A veces pensaba que podía conformarse con ser la amante esporádica de Cole, pero sabía que al final eso la haría infeliz; no estaba dispuesta a aceptar migajas de amor.

Merecía exactamente lo que ella podía dar: entrega completa. No quería medias tintas. En el amor, para ella, no se valía ese tipo de arreglos.

Buscó en su neceser la crema de Victoria's Secret que le gustaba aplicarse en el cuerpo. *Such a Flirt*. Olía delicioso, y la sensación de deslizarla por la piel le encantaba. Quizás eran las copas de vinos, sí fueron tres, en la bañera las que provocaban que se sintiera más sensual. Recorrió cada recodo de su cuerpo con la crema. Era magnífico sentirse libre, sin miedos; era como respirar libertad. «No había sensación más extraordinaria que esa», pensó sonriente.

Se puso la bata de algodón y se perdió entre las sábanas color champán

de su cama. Estaba presta a dormirse cuando sonó su móvil. Encendió la lamparilla de noche del velador de cama. Generalmente no respondía cuando salía un número desconocido, pero en esta ocasión no sintió ganas de ignorar la llamada. Deslizó el dedo sobre la pantalla del Iphone para contestar. Antes, se fijó en la hora. Once menos cuarto de la noche.

—¿Sí? —preguntó con voz somnolienta.

—Oh, perdona querida. Mira qué hora de llamar tan inadecuada, lo siento.

—¿Charisse? —indagó extrañada.

Se escuchó una risa del otro lado.

—¡Me has reconocido! Qué gusto saber que te acuerdas de mí.

Más espabilada, Abby se sentó y reclinó la espalda contra el respaldo de la cama.

—Por supuesto que la recuerdo, ¿cómo...?

—Me diste tu número cuando estabas acá en Seattle por si te necesitaba Cole cuando saliste con mi amiga a pasear.

«Vaya sí que se acordaba de aquel día», pensó Abby.

—Disculpa, Charisse, es que se me hace algo extraño que usted me llame...

—Sí, siento mucho llamarte tan tarde, pero me ha dicho mi asistente en la empresa que hubo un extravío en tu invitación. Y ya no hay tiempo, no quería que pensaras que había sido grosera.

Ella no pillaba nada.

—No sé de qué me habla.

—Este sábado es el aniversario de la compañía. Mi esposo y yo te tomamos aprecio, y nos gustaría muchísimo poder contar contigo. Será este sábado. —Luego empezó a contarle la breve historia de la compañía, y le explicó cómo llegar al hotel en donde se celebraría la recepción—. ¿Podrás acompañarnos?

—Me siento halagada, Charisse, pero me toma usted totalmente desprevenida, no tengo...

—No te preocupes por un acompañante —la interrumpió mal interpretando lo que Abby quería contarle, y era que no tenía tiempo de conseguir un traje adecuado—. Eso está arreglado. Sé que eres una chica muy sensata y agradable, así que le he pedido a mi hijo Elliot que haga el honor de acompañarte, por supuesto, si aceptas la invitación. Que espero que sí —expresó con entusiasmo—. ¡Oh, cierto! Estará Ninette si acaso crees que vas a sentirte fuera de lugar. Ella ha insistido también en invitarte y cuando supimos que tu invitación no había llegado, nos preocupamos. Por eso mi llamada.

—Vaya... no sé qué decir...

—¿Lo dices por lo del acompañante? ¿Te incomoda? —preguntó con tono inquieto, aunque en realidad estaba esbozando una sonrisa, mientras Michael, que estaba acostado leyendo un libro de finanzas le dio un codazo desde el otro lado de la cama matrimonial de la mansión Templeton en Seattle. Charisse en respuesta despeinó a su esposo con la mano libre de modo afectuoso—. Disculpa, pensé que Cole y tú estaban juntos, si es así, lo lamento, entonces preferiría que...

Michael elevó los ojos al tumbado, apagó la luz de su mesilla de noche y prefirió esconderse tras las sábanas. Se recriminaba haberle comentado a su mujer de pasada que Cole Shermann seguía soltero.

—No... —Se aclaró la garganta, porque no sabía definir qué tipo de relación existía entre ella y Cole—. No estamos juntos.

—Entonces mi hijo Elliot, que es encantador, será una compañía adecuada. Él pasará por ti el sábado a las ocho y media de la noche. ¿Vendrás, verdad?

«¿Cómo negarse, si había tenido el detalle de llamarla personalmente?», pensó Abby. Por otra parte, quizá le vendría bien conocer a otra persona. A lo mejor no para tener una relación, pero para pasar una agradable velada. Si los Templeton eran encantadores, seguro que el tal Elliot era igual. Además también le hacía ilusión ver de nuevo a la chispeante Ninette y, porque además de verla quería saber si había finalmente había atrapado a

Gerard. Sí, cuando había modo de ser cotilla, lo era. ¿Para qué mentir?

—Yo... sí, gracias Charisse.

—Bah, un placer poder verte nuevamente. ¡Hasta el sábado!

—Sí, hasta el sábado...

Observó el móvil hasta que la lucecita se apagó. Presionó el botón para apagar la luz de la mesa de noche y volvió a meterse bajo las sábanas. Estaba segura de que pasaría un buen rato en la fiesta de de los Templeton. Bailar y conocer otras persona le vendrían más que bien. De hecho, ya le hacía ilusión.

En Seattle, Charisse se colocó su antifaz con gel frío para amanecer con los párpados tersos. «Michael no estaba roncando», pensó ella al acomodar la cabeza en la almohada. Lo cual era una señal de que tendría que escuchar una regañina.

—Querida... —dijo con un tono que distaba mucho de estar contento.

Charisse se acercó a él desde atrás, y posó la mano sobre el abdomen de su esposo, para abrazarlo.

—¿Qué? —susurró con cariño cuando su boca quedó a la altura del cuello de Michael.

—Eres una cotilla.

—Oh, Michael, no seas malo. —Le dio un achuchón—. No está bien que el chico Shermann continúe soltero.

—¿Vas a poner al pobre Elliot de carnada?

Charisse le dio un golpe suave y afectuoso en el hombro.

—Claro que no, jamás haría eso con mi hijo. Solo voy a ponerlo a practicar sus habilidades para cuando decida casarse con Giselle. Después de todo es la hija de otra de mis mejores amigas. Si Gerard está reaccionando con Ninette, tengo esperanzas con Elliot.

—¡Charisse! ¿Invitaste a Giselle a la gala, aún consciente de que nuestro hijo va a llevar a Abigaíl?

—¿Por quién me tomas? —Se fingió indignada. Michael colocó la mano sobre la de su mujer, para que no dejara de abrazarlo—. Le dije a Giselle que Elliot iría a la fiesta de la empresa en Baltimore, nada más.

—¿Esperas que ella venga a Baltimore para comprobar que Elliot no está con otra?

—Lo que espero es que ella se dé cuenta de que si le sigue dando calabazas a mi guapísimo hijo, entonces él no tendrá más remedio que irse con otra. Ese es el mensaje. ¿Por qué los hombres nunca entienden la mente femenina?

—Será que es muy complicada.

—O que ustedes lo ven todo blanco o negro, no existen los matices. Además, Giselle no está saliendo con Elliot... porque sabe que está loco por ella. Hay que hacerla entender que mi hijo no va esperarla toda la vida, ni aguantar sus caprichos. La quiero mucho, porque es mi ahijada, pero tiene que valorar a las otras personas. Además, según tengo entendido el pequeño impasse entre ellos ya debería haberse solucionado, porque conozco a mi hijo y sé que él ya le debió haber pedido disculpas, pero Giselle es caprichosa.

—Y esa otra persona a la que Giselle tiene que aprender a valorar casualmente es tu hijo — rezongó Michael dándole una palmadita afectuosa a la mano de Charisse.

—A quien amo con locura, pero ya ves, en el caso de Abigaíl y Cole, no me une ningún lazo. Solo sé que se merecen... y tienen que darse cuenta.

—Me doy por vencido. Seguro que en otra vida fuiste bruja. De esas brujas que se dedican a hacer pociones de amor.

Charisse se echó a reír. Antes de alejarse a su lado de la cama, le susurró a su esposo cuánto lo amaba.

—Yo también te amo, mujer. Ven aquí. Ya sabes que no puedo dormir si no te abrazo.

—Eres demasiado encantador —replicó ella, dejándose cobijar por los brazos de su esposo.

—Debe ser porque eres una mujer especial. Ahora a dormir que mañana tenemos que viajar a Baltimore, y antes tengo una conferencia de negocios por Skype. Recuerda que no hago dinero precisamente por ser el esposo de Cupido en versión femenina.

Con una carcajada, Charisse cerró los ojos.

Capítulo 21

El hotel donde se celebraba la cena no podía ser otro que uno de los más exclusivos de la ciudad, el Hotel Monaco Baltimore, construido en 1906. El salón principal estaba decorado con toques *vintage* creando así una atmósfera relajada, elegante y suspendida en Norteamérica del siglo XX, en los años 30's. Así lo había decidido Charisse. A ella le gustaba el estilo de vestir de aquella época, y su querido Michael, le complacía los caprichos. La lista de invitados era de aproximadamente quinientas personas, no tenían consigna de vestir al estilo del motivo de la decoración, pero la anfitriona había decidido hacerlo por su cuenta.

Los camareros tenían un arduo trabajo, pues en cada mesa había uno o dos de los hombres y mujeres más acaudalados de Estados Unidos. Todos amigos personales de los dueños de Templeton & Company. Los tonos azules, blancos y negros prevalecían en el salón, sin olvidar el clásico rosa pardo en los adornos florales de cada mesa.

Abigaíl se sentía un poco desorientada. Generalmente no asistía a eventos tan fastuosos, ni se rodeaba por tantas personas. Ella prefería la quietud, o solo salir con pocos amigos, una cena en casa o charlar en un bar; aquel era más su estilo. Pero lo cierto era que Elliot se estaba comportando de una manera encantadora.

Cuando un increíble Rolls-Royce aparcó en su casa, una hora atrás, Abby se quedó estupefacta. Aunque no tanto como cuando observó acercarse a uno de los hombres más espectaculares que hubiera visto. Ojos verdes brillantes, un esmoquin a medida, el cabello rubio peinado hacia atrás y una barba de dos días que le confería a Elliot Templeton un aire de picardía. Se sintió un poco intimidada por el aura de confianza y aplomo del que sería su compañero de la velada.

—¿Abigaíl? —sonrió cuando llegó a la puerta del salón sacándola del ensimismamiento. ¿Sería que últimamente los hombres que estaban a su alrededor se dedicaban a hacer anuncios publicitarios para pantas dentífricas?, se preguntó—. Eres tan guapa como mi madre te describió —dijo al acercarse—. No tienes de qué preocuparte. Todo irá sobre ruedas.

—Yo... gracias —replicó sonrojándose cuando Elliot, en lugar de

besarla en la mejilla, dejó que sus labios plantaran un beso en el dorso de su mano.

—No te inquietes, Abby, lo vas a pasar estupendo —aseguró ofreciéndole el brazo, para que ella deslizara su mano y la pudiera guiar una vez que dejaran sus abrigos.

Abigaíl había ido de compras con Mónica esa mañana. Su amiga insistió en que tenía que hacerse un corte de cabello, algo que llamara la atención y reviviera a la Abby pícara y divertida de siempre. Por más que intentó resistirse, al final de la tarde se encontró perfectamente maquillada, con un corte de cabello en cortas capas que le otorgaban un movimiento sensual a su cabello y un flequillo discreto, más definido que el anterior, hacia el lado izquierdo. Además, Mónica le dijo que se merecía un masaje. Así que su piel estaba brillante, sus músculos relajados, las uñas de las manos y pies perfectamente pintados con laca rosada, y su cuerpo exhibía un vestido espectacular. El color que había escogido era el turquesa. Resaltaba su piel y sus ojos. Era un poco atrevido, lo confesaba, pero cuando observó la mirada masculina que Elliot le dedicó, no se arrepintió de haberse dejado convencer por Mónica al comprar el modelo.

El vestido de seda no tenía mangas y el escote en forma de corazón resguardaba perfectamente sus senos desafiando a la gravedad. La espalda la llevaba desnuda y el corte se curvaba justo diez centímetros sobre sus firmes nalgas. La tela caía con suavidad hasta el piso, cubriendo parcialmente sus sandalias de tacón de aguja plateadas.

—No creo que tus padres ofrezcan algo que no sea espectacular. Son una pareja magnífica.

Elliot sonrió, al tiempo que se adentraba con ella en el salón. Al parecer llegaban un poco tarde, pues en ese instante Michael y Charisse estaban bajando del podio desde el cual habrían dado su discurso de aniversario.

—Hemos llegado un poco tarde, y confieso que lo he hecho a propósito —dijo Elliot sin quitar aquella cautivadora sonrisa de su rostro—. ¿Te digo la verdad? —susurró al oído de Abby. Ella asintió—. Odio los discursos, mis padres ya lo saben. Creo que contaban con mi retraso. Así que no se te ocurra sentirte avergonzada por ello.

—Oh...lo entiendo.

Lo que seguro no iba a entender era el motivo por el cuál sentía que la observaban. Una sensación incómoda. No se trataba de que alguien admirara su vestido. En absoluto. Imposible determinar de dónde provenía aquella sensación.

Intentó parecer serena, e inclusive divertida, cuando Elliot saludó con sus padres, y la presentó con algunos amigos. Se rió y conversó, pero continuaba sintiéndose incómoda. Se encontraron con Ninette, quien efectivamente había logrado llamar la atención de Gerard y este preparaba su viaje de regreso anticipado desde Europa para verla; le encantó reírse y conversar con ella.

—¿Pasa algo? —preguntó Elliot cuando la orquesta empezó a tocar, y al verla tensa—. De pronto te noto algo inquieta. Espero no haber dicho o hecho nada para incomodarte.

Ella esbozó una sonrisa, y le asió el brazo con suavidad a modo de disculpa.

—Me has hecho sentir muy bien, gracias Elliot. No pasa nada. Solo que hace tiempo que no salía a una velada con tantas personas. Pero es agradable saber que cuento con una compañía tan divertida —le sonrió.

—¿Te gusta bailar?

—Me encanta.

Elliot le extendió la mano cuando estuvieron cerca de la pista de baile.

—Entonces, ¿me haces el honor?

Abby asintió, y se dejó conducir hasta el centro de la pista a la cual empezaban a acercarse poco a poco las parejas de invitados. Al final de la tercera canción se sentía exultante y relajada. Elliot era un conversador estupendo y la hacía reír. Algunos amigos se acercaron bailando, y formaron un grupo entretenido. La banda era genial.

Estaba riéndose de un comentario de Elliot, cuando una figura que le era más que conocida invadió su campo visual. No estaba solo. Cole llevaba del brazo a una peliroja sensacional, exactamente el tipo de mujer que ella

nunca llegaría a ser: estilizada, esbelta y muy alta; tan alta que, para ser honesta, hacía una pareja ideal con Cole. La mujer le susurraba al oído, y Cole parecía encantado con lo que le estaba diciendo, pues esbozó una de aquellas sonrisas “afloja rodillas”. No había otra manera de calificarlas.

Desde el asunto de Rylan, Cole no se había contactado con ella; ni un mensaje o llamada. Se preguntó los motivos, pero ahora era clarísimo. Tan claro como el hecho de que tenía que refrescarse y salir inmediatamente de esa pista de baile.

—Elliot, me gustaría ir al tocador de damas —susurró mientras él la giraba al son de la música.

—Claro, ¿todo bien? —interrogó al mirar el rostro pálido de Abby—. ¿No prefieres algo de tomar? ¿O comer, quizá?

—Gracias. Solo quiero ir al tocador ...

Él asintió, para luego indicarle el camino a seguir. Agradecida por la oportunidad de escabullirse, Abby se alejó presurosa.

Encontrarse a Abigail con un vestido que dejaba poco a la imaginación casi lo lleva a atragantarse con el whisky; además se había hecho algo en el pelo y lucía arrebatadora. Lo peor fue encontrarla bailando con el hijo de Charisse y Michael, muy cómodamente, sin importarle que Elliot Templeton le pusieran la mano en la espalda desnuda. Una espalda de piel sedosa y sensual que él había acariciado y besado. Verla con otro fue como si le hubiesen propinado una patada dejándolo sin aliento.

Había pensado ir solo a la velada, de hecho, cuando Hannah le pidió llorando que no fuera a la fiesta estuvo tentado de acceder. Pero Petra lo llamó comentándole que, si él no estaba ocupado, ella necesitaba ir a esa fiesta y le iría muy bien su compañía. Al parecer, Petra había decidido armarse de valor y conquistar a Abraham.

Él pidió a su hermana Lana que se quedara con Hannah, y ella accedió a cuidar a su única sobrina durante el fin de semana. A Cole le gustaba llevar

una buena relación con su hermana y su cuñado, pero sobre todo adoraba el modo en que Hannah jugueteaba con sus primos y empezaban a formar aquellos lazos afectivos sólidos que serían muy importantes cuando todos crecieran y se necesitaran unos a otros.

—¿Cole? —llamó Petra inclinándose hacia su amigo. Aquella noche iba a dejar los miedos atrás e intentaría que Abraham la tomara en serio. Al menos contaba con un aliado como Cole. Pero en ese momento, en que intentaba preguntarle algo sobre Abraham, su amigo contemplaba un punto en la pista de baile y fruncía el ceño—. ¿Es ella? —musitó cuando él no le prestó atención. Quizá no la había escuchado debido a la música—. ¡Cole!

—¿Eh?

—Pregunto si esa que está en la pista es la mujer de quien me hablaste en el camino de venida a la fiesta. —Él quitó la mirada de la pista y la posó en su amiga—. No pongas cara de desconcierto, me estoy refiriendo a esa mujer de quien dices estar enamorado. La que te lleva loco, no te deja dormir, te desconcentra... —dijo con tono bromista, y Cole se echó a reír.

—Lo siento, me ha sorprendido verla —le murmuró también en el oído, pues era el único modo de hacerse escuchar—. Esperaba llamarla mañana, pero veo que ha encontrado una buena compañía.

Con disimulo, Petra buscó en la pista la mujer que Cole le había descrito hacía un rato. Una rubia muy guapa. La verdad era que tenía un rostro dulce y el vestido le quedaba como un guante. No era para menos que su amigo estuviera embobado. Lo único que la apenaba era que aún no daban con el paradero de Abraham, por quien ella se había puesto un vestido rojo que acentuaba su cabello, con un escote casi escandaloso en la parte frontal y recatado en la espalda. Abraham iba a quedarse boquiabierto al mirarla... si es que lo encontraba, claro.

—Oh, ¿te refieres a... Elliot Templeton? —preguntó cuando identificó al hombre que acompañaba a la chica de Cole—. Déjame decirte que está saliendo con una tal Giselle. No pongas esa cara de furia, no está engañando a su novia. Están peleados o eso dicen los cotilleos. Yo conozco a Charisse Templeton y es una casamentera de primera —sonrió—, tengo la seguridad de que la presencia de tu tormento personal no es una casualidad. Elliot conoce a su madre, así que debe entender que algo trama, porque cual más

sabe que Giselle es hija de una de las mejores amigas de Charisse. Pero ese chico Templeton es un buen partido, si Giselle no lo ha perdonado. —Se encogió de hombros. Luego bajó la voz como si pudieran escucharla—: Dicen que se enfadó porque lo vio cenando con su ex prometida, creo que Abigaíl tiene oportunidad de conquistarlo —explicó con un toque de malicia para pinchar a su amigo.

En respuesta Cole se pasó la mano por el rostro, frustrado.

—Además, tú no has tenido las agallas de decirle a Abigaíl lo que sientes, querido.

—Creo que la próxima vez obviaré contarte ciertas cosas, Petra.

Ella le dio una palmadita en el hombro.

—Te hace falta que te digan un par de cosas. Creo que deberías ir a enmendarlo. Ehhh... mírala —dijo cuando volvió a poner su atención en la pista de baile—. Se va hacia los lavabos. ¿Por qué no vas a aclarar las cosas con ella? Déjame asegurarte que se ha dado cuenta de que estás aquí. Conmigo.

—¿Tú crees...?

—Llámalo intuición femenina. —No iba a decirle que la rubia casi la asesina con la mirada, pero luego su rostro se tornó frágil. Eso le tocaba campear a Cole—. Así que ve, yo me quedo aquí en el bar. Quién sabe y pronto pasa Abraham —comentó con una sonrisa, mientras giraba con sus dedos la copa de *Martini*.

—Sí. Espero que ese tonto se dé cuenta lo guapa que eres, aunque no creo que le guste la competencia intelectual tan reñida que se llevaría contigo.—Sonrió.

—Cuando acabes tus rollos sentimentales, me echas una mano con los míos.

Con una carcajada, él asintió, y empezó a perderse por entre el gentío.

Se contempló en el espejo del tocador. Tenía el cabello perfecto; ese corte nuevo obraba maravillas en su rostro. Sus labios solo necesitaban un retoque con brillo, así que se aplicó una capa. Apoyó las manos en el mármol negro del mesón donde había varios lavamanos y respiró profundamente. Necesitaba calmarse. Era horrible ver al hombre al que amabas con otra mujer, pero era más terrible saber que no podías tenerlo.

Por otra parte, no podía dejar abandonado a Elliot, pues los Templeton fueron sumamente amables desde que los conoció, ¿cómo hacerles un desaire simplemente porque su afecto no era correspondido por el hombre al que ella deseaba con locura? Era un ridículo. Dispuesta a disfrutar de lo que quedaba de la velada abrió la puerta para dirigirse nuevamente al salón.

No llegó muy lejos.

Una pared de puro músculo le impidió el paso, y estuvo a punto de caer si un par de fuertes brazos no la hubiesen sostenido. El impacto de aquellos ojos negros le quitaron el aliento cuando elevó el rostro.

—Cole...

La sostuvo de los hombros un rato más de lo debido mirándola como si intentara descubrir algo en su rostro. Luego, sin decir nada, la tomó del codo con suavidad y la guió por un pasillo donde había pocas personas. Ella quiso safarse de su toque, pero si lo hacía hubiera generado alguna suerte de escena, y no quería causarle bochornos a Charisse ni Michael. Así que apretó los dientes y siguió el paso de Cole. ¿Por qué diablos tenía que oler tan condenadamente bien?

—Me alegra saber que te estás divirtiendo. —La soltó cuando llegaron hasta un segundo bar en un pasillo menos congestionado. Pidió una cerveza y para Abby un vaso de agua, pero ella lo rechazó con un gesto. Cole estaba tratando de morderse la lengua, no quería decir algo de lo que podría arrepentirse. Así que bebió un largo trago de cerveza y apoyó el codo en el borde de la barra, mientras Abigaíl lo observaba enfurruñada. «¿Podía verse esa mujer acaso más deseable y más hermosa?», se preguntó recorriéndola con la mirada.

Cuando estuvo segura de que nadie se fijaba en ellos soltó su enfado.

—¿Cómo te atreves a traerme así como si fuera una muñeca que se mueve a tu antojo? —dijo entredientes.

—Estás preciosa —contestó. Iba a jugar las cartas de otra manera—. Tu cabello está hermoso. —Hizo un amago de tocárselo, pero se contuvo.

Ella pareció quedarse en blanco.

—¿Qué? —Se cruzó de brazos. Lo único que consiguió fue que sus pechos se resaltaran tentadoramente, y Cole no perdió oportunidad de fijar en ellos su mirada—. Aún no me has contestado —insistió.

Él suspiró y se terminó la cerveza.

—He venido a la fiesta, y al darme cuenta que estabas aquí, quise saludarte, tú precisamente cariño no te mueves al antojo de nadie, y entre esas cosas que me excitan de ti, esta es una de ellas —contestó haciéndole un guiño, a pesar de las ganas que tenía de tomarla en brazos y besarla, para recordarle quién era la persona con quien debería estar. Era un poco cavernícola el impulso, pero, ¿qué más daba?

—Entiendo. Entonces, pues hola, y chao —dijo antes de girarse para volver a la pista de baile.

Con un ágil movimiento, Cole la alcanzó tomándola de la muñeca. Ella se detuvo y miró la mano masculina esperando a que la soltara. No ocurrió.

Donde ellos se encontraban la música sonaba con menos fuerza, así que no necesitaban elevar demasiado la voz para conversar.

—Siento no haberte llamado desde...

Una pareja muy elegante empezó a caminar cerca de ellos, interrumpiéndolos. Cole se aprovechó, y haló a Abby hacia él de tal forma que quedó prácticamente pegada a su pecho.

—Cole, no tienes que sentir nada. —Elevó el rostro hacia él—. ¿Quieres hablar de lo que ocurrió en tu casa la otra noche? —masculló—. Pues entonces solo te digo “gracias”. Una vez más —bajó la voz antes de continuar en tono de hastío—: Gracias por salvarme la vida, y gracias por

el orgasmo, pero seguro que la pelirroja que está en el salón esperándote te dirá lo mismo cuando te acuestas con ella.

Cole esbozó una lenta sonrisa y cambió la posición de su mano. Recorrió el brazo desnudo de Abby, hasta deslizar la mano por la espalda desnuda. Ella no podía alejarse, porque a pesar de que la tocaba con delicadeza, también lo hacía con un agarre firme.

—¿Y qué me dices de Elliot Templeton, cariño? —Utilizó una voz grave, íntima. Demasiado íntima.

Ella se encogió de hombros.

—Me invitó Charisse, y él me acompaña.

Frunció el ceño.

—Eso significa que Elliot y tú están aquí por compromiso. —Acarició con el pulgar la espalda baja. Abigaíl sintió encendérsele la piel. No quería que la tocara, no cuando lo había visto con otra mujer y él siquiera tenía la cara de aceptarlo.

—Eso significa que no te incumbe.

Él se echó a reír, y empezó a moverse con ella, pegada a su cuerpo, al ritmo de la balada de que sonaba de fondo. La mano derecha ascendió por la columna vertebral desnuda de Abby con suavidad. La sintió temblar, y él ensanchó la sonrisa.

—¿Por qué no habría de incumbirme? —susurró inclinándose y rozando su mejilla con la de ella. En un calculado movimiento, mordió el lóbulo de la oreja de Abby, y ella dio un respingo.

—Suéltame —espetó con frialdad, aunque su cuerpo no entendía qué podría significar esa palabra.

—Estamos bailando —murmuró introduciendo su muslo entre las piernas de Abigaíl, de un modo tan discreto, que solo ella se dio cuenta. Y no solo del movimiento, sino de la muestra de que Cole no solo estaba intimidándola, sino demostrándole que la deseaba—. Y conversando, por supuesto, ¿quieres volver a los brazos de Elliot?

—¿Quieres volver a los brazos de la pelirroja?

—Touché —replicó riéndose, pero sin soltarla—. Hoy estás muy sexy. Me gusta... Aunque hubiera preferido que ninguno de esos hombres de la sala babearan detrás de ti.

—No me interesa lo que te guste o no.

—¿Por qué estás tan a la defensiva conmigo? —preguntó con tono casual, girando con ella en brazos. Abigaíl no tuvo más remedio que dejarse llevar.

Estaba tensa, molesta y también excitada. Sabía el centro húmedo de su sexo ardía, y sentía los pezones más sensibles al rozarse con la tela del vestido, mientras bailaba con Cole. Y aquella fricción le empezaba a agitar la respiración. No se explicaba cómo tenía el descaro de bailar con ella, cuando su amante de turno lo esperaba en el otro lado del salón. Quería apartarse, y a la vez no quería hacerlo.

—No lo estoy, pero no me gusta que me aborden del modo en que tú lo has hecho.

—¿Estás enfadada porque me viste con la pelirroja o porque no te llamé?

—Estoy enfadada porque Elliot, que tan caballerosamente me ha invitado a esta fiesta, está esperándome, y yo estoy perdiendo el tiempo contigo. —Mintió.

—Así que Elliot, ¿eh?

Ella viró el rostro y fingió interesarse por una escultura de hielo con forma de ángel, la cual tenía en la base varios cuencos de cristal con caviar.

—Si me has abordado solo para hacerme una encuesta, creo que ya he respondido a tus preguntas. Aunque no has hecho tú lo mismo con las mías.

—Abby, lo que parece es que estamos midiendo quién es mejor evadiendo las interrogantes del otro, ¿no crees?

—Me da igual.

Cole suspiró, y se inclinó para rozar los labios de Abby con los suyos.

Fue un beso espontáneo, fugaz, pero como siempre ocurría entre ellos, cargado de una corriente que parecía abarcar cada célula de sus cuerpos.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿El qué?

—Besa...

Cole inclinó la cabeza y en esta ocasión invadió la boca de Abigaíl como si estuviera sediento en medio del Sahara, y ella fuera su oasis. Le mordisqueó con los dientes el labio superior cerrando los ojos para degustar su sabor. Un sabor que adoraba y que había echado de menos las últimas cuarenta y ocho horas. No le importaba que hubiera público alrededor, porque estaba consciente de que todos se ocupaban de sus propios asuntos; no era idiota, y desde donde se encontraban tenían una posición discreta. Alentado por ello, devoró su boca, mientras su mano se deslizaba hacia arriba y hacia abajo sobre la espalda desnuda.

—Ejem —interrumpió alguien.

Ambos se separaron abruptamente. Abigaíl sonrojada y avergonzada pensando en cuántas personas habrían presenciado el beso que... Un beso que había durado solo cinco segundos, pero para ella fue como si hubiera sido eterno. Con Cole la sensación del tiempo se perdía, el mundo se desvanecía y solo estaban los dos. O los tres, dado el caso de que tenía a la pelirroja con quien lo había visto minutos atrás, a su lado. Seguro iba a reclamar lo que, con justa razón, esa noche le pertenecía. ¿Qué podía hacer? ¿Echarse a llorar como una patética mujer con el corazón herido y sin orgullo; o mantener su orgullo y fingir que nada había ocurrido? Pues segundo. Seguro.

Se deshizo de los brazos de Cole, quien la observaba con intensidad y atento a cada una de sus reacciones.

—Siento la interrupción —expresó la mujer y miró a Abby. Le sonrió—. Soy Petra Braxter. La competencia informática de este muchacho.

—Hola, yo... —Cole que la observaba con una sonrisa divertida. Abigaíl sentía ganas de borrarle esa ridícula sonrisa del rostro—. Bien, los dejo...

Él volvió a retenerla, en esta ocasión la apretó de la cintura de un modo posesivo.

—De ninguna manera, Abby. Quédate a mi lado —pidió él. Luego miró a Petra—. ¿Todo bien?

—Abraham me ha pedido que... —Se sonrojó—. Que lo acompañe a dar una vuelta por el muelle esta noche.

Cole se echó a reír. Se alegraba de que al menos la intención de su amiga esa noche se concretara. Sabía que Abraham era un espíritu libre, pero también era consciente de que si algo tenía Petra Braxter era determinación. Su amigo no tendría muchas oportunidades de resistirse.

—Imposible que él no te notara. Estás despampanante, Petra.

«Despampanante, claro. Y ella, “preciosa”», refunfuñó Abby. Cole sintió cómo Abigaíl se tensó por su comentario, y se guardó una sonrisa.

—Abby, Petra es una gran amiga, y Abraham es mi socio, creo que lo conoces.— Abigaíl asintió—. Salen juntos.

—O al menos eso espero —agregó Petra sonrojándose de nuevo—. No quise importunar, solo quería pasar a agradecerte que aceptaras acompañarme para que Abraham... En fin. Gracias.

—Para eso están los amigos. Por cierto, dile a tu ya sabes quién que no espere a su acompañante de esta noche.

Petra se rió, y Abigaíl los miró incómoda.

—Seguro. Ha sido un placer Abby —dijo la mujer con una sonrisa. Una sonrisa que Abigaíl sintió sincera, lo cual la hizo sentir como una ridícula celosa. ¿No se suponía que se había propuesto alejarse de Cole? —. Espero que nos volvamos a ver.

—Yo... De igual manera.

Con un guiño para Abby, la pelirroja se alejó. Varios hombres que estaban alrededor siguieron con la mirada el contoneo de las caderas de Petra.

Ninguno de ellos se fijó en la mujer vestida al estilo de los años 30's que

sonreía mirando a Cole y Abigail, y que luego le hizo un guiño a su esposo, a lo que este respondió con un suspiro resignado. Sin duda, Charisse Templeton había logrado salirse con la suya.

—Supongo que es tu amiga.

Él la sintió al fin relajada a su lado.

—Lo mismo que Elliot, ¿verdad? —preguntó girándola hacia él.

—Lo acabo de conocer hoy. No puedo decir que somos amigos, pero me ha parecido una buena persona.

—Si es un Templeton, debe serlo. Una vez aclarado todo. Hay algo importante que me gustaría conversar contigo. Una conversación que he postergado. Lamento no haberme puesto en contacto estos días, y siento si pensaste que estaba saliendo con Petra.

—No tienes que pedirme disculpas, tú y yo solo somos...

—¿Sí, qué somos? — Cole fijó su atención en la puerta salida del salón que daba al interior del hotel. A unos metros de la Recepción.

—Amantes...

—Entiendo, ¿te gustaría entonces obsequiarme unos minutos de tu tiempo, ese que suelen tener los *amantes*, pero en esta ocasión para conversar un momento? —preguntó con ironía.

—Elliot...

—Oh, no te preocupes por tu amigo. Petra se encargará de decírselo. ¿No has escuchado? Le dije que le comunicara que su acompañante, es decir tú, no podrá continuar a su lado.

—¿Cómo te atreves? — Se detuvo junto a una columna hecha a base de cristales Swarovski. Cerca había una pequeña salita, a media luz, en la que nadie reparaba, pues estaba parcialmente cubierta por una gruesa cortina roja. Un detalle que Cole no había pasado por alto—. Vine con Elliot y me iré con él. No puedes tomar decisiones por mí. Es una falta de respeto —sentenció—. ¿Es que crees que no tengo capacidad de decidir por mí misma?

—Solo intento conseguir lo que quiero.

—¿Y eso qué sería? —contestó con sarcasmo.

—Conversar contigo. Es importante. No quise ser autoritario con lo de Elliot. ¿Me vas a dar la oportunidad de hablar contigo?

—¿Te estás disculpando de nuevo?

—¿Necesitas una disculpa?

—Tal vez.

—Entonces, me disculpo Abigaíl.

—Bien, ahora, me voy a buscar a Elliot.

Ella empezó a alejarse, pero la voz de Cole la hizo detenerse.

—Abigaíl —dijo perdiendo la sonrisa de su rostro, y utilizando un tono aterciopelado que a su vez implicaba cierto peligro. Un peligro que no tenía nada que ver con infundir miedo, y ella se mordió el labio para dejarlo continuar—. Hazme un favor, cariño, y matente alejada de todos los Elliot y Richard por más inofensivos o encantadores que sean.

Ella puso las manos en las caderas, acentuando sin ser consciente, las curvas de su cuerpo. Cole apretó los dientes, porque tenía los sentidos agudizados al máximo, y sabía que los hombres que pasaban cerca admiraban a Abigaíl. ¿Celoso? Sí. ¿Posesivo? También. Hasta que no lograra aclararse con ella, no iba estar tranquilo.

—¿Por qué habría de hacerlo? —inquirió enarcando una ceja, y tratando de contener su enfado, aunque sus ojos azules lanzaban chispas.

—Porque eres mía.

Ella abrió y cerró la boca.

—¿No has aprendido que vivimos en el siglo XXI, y que los Neandertal pertenecen a una era prehistórica?

Cole se acercó a Abby. Sus ojos parecían petróleo: brillantes, espesos y muy oscuros. Ella empezó a retroceder instintivamente procurando no tropezarse, hasta que sintió los cristales de Swarovski contra su piel

desnuda. Se detuvo, porque no tenía otra opción.

—Abigaíl —susurró inclinándose hacia ella—. En este preciso instante estoy al límite y me estás provocando. No me importa quiénes estén a mi alrededor. Alguna vez me dijiste que soy arrogante. Bien, un ejemplo de mi arrogancia es que tengo suficientes millones en mi cuenta bancaria para que me importe un pimiento lo que esta gente pueda decir si empiezo a tocarte —bajó aún más su tono de voz, volviéndolo grave, y peligrosamente seductor—, o si empiezo a deslizar mis manos por tu piel satinada —fijó la mirada en los ojos azules de Abigaíl; ella tenía la respiración agitada—, e inclusive estoy seguro que debajo de ese vestido no llevas sujetador, y no me importará disfrutar de tus pechos. — Abby tragó en seco—. ¿Vas a negar que esta noche no llevas sujetador? —Hipnotizada por aquellos magníficos ojos y la cadencia sensual de su voz, ella negó con la cabeza—. Así me gusta, siempre sincera —dijo seductoramente—. Imagina que me importa tan poco lo que piensen de mí que halaría hacia abajo tu vestido, con facilidad, y cuando esos maravillosos senos tuyos quedaran expuestos, los tomaría en mis manos, acariciaría tus pezones con mi lengua, los chuparía hasta hacerte gemir, y cuando sepas que estás húmeda, empapada y lista, te subiría el vestido con la mano, mientras no dejo de besarte los pechos y acariciar tus pezones con mi lengua húmeda. Y estarás tan excitada. —Le acarició un hombro desnudo con la yema de los dedos, y la sintió temblar—. Y estarás tan mojada que no te importará saber que pueden descubrirnos. —Se acercó a la oreja de Abby y le susurró—: Te llevaré a la salita que está semiloculta a unos pasos de aquí, y no podrás rechazarme. ¿Sabes por qué? —preguntó besándola en los labios. Ella negó sin dejar de sentir las piernas débiles, cuando Cole la besó en el cuello desnudo; dejando un beso húmedo, tan húmedo como estaba ella—. Porque te deseo tanto, como tú me deseas a mí.

Él se irguió de pronto como si no hubiese estado contándole más que sobre la decoración del salón, cuando ella en cambio se sentía húmeda y ansiosa. Que le dijera lo que quería hacerle, sin importar que pudieran descubrirlos, la excitó tanto que trataba de hacer su mejor esfuerzo por obligar a su cuerpo a que dejara de temblar, o a su respiración que dejara de agitarse. Nada. Su cuerpo tenía voluntad propia.

—Eso no es conversar —atinó a decir. «Vaya, qué línea tan inteligente Montgomery.»

—Llámalo conversación persuasiva —expresó con picardía—. Entonces, Abby... ¿Estás dispuesta a conversar conmigo en un lugar más privado, o estás interesada en probar un poco de esta clase de conversación en lugares públicos?

—Yo... no juegas limpio.

—Te estoy dando a elegir. —Sonrió endiabladamente.

«Sí, claro.»

—Dos opciones no son suficientes —comentó sin convicción—. Quizá quiera irme a mi casa...

—¿Eso quieres?

Ella suspiró.

—No lo sé. —Meneó la cabeza como si intentara apartar pensamientos negativos de ella—. Cole sería ridículo negar que te deseo. Pero creo que no existe nada más allá de eso entre nosotros.

Él no podía creer que ella le estuviese diciendo eso. Fue como un balde de agua fría. Se pasó los dedos por el espeso cabello negro, en aquel gesto de frustración tan suyo.

—¿Es eso lo que piensas? —preguntó herido, pero sin dejarlo traslucir en su voz. Había intentado de varias maneras pedirle que lo escuchara, pero ella continuaba reacia a abrirse a él. Estaban en la esquina más alejada del salón, y no podía continuar de ese modo.

—Quizá.

—No puedes darme respuestas vagas. Estamos en el lugar menos idóneo para sostener una conversación.

—Hace un rato intentabas seducirme con una *conversación persuasiva* —replicó para tratar de ser graciosa y relajar los nervios. Pero el rostro de Cole había cambiado por completo. Estaba serio. Pétreo. Si antes hubo deseo en su voz, ahora parecía que la temperatura había descendido

drásticamente.

—Hace un rato no me habías dicho considerabas que entre tú y yo teníamos solo sexo. Pensé que en tu mirada refulgía algo más que solo pasión, Abigaíl. Quizá me he equivocado, y lamento haberlo hecho —comentó con amargura.

—¿Y qué es lo que tenemos entonces? —preguntó insegura.

Cole la contempló durante un largo rato. Ella se retorció los dedos de la mano, nerviosa, pero él solo la observaba fijamente a los ojos. Como si intentara desentrañar sus secretos... o sus mentiras.

—Si no lo sabes, Abigaíl, es que no me amas tanto como yo a ti. Y tranquila, no volveré a molestarte —expresó en tono frío—. Ah, no te preocupes por cómo regresarás a tu casa. Me iré en un taxi, mi chofer queda a tu disposición. Buenas noches.

Dejándola con el corazón en shock, se alejó.

Capítulo 22

Los domingos en las mañanas ella se dedicaba a organizar su habitación, y luego planear dónde salir con su abuelo a comer. Comprobó la hora. Era casi el medio día. No se había movido de su cama.

Contemplaba, aún en pijamas, el tumbado; como si fuese a encontrar ahí alguna respuesta. Amanda había pasado horas antes para preguntar si acaso estaba enferma, a lo que ella respondió que no. En realidad, más que enferma, aún continuaba en shock por la declaración abrupta de Cole.

En un principio, cuando su corazón dejó de palpar a dos mil por minuto, pensó en seguirlo, pero esa idea llegó demasiado tarde. Él se había marchado. Así que encontró a Elliot, se despidió, y luego hizo el camino del salón de baile hasta donde se encontraban los *valet-parking* en una suerte de trance.

El chofer de Cole se acercó, y la ayudó a entrar en el automóvil. En el trayecto empezó a asimilar lo que había ocurrido en la velada. Quizá ella y Cole habían tenido desavenencias; quizá, ella tenía miedo de no poder entregar lo que él se merecía, ni tampoco la pequeña Hannah; quizá, Cole era un poco tonto, o demasiado, y no sabía hacer frente a sus emociones, sin embargo, había algo sobre lo que no tenía dudas. Ella merecía una declaración de amor decente, y también necesitaba un respiro. Adoraba a Cole, más de lo que podría decir, pero ella también tenía conflictos, preocupaciones, y jamás se le hubiese ocurrido lanzarle con rabia unas palabras con un significado tan profundo.

Amor.

Si podía contar cuántas veces lo había sentido, diría que muchas. Expresado en diferentes formas. En su carrera, con sus alumnos, su abuelo, sus amigos, los pequeños detalles de desconocidos que hacían su día con palabras de agradecimiento, la posibilidad de contemplar un lago, empaparse con la lluvia, correr, gritar, bostezar, despertarse. ¡Estar viva! Sin embargo, resultaba paradójico, extraño, contradictorio e inclusive absurdo, que el hombre a quien tanto amaba fuera el que más daño pudiera causarle.

No estaba asustada. Al contrario, se sentía más valiente que nunca. Vibrante. Que Cole fuera un idiota, bueno, no le iba a quitar ese mérito, pero sabía que detrás de esa fachada dura y calculadora, había un corazón noble, un hombre tierno, inteligente, y dispuesto a darlo todo por las personas que amaba. Hannah era un ejemplo de ello.

Estaba dispuesta a contarle a Cole las secuelas de su relación con Rylan, y también estaba resignada a que él se alejara de ella al enterarse que jamás podría darle hijos. Ni hermanitos o hermanitas a Hannah. Si él prefería dejar del todo las cosas entre ambos, entonces le faltaría una parte muy grande de su corazón, pero habría valido la pena amar.

Ella era una persona que gustaba de ponerle nombre a las cosas. Así que aún se preguntaba qué clase de relación era la que tenía con Cole. ¿Amantes? ¿Amigos con derecho a roce? (Sí, eso sonaba terrible) ¿Novios... ocasionales? De eso también necesitaba encargarse. ¿Que el asunto de los títulos en el amor no importa? Pues bueno, ella era Abigaíl Montgomery y jugaba según sus propias reglas, lo que el resto pensara le valía tres cominos.

No por estar enamorada implicaba que su orgullo andaba perdido. De eso nada. Si ella tenía la intención de revelar el último secreto de su vida a Cole, lo haría solo cuando él se hubiera dado cuenta que ella merecía una declaración de amor diferente. Una de verdad. ¿Caprichosa? En absoluto.

Había permitido que Rylan pasara sobre ella, que la humillara y la vejara. Jamás, *jamás*, volvería a darle el poder a ningún ser humano, peor una pareja sentimental o amante, de lastimarla de aquel modo. Si acaso Cole se mostraba distinto al saber la verdad sobre su condición física, la afectaría, claro que sí, pero saldría adelante.

El siguiente movimiento no pensaba darlo ella.

Más sosegada al haberse aclarado consigo misma, se desperezó.

Llamaron a la puerta.

—Abby. —Era su abuelo—. Niña, ¿qué haces ahí metida? Es casi medio día. ¿Pretendes que tu abuelo muera de inanición?

Ella sonrió, y se puso de pie.

—Dame unos minutos. Voy a darme una ducha.

—De acuerdo, de acuerdo. Hoy tengo ganas de comer unas costillitas de cerdo.

Abigaíl se carcajeó.

—Cuando mi cabeza esté despejada del sueño intentaré pensar que eso de las costillitas de cerdo ha sido un mal entendido.

Media hora más tarde, Abigaíl bajó al comedor.

Amanda había preparado un *spaguetti* al *pesto*, que olía delicioso. Le extrañó un poco que el ama de llaves cocinara un domingo, pero quizá su abuelo se lo habría pedido. Ella pensó que quizá su abuelo estaba cansado como para salir a algún restaurante en el centro de la ciudad. Cuando acabaron de comer, el ama de llaves se despidió diciéndoles que volvería el día lunes, porque tenía unos asuntos que resolver en Washington D.C., con unas amigas a las que no veía hacía años e iban a tener un almuerzo juntas ese domingo.

Su abuelo parecía muy parlanchín, lo cual no era algo extraño, pero Abby sentía que algo no iba bien. Hizo a un lado esa percepción cuando él empezó a contarle sobre uno de sus temas favoritos: los cambios que se estaban llevando a cabo en la política migratoria del país. Él exponía los puntos a favor y los puntos en contra, para luego argumentar relatándole antecedentes de la historia de los países de América Latina, cuyos ciudadanos estaban en los primeros lugares de la lista de inmigrantes en los Estados Unidos.

Le gustaba mucho aprender de su abuelo, pero continuaba sintiendo que algo se escondía detrás de la emoción del discurso y la agitación al defender sus ideas. Parecía estar hablando más rápido que de costumbre, y su respiración estaba más agitada.

—Abuelo...—cubrió la mano de su abuelo con la suya—. ¿Estás bien?

Una mezcla de culpa y también de tristeza se apoderaron de Horace. Luego emitió un suspiro, cansado. Dejó de hablar por un momento antes de mirarla fijamente a los ojos.

—Yo le pedí a Amanda que nos dejara solos antes de la hora habitual —expresó con una calma aparente—. Lo siento, dulzura mía, pero necesitaba hablar contigo.

—¿Qué... qué sucede? —indagó inquieta.

—He suspendido el tratamiento de quimioterapia... Sé que te puede afectar mucho, pero ha sido algo que decidí el día que estuve en la clínica, luego del infarto —explicó con suavidad dándole una palmadita en la mano.

Ella se quedó en blanco unos segundos.

—Yo... ¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? — Se puso de pie y rodeó a su abuelo con los brazos. Las lágrimas caían por sus mejillas, porque sabía lo que la suspensión implicaba—. Todo estaba yendo bien, Spencer me explicó que tenía que analizar tu expediente con más detenimiento por el infarto que te dio, pero, abuelo, estabas respondiendo bien —susurró con desesperación, mientras sentía los brazos de Horace apretarla con cariño—. Estabas respondiendo bien —insistió con desesperación.

—Abby, tesoro, ya estoy viejo... —emitió un largo suspiro, acariciando paternalmente la espalda de su nieta—. Spencer me ha desahuciado.

El cuerpo de Horace se tensó al sentir las lágrimas de Abby correr con más rapidez. No quería causarle tristeza, pero era mejor decirle la verdad. A él le había tomado varios días aceptarlo, y sus amigos de *El Club* le dieron apoyo cuando los invitó para aquella partida de cartas y les contó su decisión. Con Abigaíl nunca sería fácil. Su nieta lo era todo para él, y sabía que era una mujer fuerte, y no podía continuar ocultándosele, porque el día en que recayera y tuviera que ir a la clínica, Spencer se lo diría, entonces sería un golpe más duro. No solo por el impacto de enterarse de aquel modo, sino porque podría sentirse traicionada al enterarse por terceros.

La verdad era siempre mejor decirla de frente. Aunque doliera.

—Lo siento, princesa mía —susurró.

—¡No! —gritó ella desde lo más profundo de su alma—. ¡Nooo! ¿Por qué? ¿Acaso no hay tratamientos alternativos? —preguntó soltándolo lentamente, para limpiarse las lágrimas. Sentía rabia, dolor; un profundo

dolor—. Abueeeelo, por favor. — Se acuclilló a su lado—. Por favor, retoma el tratamiento, te lo suplico. —Lo tomó de las manos, mirándolo a los ojos con desesperación—. Podemos cambiar de médico, seguro que Spencer se ha confundido, o está agobiado con tantos pacientes. Te llevaré a otra clínica, hay una maravillosa en Florida con los mejores tratamientos. No importan los costos, puedo solicitar un préstamo al banco y ya lo pagaré poco a poco. Ahora trabajo para Richard. — Hablaba casi sin respirar, atolondradamente, ante la mirada resignada de Horace—. Él puede ayudarnos también, Richard te quiere mucho...

—Shhh... ven aquí cariño, ven aquí Abby. —Horace le extendió los brazos, y ella se abrazó a él como una niña pequeña aferrándose a un salvavidas en medio de una tormenta en el mar. Su abuelo, su puerto seguro, su amigo, su padre, su única familia, iba a morir; estaba desahuciado—. Escucha tesoro. —Le acariciaba los cabellos rubios, mientras hablaba—. Yo ya lo he aceptado. No tengo remedio. ¿Comprendes, Abby? Princesa mía, yo no quiero ir ya a ninguna clínica. Spencer es un oncólogo genial, me dijo que los medicamentos podían cambiármelos para no crear ningún problema con mi corazón, pero Abby, yo no quiero volver a la clínica, no quiero soportar los efectos colaterales. Mi cuerpo está viejo y cansado. No he dejado de luchar, pero he aceptado mi destino. No es resignación, sino sensatez. Deseo vivir mis últimos meses sin ver mis brazos pinchados de agujas... —suspiró, mientras sentía el cuerpo de su nieta agitarse por el llanto—. Spencer insistió en que continuara el tratamiento, pero fue sincero, me dijo que quizá disminuirían algunos dolores, pero la Leucemia estaba en sus últimas etapas.

—No... por favor... no... —lloraba en el hombro de su abuelo—. No puedes dejarme...

—Todos tenemos un ciclo, Abby. Yo he elegido vivir el mío sin médicos a mi alrededor. Hemos vivido una vida estupenda, pero pronto llegaré al final de la mía. Tienes que ser fuerte. Por los dos. Te he enseñado todo lo que debes saber, eres una mujer valiosa y me siento orgulloso de ti. Sé fuerte, tesoro.

Horace tomó con manos temblorosas el rostro de su nieta, y la miró con el corazón en aquellos ojos que habían vivido tantas décadas, experiencias, dolor, alegría, amor y tristeza. La miró con todo el amor que sentía por su

única nieta.

—Necesito que seas fuerte. No retomaré un tratamiento que solo agotará mi cuerpo, y el final será el mismo...

Ella hipó.

—Abuelo... —sollozó acariciándole el rostro plagado de arrugas y experiencias de Horace—. No sé si podré... no podré estar sin ti.

—Podrás. Prométeme algo.

—¿Qué? ¿Qué necesitas? —susurró.

—Prométeme que cuando encuentres un hombre que te ame, y que tú ames, dejarás de luchar contra tus inseguridades. Tú eres una Montgomery, y sé que hallarás esa clase de amor que todo lo vence. Eres una mujer hermosa y con un corazón valiente. ¿Estás dejando que el orgullo venza al amor, Abby?

Ella no pudo evitar echarse a llorar de nuevo.

Horace tomó una respiración profunda.

—Hija, sé que tú y ese muchacho Shermann tienen una historia. De aquellas de las que no puedes escapar sin haberla vivido a plenitud; de esas que a veces, te lleva unos meses entenderla; o en muchas ocasiones toda la vida, pero siempre valdrá la pena vivirla.—Ella lo miró cabizbaja—. Él te observa del mismo modo en que solía yo mirar a tu abuela. Ese amor, cariño —le limpió las lágrimas de los ojos con afecto—, no se encuentra fácilmente. Esa clase de amor es el que trasciende el tiempo. Hazte un favor, y no lo dejes ir. Si tú lo amas, lucha por él. No te dejes avasallar, jamás, pero lucha por él hasta que sientas que has hecho todo lo posible.

—Abuelo no lo entiendes...

Él la miró fijamente.

—Yo no necesito que me cuentes todo lo que ocurre en tu vida para saber el por qué de tus lágrimas, o por qué de tus sonrisas o tus temores. Te conozco. El pasado es el pasado. Ahora, Abby, prométeme que, sea lo que sea, vas a permitirte amar. No quiero irme sin saber que estás feliz. No

podría irme en paz, si al menos, no me haces la promesa de que dejarás a un lado tus miedos y te permitirás amar.

—Mis miedos...

—Abby, no sé qué demonios te habrá hecho tu ex novio, aquel Rylan... Pero si permites que tu pasado te arrebate el presente, entonces estarás también condenando el futuro.

—Yo... estamos hablando de ti —replicó mirándolo afligida.

—Cuando hablo de ti, cariño, también estamos hablando de mí. Aún no me has prometido nada.

—Pro...prometo que lucharé por ser feliz, me permitiré amar plenamente y ser amada en la misma medida, y no menos... —dijo entre sollozos.

Finalmente, Horace le regaló una sonrisa luminosa. Y la abrazó con fuerza.

—Esta es mi chica. Gracias, Abby. Sé que cumplirás tu promesa, y eso me hará feliz, donde sea que me encuentre. Siempre estaré a tu lado.

La barbilla de Abby temblaba, pero su abuelo le pidió que se sentara para que sus piernas pudieran continuar sosteniéndola. Entendía el impacto de la noticia, porque él la había vivido... la estaba viviendo, pero su nieta tenía un corazón demasiado bondadoso y aunque sí que era una guerrera, también era vulnerable. Odiaba verla llorar, pero ya no tenía mucho tiempo; no sabía cuánto le quedaba en realidad.

—Por favor... —susurró—. No te dejes vencer.

—No lo hago, Abby. Solo quiero tener calidad de vida. Entiéndeme, cariño mío.

—¿Cuánto... —tragó en seco— cuánto tiempo...? —murmuró con la cabeza gacha.

—Pueden ser seis meses... pueden ser dos semanas. ¿Acaso importa?

—Para mí sí. Iré a hablar con Spencer. — Se puso de pie, y lo miró con determinación.

Él le hizo un gesto con la mano para desestimar sus palabras. Dio un golpe suave en la mesa, y Abigaíl volvió a su asiento.

—Entonces es que no has aprendido nada, Abby. No se trata de cuánto vivas, sino de cómo lo vivas. Así que pienso hacerlo a plenitud. Y voy a empezar por mandarte de viaje.

Ella lo miró como si no entendiera nada. Se secó las lágrimas con una servilleta.

—Abuelo estamos hablando de tu enfer...

—¡Patrañas! —la interrumpió—. No quiero hacer de esto una tragedia. Porque una tragedia sería que te quedaras aquí encerrada cuidando un viejo; una tragedia sería que ates tu vida a una clínica por una persona que ya ha vivido lo suficiente. Eso sería una tragedia. Así que tú te vas de viaje. Porque eso es lo que deseo que hagas por mí.

—Después de lo que me acabas de decir, ¿cómo se te ocurre pensar en mandarme de viaje? —Lo miró como si le hubieran salido ramas en las orejas—¿Por qué...? ¿Por qué me quieres alejar de ti?

Él la miró con una sonrisa. Como si el momento anterior no hubiese ocurrido. Ella hipaba, se sentía devastada.

—Porque yo solo seré feliz si tú lo eres.

Ella se acercó para abrazarlo.

—Soy feliz teniéndote a mi lado. Eso me hace feliz.

Él negó.

—Quiero que cumplas un sueño que sé que tienes desde hace mucho tiempo, pero por cuidar de mí, la casa, y tantas cosas, no ha sido posible.

—No necesito nada, yo no...

—¡Silencio, jovencita! —dijo con su voz militar—. ¡Basta, Abigaíl! Quiero que te limpies esas lágrimas. No puedo pasarme los próximos meses en una casa donde mi única familia está llorando por los rincones. Quiero ver a mi nieta, aquella que ilumina la estancia con su sonrisa, con su optimismo, eso es lo que necesito. ¿Estamos de acuerdo? No quiero

saber más de Leucemia, clínicas, ni estúpidos tratamientos. Esa es mi decisión. Así deseo pasar el resto de mis días. ¿Estás conmigo?

Abby sintió como si hubiera retrocedido quince años, y su abuelo estuviera reprendiéndola por no haber hecho la tarea a tiempo. Era difícil aceptar que lo habían desahuciado, era difícil aceptar que no quería continuar el tratamiento que quizá podría extenderle el tiempo de vida, pero sí podía aceptar que quisiera una calidad de vida lejos de los químicos contra la enfermedad. Y si él quería vivir su vida del modo que fuera, entonces ella lo haría feliz acogiéndose a los deseos de su abuelo.

Emitió un suspiro entrecortado. «Ella tenía que ser fuerte también.»

—Siempre. — Lo miró con dulzura.

Entonces la boca de Horace se expandió con una reluciente sonrisa.

—Maravilloso. —Se reclinó contra el respaldo de la silla sintiéndose liviano—. Hoy, antes de que despertaras, llamé a Richard. Te ha dado la semana libre.

Lo miró con el ceño fruncido.

—Pero, ¿qué...? Acabo de empezar, no puedo tomarme esos privilegios soy igual que las demás empleadas de la juguetería.

Horace se encogió de hombros como esos chicos caprichosos a los que les dicen lo que tienen que hacer o cómo lo tienen que hacer, pero son obcecados en que tienen razón obrando a su manera.

—Le conté un par de cosas, así que ha concordado en que necesitas vacaciones, después de haber estado tanto tiempo cuidando de mí.

—No ha sido ningún sacrificio.

—No es por eso, tesoro —habló con dulzura—. Solo que estuvo de acuerdo en que hace falta a veces desconectar. ¿Vas a querer saber dónde irás de vacaciones?

—Abuelo...

—¡Haz las maletas para Las Vegas!

—¿Cómo supiste ...?

—Hijita desde que recuerdo tienes esos afiches y recortes sobre las mejores formas de divertirte en Las Vegas. Vamos, tienes veintitantos, agrégale un poco de adrenalina a tu vida. Eso sí, actúa juiciosamente. —Abigaíl no pudo evitar sonreír—. Sé feliz, Abby. Disfruta, hazlo por mí. Luego volverás a casa, y ya veremos el curso de la vida entonces.

Ella no se lo podía creer.

—No tiene gracia ir sola a Las Vegas.

Horace se echó a reír.

—Claro que no, hija, ¿por quién me tomas? Tengo mis años, pero sé que a Las Vegas uno va a divertirse. Por eso te he incluido en tour para solteros, ¿eh? ¿Qué tal eso?

—Abuelo, pero es que yo... bueno, yo no estoy precisamente...

Él puso la mano para que se callara.

—Sin excusas jovencita. Ya verás cómo arreglas tu tema con Cole Shermann. —Ella no pudo evitar reírse. «Su abuelo... ay, ¿cómo iba a vivir sin él? Su abuelo era único»—. Vamos, ¿a que te hace ilusión?

—¿Quién cuidará de ti?

—Hija, si no te hubiera contado de mi tema médico y te hubiera dado el boleto a Las Vegas, ¿te habrías ido?

Ella se quedó en silencio.

—Respóndeme sinceramente.

—Sí. Sí, hubiera ido.

—¿Ves? —Le hizo un guiño—. No ha pasado nada. Disfrutemos el tiempo juntos, pero ahora es momento de que tú tengas el tuyo propio durante una semana.

—Abue...

—Quiero ir a ver el programa de fútbol, anda, ve a hacer la maleta hija.

Mañana es lunes, así que más te vale salir a tiempo por el tráfico hacia el aeropuerto.

—Abuelo...

Pero Horace ya se estaba levantando y había dejado de prestarle atención.

Se quedó mirándolo, desconcertada. Nunca descubriría cómo hacía su abuelo para primero hablar de un tema tan delicado y difícil, y luego soltar semejante oferta, y nada menos que a Las Vegas.

Antes de girar para llegar a la sala, Horace la volvió a mirar.

—No importa cuánto tiempo. Por favor, no me trates como un enfermo terminal, no te compadezcas de mí, y vive tu vida a plenitud mientras estoy vivo. Te adoro, pero no voy a permitir que sientas lástima, ni que llores. ¿Tenemos un trato?

—Se supone que la parte contraria tiene que tener algo a cambio —dijo limpiándose la lágrima que empezaba a resbalar por su mejilla. Nunca podría conocer a otra persona más generosa, decidida y fuerte que su abuelo—. ¿Qué me dices?

—Ah, quieres saber qué ganas a cambio de no intentar llevarme a rastras a la clínica, o de no llamar ahorita mismo a Spencer para mandarlo al diablo por no habértelo dicho siendo amigos, ¿es eso? —Abby tuvo el buen tino de sonrojarse.

—Pues sí.

Su abuelo se rió.

—Lo descubrirás tú misma. Cuando lo sepas, entonces esa será tu recompensa. El boleto está en mi cajón de la mesilla de noche, el vuelo sale a las ocho de la mañana.

Ella iba a decir algo más, pero Horace ya había desaparecido por el umbral del salón del comedor, para ir a ver el canal de los deportes.

Después de dejar a Abigaíl en la fiesta, Cole se sintió mal. No debió presionarla como lo hizo, ni tirarle a la cara una confesión que debió ser dicha de otra manera. Además, ¿cómo demonios se suponía que ella debía saber que la amaba, cuando había estado dándole señales contradictorias desde que se conocieron? No sabía desde cuándo su sentido lógico, aquel que le daba mucho dinero, se había transformado en un recurso obsoleto cuando se trataba de Abby.

Él debería estar en la oficina intentando adelantar trabajo, o inclusive en su biblioteca revisando sus archivos para preparar la reunión que tendría dentro de unos días. Pero no tenía ánimos más que de darse de golpes por ser un imbécil. Aunque de nada le serviría intentar trabajar, pues cuando quiso localizar a Abraham para que le aclarara un dato, le saltó directamente el contestador automático. Entonces recordó que Petra y su socio se habían ido juntos de la fiesta. «Al menos alguien estaba haciendo progresos», pensó. Lo cierto era que se alegraba por su amiga, y esperaba que Abraham no lo arruinara.

Era casi la hora del almuerzo, y su hermana había llamado para decirle que Hannah estaba bien. Cuando le pasó a la niña al teléfono, ella se mostró entusiasmada contándole los juegos que sus primos inventaban, que la tía Lana hizo una torta de vainilla y que en la tarde se irían al cine porque en la función de domingo daban la nueva película de Disney.

Se asomó a la ventana.

En la calle, aunque no nevaba, sí que estaba nublado y los árboles que otrora se vestían de colores, ahora estaban desprovistos de alegría, confusos por la falta de luz. Sus pensamientos continuaban en Abby. Ella se había colado en su piel, inscrustado en cada poro y penetrado su corazón de tal manera, que el único antídoto para salvarse era que ella lo quisiera con la misma intensidad. Pero se había sentido tan frustrado al ver que Abigaíl no reaccionaba ante él, que ni siquiera le dio la oportunidad de replicarle. O rechazarlo.

Si no lo amaba, entonces encontraría el modo de enamorarla hasta que lo hiciera; y si lo amaba... Dios, si lo amaba correría a la iglesia más cercana para casarse con ella. Ese pensamiento, lo aturdió, pero no lo suficiente

para que surgiera esa sensación de aprensión que esperaba experimentar, como siempre le ocurría ante la idea de casarse de nuevo o tener un vínculo sentimental a largo plazo.

Definitivamente, Abigaíl había girado su mundo por completo. Y él se alegraba de que lo hubiera hecho.

Solo ahora comprendía cuán ridículo había sido escudarse en su hija por el miedo a amar, o fracasar. Se sentía libre de querer a Abby, sin culpas por el pasado, porque tenía la plena certeza de que con ella todo iría bien. Además, Hannah adoraba a Abigaíl, él no podría pensar en nadie mejor con quien compartir su vida. Amaba desesperadamente a esa mujer, y haría todo lo posible para tenerla a su lado.

Esperaba que ella le permitiera explicarse. A él no le importaba el pasado; solo quería que Abby fuese su presente y su futuro. Su impulso le decía que fuera a buscarla en ese momento, pero no quería presionarla, así estaría más dispuesta a escucharlo al día siguiente. Sin duda, sería un lunes para buenos inicios. La invitaría a desayunar, la llevaría al trabajo, y le pediría una cita como Dios manda para cenar. Sí. Eso haría.

Con una sonrisa, y un silbido alegre, subió los escalones de su casa de dos en dos para darse un baño antes de empezar a organizar lo que quedaba del domingo.

Capítulo 23

El vuelo llegó sin contratiempos. Al anochecer le fue posible observar, a través de la ventanilla del avión, las luces de la ciudad. Sentía muchísima emoción de finalmente llegar a la ciudad que siempre había querido visitar. Moría por experimentar aquella adrenalina, la absoluta libertad, la emoción del juego, la vida en los bares hasta el amanecer. Desde hacía años no se concedía una licencia para divertirse. «Su abuelo era el mejor», pensó entre melancólica y alegre.

—¿Te recibe alguien en el aeropuerto, algún familiar que viva acá en Nevada? — preguntó su compañera de vuelo. Se llamaba Faith Gallaway y venía de Irlanda a pasar también una semana en Las Vegas. Según ella pensaba conocer al hombre de su vida. O la aventura de su vida, en todo caso.

Ambas habían charlado durante las horas del viaje, y descubrieron tener la misma edad, así como una fascinación por los delfines y los niños. Faith no estaba dentro del grupo turístico, había ido por su cuenta, pero daba la casualidad que se instalaría de todas maneras en el famoso y prestigioso hotel Bellagio.

Cuando Abby reclamó a su abuelo, antes de partir al aeropuerto, el costo del paquete de viaje, en especial conociendo la fama de costoso que tenía el Bellagio, él adujo que había un fondo que solía tener para emergencias. Y él consideraba una emergencia que su nieta disfrutara a plenitud, y con los lujos que se merecía un buen paseo, tan solo porque se lo merecía por ser una chica estupenda.

«Al menos intentaría jugarse una mano de *BlackJack* en su nombre.»

—No. Estoy por mi cuenta.

La pelinegra de sonrisa contagiosa se acomodó debajo de la manta que el personal de cabina le había entregado a los pasajeros horas atrás.

—Oh, qué lástima. Mi primo Josh vive aquí en Las Vegas. Insistió en que me quedara en su casa, pero la verdad es que no me sentiría tan libre de llegar a la hora que quiero. Así que estas son mis vacaciones de invierno y pienso disfrutarlas. Pero lo único que acepté es que Josh me recogiera en

el aeropuerto. Te lo presentaré. Ya que me has dicho que prácticamente estás soltera, seguro que a Josh no le hará mal conocer una nueva amiga.

Lo cierto era que no le había contado a Faith sobre Cole. Más que nada, porque, aunque lo extrañaba y se moría por hablar con él para aclarar aquella escena en la fiesta de los Templeton, ese era *su tiempo*. Quería divertirse un poco. La oferta de Faith le hubiera venido sensacional, si acaso Cole no le hubiese dicho que la amaba, pero lo había confesado —del modo que fuese—, y ella también sentía lo mismo. ¿Cuál era el punto entonces de hacer el ridículo consigo misma saliendo con otro hombre que no le iba a interesar lo más mínimo?

Exacto. No había punto.

—¡Mira, ya estamos por aterrizar! —expresó Faith de pronto olvidándose de cualquier otra cosa—. Irlanda es preciosa, pero si tuviera un poquito de Las Vegas sería fabuloso —confesó observando por la ventanilla—. Tener mi propio taller de pintura tiene sus ventajas. Vacaciones cuando quiero.

—Algún día visitaré tu país.

—Unas horas de vuelo pueden forjar buenas amistades. Así que ya sabes, cuando decidas venir a Irlanda serás más que bienvenida a mi casa.

—Gracias, lo mismo digo cuando quieras ir a Baltimore.

—Seguro. —Faith pronto perdió interés en la conversación, y sintió la emoción del descenso. Había esperado mucho tiempo para divertirse en *La ciudad del pecado*. Y pensaba aprovechar cada minuto en ello.

El famoso primo Josh, según notó Abby, era nada más y nada menos que un atractivo californiano que, según supo por la propia Faith, trabajaba como modelo para la famosa marca de ropa interior masculina *Calvin Klein*. Tenía esa mirada de chico malo, y un aspecto de pícaro que lo volvía irresistible. Si todas las células de su cuerpo no estuvieran emborrachadas de Cole Shermann, entonces aquel guiño de interés de Josh al conocerla, la hubiera hecho reaccionar de otro modo distinto al amistoso —si acaso podía calificarlo de aquel modo— asentimiento de cabeza, y suave apretón de manos.

Abby se despidió de Faith y su primo, cuando el coordinador de *Wild Vegas Tours*, empezó a vocear que todos los quince solteros del tour tenía que reunirse una vez hubieran recogido las maletas en las cintas de seguridad del aeropuerto, para esperar al chofer del Bellagio que pasaría por ellos.

Se quedó boquiabierta cuando en el counter de recepción le indicaron que se hospedaría en la Suite Cypress. Entendía que el tour era lujoso, pero no hasta el punto de estar en una de las suites más grandes. Sus compañeros de viaje tenían, casi todos, más o menos su misma edad, o al menos eso le parecía, pero ninguno daba muestras de querer hacer otra cosa que perderse lo más pronto posible en los alrededores.

Les habían entregado un calendario de actividades, al que podían ceñirse de manera opcional. Abby hojeó las actividades programadas, y esa noche la tenían libre.

—¿Alguna pregunta?

Randall Kendall, el guía, quien los miró con aquella sonrisa profesional con la cual lograba buenas propinas. A su alrededor todos dijeron que no. Salvo, Fredrick Hutchinson, un chico de Boston, según dedujo Abby por su acento.

—¿Sí, señor Hutchinson?

Randall tenía más de veinte años de experiencia llevando turistas a Nevada y la Costa Este de Estados Unidos. Lo cierto era que la pasaba fenomenal cuando observaba las emociones que pasaban por los rostros de sus clientes, siempre el último día veía la cara de cansancio, pero al mismo tiempo de satisfacción luego de pasar unas vacaciones recorriendo lugares maravillosos, alocados, también relajantes, exuberantes. Randall amaba su país, y trataba de que sus hermanos nortamericanos no se olvidaran que esa era la tierra de las oportunidades. Él amaba la diversidad también, le encantaba sobre todo charlar con japoneses, españoles, latinoamericanos; siempre un poco de costumbres distintas aportaban a su vida. La única que no soportaba su ir y venir era su mujer, pero con el paso de los años, y los nietos, el estrés sobre sus constantes viajes se había olvidado.

El grupo que tenía para esa semana prometía. Estaba convencido que

para todos los quince turistas, cada cual a su manera, viviría el espíritu que hacía tan popular a Las Vegas.

—Si nos perdemos alguna actividad, ¿podremos readecuarla en el calendario?

—Tan solo en el caso de que no sea algo exclusivo, o que haya necesitado la debida reserva. En otras actividades podemos conversarlo sin duda. Han pagado una pequeña fortuna, así que, ¿cómo decirles que no? —expresó con una contagiante carjajajada—. ¿Algo más?

Todos negaron.

—Estupendo, entonces pueden ir a descansar. Mañana a las ocho empezamos nuestro recorrido visitando la Presa Hoover; está en las afueras de la ciudad, a unos cuarenta y ocho kilómetros al Sureste. El desayuno debe tomarse a las siete de la mañana, para luego subir temprano al autobús. Como leerán en sus calendarios, al regresar de la Presa Hoover, podrán cambiarse o lo que deseen, pero a las ocho de la noche nos reuniremos en el lobby para ir por el Strip y la calle Fremont. Una vez que terminemos los recorridos, ya saben que la noche es vuestra. ¡Buenas noches, damas y caballeros! ¡Viva Las Vegas!

Los quince turistas se rieron y empezaron a dirigirse hacia los elevadores invadidos por la adrenalina y la sensación de aventura que prometía esa maravillosa semana alejados de preocupaciones, deudas, problemas, y estrés. Esto último sobre todo.

Abby empezó a caminar sonriente arrastrando su *carry-on*. En ningún momento volvió a toparse con Faith. No coincidieron en el lobby del hotel, ni en la recepción. ¿Cómo hacerlo en una ciudad tan grande y un hotel gigantesco? Le deseaba de todo corazón a la irlandesa que viviera la aventura que había ido a buscar.

Una vez dentro de la Suite Cypresse, sin dejar de asombrarse, hizo lo más decadente que se le ocurrió en su primera noche. Iba a abrir una botella de Cristal, darse un baño con esencia de naranja y luego bajaría, definitivamente, a jugar su partida de BlackJack.

¿Enfadado? No. Ni de cerca. Estaba más bien, furioso. Se sentía como un completo imbécil en la puerta de la casa de Abigaíl, a las ocho y media de la mañana, con un ramo de flores. Un ramo que por cierto le costó el triple, porque las florerías más cercanas no abrían hasta las nueve y tuvo que prácticamente rogarle al dependiente que estaba organizando los arreglos a puerta cerrada, que lo atendiera. Sumado a la ansiedad que llevaba encima, tenía su maldito orgullo que le decía que diera la vuelta se despidiera de Horace con una sonrisa. Pero su sentido común, oh sí, ese lo estaba mandando al diablo. ¿Cómo no se le ocurrió llamar? Sí, quería darle una sorpresa. Pero el sorprendido había sido él. Al final, se trataba de un poco de karma. Había sido tan arrogante, y se lo merecía.

—Lo siento de verdad, hijo —expresó Horace, mientras le abría la puerta ajeno a sus conjeturas—. Abby se ha marchado hace bastante rato.

Amanda pasó caminando detrás de Horace, saludando a Cole con un murmullo y luego se alejó por la casa.

—Pensé que iba a trabajar a las nueve y media. Por eso quise venir un poco más temprano para invitarla a desayunar.

El anciano lo observó sin perder la sonrisa. Entendía que el muchacho estuviera enfadado, y se enfadaría más cuando se enterara dónde volaba su Abby a esas horas. Así que lo mejor era que se sentaran, pensó sin perder el buen humor.

—¿Te apetece acompañar a este viejo a tomar desayuno? —Le echó una mirada al precioso ramo de flores que llevaba Cole.

—Gracias, supongo que este ramo quedará bonito en algún jarrón de su casa.

—En efecto. —Llamó a Amanda, y ella se acercó presurosa a hacerse cargo de las preciosas orquídeas. Se guardó para sí misma su comentario de lo caro que debió salir ese ramo, y luego se retiró a la cocina para servir el desayuno—. Pasa que hace frío. Ya he encendido también la chimenea. Mis huesos están bastante gastados para aguantar solo la calefacción. Esta modernidad a veces es un incordio. No hay nada como los buenos trozos de madera iluminando entre llamas una estancia. ¿No lo crees?

Cole asintió, mientras se sentaba en una de las sillas de la mesa del desayunador.

—¿Qué sucede entre mi nieta y tú, Cole? —preguntó como si cualquier cosa, al tiempo que partía el pan y las migajas se esparcían en el plato.

—Es complicado para resumirlo.

El abuelo de Abigaíl se echó a reír. Cole tuvo que palmearle la espalda, cuando empezó a toser.

—Ay esta juventud. Es tan fácil como si la amas o no la amas. —Todo asomo de sonrisa se esfumó de Horace, y miró con severidad a Cole—. Abigaíl es mi vida entera, señor Shermann. No quiero que la lastimen.

Cole lo observó, luego asintió solemne.

—La amo —afirmó con convicción—. Quizá he cometido errores, pero estoy dispuesto a todo por ella. —Y lo estaba, realmente.

—Me tranquiliza saber eso, porque mi nieta no es un caprichito que se pueda tomar y dejar cuando a alguien se le antoje. Puede que tengas muchas décadas más que usted, pero me serviría de cualquier cosa para hacerle pagar si se atreve a lastimar a mi Abby.

«¿Cómo enfadarse por el discurso de Horace? Él tenía una hija, y estaba seguro que haría algo más que solo darle un sermón a cualquiera que se atreviera a herirla.»

—No esperarías menos, Horace.

El abuelo de Abby se relajó. Dio un par de sorbos a su café, y luego miró a Cole, quien aguardaba a que él empezara a decir lo que parecía estarse guardando.

—Hoy no se fue a trabajar —dijo al fin. Sí quería hacer sufrir al muchacho, pero ya que le había confesado que amaba a su nieta, y vaya que él sabía que aquella palabra con “a” costaba mucho sacársela a un hombre, quizá era tiempo de soltarle algo importante—. Se fue a Las Vegas.

En esta ocasión fue Cole quien estuvo a punto de atorarse.

—¿A Las Vegas? ¿Sola? —El café le supo amargo, a pesar de las tres

cucharadas de azúcar que le había echado—. ¿Por qué? ¿Con quién?

Horace se encogió de hombros.

—Es la ciudad que siempre ha querido visitar. Una de sus fantasías juveniles que por tratar de mantener esta casa y salir adelante siempre ha postergado. No me voy a andar con rodeos. Me quedan muy pocos meses de vida, y no quiero ver a mi nieta llorosa por los rincones, quiero darle alegrías y que luego pueda compartir algún tiempo conmigo también. Le pagué ese viaje con mis ahorros. Quiero que viva, que se divierta, que sonría. Estos últimos días ha estado agitada, sombría, estresada, y me pregunto si acaso tiene algo que ver con usted.—Frunció el ceño.

«Y a Rylan Carmichael», hubiera querido decirle Cole, pero él no era esa clase de persona para preocupar a Horace. Después de todo, Abigaíl no quería que ese capítulo de su vida lo supiera su abuelo.

—Probablemente. Sí... —Suspiró sintiéndose impotente—. Vine hoy para intentar arreglar las cosas con ella. No me esperaba que... Bueno, que se hubiera ido de la ciudad.

—¿Y qué hace aquí sentado todavía, entonces? Ya le he dicho dónde está.

Cole lo miró sin comprender.

—Vaya, Cole, y yo que creía que en mis tiempos los hombres eran más lentos. Pensé que un programador tan exitoso como usted sumaría dos más dos luego de decirle dónde está mi nieta...

Con una carcajada, Cole se puso de pie para despedirse.

—Aguarde —pidió Horace. Cole lo observó con la mano en el pomo de la puerta—. Sus intenciones con Abby...

—Son honorables se lo aseguro.

Con una sonrisa, el anciano lo despidió.

—No se olvide que mi nieta es testaruda —gritó cuando se acercaba al automóvil—. Por favor, cuídela... ella es todo lo que tengo.

—Si ella me da una oportunidad, le aseguro que la haré muy feliz.

—Más te vale muchacho. Más te vale.

Cole asintió, y luego empezó a maquinarse el modo de conseguir que aquella orgullosa mujer lo quisiera. Aunque después de todo, él mismo se había encargado de arruinar las posibilidades de ambos haciéndolo todo con arrogancia y sus excusas sobre el compromiso.

Los tres días en Las Vegas habían sido fabulosos. La visita a los casinos se convirtió en un subidón de adrenalina, y su ganancia de tres mil dólares en la ruleta, se lo atribuía a la llamada *suerte de principiante*. ¿Quién era ella para discutirlo? Después de todo con ese dinero podía devolverle a su abuelo la mitad del costo del tour.

Había tomado muchas fotografías. Disfrutó cuando vio un concierto de Celine Dion y estuvo a punto de llorar cuando cantó una de sus canciones preferidas. *That's the way it is*. Y no dejó de aplaudir tampoco cuando el maravilloso *Cirque du Soleil* hizo una de sus increíbles presentaciones. Se lo estaba pasando realmente fantástico. Por primera vez, en muchos años, tenía un tiempo para ella sola.

Cuando llamaba a su abuelo para contarle en detalle lo que había vivido, él se limitaba a reír o animarla a que fuera a ver todo lo que estuviera en agenda del tour, si acaso más. De hecho, la exortó a que no lo llamara porque él estaba bien. Le pidió que se olvidara de todo, y que si acaso tenía que hablar con ella por algún motivo, sería él quien la llamaría. A regañadientes, ella aceptó.

Al cuarto día se sintió un poco enferma, así que le dijo a Randall que no iría a pasear al Gran Cañón del Colorado en helicóptero. Además que le daban miedo las alturas, aún más en un tipo aparato en el que jamás se había subido. El guía le aseguró que esa visita estaba abierta y que ella podía ir otro día, dentro de los incluidos en el tour, y hacerlo por su cuenta. El destino alternativo que a ella se le hizo más apetecible fue la piscina del Bellagio.

El hotel tenía cinco patios con lujosas áreas para relajarse. De paso

también existía un servicio de masaje. Tenía toda la intención de mimarse. Se sentía tan extraña haciendo todo eso por ella, pero a la vez feliz. Muy feliz. La realidad superaba la fantasía que se había creado durante tantos años en la mente sobre Las Vegas.

Con su bikini turquesa, el cabello recogido en una cómoda *cebolla*, y su bolso llegó hasta la piscina decorada en estilo mediterráneo. Hacía un frío acojonante, pero ella no pensaba desperdiciar la oportunidad de probar esa maravillosa piscina temperada. ¿Loca por querer meterse al agua con temperaturas apenas sobre los cero grados? Sí, un poco. Claro, no tan loca para ir en helicóptero, pero sí lo suficiente para soportar la baja temperatura en bikini, mientras se deslizaba en el agua caliente y disfrutaba dando unas brazadas. ¡No iba a desperdiciar oportunidades por el frío!

El masaje que llegó a continuación de la piscina fue fabuloso. Se acercó a una de las exclusivas cabinas del *SPA* del hotel. Horas después su cuerpo gritaba de alegría. No sabía que su espalda hubiera tenido tantos nudos. El hidromasaje, depilación, y la hidratación corporal fueron como estar en el cielo.

—¿Señorita Montgomery? —preguntó una encargada del *SPA*, cuando ella estaba a punto de subir a su habitación para dormir un rato.

—¿Sí? —replicó extrañada. Que ella supiera su pago había sido correcto con la tarjeta de crédito. Odiaba pasar malos ratos, y peor en un hotel de esa categoría—. ¿Necesita comprobar de nuevo mi tarjeta de crédito? —preguntó sonrojándose.

La mujer negó.

—En absoluto, pero tiene una llamada. ¿Le gustaría que se la pasáramos a su habitación?

—Oh. —De inmediato pensó en su abuelo—. ¿Horace Montgomery? —«Iría de vuelta a Baltimore si su abuelo estaba mal. »

—No señorita es el señor Cole Shermann.

«¿Cole? La única persona que pudo haberle dado señas de su paradero era su abuelo, y para que eso ocurriera... o bien había ido a su casa, o bien,

la había intentado llamar al móvil, el que por cierto tenía descargado. Le extrañaba que hubiera esperado cuatro días para buscarla, al menos si decía que la amaba...»

—Yo...

—Podemos decirle que está ocupada —explicó al notar el rostro desconcertado de Abigaíl—. O que no hemos podido localizarla. No queremos que ninguno de nuestros huéspedes se sienta incómodo.

—No, no. —¿Para qué aplazar lo inevitable? También tenía ganas de saber qué querría decirle—. Pídale por favor que llame dentro de media hora que es lo que tardaré en darme un baño para quitarme el aceite del masaje.

—Oh, señorita Montgomery, pero puede utilizar si desea nuestras tinas del SPA.

—Me gusta mi suite. Podría utilizar cualquiera de las dos tinas. —Sonrió recordando lo lujosa que era la habitación; había una tina para hombres y otra tina para mujeres en lados opuestos de la suite—. Gracias por atenderme tan maravillosamente.

—En el Bellagio solo damos lo mejor a nuestros clientes —replicó con una encantadora sonrisa y le entregó un paquete de cortesía para su próxima visita.

—Gracias.

Un poco inquieta y nerviosa esperó a que las puertas del ascensor se abrieran en su piso. Al entrar en la suite abrió las cortinas con el control remoto; pronto, el cielo despejado iluminó la habitación. Dejó que corriera el agua y preparó su baño.

Miró el reloj. Casi las dos de la tarde. Si Cole iba a llamar en media hora, entonces tendría tiempo más que suficiente para poner un poco de esencia de vainilla en la tina.

Se desnudó y probó con la yema de los dedos de las manos la temperatura. Suspiró, complacida, cuando la sintió perfecta. Se deshizo el moño que llevaba en la cabeza antes de sumergirse en el agua exquisita.

Los chorros de agua a presión servían para masajear su piel. Tan complacida como estaba colocó las manos en los bordes de la tina, acomodó la cabeza en el borde y cerró los ojos. «Solo un ratito», se dijo a sí misma antes de quedarse profundamente dormida.

El insistente golpeteo en la puerta la sacó de su bruma deliciosa. ¿Quién diablos sería? Ella había pedido el servicio de almuerzo para las tres de la tarde. Y tan solo eran las... ¡Las tres y media! Apurada salió de la tina, se secó con rapidez y no tuvo tiempo de llegar a ponerse el albornoz, así que se ajustó una toalla. «No solo había perdido el servicio de habitaciones con su almuerzo, sino también la llamada desde Baltimore», pensó con una mueca.

Sin detenerse a reparar en la mirilla abrió la puerta.

No podía decir quién estaba más sorprendido. Si acaso ella, desnuda bajo una toalla que apenas la cubría, o Cole, al verla en ese estado abriendo la puerta sin haber preguntado antes de quién se trataba.

—Hola, Abby —dijo al verla casi desnuda. Lo siguiente fue entrar, sin ser invitado, y cerrar la puerta detrás. «Dios, qué hermosa era», pensó contemplándola e intentando controlar los deseos de besarla. Primero tenía hablar con ella. Era algo que los dos necesitaban—. ¿No sabes que debes fijarte en quién toca a tu puerta? —No había querido sonar áspero, pero, ¿qué si no era él quien estaba llamando, sino uno de esos botones, o si algún hombre pasaba y la veía? No le hacía ni una pisca de gracia la sola idea.

Ella no se podía creer tenerlo ahí, ni tampoco escuchar su voz grave. Aunque el hecho de que la reprendiera en *sus vacaciones* no le gustó en absoluto.

—Sí me fijo, pero si escucho que están a punto de tumbar la puerta como si fuese una emergencia, entonces, pues no me da mucho tiempo a pensar en ese tipo de cosas. Además, ¿no se suponía que estabas en Baltimore? —preguntó cruzándose de brazos, ajena al modo en que sus pechos resaltaban al usar esa posición.

Él enarcó una ceja, y tuvo la indecencia de acompañar ese gesto con una sonrisa. Intentaba no mirar el curvilíneo cuerpo de Abigaíl, pero resultaba

casi imposible en el silencio de la habitación, la luz del día y el modo en que la piel de Abby parecía brillar. Tenía tantas ganas de tocarla, besarla, y amarla hasta hundirse en aquellas deliciosas profundidades que despertaban cada fibra de su cuerpo. Quizá su libido no tenía problemas en articular fantasías, pero su cerebro estaba decidido a ganar la batalla primero. Tenía que dejar las cosas en claro.

—Te estaba llamando desde el lobby, cariño —explicó con suavidad—. Pero me dijeron que intentara dentro de media hora —miró su TAG Heuer— y a menos que mi reloj esté equivocado, ha pasado más de una hora desde entonces.

—¿Por qué...? ¿Qué haces aquí? —preguntó sintiéndose desnuda (bueno, lo estaba prácticamente), frente a él. ¡Cuánto lo echaba en falta! Tan masculino y guapo. Con esos vaqueros y el abrigo parecía salido de un set de televisión, aunque bien sabía ella que se dedicaba a los algoritmos en los ordenadores.

—Si quieres que te lo explique con palabras, entonces vas a tener que ponerte un poco de ropa encima, mi amor. — «¿Mi amor...? Prefería al Cole que era un poco mandón, porque este dulce y controlado disparaba sus alarmas. *Todas* sus alarmas, y en su estado de relajación era más propensa a dejarse envolver por el encanto de ese hombre»—. A menos, claro, que prefieras algo un más... gráfico, digamos. —Sonrió.

«¡El condenado sonrió otra vez!»

—Yo... espérame.

—El tiempo que necesites, aunque si pasan más de veinte minutos, créeme que iré a buscarte. Después de todo he hecho un largo viaje desde Baltimore, y encontrarte en esta habitación no me va a resultar difícil.

Ella se quedó mirándolo unos segundos.

—Estás en tu casa —espetó con ironía—. Por un momento pensé que habías dejado de ser un poco arrogante.

—Créeme Abby, que si fuera arrogante, ya estarías subida en un avión de regreso a Baltimore —contestó con firmeza.

—¡Serás...!

Cole se dirigió a uno de los sillones y se acomodó en él. La miró de arriba abajo, sin ocultar su deseo. Abigaíl dio un respingo, porque la corriente sexual que existía entre ambos era tan palpable que se reflejaba en el calor que sintió entre sus muslos al saberse deseada por él. «Dios, ese hombre era su perdición absoluta», pensó sintiéndose débil.

—Ve a cambiarte, en serio. No me provoques, dulzura, que estoy haciendo un gran esfuerzo por no arrancarte esa toalla —expresó haciéndole un guiño.

Sonrojada, Abigaíl se dio la vuelta y se encerró en el baño.

Capítulo 24

Como no esperaba tener compañía, la ropa que Abby había dejado en el cuarto de baño antes de salir a abrir la puerta era bastante sencilla. Una falda verde y una blusa blanca de seda. Una falda demasiado corta, sí, pero no podía salir del baño para buscar otra menos reveladora sin tener que pasearse en albornoz frente a Cole. Aquella no era una opción.

Jamás se esperó que fuera a buscarla a Nevada. Podía asegurar que el verlo ahí, luego de que la dejara con una declaración de amor que más parecía un reproche, y sin ni siquiera importarle lo que ella pudiese replicar, contentaba esa parte de su corazón que lo había echado en falta. También estaba nerviosa. Sabía que el momento de aclararlo todo no podía dilatarse; era imposible cuando estaban lejos de cualquier interrupción.

Se aseguró al menos de cepillarse un poco el cabello. No tenía su neceser con maquillajes a la mano, así que estaban solo ella y su nerviosismo.

—Vaya, has tardado exactamente los veinte minutos — manifestó Cole al observarla caminar hasta el asiento que estaba justo frente a él. Las piernas de Abby eran espectaculares, y las recordaba al tacto, tan suaves, que le dieron ganas de tocarlas. Su hermoso rostro lucía fresco y casi juvenil sin maquillaje. No es que antes no la hubiese visto sin él, pero hoy había en ella quizá cierto vestigio de vulnerabilidad; era extraño, pues en otras ocasiones Abby solía disimularlo. Quizá era un avance que no estuviese erigiendo barreras con sus emociones—. ¿No prefieres ir a sentarte en el ala contigua de la suite? — preguntó cuando Abigaíl se sentó en el extremo más alejado del sofá.

Cole fue consciente del momento en que ella se fijó en la gran cama matrimonial que estaba justo detrás de él, y luego lo miró. Fue un instante fugaz, pero él no perdió detalle. Le hubiera gustado sonreír, pero eso impediría que Abby se sintiera cómoda. Lo que necesitaba era su cooperación. Porque, Dios, estaba muerto de miedo. «Si ella lo rechazaba... »

Abigaíl lo fulminó con la mirada, y se acercó murmurando por lo bajo algo que él no entendió, hasta acomodarse cerca. No tanto como a él le

hubiese gustado, pero al menos ya podía oler la fragancia de vainilla que estaba usando Abby esa tarde.

—¿Y bien? —Abby entrelazó las manos en su regazo, sin mirarlo.

—No pensaba que fueses una cobarde, ¿por qué no me miras?

Con un suspiró, ella se giró. Gran gran gran equivocación. Todo el magnetismo de Cole pareció absorberla por completo. Sus ojos eran oscuros y densos. No pudo evitar perderse en sus profundidades durante un largo instante. Tenía la respiración inquieta, el corazón agitado y los labios resecos. Instintivamente se pasó la lengua para hidratarlos. ¿Fue su imaginación o vio un destello en los ojos de Cole al hacerlo?

—Ahora lo hago.

El sonido de sus voces se perdía en la suite. El silencio podía tener diferentes efectos. En ocasiones, molesto; otras bienvenido; pero en este caso, resultaba electrizante. Como si la sola cercanía de los cuerpos de Abigaíl y Cole crearan un chispazo capaz de dar o quitar electricidad a toda la ciudad. La tensión parecía volar alrededor, y la excitación crear una burbujeante expectativa debajo de la piel, alterando cada sentido, cada poro.

—Así está mejor.

—¿Por qué estás aquí?

—Necesitábamos hablar. Aclarar un par de asuntos, y yo no podía estar un día más sin verte, Abby.

Ella no pensaba darle una tregua tan fácilmente.

—¿Desde cuándo sabes que estoy en Las Vegas?

«Esa pregunta ya se la esperaba», pensó Cole sonriéndole taimadamente.

—Será que quieres saber por qué no vine antes, ¿es eso?

En respuesta, Abigaíl se encogió de hombros. Ese gesto tan infantil le arrancó una carcajada de Cole.

—No encuentro el chiste...

—Me gusta que seas espontánea. Fue una risa de gusto es todo. —Ella le rodó los ojos, y Cole contuvo las ganas de abrazarla—. Tenía que dejar arreglado mis asuntos profesionales en Baltimore, Abby. Por más que hubiera querido subirme al primer avión cuando supe que estabas aquí, no habría podido. Además...

—¿Con quién está Hannah? —interrumpió de pronto.

Esa era una de las cosas por las cuales quería tanto a esa mujer obstinada y valiente. Abigaíl sentía un afecto sincero por Hannah, cuando otras al enterarse de que tenía una hija habían hecho lo posible por conocerla tan solo para ganarse puntos con él. Pero las niñas no son tontas, y saben diferenciar entre una sonrisa genuina y una hipócrita. Su hija jamás había sido tan comunicativa con un extraño como lo fue con Abby aquella vez que se encontraron por primera en el supermercado.

—Se ha quedado con Lana y sus primos lo que queda de la semana —expresó esperando a que Abigaíl procesara las implicaciones. Cuando lo hizo, ella lo miró, incrédula—. Así que no podía irme sin dejar a mi hija en buenas manos, y traerla a Las Vegas, siendo tan pequeña, no es buena idea.

Abigaíl asintió, dándole la razón.

—¿Planeas quedarte aquí hasta que acabe mi tour...? ¿Es eso?

—Exacto —pronunció con intensidad—. Así que tendrás que soportarme los tres días que aún te quedan.

Abigaíl se puso de pie.

—No haré tal cosa. Mi abuelo ha invertido su dinero en este viaje, necesito este tiempo para mí.

Cole también se incorporó y avanzó hasta Abigaíl.

—Escucha. —Le puso las manos en los hombros. Ella no se apartó—. Vine a conversar contigo, a hablar. ¿De acuerdo? Yo también necesito unas vacaciones...

«Sí, claro.»

—Estados Unidos es muy grande — replicó soltándose, cuando Cole

dejó de ejercer presión sobre sus brazos. Más que presión, el hombre la tenía embobada con su apostura y su aroma tan... ¡Dios! ¿No podía enviarle el destino algo más suave con lo que pulverizar su fuerza de voluntad?

Él se guardó las manos en los bolsillos del *jean*.

—Cariño, siento mucho lo de la fiesta. —Ella se quedó en silencio esperando a que continuara. «¿Se arrepentía de haberle dicho que la amaba? Eso sería muy doloroso»—. No debí presionarte de aquel modo, ni hablarte como lo hice. No estuvo bien —expresó con suavidad.

—¿Te disculpas por la declaración...? —preguntó vacilante dándole la espalda.

Él se acercó poniéndole las manos en la cintura. Ella se tensó, pero sentía que aquellas manos grandes y fuertes creaban una sensación maravillosa en su cuerpo. Demasiado maravillosa. Cole la giró suavemente hasta que sus narices casi se toparon.

—Por el modo en que la dije, sí. No de lo que te confesé —replicó con ternura—. Así que vengo a pedirte disculpas. Me comporté muy mal —frotó la su nariz con la de Abby—, pero esto de las declaraciones no son mi especialidad.

Abby se mordió el labio y su expresión aprensiva cambió. Sus ojos se volvieron más cálidos. Él lo notó y una sensación esperanzadora lo invadió.

—¿No? —musitó, insegura perdiéndose en los ojos negros.

Él negó. Acarició la mejilla de Abby con los nudillos de la mano. Los muslos de sus piernas estaban pegados, el uno al otro. El aftershave de Cole mezclado con su perfume y el aroma natural embriagaron los sentidos de Abigaíl. Él no era menos inmune, porque la cercanía de su preciosa Abby era demasiado para mantener la cordura y terminar el discurso que había empezado.

—No soy tu enemigo, no quiero discutir. —Le tomó el rostro entre las manos con suma dulzura. La tocó como si fuera la pieza de colección más cara jamás vista—. Lo que te dije fue de verdad. Estoy enamorado de ti

—murmuró antes de inclinarse para capturar los labios de Abby con los suyos. Ella no se resistió. Fue un beso suave y cargado de ternura—. No es fácil aceptar una idea como esa cuando has estado tanto tiempo pretendiendo que una relación duradera no está acorde con tu ritmo de vida. —Abigaíl sentía las manos de Cole como un bálsamo a sus inseguridades. Y sus labios, tan sensuales, prácticamente pegados a los suyos, mientras le hablaba, la tenía cautivada—. Estar enamorado no es lo mismo que amar. Y yo también te amo. Te amo con toda el alma, y no puedo pensar en la idea de haberte lastimado, o hecho sentir insegura.

—Oh, Cole... —musitó perdiéndose en aquel maravilloso pozo de promesas que había en los ojos negros—. ¿Estás seguro? Yo...—Se hizo hacia atrás rompiendo la cercanía física—. No quiero que te sientas confundido si acaso es solo lujuria lo que te impulsa a decirme esto. De verdad. —Cole contuvo una palabra mal sonante, y la dejó continuar—. Siempre... siempre he pensado que no has dejado de amar a Celeste.— Finalmente había expresado en voz alta su mayor inseguridad con respecto a él.

Tomado totalmente por sorpresa, Cole no supo que decir. Lo cual era algo que en ese momento no iba a jugar en absoluto en su favor. De todas las cosas que ella pudo haber dicho, aquella se salía de toda lógica. ¿Amar a Celeste? ¡Era una tontería desde cualquier ángulo posible!

—Abby... —murmuró inquieto, cuando ella se abrazó a sí misma—. ¿Qué estás diciendo?

Ella negó cuando Cole quiso acercársele para abrazarla.

«Dios, a veces podía parecer tan frágil, que contrastaba totalmente con la versión valiente y combativa que solía tener con él», pensó desconcertado.

—Está bien —dijo, cuando él se dispuso a protestar—. Lo entiendo. Después de todo, Celeste era una mujer hermosa. Hannah me enseñó algunas fotografías tuyas que tenía en un álbum. Tu ex esposa era realmente una belleza... así que no te culpo si aún la amas, pero por favor, no me mientas. Si es deseo lo que sientes por mí —lo miró con tristeza—, yo también siento lo mismo.

Cole no se podía creer cómo la primera vez en muchos años que le declaraba el amor a una mujer, sin sentirse presionado de ningún modo como ocurrió con Celeste, le ocurriera esto. Y ahora Abigaíl reducía todo el coraje que le había tomado confesarle sus sentimientos al deseo sexual nada menos. Estaba alucinado, y su mal humor empezaba a apoderarse de su intención de procurar mantenerse calmado.

—¿Deseo? ¿Solo deseo crees que siento, Abby? —indagó apretando los dientes—. ¿Crees que por satisfacer mi deseo he dejado a mi hija con su tía durante los próximos tres días y que no la echo de menos; crees que por satisfacer mi deseo sexual he trabajado hasta el amanecer para entregar una presentación a un cliente, o que he tenido que aguantar la regañina, aunque con justa razón, de tu abuelo; y aparte crees que solo por lujuria he volado de costa a costa y gastado los miles de dólares que cuesta hospedarse en una suite de este hotel? —En dos pasos estuvo frente a ella, quien retrocedió. Cole insistió, hasta que la tuvo contra la pared que daba paso a la sala de la suite—. Y no es que la plata me importe, pero solo por enumerarte detalles que salen de tu ecuación. ¿Crees que un hombre que solo quiere deslizarse entre tus muslos haría todo lo que yo cuando hay mujeres que podrían satisfacer mi deseo?

—Yo... estás siendo vulgar —apuntó, nerviosa.

Entonces la besó. La besó hasta dejarla sin el poco aliento que había estado conteniendo. Y ella no pudo evitar zambullirse en el calor y ardor de sus labios. Jadeando, temblando y dolorosamente conscientes el uno del otro encendieron cada flama que había estado esperando por el candente contacto de sus cuerpos, de sus labios, de sus gemidos. Cada embestida de la lengua de Cole iba acompañada de la presión de su evidente erección contra la suavidad de Abigaíl. Una suavidad que la flácida tela de la falda apenas podía disimular. Tomó las manos de Abigaíl entre las suyas y las elevó, entrelazadas, sobre la cabeza de ella, impidiéndole tocarlo, porque si lo hacía perdería totalmente el control.

Ella jadeó cuando sintió la boca de Cole recorrerle el cuello, mordérselo con suavidad. Ahogó un grito de placer cuando él chupó uno de sus pezones erectos sobre la tela de la blusa de seda blanca. En lugar de apartarlo, movió las caderas y ofreció sus pechos elevando el dorso hacia arriba, se moría por tocarlo. Él no dudó ni un minuto de su invitación, y

repitió la misma tortura sobre el otro pecho, dejándole al fin las manos libres a Abby. Los pequeños y suaves dedos recorrieron la espalda masculina, deslizando sus uñas sobre los músculos, arrancando gruñidos de placer.

Cole tomó los pechos de Abigaíl entre las manos, masajeándolos, tocándolos con lujuria, con devoción, con desesperación. Necesitaba embeberse de su piel, del calor y suavidad que ella desprendía. Para Abby la necesidad era igual; sus pechos le pesaban, la humedad entre sus muslos era insoportablemente dolorosa, y sentirlo frotarse contra ella, evidenciando el deseo de poseerla, tan solo avivaba ese delicioso dolor.

Con un jadeo, que pareció más un lamento renuente, Cole dejó de besarla.

—¿Te... te das cuenta? —murmuró colocando su frente contra la de Abigaíl—. Si continúas moviéndote así, gimiendo como lo haces y ofreciéndome lo que tanto necesito, no vamos a hablar y esta situación continuará dilatándose hasta que el control de ambos se rompa por completo y volvamos a decir algo que pueda mal interpretarse. — Tuvo que recurrir a sus últimas reservas de autocontrol, mientras las cumbres plenas de los pechos de Abby se movían al compás de su respiración, y la humedad que él había dejado sobre la blusa dejaba entrever las puntas de sus pezones.

Completamente obnubilada por el deseo que la recorría quiso que continuara besándola.

—¡Respóndeme! — La atrapó con firmeza presionando su cuerpo contra el de ella, y colocó una mano a cada lado de la cabeza de Abby cuando intentó escabullirse de él—. Hazlo, Abigaíl.

—Cole...

Le dedicó una mirada tan furiosa que ella se obligó a no moverse.

—¿Es eso lo que crees, Abigaíl? ¿Crees que sigo amando a otra mujer, a la que quizá jamás amé en verdad? ¿Crees que se trata solo de deseo entre tú y yo?

—N...no —tragó en seco—. No —pronunció con más firmeza. Había

sido un grave error de su parte haberle dicho a Cole que era solo deseo. Lo que surgía entre ambos cuando se tocaban iban más allá del simple deseo, porque los sentimientos de amor aderezaban la pasión. Lamentablemente entre ellos había existido más malos entendidos que puntos a favor, así que sus inquietudes no eran infundadas después de todo—. Lo lamento, no quise menospreciar tu declaración —expresó con sinceridad.

Eso pareció calmarlo, pues bajó las manos, le dio la espalda y se alejó de su lado. Empezó a caminar como un jaguar enjaulado de un lado a otro, sobre la alfombra. Se pasaba las manos por el cabello, despeinándose y mirándola a ratos.

Ella no hacía más que contemplarlo, mientras sus propios pensamientos se empezaban a calmar, pero no las ganas de abrazarlo. No. Las ganas de estar entre sus brazos era más poderosa que cualquier cosa.

—¿Por qué demonios crees que sigo amando a Celeste? —preguntó al fin. Se había quedado de pie frente a ella con las piernas separadas y los brazos cruzados. Una inequívoca señal de que no estaba dispuesto a conformarse con cualquier respuesta que no fuera la verdad.

Abigaíl colocó las manos detrás de su espalda y lo miró. Lo miró de verdad. No al hombre guapo o exitoso; tampoco al amante apasionado y considerado. Observó al hombre con conflictos propios, generoso, amoroso, arrogante, impaciente, inquieto, a ratos inseguro, celoso, divertido, al padre soltero y esmerado por su hija. Pero sobre todo estaba viendo al hombre que amaba.

—Siempre pensé que era el motivo por el que te alejabas tan abruptamente de mí. Por la culpabilidad que a veces había en tu mirada, después de establecer algún vínculo que diera a entender que lo nuestro pudiera convertirse en algo más que una relación de amantes. Por las barreras que parecías erigir a tu alrededor para que yo no me acercara demasiado...

Cole negó. Frustrado, dejó caer los brazos a los costados.

—No fui feliz con ella —confesó—. Me fue infiel —soltó con amargura, y Abigaíl lo miró con asombro—. Por eso cuando te vi con Richard, abrazada, mi intención de hablar contigo e invitarte al baile de los

Templeton se esfumó. Verte con otro era fácilmente interpretable del peor modo posible, porque lo asociaba a mi experiencia con Celeste. Fue humillante y yo no estaba dispuesto a que me humillaran de nuevo. Por eso me comporté como lo hice cuando te vi con aquel tipo en Seattle, y en tu casa con tu amigo...

«¿Cómo podría serle infiel Celeste a un hombre como Cole? », se preguntó enfadada. Era ridículo. Quizá él podía ser arrogante, pero tenía un corazón de oro, y si te atrevías a ver más allá de la apariencia de un hombre pagado de sí mismo, encontrabas la vulnerabilidad en sus ojos que mostraba al verdadero Cole Shermann y te invitaba a amarlo. Aquella vulnerabilidad que te abría las puertas a un mundo en el que sabías que era maravilloso dejarse ir y aventurarse.

Con él estaba segura. Esa era una certeza maravillosa.

—Oh, Cole. —Se acercó y le colocó una mano sobre el brazo derecho sabiendo lo mucho que le costaba confesarle aquello—. Entonces fue una mujer que no te merecía.

Él continuó ajeno a la mirada compungida de Abby.

—Teníamos una hija, Abigaíl. Y yo no podía permitir que Hannah se quedara sin su madre... pude haber sido yo el infiel, pero el caso fue distinto. Así que intenté ponerme en el lugar de Celeste, pero quizá no fue lo más acertado. ¿Sabes? Ella no quería a su propia hija, porque le estorbaba, porque representaba responsabilidades, porque le arruinaba su figura —soltó con rabia—. Después de casarnos Celeste cambió, empezó a exigir y exigir hasta que convirtió todo en peleas monumentales. Yo estaba abriéndome paso en mi trabajo y necesitaba invertir tiempo para poder darle lo mejor a ella y a mi hija, pero Celeste no lo entendió así. Después de su infidelidad ya no dormíamos en la misma habitación, pero intenté llevarme bien con ella; intenté continuar adelante; intenté luchar por el matrimonio, por Hannah. Descubrí que el hombre con quien la encontré en mi cama no había sido el primero... aquello me destrozó aún más. Mi orgullo no me permitía reconciliarme con la idea de darle una nueva oportunidad. Fueron tiempos amargos. Una época de mi vida de la que no sabe mi familia, solo Abraham y un poco Spencer. Abraham nunca simpatizó con Celeste. Nunca la amé, Abby —confesó con vehemencia—.

Me casé con ella embelesado con su belleza, por su pragmatismo y su inteligencia, pero principalmente porque llevaba a Hannah en su seno. Casarse por una obligación social es lo peor que puede hacerse. Al final... terminas haciéndole daño a la persona con quien te casas si no la amas lo suficiente, y a la personita que no tiene la culpa de nada y se ve inmersa en una contienda de gritos y peleas entre adultos... —musitó—. Quizá nunca amé a Celeste.

Lo abrazó con más fuerza, y los brazos de Cole también la rodearon.

—¿No la amabas...?

—Creí hacerlo. —Hizo una mueca—. Al final, sentí que murió por mi culpa.

—¿Qué dices? —preguntó consternada. Lo cierto era que Abby jamás había indagado detalles del deceso de Celeste Shermann. Primero, porque saber que hubo una mujer a quien Cole había amado tanto, y por la cual ella creía que se alejaba de su lado, la lastimaba; y, segundo, porque no era de su incumbencia dado que respetaba el derecho al pasado de cada persona.

Abigaíl lo tomó de la mano, y él entrelazó los dedos con los suyos.

—Días después de descubrir una de sus tantas infidelidades le dije que estaba harto, que no quería saber más, que necesitaba alejarme. Me encerré en el trabajo. En la oficina —apretó la mandíbula—, me pasé ahí todo el día, cada día. Cada vez que peleábamos ella llamaba y llamaba para cerciorarse de que yo no estuviera devolviéndole sus infidelidades con la misma moneda. —Echó una carcajada vacía, y Abigaíl sintió su dolor como propio—. Jamás lo hice, y bien sabe Dios que oportunidades para acostarme con otras no me faltaron. Un día tuvimos una gran pelea. No fue distinto, Celeste llamó y llamó a mi móvil durante la tarde, pero yo no quise atender la llamada. Mi secretaria me informó que habían llamado de la clínica, porque Celeste había tenido un accidente. —Abigaíl lo abrazó, y apoyó el rostro contra el pecho sólido de Cole, escuchando sus latidos, absorbiendo su calidez y su dolor—. Lo primero en que pensé fue mi hija, si algo le pasaba a Hannah no podría perdonármelo nunca. Pero cuando llegué al hospital supe que Hannah estaba en casa, que Celeste había salido sola. Aún a pesar de lo tormentoso que fue mi matrimonio, jamás habría

deseado nada malo para ella... Llegué demasiado tarde al hospital. Las heridas fueron muy graves. No pudieron ayudarla. Murió antes de que yo llegara a la sala de emergencias. —Tomó a Abigaíl de los hombros y la alejó de él. La miró con preocupación—. Me siento culpable a veces... aunque al principio la culpa era insoportable. Pensaba que si no me hubiera peleado con ella esa mañana, entonces Celeste no habría salido enfadada después y a toda velocidad y no se habría estrellado. Un matrimonio plagado de engaños y mentiras no puede sostenerse. Estoy seguro que si ella no hubiera muerto, al final yo le habría pedido el divorcio.

—Lo siento; siento mucho que hayas tenido que sufrir todo eso —susurró incapaz de soportar aquella voz amarga y llena de decepción—. No fue tu culpa. Pudo haber ocurrido cualquier otro día. El destino a veces juega pasadas que jamás podremos entender.

—Sí... Ahora lo sé, pero antes estuve en un período muy complicado con respecto a su muerte. Y fue esa mala experiencia la que me hizo decidir tener relaciones esporádicas y no afectar a Hannah con la presencia de ninguna mujer. Fue por eso mi estupidez contigo, mi comportamiento errático... jamás nadie me ha afectado como tú lo haces, Abby.

Ella le sonrió tímidamente, y acarició la mejilla de Cole con cariño. Él inclinó el rostro para dejarse acunar por la pequeña y cálida mano.

—Ahora lo comprendo. —Lo miró fijamente.

—¿Lo haces?

Asintió.

—Nadie se merece ese dolor, Cole. La infidelidad es un acto egoísta, porque quien lo comete jamás piensa en el daño que hará al otro, a su familia, a sus hijos; solo existe la pasión del momento, y cuando te das cuenta que la libido ha sido satisfecha, entonces intentas volver a tu vida aparentemente normal, para encontrarte con que lo has perdido todo. Una vida, una familia, no valen el precio de un par de meses de lujuria.

Él finalmente pareció regresar de donde sea que hubiera estado recogiendo vestigios del pasado y la miró.

—Abigaíl... —pronunció su nombre con una ternura tal, que ella sintió

cómo un par de lágrimas se deslizaban por su mejilla. Lágrimas que los pulgares de Cole limpiaron con infinita delicadeza—. Mi corazón no podría haber elegido a una persona más adecuada para que sea su dueña. Eres más de lo que merezco... y si no me quieres, y solo sientes deseo por mí, estoy dispuesto a hacer todo lo que esté en mis manos para enamorarte. Quizá me equivoqué al pensar que sentías algo más profundo por mí... —Cerró los ojos unos segundos antes de continuar—. Quizá he sido demasiado arrogante. —Le acarició el rostro.

—No tienes que hacer nada para conseguir que te ame —contestó con una sonrisa.

—¿No? — La miró confuso.

Abby tomó una de las manos de Cole y la colocó donde estaba su corazón.

—Te pertenezco. Te amo tanto que a veces duele. No podría imaginarme estar con otro que no seas tú. —Soltando el aire que había contenido, y esbozando una gran sonrisa, Cole la tomó en brazos, mientras Abby se reía—. ¿Qué haces?

—¿No has dicho que me amas?

—Sí... —Aferró sus brazos alrededor del cuello de Cole—. Eso he dicho. Te amo con todo mi corazón —susurró dándole un beso en la barbilla.

Él se rio.

—Bien —replicó caminando con ella en brazos. Sentía que todas las inseguridades con respecto a Abigaíl se habían esfumado. Lo amaba, y era el hombre más afortunado del mundo. Tenía a la mujer de su vida en brazos.

—¿Bien? — Lo miró risueña, mientras él la soltaba con suavidad sobre el colchón de la cama.

Cole asintió, al tiempo que la cubría con su cuerpo.

—Señorita Montgomery voy a demostrarte lo que me has hecho sufrir al no confesármelo. Así que pretendo hacerte el amor hasta que no puedas

ponerte en pie — aseveró con la voz grave, y con los dedos empezaba a deslizar la falda de Abigaíl hacia abajo. Ella lo ayudó elevando las caderas, para que la prenda saliera con más facilidad.

—Dios mío... eres simplemente preciosa —declaró abrumado por su belleza. Tenía un cuerpo que tan solo evocarle en su imaginación lo ponía a mil. ¡Lo amaba! No había mejor afrodisíaco que ese.

—Y tú también —atinó a decir cuando él hizo que su blusa volara por los aires.

Cole se deshizo de su camisa con una facilidad pasmosa, apenas ayudado por Abby. Los botones cayeron en la alfombra.

—Los hombres no somos preciosos —murmuró besándola.

—Tú sí... de un modo viril que resulta... sexy.

—¿Así que sexy, eh? —rio aspirando el aroma de los cabellos rubios. La besó en el cuello, acarició sus brazos suaves, la besó detrás de las orejas enviándole pequeñas descargas de adrenalina en la piel.

—Uhum.

Ella lo besó con avidez y enredó los dedos en aquella mata de cabello espesa, suave, mientras él se aprendía nuevamente cada curva del cuerpo femenino. El beso de Abigaíl estaba cargado de anhelo, de amor, sensualidad y aquel sabor tan suyo que a Cole lo volvía loco. Jamás podría saciarse de ella. Ningún minuto era suficiente, ninguna hora bastaba. Tenerla entre sus brazos era la sensación más deliciosa del mundo.

—El servicio de habitaciones —alcanzó a decir ella unos segundos más tarde, cuando la alfombra estaba revestida con las prendas de ambos que prácticamente se habían arrancado el uno al otro con desenfreno.

—¿Qué hay con eso? —gruñó llevándose uno de los pezones de Abby a la boca, chupándolo hasta hacerla gritar de placer.

—Ellos... —jadeó— ellos van a venir, porque ordené hace un rato comida.

—Cuando me vieron en tu puerta, les dije que podían marcharse. La

comida debe seguir ahí fuera, pero ahora tengo entre manos algo más interesante que la comida, a menos claro —dejó de acariciarle el sexo húmedo—, que prefieras que los llame de vuelta para que traigan un nuevo servicio de almuerzo.

—N... no... no quiero eso.

Cole sonrió con picardía.

—Exactamente lo que yo estaba pensando —murmuró besándola con avidez en la boca. Sus manos no podían estar quietas, acariciaban cada trozo de piel suave que tenían al alcance. Poder tocarla, sabiéndose amado con la misma intensidad que él amababa, era una experiencia maravillosa, más excitante que el sexo en sí. Y ahora que la tenía entre sus brazos pretendía darle todo el placer del que fuera capaz.

Abigaíl se sentía enfrebrecida, plena, feliz. Tocó a Cole, se maravilló con el contraste de su piel y la suya, con cada músculo que se tensaba bajo sus dedos, con la dureza de su sexo entre las manos; lo acarició, y le encantó escucharlo gruñir cuando lubricó la punta de su miembro con una brillante gota aperlada que escapó; el sexo de Cole era firme, aterciopelado, vibrante. Se detuvo cuando él le dijo que si continuaba acariciándolo no durarían mucho tiempo. Con un carcajada impregnada de deseo, aceptó detenerse, pero a cambio, sintiéndose amada y libre de hacer y pedir, tomó la cabeza de Cole con impaciencia y la dirigió hacia sus pechos, para que se los lamiera, y acariciara hasta que la hiciera jadear de placer.

Todo en ese hombre era capaz de volverla ciega de pasión, de amor.

Por supuesto, él no la decepcionó. Le dio golpecitos con su lengua sobre los pezones, escuchándola gemir, y sintiendo al mismo tiempo cómo su propio sexo erecto vibraba con el apremio de introducirse en ella. Pero tenía la intención de torturarla. Aunque la tortura sensual de Abby fuera también la suya, quería disfrutarla y alargar el placer.

Los sentidos de Abigaíl se arremolinaban, se agitaban, se fundían entre sí. Su piel ardía. Elevó las caderas pidiendo alivio cuando sintió los cálidos y húmedos besos de Cole recorrerle la areola de uno de sus pechos, acompañando la caricia con la mano libre, pues con la otra él la tocaba

íntimamente, utilizando sus propios fluidos para lubricarla. Ella podía sentir la erección de Cole, cálida y dura contra su muslo, y se moría por tenerlo dentro. Pero él parecía no tener apuro.

—Eres el pecado hecho mujer —susurró Cole subiendo hasta la boca de Abigaíl, antes de empezar a descender por su cuerpo, acariciándola con los labios. Así, recorrió sus pechos, su abdomen suave y plano, las caderas, hasta llegar a sus muslos, y continuó acariciándola por el interior de los muslos. Cuando Abigaíl intentó incorporarse para pedirle que volviera a su boca, él colocó implacable una mano sobre el vientre plano—. No cariño, déjame hacer.

—¿Por qué soy el pecado hecho mujer? ... —dijo con la voz entrecortada agitando las caderas.

Cole emitió una risa ronca, grave, y contenida.

—Exacto... —lamió con ímpetu, antes de hablar nuevamente—. Y yo un pecador gustoso.

La carcajada de Abigaíl se interrumpió abruptamente convirtiéndose en un agónico gemido cuando sintió las manos de Cole en sus nalgas, elevándola lo suficiente para poner su sexo a la altura de la sensual boca masculina. Intentó protestar, pero no le sirvió de nada, porque la lengua traviesa de Cole empezó a acariciarla, a lamerla y recorrer cada suave pliegue con presteza. Abby agarró el edredón con fuerza sintiendo la fuerza del placer derretirla. Sus caderas se contorsionan al encuentro de aquella boca placentera, dejándose llevar como el vaivén de las olas cada vez él aceleraba la fricción contra su pulsante clítoris. Pronto, él reemplazo la boca con los dedos. Unos dedos igual de hábiles que sus labios, y se sentía cada vez más húmeda.

—Cole... por favor... estoy lista, te necesito —prácticamente rogó, pero él parecía bastante ajeno a sus súplicas. En cambio alargó la mano para capturar uno de los fruncidos pezones entre los dedos índice y pulgar; lo apretó, generó la presión ideal para que ella se quedara callada. Funcionó. Luego aplicó una torturante fricción en su otro pezón, combinada con la que estaba ejerciendo en su sexo, en el que introdujo no solo un dedo, sino dos, y acompañando sus caricias con aquel baile erótico de la lengua que se movía con presteza haciendo temblar su húmedo sexo.

Él sintió el preciso momento en que Abigaíl estaba próxima a llegar al orgasmo.

—Acompáñame —pidió ella entre jadeos tomando con fuerza la mano que Cole estaba usando para incitar sus doloridos pechos. Necesitaba compartir ese momento con él...llegar juntos.

—Abby... —susurró antes de impulsarse hacia adelante, sabiendo que ella estaba más que lista. La penetró con una fuerte y enérgica embestida. Una embestida que Abigaíl sintió llenarla por completo y estirar sus palpitantes labios íntimos para acoplarse al tamaño del miembro de Cole. Echó la cabeza hacia atrás, y enlazó las piernas a las caderas masculinas, para sentirlo más profundo, más suyo si acaso era posible.

—Te amo —murmuró al oído de Cole cuando sintió cómo se movía en su interior, una, y otra, y otra vez.

El sonido de la fricción de sus cuerpos golpeando el uno con el otro, las respiraciones agitadas, los gemidos y las palabras susurradas eran la sinfonía perfecta que ambos tocaban. En ese momento hacer el amor iba más allá de una experiencia de cuerpos, para ellos se había convertido en el intrínseco significado de la belleza humana conjurada en una fusión de almas.

Con movimientos abandonados al compás de lo que ambos cuerpos se pedían el uno al otro, con una pátina de sudor cubriendo sus cuerpos y el aliento entremezclado con besos jadeantes y entrecortados, Cole se introdujo con firmeza una última vez en aquel cálido refugio. Luego solo quedó el ardiente gozo de una sensación que iba más allá de lo que las palabras podrían explicar. Explotaron al unísono, perdiendo la noción de dónde empezaba y acababa el cuerpo del otro.

—Te amo más... —musitó Cole, antes de arrastrarla consigo y abrazarla.

Capítulo 25

Júbilo. Aquella era la palabra perfecta para describir lo que Cole estaba experimentando. Se sentía afortunado de tener a Abigaíl a su lado, y de que lo amara. Giró la cabeza para contemplarla. Realmente parecía un ángel, con sus cabellos esparcidos sobre la almohada, y con la cabeza apoyada en su hombro, mientras las piernas de ambos continuaban entrelazadas. Sus respiraciones estaban ahora más serenas.

Habían hecho el amor toda de la tarde. Se detuvieron solo cuando la panza de Abby empezó a gruñir de hambre, y entre risas, llamaron al servicio de habitaciones. Después de comer, Cole llamó a Hannah para saber cómo estaba. Fue una llamada breve. Luego, todo a su alrededor dejó de existir al contemplar a Abby. Era simplemente, perfecta. Para él.

Se bañaron juntos en el jacuzzi. Aunque, por supuesto, bañarse fue una de todas las cosas que hicieron. Cuando ambos estuvieron extenuados se secaron con mimo, y se deslizaron entre las sábanas caras del hotel.

Ahora, Abby dormía en sus brazos. A Cole le hubiera gustado dormir un poco más, pero no quería perderse la posibilidad de contemplarla a placer. La naricita respingona le daba un toque especial, y en combinación con sus ojos azules y la sensualidad de su boca, lucía preciosa. Estiró la mano y acarició con suavidad la piel satinada de los brazos. Sabía que estaba desnuda debajo de las sábanas, al igual que él. En un impulso haló hacia abajo la tela de seda y los pechos de Abby quedaron expuestos, no del todo, pero lo suficiente para contemplar los pezones que parecían más que dispuestos a dejarse tocar.

—Cole... —susurró ella, cuando sintió las manos cálidas recorrer la parte superior de sus suaves senos. Abrió paulatinamente los ojos. Le sonrió.

Aquella sonrisa agitó el corazón de Cole, y le devolvió el gesto. Acunó el rostro de Abby en sus manos.

—Hola, mi amor. Has dormido bastante.

—¿Sí?

—Uhum. —Se inclinó ligeramente para ver el reloj que yacía en la mesita del velador—. Exactamente cinco horas. —Se echó a reír al ver la cara de desconcierto de Abby—. Son las doce la noche.

—¡Vaya! Supongo que pronto me convertiré en Cenicienta.

Cole se inclinó para besarla.

—No lo creo, porque yo no soy un príncipe.

—¿*Shrek*, quizá? —preguntó burlándose de él.

A cambio, Cole empezó a hacerle cosquillas. Hasta que la risa se convirtió en gemidos de placer cuando lo tuvo besándola con anhelo, y tocándola con pasión. Ella tampoco se quedó atrás, y se deshizo de la sábana que lo cubría ocultando su masculinidad. Lo encontró más que listo para estar dentro suyo.

—Cole... —gimoteó, cuando lo sintió probándola con los dedos para comprobar que no estaba húmeda, sino empapada, de deseo.

—Creo que esta será una tortura que estoy dispuesto a vivir indefinidamente —gimió, antes de deslizarse dentro de Abby, quien lo aceptó gustosa.

Se dejaron envolver en un frenesí de cuerpos y sábanas. Fue rápido, voraz, y arrollador. No hubo penetraciones lentas, no hubo caricias suaves; todo fue como lava arrasando todo cuando había alrededor. Cuando volvieron, jadeantes y satisfechos, de aquella nueva bruma de satisfacción, Abigaíl empezó a reírse.

—¿Cuál es el chiste...?

Ella no pudo dejar de reír.

—Somos insaciables, parecemos dos... —No pudo completar la frase, porque estalló en carcajadas.

—Amantes —completó Cole con el ceño fruncido, hasta que cayó en cuenta de lo que ella intentaba decir—. Cariño, no te atrevas a compararnos con los conejos, por Dios. Abby, deja de reírte. —Pero ella no pudo hacerlo, y finalmente Cole no pudo soportarlo y se unió a su risa.

Una vez que se calmaron, él la abrazó con fuerza. Quizá en su vida sentimental no había sido tan exitoso como en su trabajo, hasta que nació Hannah inundando su vida de amor, y ahora también tenía a Abigaíl. No tenía ninguna intención de permitir que otro se interpusiera en su camino, tampoco quería esperar más tiempo para empezar a una familia con ella. Quería que no solo Hannah tuviera a su ángel para siempre, sino que él deseaba a Abby para el resto de su vida; con la certeza de que su amor era correspondido. No había momento más perfecto que ese que estaban viviendo.

—Te amo tanto. —Le tomó el rostro entre las manos, y ella sonrió de aquel modo que conseguía iluminar cualquier oscuridad que hubiera podido existir en su alma, o en su pasado—. Abby, cariño, sé mi esposa. Hazme un hombre de bien y cástate conmigo. Por favor —pidió acariciándole las mejillas con los pulgares, y perdiéndose en aquellas profundidades azules que refulgían con amor, por él.

—Oh.... Cole. —Cerró los ojos. «¿Cómo decírselo sin herirlo?», se preguntó sintiendo una punzada de tristeza—. Yo también te amo muchísimo... —rompió el contacto visual y giró su atención hacia un punto muerto a su izquierda—. Pero por eso mismo, yo no puedo casarme contigo.

Cole le soltó el rostro, desconcertado.

—¿Qué quieres decir que por eso mismo no puedes casarte conmigo? ¿No quieres acaso formar una familia conmigo, tener hijos conmigo? Hannah estará encantada de saber que serás su mamá, y yo me sentiré afortunado y honrado de que me concedas el honor de ser tu esposo... —expresó cuando ella empezó a apartarse, pero él la retuvo. La sábana no los cubría más, ambos estaban desnudos. Expuestos de todas las maneras posibles; el uno frente al otro. No había cómo huír. Solo enfrentar la verdad. Una verdad que Abby sabía que era dolorosa, pero enfrentarla lo era aún más—. No vas a alejarte de mí. Esta vez no voy a permitírtelo. Tampoco mi temperamento va a saltar por lo aires. Hablemos de esto.

—Cole, no lo entiendes... —manifestó con los ojos cargados de lágrimas sin derramar. A él se le partía el corazón de saber que tenían que franquear otra dificultad que a ella la lastimaba, pero si la dejaba ir,

entonces sus vidas se complicarían.

—Déjame entenderlo, entonces. —La tomó de las manos, con firmeza. Y ella dejó de forcejear para librarse de tu toque—. Te he confiado mi pasado, una parte complicada de mi vida, ¿por qué no me dejas aliviar tus fantasmas, por qué no puedes compartir conmigo eso que te agobia y que ha estado ahí por mucho tiempo?

Ella volvió a mirarlo a los ojos. Unos ojos embargados de pena, notó él, pues ya había visto esa mirada en Abby cuando creía que él no se daba cuenta, y ella contemplaba a Hannah. Tenía algo que ver con su hija.

—¿Cómo sabes que ha estado mucho tiempo? —interrogó tratando de darle largas al asunto. Cole se percató de ese detalle, pero si ella quería alargar la conversación, entonces él cortaría los caminos para que no tuviera escapatoria y hablara de una vez por todas. Bien sabía él lo difícil que resultaba enfrentarse a las cosas que lastimaban, pero no existía otro modo de superarlas que hablarlas, encararlas para luego dejarlas atrás y poder avanzar.

—Solo lo sé —afirmó—. ¿Tienes miedo de que Hannah no te quiera?

—No, claro que no. Yo adoro a tu hija, Cole, como si fuera la mía...
—Su voz fue casi un murmullo—. Creo que es mutuo.

—Así es, ella te quiere muchísimo.

La sonrisa de Abby tembló en sus labios.

—Por favor, dime qué es, mi amor. ¿Acaso no quieres tener hijos? —Entonces las lágrimas de Abigaíl se convirtieron en un torrente imparable. Consternado y preocupado, Cole la atrajo hacia su cuerpo y la envolvió en sus brazos dejando que las lágrimas corrieran por su pecho. Limpió el rostro a Abby con las manos, y diciéndole cuánto la amaba y que todo iba a estar bien, mientras sentía cómo el cuerpo de ella se agitaba entre sollozos, apretándose contra él. Pasaron largos minutos, en los que el llanto de Abigaíl era el único sonido audible en toda la suite. La acunó con amor, hasta que poco a poco ella dejó de sollozar. Se apartó de su cuerpo paulatinamente. Él no podía ayudarla si ella no hablaba, o le confiaba lo que fuera que la agobiara—. Porque si es así, está bien —expuso con sinceridad. No iba a presionar con eso, lo cierto era que solo la quería a

ella, punto—. Me basta con tenerte a ti y a Hannah. Tú y ella serán mi familia. Entiendo que hay mujeres que simplemente no desean tener hijos. Lo respeto. Jamás te exigiría hacer algo con lo que no estás de acuerdo, lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió.

—Lo lamento... Cole.

—Pero, amor, ¿qué es lo que lamentas? —preguntó con incertidumbre.

Abigaíl se calmó, y supo que no podía haberse enamorado de otro hombre más adecuado que Cole Shermann. Si ella hubiera sabido lo comprensivo que podía llegar a ser, quizá se habría ahorrado muchos días de contradicciones por las cicatrices de su pasado. Cole hacía estragos a su corazón con su comprensión, aún sin saber lo que había ocurrido.

—Nada me haría más feliz que tener un hijo tuyo... —Se miró las manos, impotente—, pero no puedo concebir.

Él se quedó en blanco unos brevísimos segundos, luego la contempló. Abigaíl tenía el rostro pálido, como aquellos condenados esperando recibir una sentencia final que no tenía vuelta atrás. De hecho, casi parecía esperar que él le dijera que ya no la quería, o que no quería estar con ella porque no podía concebir. «¿Será que acaso algún malnacido la habría lastimado al enterarse de aquella parte de Abby?», se preguntó conteniendo la rabia.

—Bueno, hay mujeres que son estériles, cariño —intentó utilizar un tono de voz que no diera a entender lo furioso que se sentía si ella le confesaba que algún bastardo la había herido o humillado al saber que no podía concebir—. Podemos adoptar, o quedarnos solo con Hannah. Una mujer no se ama solo por los hijos que pueda o no dar. Yo te amo de cualquier forma; no eres menos mujer por eso. De hecho, no podría encontrar alguien que sea más completa y valiente que tú. —Deslizó las manos por los brazos de Abby, imprimiéndole todo su amor en una caricia que intentaba ser un consuelo y un soporte al mismo tiempo.

—No nací estéril —declaró con voz trémula.

Él tragó en seco, y empezó a hilvanar hipótesis en su mente. Ninguna de ellas le gustaba. Absolutamente ninguna.

—¿Abby...?

Ella sabía que no podía huír de la verdad. Y él la merecía. Entonces empezó su relato. Con una voz carente de emoción le habló del modo en que Rylan y ella se conocieron. El modo en que un hombre encantador podía ponerse violento. Cole intentaba controlar las palabras malsonantes que pugnaban por escapar de su boca; lo único que podía hacer mientras era apretar los puños haciendo que los nudillos se le pusieran casi blancos cada vez que Abby contaba los episodios traumáticos que había vivido.

Ella no dejó de hablar y expulsar sus fantasmas.

Le confesó cómo se sentía cada vez que estaban en la cama y cómo Rylan la humillaba con sus burlas, sus palabras. Cómo intentaba disculpar su comportamiento, porque cada vez que se portaba mal, él prometía no volver a hacerlo y ella, estúpida, lo creía. Cuando llegó al momento más difícil, estuvo a punto de quebrarse, pero Cole no se lo permitió, tomó la sábana, la cubrió, la aupó en brazos y caminó con ella hasta un cómodo sillón. La sostuvo con firmeza para mirarla a los ojos, y la besó en la frente, instándola a continuar, sin decirle una palabra.

Con una honda respiración, Abby retomó su relato, y empezó a contarle la parte más difícil. La pérdida de su bebé. Los momentos que tuvo que yacer sobre el quirófano, y el enterarse que su útero era muy delicado y la cirugía lo había dejado aún más sensible. Habló del tiempo que estuvo en terapia y el modo en que salió adelante. Le contó sobre el papel de Spencer y de Richard para su recuperación, y Cole le dijo que les agradecería personalmente por haber estado siempre para ella.

—Si tuviera frente a mí de nuevo a ese hijo de puta de Rylan, lo mataría con mis propias manos por lo que te hizo —soltó Cole sin poder contenerse. Se sentía impotente y muy cabreado con ese malnacido por haberse atrevido a lastimar a Abigaíl.

Ella había recuperado el control de sus emociones. Se inclinó para dejar un beso en la mandíbula tensa de Cole.

—Rylan irá a la cárcel. Habrá un juicio... supongo que te llamarán a declarar.

—No dudes que iré, cariño. Iré. No estás sola.

Se quedaron un largo rato en silencio. Al fin, ella volvió a sonreírle. En esta ocasión las sombras se habían disipado de sus ojos, lo cual fue de gran alivio para Cole.

—Gracias, Cole. ¿Sabes? Creo que esa vez que se metió en tu casa ya le diste el merecido. Me dijo Richard que el policía le contó que estuvo varios días en el hospital antes de que fuera procesado con cargos.

—Jamás será suficiente... Dios, Abby, y yo he sido un redomado imbécil por haberte tratado tan injustamente. —La abrazó con fuerza, poniéndose de pie con ella—. Lo siento, lo siento tanto...—dijo contra su cabello, antes de dejarla en pie sobre la alfombra.

—No podías saberlo... La pérdida de mi bebé es algo que solo conocen Spencer, supongo que Mónica, aunque jamás me ha hecho insinuaciones, y Richard.

—Supongo que le debo un ligero agradecimiento a Bale.

Abigaíl se echó a reír.

—También me puso protección, mientras Rylan andaba suelto. Él cree que no lo sé. Contrató un guardaespaldas para que me acompañara al trabajo, y al regresar a casa se asegurara de que llegaba sin problemas. —Empezó a vestirse, y Cole hizo lo mismo, sin dejar de escucharla—. Pero no contaban con que Rylan actuara después...

Cuando ambos estuvieron listos se sentaron, abrazados, en el sofá de la suite. Cole sostenía a Abby de la cintura de un modo que les permitía a ambos mantener el contacto visual.

—No me gusta nada hacerte esta pregunta, pero, ¿además de mí has estado con...? Bueno, tú me entiendes... demonios, no me agrada la idea. Sería presumido de mi parte pensar que luego de... Es decir, ¿después de Rylan hubo alguien más?

Ella negó, y contuvo una sonrisa por el modo de trabarse de Cole.

—Estaba muy asustada con la idea de vincularme emocionalmente. Me volqué de lleno en mi trabajo como profesora, en cuidar de mi abuelo, así que apenas tenía tiempo salvo para un par de salidas que no llegaban a

profundizar lo suficiente.

Mientras digería la información, Cole cayó en cuenta de algo que había dicho Abby hacía unos minutos, y que quizá ella no había tomado en consideración.

—¿Spencer fue el médico que te atendió aquella vez, verdad cariño?

—En realidad, me recibió y me ayudó. Fue un gineco-obstetra quien me lo dijo, pero Cole me habló un poco más sobre el tema porque yo estaba asustada...

—¿Te dijo que no podías tener hijos? —preguntó—. ¿Ese fue el diagnóstico?

—Dijo que no tenía que preocuparme por eso, que en un futuro podría concebir... Pero yo perdí las esperanzas cuando tuve el periodo hace varios días —expuso sonrojada—. Nada me hubiera hecho más feliz que tener un hijo tuyo... pero no hay esperanzas de ello. El médico que me operó y siguió mi caso se equivocó. Ya ves, no me quedé embarazada...—Bajó la cabeza, pero Cole puso un dedo en su mentón, y elevó su rostro hacia él.

—¿Fue por eso que me dijiste en Seattle que el asunto de la protección lo tenías cubierto? — indagó recordando aquella noche—. ¿Porque dentro de ti sabías que no ibas a quedarte embarazada?

Ella asintió.

—Cariño, no te has puesto a pensar más profundamente sobre un pequeño detalle.

—¿Cuál?

—Lo has dicho, dulzura. Jamás te aseveraron que no podrías concebir eres tú quien ha asumido que no lo harás. — Él introdujo los dedos en la suave cabellera rubia, y la acercó para besarla—. Has estado tanto tiempo preocupada, triste y negativa que jamás has vuelto a hacerte un chequeo por temor a los resultados. ¿Me equivoco?

—No... no te equivocas —replicó sin comprender el punto de Cole. Él tampoco hizo nada para aclarar el motivo de su pregunta, sino que, a cambio sonrió enigmáticamente—. Ha sido negligente de mi parte

postergar tanto los chequeos, pero, sí... tenía miedo. Tengo miedo de preguntar y me confirmen lo que ya sé.

—Trabajaremos en ese asunto, cariño.

—Yo...

Él la silenció con un beso dulce y profundo.

—Abby, creo que ya hemos aclarado muchas cosas. Ya no hay fantasmas entre nosotros sin conocer del pasado, y te agradezco que hayas confiado en mí —expresó con seriedad.

—Y tú en mí —afirmó emocionada. En él había encontrado el soporte que no sabía que necesitaba, la seguridad que su corazón anhelaba, y la pasión que su cuerpo pedía.

—Es hora de dejar el pasado atrás, Abby.

—Lo sé. —Asintió sonriendo y dejándose envolver por la seguridad que él inspiraba.

—Y ahora, usted señorita Montgomery me debe una respuesta —comentó haciéndole una caricia en la naricilla respingona con la yema del dedo—. No puede dejar que este hombre vague por las calles del mundo sin tener el privilegio de llamarla *esposa*.

—¿Aunque no pueda tener hijos? —Se mordió el labio.

Cole asintió de modo solemne, para que ella no tuviera ninguna duda. Si Abigaíl estaba convencida de que no podía ser mamá, aún cuando moría de ganas por serlo, él no iba a decirle que se equivocaba en su teoría. De hecho, la vida le había enseñado que era bastante arriesgado decirle a una mujer que no tenía razón, cuando ella estaba convencida de que así era. Así que él tenía toda la intención de demostrárselo con hechos. No le importaba cuánto tiempo le tomara en corroborar su hipótesis. Iba a ser todo un placer.

Ella sonrió y colocó la cabeza sobre el hombro firme.

—Entonces, ¿aceptas casarte conmigo, Abby?

Con una risa llena de amor, ella asintió, y se volteó para abrazarlo de la

cintura. Elevó la mirada y dejó que sus ojos azules se mezclaran con aquellos sensuales ojos oscuros.

—Sí, me casaré contigo, y seré la mujer más feliz del mundo al tenerte a ti, y a Hannah.

Cole la tomó de la mano. Pronto ambos estuvieron de pie. Cuando la tuvo tan cerca como la quería, se inclinó y la besó. Fue un beso que duró el tiempo suficiente para que ambos supieran que ese era el principio del resto de sus vidas.

Epílogo

Un mes después...

Hannah fue la florista. Lanzaba los pétalos en el pasillo de la iglesia con una sonrisa que nadie le podía quitar del rostro. Su ángel, no solo iba a casarse con su papá, sino que sería su mamá para siempre. Y ella se sentía feliz de cumplir con el deber de esparcir pétalos rojos con blanco. Cuando fuera grande quería verse tan hermosa como Abby.

Abigaíl estaba radiante con su vestido de novia, corte palabra de honor, que Mónica y Leona la habían acompañado a comprar. El vestido era un sueño en organza y seda de Oscar de la Renta, que se acopaba fanásticamente a su figura curvilínea. El tocado, sujeto con horquillas, era sencillo y sexy e iba en conjunto con un maquillaje discreto que realzaba sus hermosos rasgos. Era el día más importante de su vida, y estaba feliz como jamás pensó que pudiera serlo, en especial porque iba del brazo de su abuelo.

A pesar de que Horace tuvo una importante recaída, cuando Abby y Cole regresaron de Las Vegas, él se mantuvo firme en la idea de que no era su tiempo aún de irse de este mundo, y no quería saber nada de estar alicaído. Spencer controló que la salud de su paciente más rebelde estuviera siempre en niveles óptimos, en especial para la ceremonia. Horace tenía planeado vivir el mayor tiempo posible, y su oncólogo de cabecera sabía que era tan porfiado que seguro lo cumplía.

Richard y Cole habían limado asperezas, en especial porque este último dejó de ver al mejor amigo de Abigaíl como un obstáculo. Le agradeció que hubiera cuidado de ella, pero eso sí, le dijo que bajo ninguna circunstancia su futura esposa iba a trabajar para él, pues tenía toda la intención de abrir si fuera posible una escuela para que ella enseñara. Richard tan solo se rio al saber que al fin Abby tendría un hombre que la hiciera feliz. Tan feliz como él podía ser, pues Elizabeth no solo se había convertido en una persona especial en su vida, sino que tenía planeado pedirle que se casara con él.

Rylan fue hallado culpable de los cargos por agresión, violencia, portar

un arma ilegal, allanamiento de morada y hostigamiento. Iba a pasar varios años en la cárcel.

El volver de Las Vegas felices y fortalecidos, le dio a Abigaíl un impulso muy grande cuando tuvo que declarar contra su ex novio. Cole estuvo apoyándola en todo momento, al igual que sus mejores amigos. Ella agradeció que el juicio, a pesar de haber tenido que ver esas fotografías y observar el sufrimiento e impotencia de Cole, duró pocos días. Aunque su bebé jamás nació sabía que ese angelito estaba en cielo, sonriendo, porque se había hecho justicia. Y al fin, ella se sentía en paz con esa parte de su pasado. Podía pensar en él, sin resentimientos, ni dolor.

—Sé feliz hija —murmuró Horace, cuando llegaron al final del pasillo, mientras los familiares y amigos de los novios observaban el inicio de la ceremonia—. Nada me da más gusto que el hecho de que hayas encontrado el amor de tu vida.

Horace puso la mano de Abigaíl sobre la Cole, quien la recibió con una sonrisa de recogijo y orgullo.

Los novios caminaron juntos los pocos pasos hasta quedar frente al sacerdote.

Cole se inclinó hacia Abby, y le susurró al oído:

—¿Te he dicho que eres la mujer más hermosa del mundo?

—No —replicó bajito—, pero me lo haces sentir cada vez que me miras.

Cole entrelazó los dedos de Abby con los suyos, y los apretó con ternura.

—Estás hermosa, radiante, y yo te amo con locura.

Ella no pudo evitar que un par de lágrimas se deslizaran por sus mejillas.

—La misma locura que tengo yo por ti, Cole —contestó mirándolo a los ojos.

El sacerdote empezó la ceremonia.

Un hora más tarde se celebraba la recepción en uno de los elegantes salones del *Four Seasons Hotel Baltimore*. La orquesta, el *catering* y la

decoración era de primera. Con lujos, pero sobre todo mucha alegría, porque el flamante matrimonio Shermann estaba rodeado por las personas que querían.

Abraham fue el encargado de dar las palabras de felicitación por ser el mejor amigo y padrino del novio. Fue un discurso emotivo que hizo reír a los asistentes, en especial cuando confesó que el ambiente matrimonial parecía estar esparciéndose por la ciudad; todos aplaudieron cuando Abraham le lanzó una significativa mirada a Petra, que contrario a lo que sus competidores pensaban en los negocios tenía una alta capacidad de sonrojarse... en especial desde que había formalizado su relación con el socio de Cole.

Mónica y Leona, como mejores amigas de la novia, hicieron un ameno recorrido por las ocurrencias de Abigaíl, las anécdotas de la universidad y las que pasaron entre amigas. Fue un discurso entretenido, y emotivo.

Los novios bailaron hasta el amanecer aunque, por supuesto, se retiraron varias horas antes que los invitados. Tenían planeado pasar la Luna de Miel en el Caribe. Pero antes, Cole tenía toda la intención de aprovechar su nuevo estatus como hombre felizmente casado y disfrutar de la estancia en el hotel con su maravillosa esposa.

Riéndose por una ocurrencia de Hannah, quien por cierto estaba encantada con las historias que le contaba Horace desde que se habían conocido, abrieron la puerta de la suite matrimonial. Descorcharon una botella de champán, y Cole sirvió las copas. Le entregó una Abby, y ella se limitó a sonreírle.

—Por un matrimonio largo y feliz, aunque sé que no será de otra manera si te tengo a mi lado.

Abigaíl, en lugar de chocar su copa con la de Cole, la dejó en una mesilla cercana.

—¿Ocurre algo? —preguntó desconcertado.

Ella, sin perder la sonrisa, se acercó para quitarle la copa y ponerla junto a la suya. Volvió a su lado, y enlazó las manos detrás de la nuca de Cole. Se pegó a él de modo sugerente y empezó a besarlo.

—Vaya... supongo que queremos otro tipo de celebración y brindis, ¿eh?

Abby empezó a reírse.

—Quizá... —murmuró antes de besar a su esposo. Lo hizo con anhelo, abandono y pasión. Él no esperó dos veces y le devolvió el gesto con ímpetu, deslizándose las manos por la espalda de su esposa hasta posarla en sus nalgas y apretarla contra él.

—Me encantas, señora Shermann —declaró con voz grave.

—¿Sí? —replicó riéndose.

—Estás muy extraña con esas sonrisitas, ¿no habrá sido ese Richard que te dijo algo, eh? —preguntó bromista.

Abigaíl se echó una carcajada, aún colgada del cuello de su esposo, y muy cómoda con su cuerpo pegado al suyo.

—Cole, ¿cuántas habitaciones tiene la casa nueva que compramos?

Él había insistido que esa nueva vida la vivirían construyendo todo desde cero. Y no quería continuar en el mismo sitio en que había tenido que sobrellevar su anterior matrimonio. Ella no se opuso, pues estuvo más que de acuerdo. Los cambios internos siempre iban acompañados de los cambios físicos. Así que se emocionó cuando una tarde, Cole llegó con el título de propiedad, a nombre de ambos, de una casa preciosa.

—Mmm... tres, me parece. ¿Por qué?

—Porque tengo la seguridad de que todas las habitaciones estarán ocupadas dentro de unos ocho meses.

Él se quedó boquiabierto. Luego la alzó en volandas girando con ella en la habitación. Estaba exultante.

Habían vencido los temores, las inseguridades, pero sobre todo, el pasado. Abigaíl, una semana después de volver de viaje, aceptó que se haría exámenes que comprobaran sus posibilidades de concebir nuevamente. Pero cuando Cole le consultó, ella le dijo que todo iba bien. Y desde entonces Abby estaba más sonriente, lo miraba con más picardía de

la habitual, pero le había estado escondiendo ese gran secreto.

—¿Estás...?

Ella asintió, y rio de júbilo cuando Cole empezó a besarla.

—Señora Shermann, ¿cómo ha sido capaz de ocultarme tremenda noticia tanto tiempo?

—Quería que fuera una sorpresa de regalo de bodas —contestó ilusionada.

—¡Pues has conseguido sorprenderme, cariño! Hannah también se pondrá contenta —expresó emocionado—. No puedo pedir un regalo mejor, después de ti.

Abigaíl sintió que al fin su mundo se enrubaba. Las dificultades la habían hecho valiente, y el dolor la había fortalecido. Ahora tenía con quién compartir sus alegrías y sus penas. Tenía la familia que tanto había soñado.

—¡Estoy embarazada! Oh, Cole, es un milagro maravilloso.

No iba a contradecirla, pues él ya había echado al destino su hipótesis meses atrás, y ahora la confirmaba. El embarazo de Abby era un milagro poderoso; aquel que solo podía darlo el amor correspondido y sin reservas.

Para sorpresa del matrimonio Shermann, a lo largo de los meses que siguieron al saludable embarazo de Abigaíl, tan solo tuvieron una pena grande y profunda. Horace había fallecido, pero no sin antes enterarse de que sería bisabuelo. Así, los únicos sobrevivientes de El Club fueron Joe y Palton, quienes prometieron luchar hasta el final para mantener vivas las historias de sus amigos que ya no estaban con ellos. Spencer les había dado un pronóstico de vida bastante optimista para los próximos años.

Con el apoyo de Cole y el afecto a raudales de su hija, Hannah, Abigaíl se sobrepuso poco a poco a la gran pena de no tener más a su abuelo. Decoró la habitación de sus hijos con la mayor ilusión. Porque la vida era maravillosa. No solo iba a ser madre, sino que en una de sus primeras

ecografías, a las que un nervioso y emocionado Cole la acompañó (como lo hizo en cada chequeo al ginecólogo), el doctor les anunció que serían padres de gemelos.

Unos gemelos que ahora estaban abrigaditos bajo las mantas.

—Creo que dentro de un par de años tendremos que mudarnos de casa, Abby —le susurró Cole abrazándola desde atrás, mientras dejaba reposar su barbilla en la cabeza de rubios cabellos. Desde su posición, él podía observar embelesado a sus hijos. Estaba orgulloso de su mujer y la familia que juntos habían formado.

—Son unos niños preciosos —dijo ella llena de amor, al contemplar a sus hijos de cinco meses. Haber tenido a sus gemelos fue una experiencia asombrosa, y no dejó de llorar cuando los tuvo entre brazos, ni tampoco la primera vez que les dio de mamar, peor cuando al llegar a casa encontró a todos sus amigos para recibirla en una fiesta sorpresa organizada por Cole y Hannah. Tres días después de dar a luz, cumplía veintiocho años, y fue maravilloso no solo celebrar la llegada de sus gemelos a casa, sino también empezar un nuevo año de vida con las personas que ella amaba incondicionalmente, y la amaban de la misma manera.

—Porque han salido a su madre; una madre extraordinaria, y una esposa de la que estoy profundamente enamorado —declaró Cole, antes de girarla hacia él, y besarla apasionadamente como siempre hacía cuando la tenía cerca. La química entre ellos, si acaso pudiera ser posible, se hacía más fuerte día a día, así como el amor que se tenían. Sus temperamentos chocaban muchas veces, en especial con el embarazo de Abby pues sus hormonas estaban más agitadas, sin embargo, habían encontrado el modo de llevar sus diferencias. Las reconciliaciones eran unas explosiones sensuales y románticas; a ratos suaves, a ratos impetuosas e inesperadas. El matrimonio entre ellos era una aventura que estaban comprometidos a vivir y disfrutar—. Y creo que tener gemelos idénticos en nuestro caso no será problema para que sepamos quién es quién.

Abigaíl reposó su cuerpo contra el de Cole, y le echó los brazos al cuello. Hacía una hora había alimentado a sus bebés, así que tenían toda la noche para ellos dos solos.

Cole se había encargado de contratar niñeras, así su esposa podía

descansar... a su lado. No quería que Abby se fatigara, ni se sintiera abrumada. La cuidaba como lo que ella era: la reina de su corazón.

—Horace y Violet serán buenos niños —musitó Abby antes de dejarse atrapar de nuevo por sabor y el modo sensual que tenía Cole de besar.

—¿Eso significa que querrás tener más? —preguntó él contra los labios femeninos, y acariciándole la espalda.

—Si no te molesta que esté como un camión por toda la casa chocándome por el peso de mi barriga —dijo a modo de broma.

Cole negó.

—Cariño, nunca había pensado que una mujer embarazada pudiera ser tan sexy, hasta que te vi llevar a mis hijos. Me gustaría tener más bebés, solo si tú quieres. Ya te lo dije antes de casarnos, y te lo repito, tú eres lo más importante para mí. Si estás conforme con tener a Hannah, Horace y Violet, lo estaré también, pero si quieres tener más hijos... —le hizo un guiño—, el placer es todo mío.

Abigaíl soltó una carcajada.

—Es imposible no adorarte... ven aquí señor Shermann —susurró contra los labios de Cole, dejándose acariciar y consentir.

De pronto se escucharon unos pasos conocidos, acercándose. Así que Abby y Cole se separaron para esperar sonrientes al vendaval de seis añitos que entró por la puerta.

—¡Mamá! ¡Mamá! —exclamó Hannah llegando hasta ellos, y abrazándose a las piernas de sus padres; una manita en la pierna de Cole y otra en la Abigaíl. Llamar mamá a Abby no le resultó nada difícil, ni a su madre reconocerla como tal. Para Abigaíl no existía ninguna diferencia entre sus tres hijos.

—Dime, princesa —contestó.

—Quiero que Violet juegue conmigo a las casitas, y también Horace cuando sean grandes.

Cole tomó a la niña en brazos, y le dio un beso en la mejilla regordeta.

—¿Serás buena con tus hermanos, Hannah? —preguntó Abby acariciando los cabellos negros de su hija.

—Palabra de Shermann —contestó solemne. Cole se rio, antes de bajar a su hija al suelo para que pudiera ir a despedirse de sus hermanitos que dormían en las cunas.

—Con eso me basta —replicó con una sonrisa Abigaíl, contemplando con amor y agradecimiento a su familia.

Sobre la autora

Kristel Ralston es una escritora del género romántico y ávida lectora a quien le apasionan las historias detrás de los palacios y castillos de Europa. Le gustaba su profesión como periodista, pero decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al *viejo continente* para estudiar un máster en Relaciones Públicas.

Durante su estancia en Europa leyó varias novelas románticas que la cautivaron, e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal, ni en su agenda semanal, faltan libros de este género literario.

La autora fue finalista del concurso de novela romántica *Leer y Leer 2013*, organizado por Editorial Vestales de Argentina y el blog literario *Escribe Romántica*, de este último ahora es coadministradora. Otras novelas publicadas por Kristel Ralston son: *Bajo tus condiciones*, *Un Capricho del Destino*, *Un orgullo tonto*, *Más allá del ocaso*, y el relato corto, *Cálido Invierno*.

Kristel vive actualmente en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad. En su tiempo libre se dedica a escribir novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.

Encuentra más sobre la autora visitando su blog:

www.kristelralston.com

Puedes escribirle a contacts@kristelralston.com, y seguirla en Twitter [@KristelRalston](https://twitter.com/KristelRalston) o

www.facebook.com/kristel.ralston

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)